BX
4700
.G22
B37
1950

LIBRARY OF PRINCETON
NOV 16 1988
THEOLOGICAL SEMINARY

BX
4700
.G22
B37
1950

VIDA ABREVIADA DE

SANTA GEMA GALGANI

POR EL

P. BASILIO DE SAN PABLO,
PASIONISTA

LIBRARY OF PRINCETON
NOV 16 1988
THEOLOGICAL SEMINARY

PP. Pasionistas, Pedro Lucio Cuadra 609, Ñuñoa

SANTIAGO DE CHILE

1950

APROBACIONES

DE LA CONGREGACION

Nihil Obstat.
Benito de S., José C. P.
Censor

Imprimi Potest
Angel de las Cinco Llagas
Provincial

DEL ORDINARIO

SANTIAGO, 11 de Noviembre de 1949.

Nihil Obstat

Augusto Molina S.,
Censor

Puede imprimirse y publicarse

Ricardo Mesa,
V. G.

A. Huneeus C.
Secret.

PROTESTA DEL AUTOR

En conformidad con el decreto de Urbano VIII, declaro no atribuír a esta historia otra fe que la meramente humana y de someterse en todo al juicio infalible de nuestra Santa Madre la Iglesia Católica.

INTRODUCCIÓN

I

La divina fecundidad de la Iglesia católica tiene una de sus más espléndidas manifestaciones en la canonización de esos hijos esclarecidos suyos que elevados al supremo honor de los altares denominamos "Santos".

Si al hecho de la santidad se juntan en los siervos de Dios las radiantes manifestaciones de la llamada contemplación distinta, *el hecho de su glorificación constituye un nuevo triunfo para el catolicismo, única religión que aparece nimbada con tan refulgente gloria.*

Tal aparece en la Historia de la Iglesia el hecho de la canonización de la virgen luquesa de nuestro siglo Santa Gema Galgani.

Cumple recordar que al publicar en 1907 el Padre Germán de San Estanislao, Pasionista, la Biografía de la sierva de Dios Gema Galgani, Virgen de Luca, *recibió el público dicha* Biografía *con una sorpresa rayana en estupor. Eran tan interesantes los hechos en ella relatados, aparecían tan heroicas las virtudes por la santa joven practicadas, resultaban tan extraordinarios los fenómenos místicos a ella atribuídos, que de ser verdad cuanto el Padre Germán, con su doble autoridad de sabio esclarecido y director de la estigmatiza refería, era fuerza concluír que la divina providencia suscitaba en los albores del siglo XX un nuevo faro de santidad, pa-*

rejo en esplendores con los más señalados que registra la hagiografía en los pasados siglos.

Como quiera, no obstante, que para los católicos sólo existe un magisterio infalible, que es el de la Iglesia, si al leer la Biografía *de Gema pudo cada uno de sus lectores inclinarse en uno u otro sentido, y emitir su opinión favorable o adversa sobre la santidad de la joven luquesa, hubieron juntamente de poner todos como salvedad a sus opiniones el juicio que en su día pudiera emitir el magisterio de la Iglesia.*

La opinión pública se manifestó casi por unanimidad favorable a la santidad y carismas celestiales de Gema. Aparte la extraordinaria difusión alcanzada por la Biografía *del Padre Germán, de la que en pocos meses se expendieron en Italia más 70.000 ejemplares, siendo al punto traducida al castellano, francés, inglés, alemán, holandés, portugués y hasta al japonés y al chino, las voces que se alzaron de todos los puntos del globo, más bien que de favorables, deben calificarse de entusiastas, fervorosas y emocionantes.*

En ese concierto clamoroso figuraban católicos ilustrados, insignes publicistas, sacerdotes esclarecidos, religiosos especializados en teología mística, obispos y arzobispos, y hasta numerosos miembros del Sacro Colegio. El propio Romano Pontífice Pío X, de santa memoria, encontraba muy caras complacencias en su lectura y encargó a su Secretario de Estado felicitara al Padre Germán por haberla publicado.

Era natural, dado lo extraordinario del caso, que no faltaran junto al coro de alabanzas a la virgen de Luca voces discordes, cuando no abiertamente hostiles. Para muchos no aparecían del todo claros los fenómenos místicos de Gema; para otros no bastaba el testimonio de un solo escritor, aun siendo tan esclarecido como el Padre Germán, para admitirlos, y hasta para algunos más avanzados tales carismas de-

ben quedar relegados a la historia de la piedad, sin que pueda defenderse su realidad objetiva entre los esplendores de la civilización y la cultura del siglo veinte.

Estas voces discordantes no fueron obstáculo para que las autoridades eclesiásticas recogieran los ecos de la fama que publicaba la preclara santidad de la joven luquesa, admitiendo a los cinco años de su fallecimiento la introducción del proceso para su beatificación.

Si siempre han sido en la Iglesia laboriosos y prolijos semejantes procesos, debía serlo singularmente el de Gema Galgani, por los muchos y extraordinarios carismas de que aparecía adornada su vida, y por los encontrados pareceres que sobre ellos y hasta sobre la santidad de la sierva de Dios se venían exteriorizando. De tan severo como minucioso examen salió triunfante en toda la línea la virtud de la sierva de Dios, estimándola los jueces merecedora de los supremos honores de los altares.

Hacía notar el Papa Pío XI en el discurso pronunciado con ocasión de darse lectura al decreto sobre la heroicidad de las virtudes de la sierva de Dios que dicho decreto había sufrido algún retraso totalmente involuntario por parte de la Santa Sede, pero que redundaba en mayor gloria de la nueva Santa, por cuanto fué aprovechado para desvanecer plenamente todos los reparos de la crítica a la refulgente santidad de Gema.

Tras la proclamación de la heroicidad de las virtudes, llegaron sucesivamente la beatificación y canonización de Gema, obligando a enmudecer a cuantos no acertaban a ver clara su santidad y llenando de júbilo a sus innumerables y fervientes devotos.

II

¡De qué nueva luz aparece nimbada al ser elevada al honor de los altares la atrayente figura de Santa Gema! prodigio de la gracia fué saludada al publicar el Padre Germán su Biografía. *Cuanto más estudiada ha sido su vida, mayores proporciones ha ido adquiriendo ese prodigio, y ahora que la Santa Sede ha pronunciado su fallo sobre él, semeja estar brindando a todos sus admiradores, singularmente a sus Hermanos los Pasionistas, para que lo divulguen por todo el orbe.*

Porque, ¡cuidado que es interesante, desde cualquier punto de vista que se la mire, la vida de esta angelical estigmatizada de nuestros días! En ella se dieron cita como en muy pocos santos las más excelsas virtudes con los más señalados carismas. Alborea su razón a una edad en que todavía suele permanecer dormida en los demás niños, y todavía semeja haber precedido a esos albores la aurora de la santidad. Una madre virtuosísima pone todo su empeño en dirigirla por el camino del cielo, y veremos que ni un paso de la hija se desvía de tan regio sendero.

He de ser santa, *dice resueltamente cuando apenas frisa en los once años, y sin arredrarle las dificultades y sacrificios sobre que se asienta la santidad, se consagra de lleno al ejercicio de todas las virtudes, no siendo fácil precisar en cual más se distingue, o cual haya dejado de practicar en su último grado de perfección.*

Pruébala el Señor con todo género de infortunios: los seres más queridos le son uno en pos de otro arrebatados; graves y misteriosas enfermedades se suceden y casi empalman en ella; al bienestar y abundancia de su hogar sigue de repente la extremada miseria; sus hermanos la escarnecen, el confesor la arroja despectivo, el mundo la cubre de insultos, Dios la deja bogar en un mar de incertidum-

bres y desconsuelo, y a pesar de todo, sus ánimos no flaquean y el temple de su espíritu se revela superior a todas las adversidades.

Ejercitada en las más heroicas virtudes y probada en el yunque de todos los infortunios, propónese el Señor convertirla en retablo viviente de sus misteriosas operaciones en las almas. Hácela pasar uno tras otro por todos los grados de la contemplación, hasta llegar al más inefable de la unión transformante; complácese en arrebatarla fuera de sí con suavísimos y casi continuos deliquios; descorre ante sus ojos el velo que oculta a los hombres los misterios del cielo, los secretos de las conciencias y los arcanos de lo porvenir; la regala con la habitual y familiarísima compañía de su Angel de la Guarda, y como prenda suprema de predilección, la convierte en fiel imagen de Jesucristo crucificado, por la participación de las llagas y tormentos de su dolorosísima Pasión.

¡Y con qué oportunidad envía al mundo la divina providencia este raro portento de su gracia! Siempre se ha visto que los santos aparecen en el momento y lugar que los reclaman, o las graves necesidades del mundo o el honor y gloria de la Iglesia. Santa Gema es una nueva confirmación de esta ley invariable. Frente al desmesurado afán de placeres que arrastra a nuestra desventurada sociedad a todos los crímenes y extremos de envilecimiento, ofrécese la vida de la estigmatizada de Luca sembrada de tales dolores e infortunios cuales apenas se concibe puedan darse cita en tan breve como inocente existencia.

Frente al desbordamiento de sensualidad que amenaza con envolver al mundo en un diluvio de cieno, se destaca su figura tan pura y luminosa que no la vemos sombreada de la cuna al sepulcro ni por un

pensamiento menos casto ni por una acción menos recatada.

Frente a la frivolidad en la piedad y vacuidad de virtudes, de innumerables almas, eternas ignorantes de las severas realidades en que consiste la vida cristiana, se muestra cimentando su santidad sobre el total desprendimiento de todo lo terreno y en un amor a Jesucristo tan ardiente, que en lo interior la convierte en un serafín y en lo exterior en la viva imagen de Jesucristo crucificado.

Frente a las negaciones altaneras de una ciencia pretenciosa, que excluye toda intervención divina del mundo de la materia y de la vida humana, álzase cual milagro viviente, confundiendo con mil fenómenos desconcertantes las negaciones de esa ignorancia con pujos de hipercrítica.

Frente a la tesis de la impiedad, según la cual hase extinguido la fecundidad de la Iglesia para producir nuevos héroes de santidad, déjase ver con todas las grandezas y esplendores que nimban las sienes de los santos más esclarecidos de los pasados siglos.

Nada digamos de los altísimos ejemplos y admirables enseñanzas que la vida de Gema ofrece a las almas en los distintos estados y situaciones de la vida. Los niños quedarán dulcemente embelesados ante Gema niña, que con los irresistibles encantos de su ingenuidad, modestia, caridad, devoción y condescendencia robaba el cariño de todos cuantos la trataban. Las jóvenes descubrirán en ella el retrato acabado de las virtudes que deben adornar a la joven cristiana. Los probados por el dolor y el infortunio verán aquí los tesoros de gracia encerrados en el padecer y el modo práctico de convertir las adversidades en pedestal de gloria inmarcesible. Los pecadores se sentirán hondamente conmovidos contemplando a esta inocente criatura vertiendo arroyos de sangre en pre-

sencia del pecado y ofreciéndose a todos los martirios, incluso la muerte, para obtener del Señor la conversión de los pecadores. Las almas consagradas al apostolado admirarán el infatigable celo, pasmosas actividades y maravillosas conquistas de esta joven, por otra parte casi totalmente retraída del trato con el mundo. Los teólogos comprobarán las misteriosas operaciones de Dios en las almas, y los caminos tan varios como escondidos que sigue en elevarlas a los supremos grados de la vida mística. Los religiosos se sorprenderán al ver que Gema, constreñida a vivir en medio del mundo, puede servir de modelo a la monja más observante en el desprendimiento de todo lo terreno, mortificación, silencio, caridad, obediencia y trato con Dios.

Las vidas de los santos han sido siempre las mejores escuelas de virtud, y la vida de la Santa Gema, tan sencilla de una parte como maravillosa por otra, parece la ofrece singularmente el Señor al estudio e imitación de nuestro siglo.

Para muchos lectores de la Biografía compuesta por el Padre Germán fué aquella lectura la revelación de un mundo nuevo, y para no pocos el instrumento de que se valió la Divina Providencia para atraerlos a los esplendores de la fe y a la vida de la gracia.

III

Ahora que la Santa Sede ha emitido su augusto fallo sobre la santidad de Gema, parece se nos brinda a los religiosos Pasionistas para que demos a conocer al mundo toda la excelsa figura de la que en su humildad se llamaba "la última hija de San Pablo de la Cruz", pero a quien los hijos del Patriar-

ca de la Pasión registramos entre nuestras más esclarecidas Hermanas.

Y digo que se nos brinda para que demos a conocer toda la excelsa figura de la virgen de Luca, porque Gema Galgani sólo es conocida, hasta de sus más ardientes devotos, por algunas de las confidencias que sobre ella recogió su director espiritual.

El Padre Germán no creyó del caso publicar, a los cuatro años de la muerte de Gema, cuantas maravillas conocía sobre ella: y según manifestó en familiar conversación con Su Santidad Pío X, las publicadas sólo eran la centésima parte de las que conservaba registradas. En su humildad hubo singularmente de silenciar el prudentísimo director casi todo cuanto decía relación con su persona, empezando por las sapientísimas cartas con que dirigía a nuestra Venerable.

Después de la muerte del Padre Germán, se han enriquecido las fuentes de información sobre Gema con los enormes infolios del proceso de beatificación. En ellos aparecen declarando cuantas personas la conocieron y trataron de cerca; tales como los hermanos y parientes que con ella convivieron parte o toda su vida; las profesoras de los colegios que por espacio de trece años frecuentó; las amigas y condiscípulas que gozaron de su íntima confianza; el confesor que la dirigió desde la edad de siete años hasta su muerte; ilustres prelados, tales como monseñor Moreschini y monseñor Thei, que presenciaron los fenómenos más sorprendentes de su vida y la alentaron y consolaron en diversas ocasiones; y para terminar esta incompleta enumeración, con todos los miembros de la familia Giannini, en cuyo seno vivió los últimos y más interesantes años de su vida.

De modo que si se suman los numerosos hechos que el Padre Germán creyó prudente silenciar con

los innumerables de los cuales no tuvo noticia o autorización para hablar, llegaremos fácilmente a la conclusión de que son relativamente escasas las noticias publicadas hasta el día sobre Santa Gema.

Al vivo deseo de revelar al público de lengua española los prodigios de la gracia en el alma de la virgen de Luca, responden estas breves páginas, y las mucho más extensas que bajo el título de "Santa Gema Galgani" publiqué en 1936, y cuya segunda edición" refundida sobre el Epistolario, El Libro de los Extasis y demás escritos de la Sierva de Dios, acaba de lanzar al público, Editorial Litúrgica Española, de Barcelona.

Pone también la pluma en mis manos la dulce esperanza de que un mayor conocimiento de Gema se habrá de traducir en ensanchamiento del fecundísimo apostolado que la Biografía escrita por el Padre Germán ha venido ejerciendo durante veinticinco años en todo el mundo.

Quiero recordar aquí que los primeros capítulos de esta Vida los escribí en plena actividad misionera por diversas regiones de nuestra patria y en los varios templos de una de las plazas de nuestra soberanía en Marruecos; y que cuando fatigado de confesar y predicar tomaba por dulce descanso el escribir esta Vida, me forjaba la ilusión de proseguir mi apostolado en favor de las almas.

Esta doble aspiración de hacer que la virgen de Luca sea más y más conocida del pueblo cristiano, e intensificar el maravilloso apostolado ejercido por la Biografía escrita por el Padre Germán, explican el estudio que me he impuesto para realizar este trabajo y la forma que le he dado.

En cuanto al estudio, creo no haber omitido diligencia alguna para que resultara lo más completo posible. Afortunadamente no he tenido que acudir a muchas ni lejanas fuentes para ello. Los escritos

de la misma sierva de Dios publicados en castellano por Editorial Litúrgica Española, con el título de Epistolario, Libro de los Extasis, de Dª Cecilia Giannini y del Padre Germán, a una con los procesos de beatificación, contienen todos cuantos materiales hacen al caso. Todos esos escritos los he leído y estudiado, parte por parte, página por página, y hasta podría decir que línea por línea.

A estas investigaciones sobre las fuentes he tenido que juntar el estudio concienzudo de la vida mística y los varios fenómenos de la contemplación distinta para clasificar debidamente los actos, sentimientos y carismas de Gema, señalando a cada uno la importancia que tiene desde el punto de vista de la teología.

No embargante considerarme profano en patología, psiquiatría y demás ciencias a ellas subordinadas, creo que con la lectura de las disertaciones publicadas por el Padre Germán a este respecto y con el admirable informe del ilustre profesor doctor Antonelli, que figurá en los procesos, basta para defender a Gema y a los místicos en general de los ataques que en ese terreno reciben de la ciencia incrédula. Para distinguir los éxtasis, llagas, palpitaciones al corazón y demás fenómenos de los místicos de los de cualquier neurótico no se necesita, según veremos, sino ojos en la cara y un poco de sentido común. Son tan distintos los orígenes, notas características y efectos de unos y otros fenómenos, que atribuirlos a idéntica causa equivale a sostener que una misma es la causa del frío y del calor, la luz y las tinieblas, la salud y la muerte.

Se dirá que son evidentes ciertas semejanzas entre algunos fenómenos místicos y otros clínicos; pero, ¿qué montan esas semejanzas en comparación de las manifestísimas y fundamentales desemejanzas? Así que entiendo no necesitan mucha defensa

los místicos en este terreno, por ser de todo punto inconfundibles las grandiosas maravillas de Dios con los achaques de nuestra pobre naturaleza.

El que me haya propuesto al escribir la Vida de Gema realizar una obra de apostolado, dará razón a los lectores de la forma y estilo en que aparece escrita. Siguiendo las huellas del Padre Germán, he procurado escribir en estilo sencillo y forma corriente, sin afeites mundanos ni pretensiones literarias. Heme propuesto escribir una obra de edificación y no de vano entretenimiento, de mística mejor que de literatura, ordenada al aprovechamiento espiritual de los lectores más bien que a la satisfacción de su más o menos delicado gusto estético.

Como quiera que, según el testimonio del Apóstol, nada es el que planta ni el que riega, sino que toda gloria le es debida a Dios que da el crecimiento, sólo me resta suplicar al Señor bendiga esta pobre Vida abreviada de Santa Gema Galgani para que produzca copiosos frutos de salvación en las almas de cuantos la leyeren.

SANTA GEMA GALGANI,
Dechado de Vida Eucarística.

PRIMERA PARTE

HISTORIA

CAPITULO I

Nacimiento de Gema y primeros albores de santidad.
(1878 - 1885).

Santa Gema Galgani, nació en la pintoresca aldea de Camigliano, cerca de Luca, en la Toscana, el día 12 de marzo de 1878.

Fueron sus padres D. Enrique Galgani y doña Aurelia Landi.

Don Enrique era el farmacéutico de la población, y dícese que descendía de la familia de San Juan Leonardi.

Diremos, por ahora, de los padres de Gema que eran verdaderos dechados de esposos cristianos, y que vivían en muy desahogada posición.

Había bendecido el cielo su unión concediéndoles tres hijos varones y suspiraban por tener una niña, cuando se vió colmado su gozo con el nacimiento de esta bendita criatura, que tanto lustre había de dar a la familia.

Recibida como rico presente del cielo le impusie-

ron, según parece por especial inspiración, el nombre de Gema.

Deseoso D. Enrique de proporcionar a sus hijos una educación esmerada, abandonó Camigliano para trasladarse con su familia a Luca, cuando sólo contaba nuestra Gema algunos meses.

En esta ciudad vemos confiada su educación a las aventajadas profesoras señoritas Emilia y Elena Vallini.

Tenían éstas un colegio de párvulos, titulado *Jardín de la Infancia.* Como el colegio estaba sobradamente acreditado y éllas gozaban fama de muy cristianas, no tuvo reparo don Enrique en encomendarles sus hijos para que los formaran en letras y virtud.

Sólo dos años tenía Gema cuando empezó a frecuentar ese colegio, y "desde tan tierna edad—atestiguan sus profesoras— reveló inteligencia muy despierta, semejando haber alcanzado perfecto uso de razón. Se la veía formalita, reflexiva, comedida en todos los momentos, distinguiéndose por sus edificantes modales hasta de las mayorcitas de sus compañeras. Nunca se la vió quejarse o altercar; apareciendo siempre su rostro jovial y risueño para todo el mundo".

Todos cuantos la trataron están contestes en afirmar que desde su más tierna edad era respetuosa y obediente para con sus padres y superiores, caritativa con sus hermanos, condescendiente con sus amigas, correcta en sus modales, mortificada en el hablar y edificante en todo su porte.

Su piedad era como la brillante aurora de la excelsa santidad a que muy pronto la veremos elevarse. Aleccionada por su piadosísima madre, empezó desde la cuna a suspirar por el cielo, sintiendo que las cosas espirituales la atraían con irresistibles encantos.

Nada tan grato a su corazón como oír hablar de Dios. La enternecían semejantes pláticas, y nunca se cansaba de escucharlas.

Ponía todo su empeño en aprender el catecismo, atestiguando sus profesoras que a los cinco años no solamente conocía las principales verdades de nuestra santa Religión y todas las oraciones, por cierto nada breves, que se rezaban en el colegio, sino que también leía en el breviario el oficio parvo de la Virgen y el oficio de difuntos "con la facilidad y prontitud que pudiera hacerlo una persona mayor".

Llevarla a la iglesia era darle verdadero placer. Todo su porte en la casa de Dios revelaba bien a las claras que se hallaba compenetrada del vivo sentimiento de la divina presencia. Permanecía todo el tiempo de rodillas, inmóvil y como extática, con las manecitas juntas, profundamente recogida, y sin jamás volver a una u otra parte la cabeza.

Habiéndole acostumbrado doña Aurelia a dirigir frecuentes aspiraciones al cielo, e iniciada desde su más tierna edad en la meditación, no era raro aprovechase sus tiempos libres para retirarse a tratar con Dios.

En una ocasión, y no contando a la sazón sino cuatro años, la llevaron a la aldea de Porcari para pasar una breve temporada con su abuela paterna. Cierto día la sorprendió ésta retirada en una habitación, de rodillas, con las manecitas juntas y orando toda absorta ante una imagen del Corazón de María. Embelesada la abuela ante tan tierno espectáculo, llamó presurosa a su hijo Carlos, diciéndole:

—Ven corriendo a ver a Gema orando en mi cuarto.

Después de haber contemplado don Carlos por espacio de un buen rato tan angelical oración, se atrevió a interrumpirla.

—Gema —preguntó—, ¿qué estás haciendo?

Como quien sale de suave éxtasis, respondió con toda naturalidad:

—Rezó el *Avemaría;* salíos, que estoy en oración.

No se atrevieron a desatender tan ingenuo mandato, y volviéndose don Carlos todo conmovido hacia su madre, exclamó:

—¡Qué lástima no tener la máquina fotográfica para retratarla!

Reveló esta privilegiada criatura desde tan tierna edad extraordinario amor a la pureza. Para conservarla en todo su esplendor, no consentía que la tocasen, evitando en cuanto le era posible hasta que su propio padre la colocase sobre sus rodillas para besarla y acariciarla.

Si acaso su padre no hacía caso de tales reparos, se deshacía en llanto, y suplicaba:

—No me toque, papá.

—¿Pero no ves que soy tu padre? — replicaba don Enrique.

—Sí —respondía Gema—; pero no quiero que nadie me toque.

Cuando tenía siete años aconteció que un primo suyo, estando montado a caballo y despidiéndose de la familia, echó de menos no sé qué objeto que se había olvidado. Suplicó a Gema se lo trajese, haciéndolo con tanta prontitud y buena voluntad, que a los pocos segundos ya se lo estaba entregando. El primo trató de premiar el servicio con una suave caricia. Alarmada la sierva de Dios al sentir el contacto de la mano de su primo, se retiró con vehemencia. El joven perdió el equilibrio, cayó del caballo y se lastimó de alguna consideración.

Al referir la Santa este hecho, añade que en castigo de tal acción la tuvieron todo un día con las manos atadas a la espalda.

Encariñada nuestra Gema con la virtud desde

tan temprana edad, aparecía como indiferente a las diversiones y entretenimientos de la niñez. Si jugaba con sus hermanitos y las niñas del colegio, se veía claramente que más bien lo hacía por complacerles que por propio gusto. Sus inclinaciones manifiestas desde tan tierna edad eran a la oración y el recogimiento.

Un día quiso enviarla don Enrique a la Plaza Mayor para asistir al concierto de la banda municipal. Gema le suplicó como por favor la dispensara, permitiéndola pasear por las murallas de la ciudad, a la hora del concierto totalmente desiertas.

Por sus singulares prendas naturales y relevantes virtudes, Gema parecía el ángel del hogar y del colegio.

El anhelo con que sus piadosos padres habían suspirado por tener una niña, muy pronto apareció convertido en predilección manifiesta. El cariño que don Enrique la profesaba le llevó a decir en más de una ocasión:

—Sólo tengo dos hijos, Gema y Ginés.

Apenas entraba en casa preguntaba por élla; deseaba la vistieran en los más acreditados comercios; cuando tenía que quedarse fuera para comer o dormir, la llevaba a los mejores hoteles; le traía continuamente regalos y juguetes; la sacaba frecuentemente consigo de paseo, y le daba otras innumerables pruebas de predilección.

Es cierto que Gema se hacía digna de semejantes preferencias, lo que no impedía las rechazase constantemente, por juzgarse inmerecedora de ellas y entender desde su más tierna edad podrían engendrar celos y envidias entre los demás hermanos. A veces se ponía a llorar, y toda ruborosa decía a su padre:

—¿Acaso no tiene más hijos que a mí? ¿No tiene ocho hijos?

—Os quiero mucho a todos —respondía el padre—; pero date cuenta de que eres tú la mayorcita de tus hermanas (1).

La predilección de doña Aurelia por Gema nacía enteramente de motivos sobrenaturales.

—Veo en élla —decía—, mejor que en todos mis otros hijos, la gracia de Dios.

La piadosísima madre se felicitaba de que el Señor le hubiese concedido una hija tan inclinada a las cosas del espíritu, aficionada a la oración, dócil y mortificada, amante de la pureza y ansiosa por volar a unirse con Dios en el cielo. Más bien que madre, aparecía doña Aurelia con este encanto de su corazón directora de conciencia, que encaminaba su alma por las vías de la perfección.

El mayor de los hermanos de Gema atestigua en los procesos que la sierva de Dios "nunca hacía valer la predilección que hacia élla mostraban sus padres; antes bien, la rehusaba". .Sabemos que nunca se dieron por resentidos los hermanos por la conducta de los padres, antes al contrario, reconocían también éllos en ésta su hermana cierta superioridad que hacía recibieran de buen grado sus consejos y amonestaciones.

Este ascendiente de Gema sobre sus hermanos no tenía otro origen que su singular virtud y el cariño que les mostraba, y con el cual les ganaba todos los afectos.

También las niñas del colegio se sentían dulcemente atraídas hacia nuestra Santa, puesto que observaban el tierno afecto que a todas las profesaba, y hasta los sacrificios que sabía imponerse para contentarlas.

---

(1) Los ocho hijos de D. Enrique Galgani, fueron: Guido, Héctor, Ginés, **Gema**, Antonio, Angela y Julia. Del otro hijo, muerto al poco de nacer, no poseemos noticias precisas.

En unos exámenes de francés en que élla obtuvo una brillante puntuación, algunas de sus compañeras quedaron suspensas. Lamentó tan sinceramente el contratiempo de sus compañeras, que llegó a casa confundida y casi llorosa. Viéndola en tal estado, sospecharon los de casa sería por no haber aprobado la asignatura.

—¿Estás triste —le preguntaron— porque te han suspendido en el examen?

—No —respondió—; yo he salido muy bien, pero han suspendido a otras compañeras: yo deseaba que nos aprobaran a todas, y entonces hubiera quedado contenta.

En cuanto a las profesoras del colegio, la tenían por santa, y a su virtud atribuyen el siguiente caso que no deja de tener algo de maravilloso. "Cundía por aquellos días en Luca —declaran las señoritas Vallini —la tos ferina, siendo atacada toda la familia de Gema, precisamente cuando su madre se encontraba ya en trance de muerte. No atreviéndonos a despedir a Gema y sus hermanitos, acudimos al señor Párroco para pedirle consejo.

—No abandonen a esas pobres criaturas — nos dijo—; Dios las protegerá.

Seguimos con docilidad el consejo; tomamos las oportunas precauciones, y ningún niño contó en casa hubiese tos ferina en el colegio ni tampoco fué de élla atacado".

Si tan brillantes como acabamos de ver son los albores de santidad de Gema, ¿qué no podremos prometernos para cuando ese sol llegue a lucir con todos sus esplendores?

CAPITULO II

Sin madre en la tierra, y bajo el manto de la Madre del cielo.

(1885 - 1886).

Gema tiene ya siete años, y la divina providencia le prepara una de esas terribles pruebas de que tan llena habremos de encontrar esta historia.

Cuando apenas contaba dos años, se manifestaron en su madre los primeros síntomas de la enfermedad que debía conducirla al sepulcro.

Atacada de tuberculosis pulmonar, recibió la enfermedad con la sublime resignación de los santos. Se la vió redoblar los desvelos, tanto para dejar a sus hijos bien cimentados en la virtud, como para enriquecer su propia alma de méritos para el cielo.

Viendo singularmente a nuestra Gema tan dócil, aplicada, caritativa y fervorosa, se le enternecían las entrañas considerando que muy pronto tendría que dejarla.

—Rogué mucho a Jesús —le decía entre abrazos y lágrimas— me concediera una niña: me ha dado este consuelo, pero demasiado tarde. Estoy enferma y pronto moriré; aprovéchate entre tanto, hija mía, de mis instrucciones.

Le hablaba a continuación de la encantadora hermosura del alma, de la horrible fealdad del pecado, de la vanidad del mundo y de la gloria de los bienaventurados.

—Mira, Gema —le decía otras veces, mostrándole el crucifijo—, éste amoroso Jesús ha muerto en la cruz por nosotros.

Encontraba Gema tan dulce complacencia en las instrucciones de su madre, que cuando ésta las daba por terminadas la importunaba para que las prolongara, diciendo:

—Mamá, háblame otro poco de Jesús.

Según que doña Aurelia iba sintiendo se le acababa la vida, redoblaba los afanes por enfervorizar a sus hijos.

Por más que todos se aprovechaban de los desvelos de tan santa madre, echábase bien de ver que ninguno tánto como Gema. Era esto de indecible consuelo para doña Aurelia.

—Gema —le dijo un día—, si pudiera llevarte adonde Jesús me llama, ¿vendrías gustosa?

—¿Adónde? —preguntó Gema con infantil ingenuidad.

—Al cielo, con Jesús y los ángeles —respondió la madre.

Desde entonces empezó la sierva de Dios a suspirar por la gloria. "Fué mi madre —manifestaba a su confesor— quien me enseñó a suspirar por el cielo".

Ordenaron los médicos que, en atención a lo contagioso de la enfermedad de doña Aurelia, se tomasen precauciones con los niños, prohibiéndoles llegarse hasta el lecho de la enferma. Esto fué un golpe terrible para nuestra Gema.

—Alejada de mamá —exclamaba sin poder contener las lágrimas—, ¿quién me aleccionará sobre la oración y el amor a Jesús?

Rogó y suplicó encarecidamente se la exceptuara de la prohibición, siendo tan tiernas y elocuentes sus importunaciones que al fin se salió con la suya.

Arrodillada de ordinario a la cabecera del lecho de su madre, oraba con élla y por élla; recibía sus últimas recomendaciones, y le prometía ser fiel a sus consejos hasta la muerte.

A expresa voluntad de tan piadosa madre, que deseaba ver robustecida la fe de su hija, debe atribuírse el que le fuese por entonces administrado el sacramento de la confirmación. Lo recibió en la pa-

rroquia de San Miguel, de manos del Arzobispo Monseñor Ghilardi, el 6 de mayo de 1885.

Esta fecha debe de registrarse como una de las más memorables en la historia de nuestra Gema, por haber recibido en ella la primera locución celestial.

Quedóse después de la sagrada ceremonia a oír la santa misa, cuando durante ella escuchó una voz misteriosa que le dijo:

—¿Quiéres darme a tu mamá?

Sí —respondió Gema—, pero llévame a mí con élla.

—No —replicó la voz—, dame a tu mamá, y tú te quedas por ahora con papá.

Gema aceptó resignada el sacrificio que se le pedía. Volvió a casa con el corazón partido de dolor; se arrodilló a la cabecera del lecho de su madre, y declaró que ya no se apartaría de allí.

La piadosa madre también deseaba tener junto al lecho en el momento de expirar a su idolatrada Gema; pero a don Enrique no le sufría el corazón contemplar las desgarradoras escenas que sin cesar se desarrollaban entre madre e hija; así que, secundando también las órdenes del médico, dispuso la llevaran hasta nueva orden a casa de una cuñada suya residente en San Jenaro.

Difícil sería imaginar el dolor que Gema experimentó al dar a su madre un adiós, que no se le ocultaba era el adiós hasta el cielo. A pesar de ello, no opuso resistencia a las disposiciones de su padre, ofreciendo al Señor tan penoso sacrificio.

Entre tanto, la enfermedad de doña Aurelia seguía implacablemente su curso. Cuando hubo recibido los últimos sacramentos, se entregó resignada en las manos de Dios, exclamando: "Ofrezco gustosísima al Señor el sacrificio de mi vida, y sólo le pido recuperar a mis ocho hijos para gozar con éllos eternamente en el cielo".

Con tan santas disposiciones voló al eterno descanso este perfecto dechado de madres cristianas, el día 17 de septiembre de 1885. Contaba a la sazón 39 años de edad.

La resignación con que Gema recibió la infausta noticia de la muerte de su madre vino a revelar a cuantos la rodeaban el heroísmo de su virtud. Sin entregarse a inconsiderados excesos de dolor se contentó con responder a quien le comunicó la triste nueva:

—Mamá está en el cielo.

Luego que se dió cuenta de lo mucho que había perdido perdiendo a su madre, a imitación de Santa Teresa y otros varios santos, se postró ante una imagen de María, exclamando con filial confianza: "María, ya no tengo madre en la tierra; sé tú mi Madre desde el cielo". "'Verdaderamente me valió", pudo decir Gema con la esclarecida reformadora del Carmelo, puesto que si desde aquel momento empezó a llamar a María *la Mamá del cielo,* la sacratísima Reina de los Angeles la acogió bajo el manto de especialísima protección. A lo largo de esta historia encontraremos numerosas y muy tiernas pruebas de ello.

La tía de San Jenaro deseó á la muerte de doña Aurelia que Gema continuase en su compañía, encargándose de atenderla y educarla a su cuenta. Pero don Enrique no se avino con semejante deseo, buscando su compañía para aliviar un tanto el inmenso dolor que le oprimía. Con sólo contemplar el rostro de ésta niña angelical, vivo retrato de la difunta esposa, sentíase alentado para llevar el peso de su cruz.

Si con grande pena de la tía con no menor consuelo de don Enrique, regresó Gema a la casa paterna al cabo de tres meses de ausencia. Nada sabemos acerca de la impresión que experimentó al ver a sus hermanitos vestidos de luto, al visitar aquella estan-

cia en la que tanto había llorado y orado; sólo sabemos que nunca olvidó en sus oraciones a aquella a quien miraba como dos veces madre, y que en adelante, en lugar de escoger para itinerario de sus paseos domingueros la muralla de la ciudad, escogía el cementerio en el que después de visitar el sepulcro de la madre idolatrada y rendirle el tributo de sus plegarias, asistía a la bendición con el Santísimo que se daba todos los domingos en la capilla de la ciudad de los muertos.

CAPITULO III

La primera Comunión.
(1886)

Al regresar Gema de San Jenaro ya no volvió al colegio de párvulos de las señoritas Vallini. Su edad y aprovechamiento reclamaban una instrucción superior a la que en aquel colegio se daba.

Entró como medio pensionista en el Instituto de Santa Zita, llamado también Fundación Guerra, del nombre de la fundadora, la piadosísima señorita doña Elena Guerra.

El nuevo colegio fué muy del agrado de Gema. En él se mostró perfecto dechado de aplicación y buen comportamiento. La profesora de su clase, Sor Julia Sestini, asegura: "que en conducta sacaba todas las semanas la máxima puntuación, y que en aplicación eran también numerosos los premios que obtenía".

Desde el primer día pudieron admirar en élla las Hermanas rara precocidad de inteligencia, perfecto dominio de sí misma, singular afición al estudio del catecismo y de todas las asignaturas de religión, y

sobre todo, una piedad y devoción que la convertían en el encanto del colegio.

Entre tanto ardía en el pecho de Gema vivísimo deseo de unirse con Jesús Sacramentado, y pedía con insistencia a su padre, a las Hermanas y al confesor la admitiesen por favor a la primera comunión.

Sus ruegos venían a estrellarse contra la costumbre de la época de no admitir a los niños al celestial banquete hasta la edad de diez o doce años. Nueve iba a cumplir Gema, pero como estaba un poco atrasada en su desarrollo, daba la impresión de no tener sino seis o siete años.

Lloraba y suplicaba sin cesar, hasta que al fin fué tanto lo que insistió, que su confesor, monseñor Volpi (1), creyó su deber tratar el caso con don Enrique, apenas hubo cumplido Gema los nueve años.

Expúsole las ardientes ansias de éste ángel; lo ejemplarísimo de su conducta en el colegio; el claro conocimiento que tenía de Jesús; las inmensas ventajas que todos podían prometerse de admitirla cuanto antes al celestial banquete, y que todo bien considerado, debíase acceder a las reiteradas súplicas de la niña. El buen don Enrique dejóse fácilmente

---

(1) Fué monseñor Volpi el confesor ordinario de Santa Gema, desde que ésta empezó a confesarse a la edad de siete años hasta su muerte.

Como habrán de ser innumerables las veces que citemos a este venerable Prelado, vamos a dar de él una breve noticia biográfica. Nació en Luca el 27 de enero de 1866. Hijo de muy distinguida familia, renunció a todos los halagos del mundo para consagrarse desde su más tierna edad al servicio de los altares. Ordenado de sacerdote, fué el confesonario el sagrado ministerio en que más se ejercitó. Su dulzura, talento y prudencia en la dirección de las almas le merecieron el título de **nuevo San Francisco de Sales** con que se le calificaba en Luca. Con su rico patrimonio fundó en su propio palacio una escuela y oratorio para niños huérfanos, que él quiso se llamase de los **artesanitos**, pero

convencer por las razones del confesor, prestando su consentimiento a la propuesta.

Tan pronto como Gema se enteró de este acuerdo, sintió que el corazón le saltaba de júbilo, y ya sólo pensó en prepararse convenientemente para tan solemne acto. Además de las instrucciones del colegio, acudía a recibir otras en casa de una señora llamada Rafaela Lupi, muerta poco después en olor de santidad.

Acercándose el día feliz, deseó y obtuvo de su padre permiso para recluírse en el colegio por espacio de ocho días a fin de practicar ejercicios espirituales. "Durante ese tiempo —escribe la sierva de Dios en la Autobiografía —no vi a ninguno de la familia, pero a pesar de ello, ¡cuán bien me encontraba! ¡Qué paraíso!

Apenas vi satisfecho mi deseo de entrar en el convento corrí a la capilla para dar gracias a Jesús, suplicándole con ardor me preparase convenientemente para recibirle en la sagrada comunión. Entonces fué cuando sentí nacer en mi pecho vivo deseo de conocer minuciosamente toda la vida de Jesús, y en especial su Pasión".

Suplicó a la directora de los ejercicios, Sor Ca-

---

que hasta el día de hoy se conoce bajo la denominación de **Escuela Volpi.**

En 1894 fué nombrado arcipreste de San Miguel in Foro, y en 1897 obispo de Dionisiade y auxiliar del arzobispo de Luca. A la muerte de monseñor Ghilardi gobernó como Vicario Capitular dicha archidiócesis, hasta que en 1904 fué trasladado a la sede de Arezzo, donde por espacio de largos años se reveló pastor celoso, santo y enérgico. Al renunciar algunos años antes de su muerte dicho obispado, fijó su residencia en Roma, donde murió santamente el 19 de junio de 1931. Sus restos descansan en el panteón de su familia en Luca, y su memoria se guarda entre cuantos le conocieron y trataron como la de un santo.

mila Vagliensi, le fuese explicado paso por paso todo el misterio de nuestra redención. Avínose a ello la piadosísima Hermana, escuchándola Gema con tan vivos sentimientos de ternura, que no podía contener las lágrimas. Sor Camila, viéndola llorar, sentía también que los ojos se le inundaban en llanto, no siendo raro verse obligada a suspender la narración por semejante motivo.

En estos fervientes coloquios sintióse Gema algunas veces acometida de muy alta fiebre, que la obligó a guardar cama por espacio de todo un día.

Conforme se iba acercando la venturosa fecha, se acrecentaban los ardores de éste serafín, hasta el punto de que los últimos días de los Ejercicios ya no le era posible conciliar el sueño.

Para más y mejor preparar su conciencia hizo confesión general, y la víspera del gran día escribió a su padre una carta donde entre otras cosas le decía: "Le pido perdón de todos los disgustos y desobediencias con que le he ofendido, y le suplico que esta tarde lo olvide todo".

El día señalado para la primera comunión de Gema fué el 17 de junio de 1887, a cuya fecha había sido aquel año trasladada la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús.

"Llegó, finalmente —escribe la sierva de Dios—, la mañana del domingo: me levanté presurosa, y corrí por primera vez a Jesús. Al fin se vieron apagadas mis ansias. Comprendí entonces por primera vez las palabras de la promesa de Jesús: *Quien me come vivirá de mi vida*". "Lo que en aquel momento —escribirá más tarde al Padre Germán— pasó entre mí y Jesús no sé explicarlo. Jesús se dejó sentir con indecible fuerza en mi alma, dándome a entender que los deleites del cielo son muy otros que los de la tierra. Me sentí constreñida por el deseo de hacer perenne aquella unión con mi Dios. Me sentía cada

vez más desprendida del mundo y más dispuesta al recogimiento".

Al terminar los Ejercicios redactó una serie de propósitos, que contienen un breve plan de vida espiritual.

La primera comunión dejó gratísimos e inviolables recuerdos en el alma de Gema. Todos los años renovaba en semejante día su consagración al Señor, con el firme propósito de servirle con mayor fervor en adelante. Lo llamaba *el día de mi fiesta*, y se preparaba para celebrarlo con especiales actos de piedad y mortificación.

También el Señor le regalaba en tal día con especiales favores. Ya veremos cómo en esa fecha de 1899 imprimió en élla la imagen sangrienta de su Pasión.

Desde el día de su primera comunión toda la vida de éste ángel de la Eucaristía gira alrededor del sagrario.

Al principio sólo se le permitía comulgar los domingos y algún día de entre semana; pero muy pronto llegó a la comunión diaria.

Para conservar y acrecentar los frutos de la primera comunión en el alma de Gema, dispuso la divina providencia vinieran a hacerse cargo de élla y sus hermanitos dos hermanas de su padre, llamadas Elena y Elisa. Como eran muy piadosas, la acompañaban gustosas a la iglesia para oír la misa y comulgar; se entretenían con élla platicando de cosas del cielo; secundaban sus aspiraciones a la soledad y al silencio, y no la obligaban, como a veces hicieron don Enrique y la tía de San Jenaro, a llevar vestidos que su angelical pureza juzgaba en pugna con la modestia. Todo esto causaba indecible placer a la santa niña, pareciéndole vueltos los felices tiempos en que su madre la encariñaba por las cosas celestiales.

Fruto de esta intensa vida de piedad fueron

también las comunicaciones del cielo, que de día en día se iban haciendo más frecuentes. "Por este tiempo —escribe la sierva de Dios— Jesús se iba dejando sentir más y más de mi pobre alma; me decía muchas cosas, y me daba a gustar inefables consuelos".

Así es cómo se iba disponiendo Gema y la preparaba la divina providencia para las tiernas comunicaciones con el cielo de que nos ocuparemos más adelante.

CAPITULO IV

La perfecta colegiala.

(1885 - 1894).

Siendo la sagrada comunión fuente de vida espiritual, y comulgando nuestra Gema con angelical fervor cuantas veces se lo permitían, muy pronto se echó de ver que sus progresos en la vida espiritual nada tenían de comunes, y que llevaba camino de escalar muy en breve las más altas cimas de la santidad.

Prosiguió nuestra colegiala en el Instituto Guerra hasta los dieciséis años. En los estudios ocupó siempre uno de los primeros puestos, y en la virtud no hubo quien la aventajase.

Aprendió con perfección todo lo concerniente a la instrucción primaria, siguiendo también los cursos que en el colegio llamaban *perfectivos y complementarios.*

Llegó a bordar primorosamente; a poseer con perfección el francés; a versificar con facilidad, inspiración y arte, aparte otros estudios superiores de matemáticas, música, dibujo, etc.

Los numerosos premios obtenidos vienen también a constituír elocuentemente revelación de su aplicación y talento.

Entre estos premios merece particular mención la medalla de oro y premio de 100 liras obtenido en el curso catequístico 1893 - 1894.

Y si siempre es edificante la aplicación en una colegiala, lo era mucho más en Gema por el galardón que la servía de acicate. Era éste una hora de explicación sobre la Pasión de Jesucristo que su maestra le había prometido para cada vez que obtuviera diez puntos en estudio y labores. ¿Qué más se necesitaba para espolear la diligencia de ésta tierna enamorada del Crucificado?

La afición a los estudios, que de ordinario disipa a las almas poco espirituales, sirvió a Gema para unirse más íntimamente con Dios.

Los rasgos de su fisonomía moral iban apareciendo cada día más encantadores. Los que sólo ponían la mira en las apariencias exteriores, la suponían de carácter apacible y bondadoso; mas, cuantos lograron penetrar en su interior, están acordes en afirmar, con el Padre Germán, que "su temperamento era sanguíneo, que la sangre le hervía en las venas, y que sin la continua violencia que se imponía hubiera aparecido una fierecilla".

A pesar de tal temperamento, nadie la vió irritada ni desmandarse en sus palabras.

Si veía que otros se desmandaban en su genio, procuraba calmarlos; cuando la reprendían sin motivo guardaba silencio, y si le achacaban culpas ajenas, como lo hacían con frecuencia sus compañeras de colegio para excusarse, recibía con todo sosiego la reprensión o el castigo.

También era efecto de su extraordinaria virtud el desvío que mostraba hacia las diversiones y juegos. Si la invitaban a jugar condescendía sin resis-

tencia, pero prefería emplear el tiempo de la recreación en pláticas espirituales con las Hermanas.

La soledad y el silencio atraíanla con misteriosos encantos. No era raro que algunas de sus compañeras, y alguna vez sus profesoras, achacaran el retraimiento de Gema a soberbia o altanería. "El único defecto —manifiesta la sierva de Dios— por el que recibí fuertes reprimendas y castigos fué el orgullo; tanto que la maestra me llamaba con frecuencia *la orgullosa*". Otros interpretaban ese retraimiento como signo de estupidez. "Realmente soy muy estúpida —decía sin inmutarse—, ¿qué extraño me tengan por lo que efectivamente soy?".

Estos achaques a su comportamiento no fueron obstáculo para que alumnas y profesoras la apreciaran en extremo. "Era el alma de la escuela —atestigua una de sus profesoras— y nada se hacía sin contar con élla todo el tiempo que permaneció entre nosotras. Todas sus compañeras le profesaban entrañable cariño, y se complacían en asociarla a sus juegos y diversiones, a pesar de que su natural era algo retraído, su conversación reservada, su proceder franco y a veces aparentemente desenfadado".

Apreciada y amada Gema de sus compañeras, lo era mucho más de sus profesoras. Bien persuadidas las buenas Hermanas de que era, no solamente perfecto dechado de colegiala, sino que también un alma a quien Dios llamaba a extraordinaria santidad, la rodearon de los más solícitos cuidados, procurando coadyuvar la acción del Espíritu Santo sobre élla.

"Gema mía —le decía sor Camila—, tú eres de Jesús, y debes pertenecerle por completo. Sé buena: Jesús está contento de ti, pero aún necesitas mucha ayuda. La meditación de la Pasión debes estimarla sobre todos los tesoros. ¡Cuántas gracias te ha concedido Jesús!".

Sor Julia Sestini, que a la muerte de sor Camila en 1888 se encargó de la dirección de la clase de Gema, le solía repetir a menudo:

—Gema, acuérdate que debes ser verdadera *gema preciosa.*

"Con esta maestra —escribe la sierva de Dios— comencé a sentir mucho mayores ansias de oración. Apenas salía por la tarde de la escuela iba directamente a casa; me encerraba en una habitación, y rezaba de rodillas todo el rosario. También me levantaba varias veces durante la noche, y por espacio de un cuarto de hora encomendaba a Jesús mi pobre alma".

Así se disponía esta niña a las terribles pruebas místicas que el Señor le preparaba.

Al poco tiempo, en efecto, de encargarse Sor Julia Sestini de su educación, vióse colocada en el llamado por los teólogos *purgatorio místico.* Jesús se ocultó a su alma: nada de consuelos en la oración; nada de tiernas comunicaciones en la sagrada comunión; ningún atractivo por las cosas del cielo.

Sintiendo Gema ausente a su amado, redoblaba sus diligencias por complacerle; prolongaba su oración; multiplicaba sus ejercicios de piedad; acrecentaba sus penitencias, y se consagraba con nuevos bríos a la práctica de todas las virtudes. A esto se juntó un intensísimo dolor de sus ligerísimas faltas. "Jesús me infundió entonces —dice— dolor tan vivo de mis culpas que todavía me dura". Semejante estado de desolación perduró como un año, y se ordenaba en los designios de la divina providencia a purificar y preparar a la santa joven para nuevos favores.

En 1891 vemos nuevamente a Gema practicando los Ejercicios Espirituales como interna en el colegio. Hallamos en un cuadernillo de notas que por entonces escribió lo siguiente: "Ejercicios he-

chos en 1891, en los cuales Gema debe cambiar de vida y entregarse totalmente a Jesús". Refiriéndose a estos Ejercicios en otra parte dice: "Entendí perfectamente que Jesús me ofrecía esta ocasión para conocerme bien a mí misma, y para mayormente purificarme y agradarle".

Durante estos Ejercicios creció considerablemente el vivo dolor de sus pecados con que la iba preparando el Señor para más altas comunicaciones, y en la meditación sobre la vida de Cristo formó estos dos propósitos: "1.º Visitar todos los días a Jesús Sacramentado y hablarle más con el corazón que con la lengua. 2.º No hablar en cuanto me sea posible, de asuntos indiferentes, sino de cosas celestiales".

Del propósito de hablar con Jesús "más con el corazón que con la lengua", muy claramente se deduce que Gema ya no encontraba pasto suficiente para su espíritu en las oraciones vocales. Puédese suponer que ya por este tiempo le hacía saborear el Señor las regaladas primicias de la contemplación. Fúndase esta suposición en cuanto llevamos dicho sobre sus ansias por la oración, y en que antes de terminar su formación escolar recibía visitas y amonestaciones de su Angel de Guarda.

Habremos de ocuparnos muy de propósito de estas comunicaciones, que constituyen una de las notas características en la vida de nuestra Santa. Baste consignar, por ahora, que tales comunicaciones se remontan, cuando menos, al año 1894.

Véase la ocasión y forma como se verificó la primera que conocemos. Al serle adjudicados el premio y medalla de oro de que nos hemos ocupado, creyeron del caso sus tías vestirla con elegancia para recibir esos premios de manos del Señor Arzobispo. Gema no debió resistirse, y hasta consintió en llevar al cuello una crucecita con cadenilla de oro que le

había sido regalada, más un reloj del mismo metal, recuerdo de su santa madre.

Terminado el solemne acto y vuelta a casa, al quitarse dichas alhajas, observó junto a sí al Angel de la Guarda, que mirándola con aire severo, le dijo:

—Acuérdate que las joyas con que se adorne la esposa de un Rey crucificado no deben ser otras que las espinas y la cruz.

Fácil es imaginar la confusión y vergüenza de la pobre Gema al escuchar tan duro reproche. Al instante arrojó lejos de sí aquellos incentivos de vanidad, postróse en tierra, y con los ojos inundados de lágrimas, tomó la siguiente resolución: "Por amor a Jesús y para agradarle a él sólo, propongo nunca llevar sobre mi persona objetos de vanidad y ni siquiera hablar de ellos".

Echando de ver que llevaba un anillo en el dedo, se lo quitó también, no queriendo volver a pensar en modas y vanos adornos. "Desde aquel día –dice– no he vuelto a poseer ninguno de tales adornos".

Cuando más adelante veamos a Gema en tiernas y regaladas comunicaciones con el cielo, no olvidemos que en cuanto cabe a una criatura se ha preparado dignamente para ellas con su desprendimiento de todas las cosas terrenas, vivísimo dolor de sus ligerísimas faltas, generosidad en la práctica de todas las virtudes y ardientes deseos de vivir sólo para Jesucristo.

CAPITULO V

Dolor, orfandad y miseria.
(1894 - 1897).

Nos hallamos en el mes de septiembre de 1894.

Gema tiene dieciséis años y medio. Sus ascensiones en la virtud han sido rápidas y admirables. Llegamos, sin embargo, a los momentos en que la vamos a ver remontarse de claridad en claridad hasta unas alturas en que nos ofuscarán los ojos los divinos esplendores que la circundan.

Mas, como quiera que a las alturas de la luz sólo se llega por las asperezas de la cruz, lo primero que encontramos en esta nueva fase de la vida de Gema es la cruz del dolor y el sufrimiento.

Empezó el Señor pidiéndole el sacrificio de Ginés, su hermano predilecto, arrebatado a su cariño el día 11 de septiembre, a la florida edad de 18 años.

A esta tribulación siguió inmediatamente otra, y fué una grave enfermedad que contrajo élla misma, a lo que parece por los desvelos y larga permanencia junto al lecho de su hermano. Más que sus propios dolores sentía la aflicción de su buen padre, "a quien —dice— le ví varias veces llorando amargamente y pidiendo a Jesús su muerte en lugar de la mía". Luego veremos cómo hubo de tomar el Señor en cuenta esta oración.

Purificada más y más la sierva de Dios con tal enfermedad, plugo al Señor devolverle la salud, quedando, no obstante, tan quebrantada, que los médicos dispusieron no siguiera acudiendo al colegio. Avínose a ello sin gran trabajo, por no tener en sus

estudios otras aspiraciones que complacer a su buen padre.

En adelante repartió su tiempo entre los quehaceres domésticos y los ejercicios de piedad. El horario a que sujetó su vida difería muy poco del que seguía cuando iba al colegio. Se levantaba muy temprano, y rezadas las oraciones de la mañana, salía acompañada de una de sus tías o de su hermana Julia a oír misa y comulgar.

Lo restante de la mañana lo dedicaba a las faenas domésticas. Por la tarde hacía la visita al Santísimo, prolongándola, si se lo permitían, hasta una hora.

Al anochecer empleaba otro largo rato en oración, rezando todos los días de rodillas el rosario entero. Interrumpía también, según llevamos dicho, una o varias veces el sueño durante la noche para encomendar al Señor por espacio de un cuarto de hora *su pobre alma.*

Cuando los demás salían a distraerse, élla prefería quedarse en casa, y si su padre la obligaba a dar algún paseo, buscaba siempre las afueras de la población para no exponerse a perder el recogimiento.

Las luces del cielo iban siendo cada día más abundantes, y a favor de ellas las ansias por romper los lazos del cuerpo para volar a Dios más vehementes.

Pero no era todavía tiempo de volar al cielo, sino de acrecentar méritos para el cielo: "Un día —escribe la sierva de Dios— pregunté a Jesús después de comulgar por qué no me llevaba al cielo.

—Hija mía —me contestó—, porque durante tu vida te habré de dar muchas ocasiones de acrecentar tus merecimientos, reavivando tu deseo de la bienaventuranza".

Con estas palabras parece como que presagiaba

el divino Salvador a nuestra Santa los espantosos dolores y terribles pruebas que le tenía preparados.

Esos dolores no se hicieron esperar. Poco después de la enfermedad de que acabamos de hablar, sufrió una lesión al pie que le ocasionó gravísimos dolores, poniéndole en trance de perderlo.

Sea que la lesión no se presentase al principio como de cuidado, sea que la sierva de Dios quisiera aprovecharse de ella para tener algún trabajo que ofrecer a Jesucristo, es lo cierto que la descuidó mucho más de lo justo.

Como la llaga se iba extendiendo y aparecieron síntomas inequívocos de gangrena, hubo al fin, que llamar al médico. Este no pudo por menos de asustarse al ver el profundo estrago producido por la gangrena y que el hueso presentaba una caries de muy mal aspecto.

Su primer diagnóstico fué que se debería proceder a la amputación del pie; examinado, sin embargo, mejor el caso, y llamados otros dos médicos, acordaron como medida para evitar la amputación, hacer una profunda raspadura en el hueso careado. Gema se colocó dócilmente en sus manos, dispuesta a todos los dolores.

Para no perder la ocasión que se le ofrecía de padecer, rehusó el cloroformo y pidió en su lugar un crucifijo. Sufrió la operación con valor y tranquilidad inalterables, y si en lo más doloroso de ella no pudo evitar se le escapara algún gemido, fijando al punto las miradas en el crucifijo enmudecía, pidiendo perdón al Señor por su debilidad.

Así fué cómo, según su expresión, "después de haber rogado con insistencia a Jesús me hiciera partícipe de su cáliz, al fin me vi consolada".

Al terminar de apurar este cáliz le esperaba otro, mucho más copioso y amargo.

La familia Galgani, que hacía algunos años

venía decayendo lastimosamente de su pasada prosperidad, en 1897 se iba a hundir irremisiblemente en la miseria.

Los extraordinarios gastos que hubo de hacer don Enrique en la larga enfermedad de su esposa; el tener que atender y educar a numerosa familia; las enfermedades de varios hijos y la falta de suerte en los negocios, le llevaron a adquirir deudas importantes. Abusando de su necesidad y buena fe, numerosos prestamistas le empujaron con sus aparentes favores a la bancarrota.

Acudieron generosamente en ayuda sus dos hermanas; dieron su firma para cuanto pudieron; se sacrificaron hasta lo último, pero desgraciadamente sólo consiguieron caer también éllas envueltas en la ruina.

El bueno de don Enrique no tuvo fuerzas para resistir tanta adversidad y cayó gravemente enfermo. Se le declaró un cáncer a la garganta que le hacía padecer horribles dolores. Unidos éstos a sus padecimientos morales, le arrastraron en muy poco tiempo al sepulcro.

A la muerte de don Enrique se siguió inmediamente el embargo de todos sus bienes muebles e inmuebles, quedando sus hijos en la más completa miseria.

Escuchemos ahora cómo refiere la sierva de Dios todas estas desventuras domésticas. Su relato nos revela, tanto como la profunda humildad de su alma, su admirable resignación a las disposiciones del cielo. "El año 1897 —dice— fué en extremo doloroso para toda la familia. Yo sola, sin pizca de corazón (así oculta el heroísmo de su virtud), permanecí indiferente a tanta desgracia. Lo que mayormente afligía a los demás (nótese bien: a los demás, no a élla) era el verse privados de recursos, a lo que debe añadirse la grave enfermedad de papá.

Conocí una mañana la magnitud del sacrificio que muy pronto iba Jesús a exigirme. Lloré mucho, pero Jesús se dejaba sentir mayormente de mi alma en aquellos días de dolor; y como por otra parte veía a papá tan resignado a morir, tuve valor suficiente para sobrellevar con relativa tranquilidad tamaña desgracia. El día del fallecimiento de papá me prohibió Jesús abismarme en lamentos y lloros inútiles. Lo pasé orando y muy resignada con la voluntad de Dios, que en aquel momento tomaba las veces de padre celestial y terreno.

Muerto papá, nos encontramos sin nada, careciendo absolutamente de medios de vida".

Estas últimas palabras declaran todo lo espantoso de la tragedia que siguió a la muerte de don Enrique.

Sabemos que cuando aquellos siete hijos y dos hermanas lloraban sobre el cadáver de don Enrique, vióse profanado tan sagrado llanto por la presencia de agentes de la autoridad y prestamistas que acudieron como aves de rapiña a incautarse de todo cuanto había en casa y en la farmacia.

Gema recordaba más adelante que en esa ocasión guardaba unas cuantas monedas en el bolsillo, que debían sumar unos cinco o seis reales. Cuando salían de casa los acreedores, hubo de sospechar uno de éllos que algo se guardaba, teniendo la bárbara crueldad y desvergüenza de echarle mano al bolsillo y arrebatárselas, no ignorando que era todo el capital que quedaba para atender a las necesidades de nueve personas.

Gema nunca quiso revelar el nombre de quien cometió tan baja acción; pero se llegó a saber por otra parte que terminó en un hospital.

El temple de alma de nuestra heroína se mostró en todos estos infortunios a la altura de las circunstancias, y hasta manifestó más tarde a una tal Ma-

riana Branchini que se felicitaba en su corazón y daba gracias a Dios, mirando todas estas pruebas como singular beneficio del cielo.

Cuidábase también de alentar a sus tías y hermanos, asegurándoles que no les faltaría la protección de la divina Providencia.

Así efectivamente sucedió, pues si bien el Señor les hizo pasar por muy graves apuros y necesidades siempre pudieron disponer de un pedazo de pan, que llevarse a la boca.

CAPITULO VI

Renuncias generosas.
(1897)

En el capítulo pasado dejamos a Gema con el cáliz del dolor en la mano y apurando a grandes tragos su amargura. ¡Cuánto le falta todavía para llegar hasta las heces!

Cuando toda la familia quedó en el desamparo referido, recogieron a la sierva de Dios unos tíos de Camaione que se hallaban en muy desahogada posición y le profesaban singular cariño.

Aparentemente esto le resolvía un terrible problema; sólo que élla no buscaba en Camaione comodidades y regalos, a los que por adelantado renunciaba: buscaba soledad, silencio, oración, dirección conveniente para su espíritu, y esto es justamente lo que le iba a faltar.

Sus tíos eran personas piadosas, pero su casa no era el desierto en medio del mundo que Gema deseaba.

Tenían estos tíos un comercio por el que todos los miembros de la familia debían desvelarse: Gema

no pudo sustraerse a este género de vida, tan en pugna con sus inclinaciones y los interiores impulsos de lo alto.

Vino a colmar su aflicción la falta de director, precisamente en los momentos que más lo había menester. Desde su más tierna infancia la hemos visto dirigida por monseñor Volpi. Este ilustre Prelado la había orientado en sus vacilaciones, corregido de sus defectos, instruído en sus dudas, consolado en sus penalidades y tranquilizado en sus escrúpulos. Jamás había tenido otro director de su conciencia; y ahora, sobre la natural repugnancia de manifestarse con otro, se encontraba con la preocupación de que no la entendiese o no se interesase por élla. Esta preocupación llevaba consigo el temor de no poder acercarse a la sagrada comunión todos los días.

No sabemos en qué forma la ayudó el Señor en estas perplejidades, y sólo nos consta que, si bien se encontró muy afligida todo el tiempo que permaneció en Camaione, no llegó a omitir la comunión diaria.

Su tenor de vida en esta población lo hallamos descrito por un primo suyo, llamado Luis Bartelloni, que juntamente con una hermana suya vivía en la misma casa. "Gema —dice— se dirigía todas las mañanas, acompañada de mi hermana Rosa, a la colegiata para oír misa y comulgar. Después atendían a los quehaceres domésticos y ayudaban al tío, sirviendo al público en la tienda.

Permanecían las dos en la tienda hasta eso de las doce, en que íbamos a comer. Después de la comida, Gema y mi hermana se encaminaban a la iglesia de Badía, distante de Camaione como un kilómetro, donde permanecían en oración hasta las tres. A dicha hora volvían a la tienda para proseguir el trabajo, hasta eso de las seis, en que volvían

a la iglesia para visitar a Jesús Sacramentado y rezar sus oraciones. De vuelta a casa, cenábamos, y a continuación rezábamos el rosario y las oraciones del cristiano. Al cabo de media hora de conversación, cada cual se retiraba a su habitación, con una puntualidad típica en casa del tío Domingo".

La vida que este testigo encuentra tan ocupada por santos ejercicios y buenas obras aparecía a los ojos de Gema como muy reprensible. "En compañía de la tía —escribe en la Autobiografía— estaba otra sobrina que se hizo amiga mía, y para el mal siempre andábamos de acuerdo. La tía nos dejaba salir solas, y recuerdo muy bien que si Jesús no tiene compasión de mi debilidad, hubiera caído en pecados graves, puesto que comenzaba suavemente a apoderarse de mi corazón el amor del mundo".

El mal a que Gema aquí se refiere parece no haber sido otra cosa sino que ésta prima no llevaba vida tan celestial como la suya, ni la conducía en los paseos por lugares tan solitarios como hubiera deseado: lo cual, unido al género de ocupaciones que traía, dió ocasión a ciertos episodios muy dolorosos para su angelical pudor y que no hay razón para silenciarlos en este lugar.

Gema, según la unánime apreciación de cuantos la conocieron, poseía hermosura nada común. La proporción de sus facciones, sus mejillas sonrosadas, la serenidad y noble majestad de su frente, la delicadeza de sus labios, y muy singularmente la rara brillantez de sus ojos, cautivaban dulcemente a cuantos la miraban. Si a esto se añade la gravedad de su porte, lo moderado de sus palabras, la encantadora modestia de sus ojos, la rara perspicacia de su mente y la distinción en todos sus modales, se comprende no faltaría quien tuviera honestas pretensiones sobre élla.

Las tuvieron, en efecto, varios jóvenes de Ca-

maione. El primero fué un tal Romeo Dalle Luche. No atreviéndose a dirigirse directamente a Gema, puso por intermediaria a cierta Alejandra Balmani, prima de la sierva de Dios, y que también vivía en casa de don Domingo. Véase cómo ésta refiere el caso: "Un joven de Camaione, llamado Romeo Dalle Luche, mozo de farmacia, fijó en Gema sus miradas, suplicándome a mí fuera intérprete de sus sentimientos hacia élla. Como yo me negase rotundamente, se arriesgó a escribirle una carta, entregándomela para que la hiciera llegar a manos de Gema. En cuanto ésta la recibió, la abrió y se puso a leerla en voz alta. Contenía una declaración amorosa.

Gema mostró profundo disgusto, hizo un gesto de desdén y dijo:

—Tráeme la carpeta: espera que escriba cuatro líneas y se las llevas.

Como yo me negase a llevar su contestación, Gema me dijo:

—Iré yo.

Rasgó la carta que tenía escrita, y se fué hacia él en persona. Fuí yo también con élla, y juntas entramos en el jardín de una señora apellidada Ghivizzona. Gema se quedó con la señora, mientras yo iba a la farmacia para llamar al joven.

—Gema —le dije— te quiere hablar, y te espera en el jardín de la señora Ghivizzona.

El joven se fué directamente al encuentro de Gema. Yo no asistí a la conversación, porque fuí a comunicar a la tía lo que pasaba. Cuando volví ya todo había terminado y el joven estaba de nuevo en la farmacia. Apenas me vió Gema, me dijo:

—¿Has visto qué pronto lo he ahuyentado? Le he dicho que aparte de mí todo pensamiento, y que ni siquiera me vuelva a mirar, porque soy toda de Jesús, y mis pensamientos y afectos son todos sólo y siempre para Jesús".

Semejantes pretensiones tuvo también otro joven llamado Jerónimo Berzzosi, hijo de distinguida familia. Enamorado de Gema, empezó a hacerse encontradizo con élla, y a seguirla con insistencia cuando se encaminaba de casa a la iglesia. No bien lo hubo advertido la angelical doncella, cambió de ruta, penetrando en el templo por otra puerta. Al verse Berzzosi desdeñado, y como suprema tentativa, le escribió una carta, declarándole sus sentimientos. Tan pronto como la sierva de Dios la recibió y se enteró de su procedencia, la destrozó sin siquiera abrirla.

También el tío Domingo acudió a fortalecer los lazos que el mundo iba tendiendo a la virtud de Gema. Como poseía un fuerte capital y no tenía hijos, y por otra parte profesaba muy tierno cariño a ésta su sobrina, le hizo la siguiente proposición:

—Si te quedas con nosotros, repartiré mis bienes entre ti y la otra sobrina que tenemos en casa.

—¡Oh, no! —respondió Gema con entera resolución—; yo me hago religiosa: si en lugar de esa herencia me ayuda para reunir la dote se lo agradeceré.

Todas estas proposiciones, tan halagadoras a los ojos del mundo, sólo servían para colmar la medida del disgusto que Gema sentía desde el primer día que puso sus plantas en Camaione. Singularmente las peticiones de relaciones producían tanto desagrado a su corazón virginal, que determinó volverse inmediatamente a Luca.

Se despidió amablemente de sus tíos, dándoles expresivas gracias por sus atenciones, y cuando menos la esperaban se presentó en Luca.

Esta resolución de Gema es tanto más de admirar cuanto que sus tías y hermanos pasaban por muy graves privaciones. Venir de Camaione a Luca suponía pasar de la abundancia a la miseria; del

regalo al sufrimiento; de la protección al desamparo: mas como quiera que a Gema lo único que le preocupaba eran las cosas celestiales; no tuvo reparo en sacrificar todos aquellos regalos y seducciones para volver a la vida de recogimiento, mortificación y trato con Dios que ya conocemos. .

Vino a Luca para abrazarse con la cruz del sufrimiento, y Jesús le preparaba también esta vez copiosa participación de sus dolores.

CAPITULO VII

Gravísima enfermedad y curación milagrosa.

(1897 - 1899)

Nos hallamos al comenzar este capítulo con la enfermedad más grave y prolongada que padeció nuestra Gema. Ella la miró como tierno regalo y singular favor de Jesús.

Después de afirmar que el mundo comenzaba a infiltrarse en su corazón, añade: "Mas he aquí que de nuevo se me puso Jesús delante: inesperadamente me fuí encorvando y sintiendo fuertes dolores de riñones".

A lo que parece, comenzó a sentir estos dolores en Camaione, alegrándose de poder ofrecer al Señor algún sacrificio.

Vuelta a Luca, el mal se agravó, complicándose con otras enfermedades. A los dolores de riñones y curvatura de la columna vertebral se juntaron otros no menos fuertes a toda la espalda. Como si todavía fuera poco, se le declaró la meningitis, con pérdida casi total del oído, caída del cabello y parálisis a todos los miembros.

Reducida a tal estado, no era lo que más le preocupaba la enfermedad; era otra cosa que sólo acertarán a comprender las almas virginales, el tener que ponerse en manos de médicos para sujetarse a su inspección y reconocimiento.

Sabemos por expresa declaración de la sierva de Dios que su recato virginal hubo de sufrir horriblemente en esta ocasión; mas por otra parte, como su virtud nada tenía de imprudente ni afectada, cuando fué necesario se puso sin réplicas ni aspavientos en manos de los médicos.

La impresión del primero de éllos fué francamente pesimista, y persuadido de que la gravedad del caso exigía consulta de doctores, fueron llamados otros dos, diagnosticando todos éllos de común acuerdo, se trataba de un caso de tabes espinal de difícil curación.

El tratamiento prescrito no dió los resultados apetecidos, y siguiendo la enferma de mal en peor, al poco tiempo quedó privada de todo movimiento.

La familia se desvivía por atenderla; pero no era raro encontrarse en tales apuros económicos que careciese de medios para proporcionar a la enferma los medicamentos más indispensables.

Y es lo malo que su pobreza, con ser tan extrema, era de esas que suelen llamarse vergonzantes. Eran muy numerosas las visitas que Gema recibía, singularmente de sus antiguas profesoras y compañeras de colegio; pero como casi nadie sabía hasta dónde llegaban las estrecheces de la familia, venían a ser muy escasos los socorros que de tales visitas se seguían.

Gema llegó a apesadumbrarse por las molestias y dispendios que ocasionaba a su familia. No fué del agrado de Jesucristo tal turbación: "Es tu perverso amor propio —le dijo— quien se resiente por no poder hacer cuanto hacen los demás, y por necesitar

del socorro ajeno. Si de verdad estuvieras muerta a ti misma, no te mostrarías tan inquieta".

Como se ve por esta reprimenda, Jesús exige a esta joven de veinte años lo más perfecto en materia de conformidad con la divina voluntad, y sobre estas alturas veremos a Gema en el largo calvario que todavía le resta.

Más de un año duró esta enfermedad; año de terribles dolores para el cuerpo, pero de grandes consuelos y goces para el espíritu. Durante él crecieron por modo prodigioso las ansias de santidad de nuestra Gema, y las apariciones celestiales se hicieron frecuentísimas y casi continuas.

Unas veces era el mismo Jesucristo quien acudía a consolarla; otras la Santísima Virgen que la colmaba de caricias, y con mucha mayor frecuencia el Angel de la Guarda, que la ilustraba y alentaba en sus terribles dolores.

Duante esta enfermedad comenzó a tener comunicaciones, que muy pronto se trocarán en dulce familiaridad, con San Gabriel de la Dolorosa, Pasionista, entonces recientemente declarado Venerable.

Como San Gabriel de la Dolorosa habrá de tomar muy activa parte en la curación y en toda la vida de Gema, vamos a referir cómo se originó en élla la tierna devoción a éste Santo.

Cuando las tías y hermanas de la sierva de Dios perdieron toda humana esperanza de curación, acudieron al cielo implorando por intercesión de varios santos el favor de un milagro. Una buena señora apellidada Martinucci les sugirió la idea de que suplicaran ese milagro al esclarecido taumaturgo de los tiempos modernos San Gabriel de la Dolorosa, entregando al propio tiempo a Gema un ejemplar de la vida del Santo.

Gema lo recibió complacida, pero no se cuidó de leerlo.

Al cabo de algunos días se vió acometida de tétrica melancolía, y durante ella se le apareció el demonio prometiéndole que si se entregaba a su servicio le restituiría la salud y la colmaría de prosperidades terrenas. En la agitación y estremecimiento producidos por semejante aparición, ocurriósele a Gema encomendarse a San Gabriel. Hízolo con todo el fervor de su alma y al punto desapareció confuso el tentador.

Poco tiempo después volvió a repetirse el asalto, y nuevamente a la invocación de San Gabriel recobró nuestra enferma la calma. "Aquella misma tarde —escribe la Santa— empecé a leer la vida. La leí muchas veces, sin cansarme jamás de su lectura y de admirar sus virtudes y ejemplos . . . Desde el día en que el Venerable Gabriel había salvado mi alma, empecé a profesarle especial devoción: por la noche no podía conciliar el sueño sin tener su estampa debajo de la almohada, comenzando desde entonces a verlo junto a mi lecho".

Estas celestiales visitas acrecentaban las ansias de la santa joven por volar cuanto antes al cielo. Su martirio, no obstante, debía prolongarse todavía por espacio de varios meses.

Todos cuantos la rodeaban quedaban sorprendidos de que aquel soplo de vida no se extinguiera de una vez. Los médicos habían anunciado desde el principio que semejante enfermedad no podía prolongarse por mucho tiempo, y es lo cierto que nuestra enferma llevaba ya un año en cama, y ni expiraba, ni se veía esperanza de curación.

La víspera de la Inmaculada experimentó Gema especiales consuelos. Prendada por los ejemplos de virtud de las Hermanas de San Camilo que la asistían, prometió ese día a la Santísima Virgen que si sanaba ingresaría en dicho Instituto.

Otro dulce consuelo iba a recibir ese día. Hacía

largo tiempo que deseaba consagrarse al Señor con el voto de perpetua virginidad. Reiteradamente había suplicado al confesor permiso para hacerlo, pero nunca se lo autorizaba. Se lo volvió a pedir en esta ocasión, y al fin lo consiguió.

Feliz y dichosa con semejante consagración y con el pensamiento de la comunión que iba a recibir al día siguiente, sintió como que un dulce sueño se apoderaba de élla. Apareciósele San Gabriel, y le dijo:

—Gema, haz gustosa el voto de entrar en religión, pero cuida de no añadir otra cosa.

—¿Por qué no he de añadir otra cosa? — preguntó la sierva de Dios.

—¡Hermana mía! — dijo San Gabriel por toda respuesta, acompañando estas palabras con una dulce sonrisa. "Nada entendí de esto —dice Gema—; y como para darle gracias le besé el hábito. Entonces él se sacó la insignia que los Pasionistas llevan sobre el pecho, me la dió a besar y, colocándomela sobre la sábana de la cama en la parte correspondiente al corazón, me dijo:

—¡Hermana mía! — y desapareció".

El día de la Purísima comulgó con singular fervor e hizo voto de ingresar en Religión, pasando lo restante del día muy recogida y consolada.

Expiró para Gema el año 1898 entre espantosos dolores del cuerpo y regaladas consolaciones de espíritu.

A principios de enero, y como prueba suprema, se determinaron los médicos a operarle el tumor a los riñones y aplicarle doce botones de fuego a lo largo de la espina dorsal. El resultado de todo ello fué negativo.

Para colmo de desventuras, le apareció hacia el fin de dicho mes un gran tumor a la cabeza. Llamado un especialista, declaró que era grave, tanto más

que la extrema debilidad de la enferma hacía imposible toda operación.

Aquí la desahuciaron definitivamente los médicos, dando por terminada su misión. "El día 2 de febrero —dice Gema— recibí el santo viático. Me confesé, y esperaba de un momento a otro volar a Jesús". ¡Y le restaba todavía un mes de agonía!

Un mes de agonía que debía terminar con un señalado prodigio del cielo. En los secretos designios de Dios estaba que Gema no debía morir en aquella ocasión. El Señor nos mostrará un alarde de soberano poder curando milagrosamente a su fiel sierva. Dejemos que élla misma nos lo describa: "Una de mis maestras —dice— vino a visitarme, y juntamente a darme el último adiós. ¡Tan grave me encontraba! Me indicó, sin embargo, hiciese una novena a la Beata Margarita de Alacoque . . . La referida me exigió antes de alejarse de mi cabecera la promesa de empezar la novena aquella misma tarde, que era del 18 de febrero. Efectivamente, la empecé, pero al día siguiente me olvidé proseguirla. El 20 la comencé de nuevo, e igualmente la olvidé al otro día. El día 23 di principio por tercera vez, es decir, tenía intención de dar principio, pero cuando faltaban unos minutos para la media noche, percibo como una corona que se mueve; siento que una mano se posa sobre mi frente, y oigo rezar nueve veces seguidas el *Padrenuestro, Avemaría y Gloria.*

Según estaba yo de extenuada, apenas respondía.

—¿Quieres curar? — me preguntó la voz que dirigía el rezo.

—Me da lo mismo — respondí.

—Si —añadió—, curarás: ruega con fe al Sagrado Corazón de Jesús. Yo vendré todas las tardes hasta que termine la novena junto a tu lecho y rogaremos juntos al Corazón de Jesús.

—¿Y a la Beata Margarita? — le pregunté.

—Añade por tu cuenta —contestó— tres *Gloria Patri* en su honor.

Así lo hice las nueve tardes seguidas: venía todas ellas el mismo personaje (San Gabriel de la Dolorosa), colocaba su mano sobre mi frente, y rezábamos juntos los *Padrenuestros* al Corazón de Jesús, y yo sola los tres *Gloria Patri* a la Beata Margarita.

Era el penúltimo día de la novena, y quise recibir la comunión al día siguiente, que era primer viernes de mes. Me confesé y recibí la comunión. La misma voz me volvía a repetir:

—Gema, ¿quieres curar?

Era tanta mi emoción que no pude responder; pero la gracia estaba concedida, y yo me hallaba curada".

Acerca de la instantánea y perfecta curación de Gema se encuentran numerosos testimonios en los Procesos, por haber sido muy sonada en todo Luca. Todos convienen en que fué milagrosa.

Así lo reconoce la misma Gema, atribuyéndola en su humildad a las oraciones de muchas almas buenas que se interesaron por élla.

"En esta curación —escribe el Padre Germán— el Sagrado Corazón de Jesús fué el autor, la Beata Margarita la intercesora y San Gabriel el instrumento".

¡Singular providencia! Santa Margarita de Alacoque y San Gabriel de la Dolorosa, que tan estrechamente unidos aparecen en la milagrosa curación de Gema, fueron canonizados por el Papa Benedicto XV el mismo día 20 de mayo de 1920.

CAPITULO VIII

En los umbrales del claustro.
(1899)

La milagrosa curación de Gema señala una nueva fase de su vida; la más interesante sin duda, la más extraordinaria, la más perfecta y la última.

Dejando para sus lugares respectivos ocuparnos de los fenómenos místicos y celestiales comunicaciones que ilustran esta última parte de la vida de la sierva de Dios, vamos a proseguir la narración de los acontecimientos que siguieron a su prodigiosa curación.

Reconociendo la santa joven en esa curación un milagro de la bondad divina, se esforzó por corresponder a él con una vida inmaculada. Reanudó los santos ejercicios y prácticas piadosas anteriores a la enfermedad, y singularmente volvió a reanudar la práctica de la comunión diaria.

La vida de Gema en adelante va a ser eminentemente eucarística. El tabernáculo y el Calvario, el sacrificio de nuestra redención y su perenne memorial serán los dos polos de atracción para su corazón enamorado.

Recordará el lector que durante los últimos meses de su enfermedad, la sierva de Dios hizo voto, si el Señor le restituía la salud, de entrar en Religión. No se crea fuese impremeditado dicho voto, ni hijo del deseo de librarse de la muerte. Hacía largos años que estaba decidida, y si no había llevado a efecto su determinación fué primeramente por la oposición de su padre, más adelante por la extrema pobreza en que cayó la familia, y últimamente por la enfermedad de que nos hemos ocupado en el capítulo precedente.

Las ardientes ansias por huír del bullicio y tráfago del mundo, de adelantar cada día más en virtud, y de ocultar los extraordinarios favores que recibía del cielo eran otros tantos estímulos que la empujaban hacia la vida religiosa.

Pero si estaba firmemente decidida a entrar en Religión, estaba momentáneamente vacilante sobre la Orden Religiosa que debía escoger. Los sucesos acaecidos durante su enfermedad la tenían indecisa entre tres Ordenes.

En primer lugar había prometido a la Santísima Virgen entrar, si sanaba, en la Congregación de San Camilo. Por otra parte, San Gabriel le daba ya el título de *Hermana*, lo que consideraba como invitación celestial, a hacerse Pasionista. Finalmente, escuchaba una voz misteriosa invitándola a vestir el hábito de Salesa, para corresponder al milagro de su curación, obrado por intercesión de Santa Margarita de Alacoque.

A esta última Congregación parece se sentía llamada por entonces con mayor fuerza, ya que seis días después de su curación escribía: "Quisiera volar inmediatamente adonde la Beata Margarita me llama".

Empujada por estos anhelos se encaminó al monasterio de la Visitación de Luca, pidiendo ser admitida. La acogieron las religiosas con suma benevolencia, y le dieron esperanza cierta de que sería aceptada.

Suspirando por entrar cuanto antes, y deseando vivamente aquellas buenas Madres tenerla en su compañía, acordaron entrase en el monasterio a principios de mayo para practicar Ejercicios Espirituales, y que, si al terminarlos se comprobaba ser verdadera su vocación, pasaría al noviciado.

Tiempo de ansiedad fueron esos dos meses para Gema. Contaba los días y las horas que le faltaban

para traspasar aquellos benditos umbrales que la habían de alejar del mundo, probablemente para siempre.

Llegó finalmente el día venturoso: hechos los preparativos necesarios, y provista de un ligero ajuar, se despidió de sus tías y hermanos, ingresó en la clausura y vió cerrarse en pos de sí aquellas puertas que la separaban del mundo.

La acogida de las religiosas fué en extremo cariñosa. No se les ocultaba que Gema era una pobre a quien había que empezar dispensando la dote exigida por las Constituciones; la veían igualmente recién salida de gravísima enfermedad; pero por otra parte, habían oído encomiar tanto sus extraordinarias virtudes, que no dudaron sería su perseverancia una bendición para el monasterio.

El mismo día de su ingreso comenzó los Ejercicios, acompañando a las religiosas en todos los actos de comunidad, como si ya fuera novicia.

El fin de las superioras al disponer hiciera los Ejercicios en semejante forma hubo de ser irla poco a poco probando, y también para que con sus ejemplos y virtudes edificase a las demás novicias.

Las religiosas todas no sabían qué hacer para demostrarle el afecto y cariño que hacia élla sentían. La superiora la colocaba a su lado en el refectorio; llevábala aparte en la recreación para hablar de cosas espirituales y en todo momento extremaba con élla las atenciones.

Encontrábase Gema en el ambiente por el que tanto tiempo había suspirado; daba rendidas gracias al Señor por los favores de que la colmaba, y ya no se preocupaba sino de que terminase cuanto antes el mes de Ejercicios para pasar al noviciado.

Mas ¡ay! se iban a presentar para esto último dificultades insuperables. El arzobispo, monseñor Ghilardi, debía estar prevenido contra nuestra pos-

tulante. Había oído hablar de su milagrosa curación, pero juntamente se había informado de que era de constitución delicada, de que todavía se encontraba muy débil y hasta de que llevaba un busto metálico que le habían colocado al principio de la enfermedad.

Al referirse Gema a este último pormenor añade: "A la verdad que no sé quién servía de espía al arzobispo".

Los médicos la habían aconsejado después de su curación lo siguiera usando como medida de precaución, y cuando el arzobispo manifestó a las religiosas que lo usaba y éstas se lo dijeron a Gema, se lo quitó inmediatamente y nunca volvió a necesitarlo.

Con todo, el prelado permaneció inflexible, y no sólo no consintió pasase al noviciado, pero ni siquiera que permaneciese en el monasterio todo el mes de mayo. A duras penas lograron las buenas religiosas tenerla hasta el 21, y eso en atención a que en dicho día profesaban algunas novicias, y Gema deseaba presenciar la profesión.

La mañana de dicho día, una vez terminada la ceremonia de la profesión, empleó la comunidad en festejar a las nuevas profesas. Gema se detuvo, o por mejor decir, Jesús la detuvo en la iglesia, sin que las religiosas la echaran de menos hasta después de comer, en que cayeron en la cuenta de que nadie la había visto durante toda la mañana y de que consiguientemente todavía estaba en ayunas. La buscaron presurosas, y cuidaron de que se alimentase antes de comunicarle la triste noticia de su salida del monasterio.

El dolor de la infeliz al recibirla no hay para qué explicarlo. "Eran las cinco de la tarde —escribe lacónicamente— y hube de partir. Pedí llorando la bendición a la Madre Superiora, saludé a las religiosas y salí. ¡Dios mío, qué pena!".

Afortunadamente no había perdido por entonces la esperanza de volver a entrar. Confiaba se fueran orillando las dificultades que se ofrecían de momento, y contaba con la buena voluntad de las Madres para todo cuanto estuviera de su parte.

Desgraciadamente muy pronto aumentaron las dificultades, hasta el punto de ahogar todas las esperanzas. "Entre tanto —escribe— llegamos al mes de junio. Advirtiendo que las monjas aparecían un poco cambiadas, no me turbé por ello . . . Comenzaron a sugerirme reflexiones, diciéndome que si no traía certificado de buena salud, cuando menos de cuatro médicos, no me admitirían. Lo intenté, pero resultaron vanas mis gestiones. Los médicos nada querían hacer, y las monjas me dijeron al fin terminantemente que sin dichos certificados les era imposible admitirme. Esta resolución no me turbó en lo más mínimo porque Jesús no dejaba por otra parte de consolarme con muchos favores".

¡Qué sublime virtud encierra esta resignación de Gema! Con la negativa de las Salesas ve desvanecerse sus más caras ilusiones, cambiarse el curso de su vida, condenársele a vivir en un mundo al que aborrece; y con todo no se levanta en su ánimo la más ligera tempestad, sino que acata perfectamente resignada las disposiciones del cielo.

En cambio de esta repulsa, declara, "Jesús no dejaba, por otra parte, de consolarme con muchos favores". Cúmplenos hacer aquí mención que el 9 de junio de este año recibió nuestra Santa el don inestimable de las llagas del Salvador, siendo llamada a participar de todos los dolores de la Pasión de Jesucristo. Más adelante nos ocuparemos de este hecho, del que ahora sólo hemos querido recordar la fecha.

CAPITULO IX

Tempestades y puerto tranquilo.
(1899 - 1901)

Al ocuparnos de las ansias de Gema por hacerse religiosa hemos apuntado, entre otras razones que la movían a suspirar por abandonar el mundo, el deseo de ocultar los favores que recibía del cielo.

Regalada con frecuentes éxtasis y semanalmente con las llagas de la crucifixión, echaba de menos en su hogar, no ya simplemente el recogimiento deseado, sino hasta el respeto que tales dones reclamaba.

La tías todavía le guardaban alguna consideración; los hermanos en general ninguna. Frecuentemente tomaban a chacota sus éxtasis, turbaban estrepitosamente su retiro, invitaban a toda clase de personas a presenciar sus fenómenos sobrenaturales, ocurriendo que cada cual hacía los comentarios que se le ocurrían, daba la primera explicación que le sugería su ignorancia y se despachaba a su antojo.

Gema, que había recibido tantos encargos de Jesús para que guardase ocultos los divinos favores, sufría horriblemente cuando, al salir del éxtasis, se encontraba rodeada de una turba de papanatas en actitud zumbona e irreverente.

Pero hay algo todavía más doloroso. En aquella familia faltaban el padre y la madre, y su ausencia se dejaba sentir particularmente en el abandono que algunos de los hijos revelaban. Basta aducir como prueba bien dolorosa de ello el hecho de que más de una vez en las discusiones familiares se permitió alguno de los muchachos blasfemar del santo nom-

bre de Dios. Al escuchar Gema tan bárbaro lenguaje sentía brotar copioso sudor de sangre por todos sus poros, cayendo al suelo desvanecida.

Claramente se ve que en tan adverso ambiente su vida tenía que ser un prolongado martirio. De aquí sus incesantes peticiones al confesor para que la encerrase en un convento, y sus fervientes oraciones al Señor suplicando el término de situaciones tan aflictivas.

Monseñor Volpi trabajó cuanto estuvo de su parte por complacerla, bien que desgraciadamente sin resultado.

En cambio, sus reiteradas plegarias al cielo merecieron le mostrase el Señor que no le faltaría lugar conveniente para ocultar en él los divinos favores.

La hospitalaria mansión que Jesús preparó a su fiel sierva fué la casa de don Mateo Giannini.

Ya que en esta casa habrá de pasar la sierva de Dios lo restante de su vida, plácenos referir el modo suave y paternal como se la preparó el Señor.

La familia Giannini fué siempre muy afecta a los Pasionistas, y en ella se hospedaban cuantos religiosos de la Congregación pasaban por Luca.

Cuando Gema empezó a tratar a los Pasionistas, confesándose y aconsejándose de éllos, tuvo algunas veces necesidad de acudir a esa casa. En estas visitas trabó poco a poco amistad con la piadosísima señora doña Cecilia Giannini, hermana de don Mateo. Prendada ésta de las virtudes de Gema, la invitó varias veces a que se quedara a comer; más adelante la invitaba a pasar el día, hasta que cuando salían los demás de la familia a veranear, quedándose élla sola, quiso se quedara también a dormir.

Gema se felicitaba de tan cariñosa acogida, pues encontraba en aquella casa el ambiente saturado de piedad por el que siempre había suspirado

y la soledad que con tan irresistibles encantos la atraía.

Doña Cecilia, a su vez, estaba encantada de la ingenuidad, humildad y obediencia de Gema. "Desde que comenzamos a tomar confianza —declara— de tal suerte deseaba tenerla en mi compañía, que no podía vivir sin élla. Experimentaba que su sola presencia me infundía recogimiento, y que con élla me sentía tranquila en las adversidades".

Cuando doña Cecilia empezó a trabar amistad con Gema nada sabía de los fenómenos sobrenaturales que en élla obraba el Señor, y la santa joven ponía todo su empeño en ocultárselos. Era, sin embargo, difícil, por no decir imposible, conseguirlo por mucho tiempo. Por otra parte, el Señor quería mostrárselos a la piadosísima señora para que élla los defendiese de toda mirada indiscreta. "Ayer —escribe Gema al confesor— Jesús me hizo sufrir mucho. Pasé todo el día sudando sangre. No estaba en casa sino doña Cecilia Giannini: no sé si élla lo notaría. Jesús me encarga constantemente que no me deje observar para nada de los de casa amenazándome de lo contrario con castigarme".

Doña Cecilia, que observaba el afán de la santa joven por ocultar los favores del cielo, aunque los veía perfectamente, se hacía la desentendida, y únicamente se permitía hablar de ellos, y eso para aconsejarse, con algunos Pasionistas que le merecían entera confianza.

Hacía casi un año que Gema visitaba la casa de los señores Giannini, cuando llegado el estío de 1900, salió toda la familia a veranear, quedando sola doña Cecilia. Como ya ésta se había enterado para entonces de la extrema pobreza de la familia Galgani, y había recibido de monseñor Volpi la recomendación de que tuviera en su casa a Gema el mayor tiempo posible, adoptó el acuerdo de tenerla por lo

pronto todo el verano. Terminado el verano no se resignó a dejarla salir, y al regresar la familia se presentó con Gema ante ella, diciéndoles: "Dios ha colocado en mis manos este ángel que aquí veis. ¿No podría quedarse con nosotros? Tenemos en casa once hijos, ¿qué monta uno más?". La propuesta fué al punto aceptada por toda la familia. "A la proposición de Cecilia —declara don Mateo— respondí inmediatamente que sí, y lo mismo hicieron Justina mi mujer y mis hijos mayores. Nada sabía yo entonces de los dones extraordinarios de Gema, y sólo me constaba que era muy buena".

Y ya que la sierva de Dios queda acogida en esta hospitalaria morada, parécenos de justicia decir dos palabras acerca de las virtudes que adornaban a tan bondadosa familia y de la conducta ejemplarísima que observó con nuestra Santa.

La familia Giannini se componía del jefe de la casa, don Mateo Giannini; su esposa, doña Justina Giannini; la hermana de don Mateo, doña Cecilia, y once (poco después de la venida de Gema doce) hijos del matrimonio. Además tenían en casa a un venerable sacerdote, don Lorenzo Agrimonti, a quien toda la familia respetaba como a padre, y la servidumbre correspondiente.

Vivían en muy desahogada posición, pues además de poseer una buena labranza, tenían también una bien acreditada droguería.

Era familia muy religiosa. Sencillo y noble don Mateo, vigilante y hacendosa doña Justina, educaban a sus numerosos hijos con el mayor esmero y religiosidad, apareciendo su casa verdadero modelo de hogares cristianos.

En cuanto a doña Cecilia, el Padre Germán la califica de *gran sierva de Dios;* pero de todo cuanto dice de élla, y singularmente de la veneración y altísimo aprecio en que la tuvo Gema desde que la co-

noció, bien claramente se deduce lo extraordinario de su virtud.

El día en que la sierva de Dios se quedó definitivamente en casa Giannini lo consideró toda la familia como de fiesta. Al darle don Mateo la bienvenida en presencia de toda la familia, añadía: "Afortunadamente será el duodécimo de nuestros hijos. Respeten todos a la nueva hija: guárdenle las criadas todo género de consideraciones, y cuiden que nada le falte". Las hijas decían a su vez: "Será nuestra séptima hermana, y la amaremos como nos amamos las hermanas". Con semejantes muestras de complacencia la recibieron los hijos.

Muy pronto pudieron todos felicitarse de la nueva hija y hermana que habían adoptado, por los admirables ejemplos de virtud que en élla contemplaban. "Todos los de casa —escribía al poco tiempo doña Cecilia— se sienten contentísimos de que esté Gema permanentemente entre nosotros, y todos la aprecian muchísimo, comenzando por Mateo y terminando por Carlitos". "De la carísima Gema —escribía al mismo Padre Germán doña Justina— no sé qué decirle: es un verdadero ángel en carne humana: con esto está dicho todo". "Puedo jurar —declara don Mateo— que en los tres años y ocho meses que Gema vivió con nosotros, jamás advertí el más mínimo disgusto en la familia por su causa, ni observé en élla el menor defecto".

¡Cuánto dicen todas estas manifestaciones y cien más que omitimos en gracia de la brevedad en favor de nuestra Santa!

¿Quién ignora lo delicado que es introducir en la vida de familia a una persona extraña, singularmente en una familia de doce hijos, de distinta edad, temperamento y condición? Decir, por tanto, que jamás hubo por causa de Gema envidias, parcialida-

des ni disgustos es cuanto cabe decir de su prudencia, tacto, obediencia y demás virtudes.

Gema no cesaba de bendècir al Señor por la providencia que con élla había usado, y en cuanto a gratitud con sus generosos bienhechores, veremos más adelante que llega hasta pedir y obtener del Señor traslade a su persona las enfermedades que a éllos les envía.

La familia Giannini, por su parte, en vida de la sierva de Dios se consideró feliz por haberla acogido, y después de su muerte atribuye a su intercesión en el cielo las bendiciones que el Señor derrama sobre élla. "Creo deber declarar —deponía en los Procesos don Mateo, 18 años después de la muerte de Gema— que habiendo tenido a mis cinco hijos en la guerra, expuestos a los mayores peligros, todos han vuelto sanos y salvos, atribuyéndolo a la protección de Gema que constantemente implorábamos; así como también creo que sea una gracia de Gema la suerte que he tenido con todos mis hijos, los cuales son mi consuelo, pues comulgan todos los días y trabajan con celo en la Acción Católica; mientras que de mis hijas, cinco se han hecho religiosas, una se ha quedado en casa y la otra se casó".

Así paga Dios la caridad pura, generosa y desinteresada, sin menoscabo de la eterna recompensa en el cielo.

CAPITULO X

Actividad y contemplación.
(1901 - 1902)

Vamos a reseñar en este capítulo la vida de trabajo y oración que llevó Gema en casa de los señores Giannini los tres años y medio que precedieron a su muerte.

El horario a que sujetaba sus actos del día y de la noche variaba muy poco del que había seguido hasta entonces.

Por la mañana se levantaba muy temprano; en muy poco tiempo se vestía, lavaba y peinaba, y cuando doña Cecilia salía del cuarto para dirigirse a la iglesia a oír misa y recibir la sagrada comunión, estaba siempre pronta para acompañarla.

De ordinario se dirigían a la iglesia de La Rosa, que la tenían casi a la puerta de casa. Oían dos misas; una durante la preparación para la comunión y otra en la acción de gracias. Volvían a casa cuando los restantes de la familia empezaban a levantarse.

Las primeras horas de la mañana, después de regresar de la iglesia, las consagraba al trabajo. Lo mismo barría que lavaba, traía agua que fregaba los pisos, arreglaba las habitaciones, que preparaba a los niños para salir al colegio.

Cierto que Gema no había entrado como criada, sino para ser, en expresión de doña Cecilia, "nuestro consuelo y ejemplo con su santa conversación", lo cual no era obstáculo para que tuviera consagradas muchas horas del día a todo género de trabajos.

La labor en que mayormente se ejercitó fué hacer y arreglar medias. Del afán que ponía en tan humilde trabajo es buena prueba el hecho de que hacía y arreglaba las de todos los de casa, que debían ser aproximadamente unos veinte.

Al cabo de algunas horas de trabajo venía doña Cecilia a tomarla por su cuenta para procurarse el placer espiritual y dulce consuelo de sus conversaciones.

En la galería de la casa o en el patio proseguían las dos su trabajo; pero trabajaba principalmente el espíritu, ocupándose en santas conversaciones.

Doña Cecilia había recibido del Padre Germán el severo encargo de ocultar los dones extraordinarios de Gema, no solamente a los de afuera, sino también, en cuanto fuera posible, a los de casa. La piadosa señora cumplió con tanta escrupulosidad este encargo, que no solamente no se hicieron públicos en Luca sus celestiales carismas, pero ni siquiera llegaron a saberlos los hijos menores y la servidumbre de la casa Giannini.

Tenía también doña Cecilia el encargo de ir explorando el espíritu de la sierva de Dios para comunicar al hábil director cuanto pudiera ayudarle al cumplimiento de su ministerio. Este sondeo lo llevaba al cabo sin trabajos ni molestias en sus conversaciones con la bienaventurada.

Ni era raro, después que Gema recibió del Padre Germán el mandato de comunicar a doña Cecilia cuanto pasaba por su alma, hablase con ella de lo acontecido en los éxtasis, de los pecadores que Jesús le había encomendado, de las conversaciones sostenidas con el Angel de la Guarda, de lo que pensaba escribir al Director y de otros asuntos de altísima perfección.

A doña Cecilia le parecían siempre nuevas las cosas que escuchaba de labios de Gema, haciéndosele las horas minutos.

Frecuentemente también, en el curso de la conversación, Gema quedaba en éxtasis; entonces sus discursos eran más del cielo que de la tierra; se escuchaba por sus labios el lenguaje de los serafines.

Con razón podía escribir doña Cecilia: "Con Gema se me pasan las horas que parecen minutos: seméjame estar en el paraiso". "Con sólo verla a mi lado me siento aliviada, y ya no experimento el peso de los trabajos ni la amargura de los contratiempos. ¡Qué cuenta tendré que dar a Dios si no me aprovecho del don que me ha concedido al confiarme esta criatura angelical, y si de su trato no saco provecho para mi alma!".

Cuando doña Cecilia no podía acompañar a nuestra Gema, permanecía ésta retirada, bien en su cuarto, bien en el oratorio doméstico; unas veces prosiguiendo su trabajo, otras vacando a la oración.

Para los restantes de la casa pasaba totalmente inadvertida. Absorta por completo en Dios, ejecutaba cuanto le mandaba o le sugería la tierna gratitud hacia sus bienhechores; por lo demás, vivía del todo retirada. "Cuando vino a nuestra casa —declara Eufemia Giannini, ahora en la Congregación de las Pasionistas Madre Gema— puede decirse que no tenía amigas, dado el retraimiento del mundo en que vivía. En nuestra casa más bien que amigas encontró hermanas, pero aun con nosotras nunca se entregó a excesiva familiaridad. A pesar de amarnos con afecto muy vivo y sincero, guardó siempre cierta reserva".

Con esta Madre Gema y con su hermana Anita solía sostener de cuando en cuando conversaciones espirituales, por ser las dos muy piadosas. A don Mateo y a doña Justina los trató siempre con sumo respeto, venerándolos como a sus segundos padres; pero sólo les hablaba lo que reclamaba la conveniencia y la vivísima gratitud que hacia ellos sentía.

Para los muchachos era todavía más reservada, y nunca se permitió mirarlos a la cara.

Con quien se mostraba más expansiva era con los pequeños, María y Carlitos. Se permitía con ellos

mil inocentes bromas, les reservaba los bombones que de cuando en cuando le traía la tía de Camaione, los aseaba por la mañana y les ayudaba a preparar las lecciones del colegio. Asímismo les enseñaba el catecismo, las oraciones del cristiano, el rezo del santo rosario y diversas prácticas piadosas.

Llevada de su encendida caridad, no se cansaba de exhortarles a que fuesen buenos, a que amasen mucho a Jesucristo y profesasen tierna devoción a la Santísima Virgen.

Frecuentemente los conducía ante un gran crucifijo que había en el comedor para explicarles los tormentos que por nosotros padeció Jesucristo y enseñarles a meditar sobre ellos.

Los pequeños dejáronse muy pronto ganar por el cariño y solícitos cuidados de Gema; la amaban como a madre, la respetaban como a profesora y hacían todo lo posible por estar en su compañía. "A mis hijos —declara también en general don Mateo— era motivo de grande edificación, teniéndola todos en mucha estima, al igual que mi mujer y la servidumbre".

Por lo demás, vivía en muy profundo retiro y alejada, por descontado, de toda diversión y vano entretenimiento.

Aun en la mesa hablaba muy poco y permanecía en ella el menor tiempo posible. Lo común era que tomadas cuatro cucharadas de sopa se levantase para ayudar en algún servicio a las doncellas. Se volvía a sentar, pero más bien que para comer era para simular que comía y ocultar su mortificación.

En cuanto a salir de casa, nunca lo hacía sola, acompañándola de ordinario doña Cecilia. Sus salidas eran bien contadas. Por la mañana a la comunión, por la tarde a la visita al Santísimo; de cuando en cuando algún corto paseo por las afueras de la

población, y alguna visita a sus hermanas y a las religiosas con quienes se trataba.

Parecerá extremado este retraimiento del mundo de nuestra Gema, y hasta no faltará quien tome pie de el para juzgarla insocial y misántropa. Quien así la juzgue se equivoca de medio a medio. Su carácter era, antes bien, expansivo, franco y alegre. La eterna sonrisa que se dibujaba en sus labios no pudieron desterrarla ni los contratiempos, ni las desgracias de familia, ni los dolores de gravísimas enfermedades, ni las mofas y desprecios del mundo, ni las horribles tentaciones de los demonios, ni los pavorosos desamparos del cielo.

Por otra parte, hemos visto que a todos cuantos la trataron les resultó simpatiquísima, sintiéndose atraídos de ella como por imán irresistible.

Más bien, por tanto, que atribuír el extremado retraimiento de Gema a humor o carácter, debemos persuadirnos que los gustos y aficiones suelen mutuamente excluírse. Gema podía decir con el Apóstol que su conversación y trato los tenía en el cielo; natural es que carecieran para ella de encantos las cosas de la tierra.

Guardémosnos de juzgar a las almas místicas aplicándolas nuestro mezquino criterio. Si éllas miran con aparente desdén todo aquello que a nosotros nos encanta, es porque tienen colocado su corazón en unas alturas a las que no alcanzan nuestros pasos, y ni siquiera tal vez nuestras miradas.

CAPITULO XI

Los Pasionistas.
(1899)

La divina providencia que para mantener a los santos crucificados les envía penalidades sin tasa,

se revela amorosísima con ellos al proporcionarles los medios externos conducentes a la altísima perfección a que los llama.

Favorecida Gema desde 1899 con señaladas gracias místicas, necesitaba un director sabio y prudente que se interesase por orientarla en el comportamiento que debía guardar con respeto a esas gracias.

Aquí ocurre preguntar: ¿No reunía todas las partes necesarias monseñor Volpi? Le faltaba por lo pronto el tiempo necesario para estudiar esos fenómenos. Tenía que atender a sus deberes de prelado; estaba frente a numerosas obras de celo; era confesor ordinario de varias comunidades religiosas, y su confesonario de la catedral siempre se veía rodeado de penitentes como en día de jubileo.

Gema se entendió admirablemente con él hasta esta época de su vida; pero ahora necesitaba otra dirección en conformidad con el estado en que el cielo la había colocado.

Monseñor Volpi veía en élla una joven piadosísima; no tenía reparo en recomendarla a las comunidades religiosas; descartaba que fuese alucinada o histérica; pero de ahí no pasaba, dejándola sin normas de dirección para los éxtasis, visiones, locuciones y demás gracias místicas.

Naturalmente la sierva de Dios sufría lo indecible al no saber a qué atenerse en todos esos favores. De aquí nacía una repugnancia creciente por declararse al confesor. Llevaba por adelantado que ni la había de escuchar con sosiego ni la había de orientar en sus incertidumbres. Por no citar sino un caso, había recibido el señalado favor de las llagas el 9 de junio, y a principios de julio todavía no lo sabía monseñor Volpi. En parte la retraía su humildad y en parte todavía mayor la desconfianza.

Así estaban las cosas cuando León XIII dispu-

so que, con ocasión del jubileo de fin de siglo, se dieran misiones generales en todas las diócesis de Italia.

Luca fué una de las ciudades señaladas a los Pasionistas, quedando encargados de darla los Padres Ignacio, Alberto, Calixto y Cayetano.

La misión se verificó en la Santa Iglesia Catedral, del 25 de junio al 9 de julio.

Aunque Gema sólo conocía a los Pasionistas por la lectura de la Vida de San Gabriel y las apariciones de este angélico joven, se alegró en el alma de que viniesen a Luca los Hermanos de su angélico protector, confiando encontrar en los Pádres Misioneros las luces y consuelos que necesitaba su afligido espíritu. Desde que vió a los Misioneros "sentí —dice— tan especial afecto hacia éllos, que no perdí un sólo sermón". Este afecto había de ir en aumento hasta su muerte. Dios mismo había de ser quien lo fomentase con locuciones y revelaciones innumerables.

La primera locución que conocemos a este respecto acaeció durante la misión, refiriéndola Gema con las siguientes palabras: "'Estaba yo mezclada con la multitud, cuando mostrándome Jesús a un Pasionista que estaba cerca de mí, me dijo:

—Gema, ¿te agrada el hábito de ése sacerdote?

No recuerdo respondiese con los labios; pero el corazón hablaba muy fuerte con sus latidos.

—¿Gustarías —añadió Jesús— verte revestida del mismo hábito?

—¡Dios mío! — exclamé.

—Sí, —añadió—, serás una hija de mi Pasión, e hija predilecta. Uno de esos religiosos será tu Padre; vete a manifestárselo todo al misionero".....

Inundada de celestiales consuelos la sierva de Dios por la esperanza que se le daba de ser un día Pasionista, tuvo suficiente valor para llegarse al

Padre Cayetano y abrióle toda su conciencia. Después que le hubo manifestado todos los favores recibidos del cielo y la invencible repugnancia que sentía en declararse al confesor, solicitaba permiso para emitir privadamente los votos de religiosa y para practicar ciertas penitencias.

El Padre quedó favorablemente impresionado de la sencillez, humildad y franqueza de aquella joven para él desconocida, y como no disponía del tiempo que lo extraordinario del caso requería, le prometió escucharla con mayor detención al volver a Luca en el mes de septiembre. Entre tanto, la obligó a que, vencida toda repugnancia, se declarara al confesor ordinario. En cuanto a los votos, le autorizó para hacerlos hasta la Navidad de la Santísima Virgen y previo el beneplácito del confesor ordinario.

Volvió el Padre Cayetano a Luca a principios de septiembre, e inmediatamente acudió Gema a sus plantas en el confesonario y en la casa de los señores Giannini, donde se hospedaba. Después de haberla escuchado el Padre con calma, determinó presentarse personalmente en casa de monseñor Volpi para conferir con él sobre el caso.

Entonces se vió que los recelos de Gema no eran quiméricos. El prelado acogió bondadosamente al religioso; escuchó con interés sus manifestaciones, y aprobó cuanto había hecho. Con respecto a las llagas y demás fenómenos sobrenaturales, quiso tomarse tiempo para reflexionar, dejando, entre tanto, a la pobre joven sin dirección ni normas de gobierno.

El juicio, sin embargo, se imponía con fuerza abrumadora. Ya en el mes de julio había presenciado el Padre Cayetano sobrados fenómenos sobrenaturales para dejarle lugar a dudas, escribiendo sobre ellos una certificación al prelado.

En el mes de agosto vemos en Luca a un ilus-

tre Pasionista, el Padre Pedro Pablo Moreschini, entonces provincial, más adelante Consultor General y por último Arzobispo de Camerino. Al tener referencia de los carismas de Gema, suplicó al Señor que si eran verdaderos le dejase ver los de las llagas de la crucifixión, sudor de sangre y de la corona de espinas. Su petición fué escuchada, por más que aquel día era martes y sólo aparecían tales fenómenos los viernes. Como si esto fuera poco, Gema conoció sobrenaturalmente esa petición, según se lo manifestó a doña Cecilia. El Provincial no pudo menos de exclamar: "Aquí está la mano de Dios".

En tal sentido escribió a monseñor Volpi, a quien aconsejaba recluyera a Gema en un convento. Lejos de seguir tales consejos el prelado, creyó del caso sujetar a la estigmatizada a una inspección facultativa, que, como veremos en su lugar, fracasó en conformidad con la advertencia que Gema le tenía hecha.

La situación de monseñor Volpi aparecía cada vez más comprometida. No acertando a comprender que los fenómenos de su penitente fueran obra de Dios, tenía en contra suya el testimonio de varios Pasionistas, de la familia Giannini y de otras varias personas respetables que los habían contemplado en toda su admirable realidad.

Creyó poder salir del paso prohibiendo a Gema esas celestiales manifestaciones. "Tuve nueva prohibición escribe la sierva de Dios—, impuesta por el confesor, de todas las cosas extraordinarias del jueves y del viernes. Jesús obedeció por poco tiempo, más luego volvió a lo acostumbrado, y todavía más que antes". Se ve bien claro que Jesucristo quería ofrecer al mundo en esta su fiel sierva una nueva imagen de los tormentos de su Pasión. No lo acababa de entender así monseñor Volpi, lo que ocasionaba a Gema angustias indecibles. Creíase ya desamparada, expuesta a ser juguete del demonio, sin norma

en la nueva vida en que el Señor la colocaba. En tales torturas plugo al Señor dejarle vislumbrar un rayo de celestial claridad. "Hija —le dijo—, ¿qué será justo diga de ti cuando en tus dudas, adversidades y aflicciones veo te acuerdas de todos menos de Mí, a todos acudes en busca de alivio y consuelo menos a Mí?". Estas palabras del Salvador trajeron no leve consuelo al contristado ánimo de Gema. Le mostraban, bien que todavía veladamente, que no le faltaría dirección para caminar por el sendero que el cielo quisiera llevarla.

Entre angustias indecibles y celestiales consuelos iba pasando la sierva de Dios los últimos meses de 1899, cuando la divina Providencia tuvo a bien mostrarle al esclarecido director que había de servir de intermediario entre ella y el confesor, y descubrir en su alma la obra de la divina misericordia

CAPITULO XII

El director elegido de lo alto
(1900 - 1903)

Dejamos dicho que hacia fines del año 1899 mostró Jesús a Gema el director esclarecido que había de descubrir en su alma la obra de la divina misericordia.

Este director no iba a ser ninguno de los religiosos que hasta aquella fecha tanto la habían ayudado y consolado, sino otro ilustre religioso de la misma Congregación, que residía desde hacía largos años en Roma, el Padre Germán de San Estanislao, C. P., desconocido del público en Luca, pero muy conocido en el mundo de las letras por sus obras de hagiografía, arqueología, filosofía, etc.

Véase ahora la ocasión y forma en que Jesús

mostró a Gema su futuro director: Acababa cierto día de manifestar al confesor todos los fenómenos que en ella acaecían, cuando monseñor Volpi, parte por humillarla, parte porque no acababa de dar crédito a cuanto escuchaba, los calificó de *fantasmagorías*. "No perdí tiempo —escribe la sierva de Dios—; aquel mismo día hice una oración especial a Jesús Sacramentado por esta intención; cuando he aquí que me sentí interiormente recogida y al poco tiempo privada de los sentidos. Me encontré en presencia de Jesús; pero no estaba solo, pues tenía junto a sí a un hombre de cabellos blancos; conociendo yo por el hábito que era sacerdote Pasionista... Lo miré, y Jesús me dijo estas palabras:

—Hija, ¿le conoces?

"Respondí que no, como efectivamente así era".

No fué esta la única visión en que Gema vió claramente al Padre de su alma: fueron varias y en las sucesivas le fué revelado el nombre de aquel religioso, que no era sino el Padre Germán. "Según estaba en oración —escribe la sierva de Dios, antes de conocer personalmente a dicho Padre— parecióme ver a un religioso Pasionista, que también oraba ante Jesús Sacramentado.

—Mira quién es el Padre Germán — me dijo Jesús.

Lo miré, ¿y sabe cómo lo ví? Era algo grueso; estaba de rodillas, firme e inmóvil, con las manos juntas ante el pecho, y me pareció que tenía el cabello más blanco que negro".

Gema, después de estas visiones y revelaciones, trató de ponerse en comunicación con el Padre Germán: a tal efecto le escribió una larga carta con fecha 29 de enero de 1900. "Hace ya largo tiempo —empezaba diciéndole— que siento en mi corazón vehemente deseo, ante todo, de verle y después de escribirle. Pedí permiso al confesor para hacerlo, y siempre me lo negaba. El sábado pasado se lo volví

a pedir de nuevo, y esta vez me lo permitió, de lo que muy vivamente me alegré; más he aquí que al ponerme a escribir me siento embargada de temor". A continuación habla de distintos favores celestiales, hace una breve relación de su última enfermedad y milagrosa curación, le manifiesta su vocación religiosa y relaciones con los Pasionistas, terminando con las siguientes palabras: "Suplico su bendición y le ruego me ayude y ruegue por la pobre *Gema*".

A los pocos días volvía a escribirle de nuevo: Padre —le decía, sólo por obedecer, y no sin gran fatiga, me resigno a escribir todo lo que sigue... Ayer tarde, postrada en adoración ante Jesús Sacramentado, me sentí llamada, creo que de Jesús.

—Hija —me dijo aquella voz—, debes escribir también al Padre Germán, que de buena gana se pondrá en relación con tu confesor: dile que lo haga, porque éste es mi deseo.

—Jesús, ya entiendo —repliqué yo—; quieres hacer confidente de todos mis secretos al Padre Germán.

Al ir a continuar, creo que Jesús (o quizá mi cabeza) me cortó la frase diciendo:

—Esta es mi voluntad para en adelante: que el confesor lo manifieste todo al Padre Germán".

El buen Padre, al recibir estas cartas, se colocó en una actitud de expectativa, bien que inclinándose mucho más, según que luego veremos, a la incredulidad y desconfianza.

Para este tiempo las preocupaciones de monseñor Volpi habían llegado a tales extremos, que juzgaba de todo punto imprescindible llegar a una solución. Le pareció la mejor el que viniera el Padre Germán a Luca y estudiase detenidamente el espíritu y extraños fenómenos de Gema.

Aprovechando uno de sus viajes a Roma, trató de avistarse con él, y no habiendo podido conseguirlo, se lo suplicó por escrito. "Yo —escribe el Padre

Germán—, que por principio he sido siempre tardo en creer estas cosas, especialmente en mujeres, procuré disuadirle de semejante idea, aconsejándole colocara a su penitente en la vía ordinaria y trillada por la generalidad de los fieles. Me escribió nuevamente dándome algunas explicaciones sobre aquellos fenómenos extraordinarios. Persistiendo yo en mis apreciaciones, fuí tan descortés con aquel venerable obispo, que le sugerí probara sobre Gema los exorcismos".

Bien se ve por todo esto que el Pedre Germán no peca de crédulo.

Vista por monseñor Volpi su resistencia en encaminarse a Luca, imploró la autoridad de su Provincial, el Padre Pedro Pablo, suplicándole mandase venir a Luca a dicho Padre.

Afortunadamente ese mandato no se hizo esperar, porque como recordará el lector, fué el Padre Provincial uno de los primeros religiosos que comprobaron las llagas de Gema e informaron a monseñor Volpi que no admitían otra intervención que la del cielo.

Y ahora que tenemos llamado por Dios y con el mérito de la obediencia al Padre Germán camino de Luca, dejémosle explicar su intervención y rápida evolución de la incredulidad a la fe.

"Me puse en camino —dice— a principios de septiembre de 1900, y fuí a hospedarme en casa de los señores Giannini, que era también la casa donde Gema moraba. Al verme la buena hija me reconoció inmediatamente, saliendo a mi encuentro con muestras de suma complacencia y bendiciendo en su corazón al Señor. Confieso que al encontrarme en su presencia experimenté vivos sentimientos de devoción y veneración hacia ella, cual si me encontrase ante un personaje del cielo. Fuimos juntos a arrodillarnos ante el crucifijo del oratorio doméstico;

Gema lloró y yo también lloré con ella. Dios mío —me dije—, si tales sentimientos despierta en el alma la presencia de un justo, ¿qué tales no despertará la vuestra en la patria de los bienaventurados? Con esta rara impresión me preparaba el Señor para contemplar las maravillas que en un momento iban a disipar en mi espíritu toda sombra de duda.

Era un jueves. Hacia la mitad de la cena, presintiendo Gema el éxtasis, se levantó de la mesa y tranquilamente se retiró a su cuarto. Al cabo de unos instantes vino a llamarme su madre adoptiva. Voy, y me encuentro a la joven en pleno éxtasis, cuyo argumento era la conversión de un pecador, y la forma una lucha entre la joven y la divina justicia por conseguir la referida conversión. Confieso no haber asistido en la vida a tan conmovedora escena".

Refiere a continuación cómo obtuvo Gema en el éxtasis la conversión del pecador por intercesión de la Santísima Virgen, y continúa: "Terminada la escena me retiré a mi habitación, embargado el ánimo de mil pensamientos, cuando al poco rato siento llamar a la puerta.

—Padre —me avisaron—, es un señor forastero que pregunta por usted.

Lo hice pasar, y arrojándose a mis plantas, hecho un mar de lágrimas, me dijo:

—Padre, confiéseme.

¡Dios mío!, sentía que el corazón se me despedazaba. Era el pecador de Gema, que entonces mismo se había convertido. Se acusó de todas aquellas culpas que yo había oído repetir en el éxtasis, y olvidándose de una pude yo recordársela. Le consolé; referíle lo que pocos momentos antes había acaecido; le pedí permiso para referir estas maravillas del Señor, y después de abrazarnos lo despedí.

Han transcurrido varios años desde que se verificó este hecho, y todavía me parece estar presenciándolo... Por mucho que admirase aquel suceso, no me detuve en él; sino que comencé con todo empeño mis observaciones para cerciorarme cada vez más del espíritu que animaba a la sierva de Dios. Duraron tales observaciones tres años no interrumpidos. Ayudado de la teología ascético - mística y de las ciencias fisiológicas modernas, sometí a la joven a largas pruebas, hasta que al fin me fué dado afirmar: no he descuidado ninguna, y lo que más importa, ninguna me ha fallado.

El piadoso obispo quedó satisfecho y mostró complacencia en que me encargase de aquella alma. Gema pareció resucitar de muerte a vida cuando al fin pude asegurarle que sus cosas eran de Dios, y que podía dejarse guiar del Espíritu Santo por aquellos caminos".

Hasta aquí la cita y explicación del Padre Germán, a quien desde ahora llamaremos director espiritual de Gema.

Desde el punto en que descubrió en Gema la obra de la divina misericordia se esforzó por que también la descubrieran la afortunada familia que la había adoptado por hija y el confesor.

En cuanto a la familia sus desvelos se encaminaron a que la tuvieran lo más oculta posible, y singularmente a que no expusieran los fenómenos sobrenaturales a la curiosidad o veneración públicas.

Hubo de sufrir tan respetable familia algunas críticas y desprecios por parte de aquellos que, sin conocer a fondo los carismas de Gema, se permitían atribuírlos al histerismo. En tales circunstancias siempre estuvo a punto el buen Padre para animarlos y consolarlos. "Por lo que a Gema respecta —escribía a doña Cecilia—, esté tranquila; ya está probado que la obra es toda de Dios, y Dios la llevará a feliz término, a despecho de todas las pasio-

nes de los hombres y de toda la rabia de los demonios. De nuestra parte no debemos oponer sino la paciencia en el soportar las contrariedades y la prudencia para evitarlas en cuanto sea posible. Entre tanto, regocíjese de que Dios la haya escogido para el hermoso ministerio de guardar y gobernar a un alma tan amada del Señor. Será muy largamente recompensada".

En cuanto a monseñor Volpi, cuidaba también de disipar sus temores y alentarlo en sus vacilaciones.

Este ilustre prelado parece que nunca llegó a convencerse enteramente de que los fenómenos observados en Gema fuesen sobrenaturales, parte, según llevamos dicho, por no disponer de tiempo para examinarlos con la debida detención, y parte también, según que recientemente manifestó, por no haberse especializado en el estudio de los carismas de la mística.

El Padre Germán le escribía con frecuencia para tranquilizarlo y desvanecer sus reparos. Véase, para muestra, cómo desvanece en una de esas cartas el reparo de histerismo: "Por amor de Dios, no piense absolutamente en el histerismo; sería caer en el absurdo. No, no aparece ni rastro de histerismo. Los médicos de nuestros días, aun los católicos, aparecen obsesionados en esta materia. Si desea juzgar con acierto sobre los hechos externos de Gema, no tome uno o dos por separado; los tome *todos en globo,* y descubrirá una maravillosa armonía que los une entre sí con unanimidad perfecta. El histerismo, por el contrario, tiene por forma sustancial la volubilidad, la inconstancia, la ligereza, la futilidad, la extravagancia, la agitación, etc., porque histerismo es sinónimo de locura, y quien tiene la cabeza trastornada nunca es consecuente consigo mismo".

Con esta claridad de ideas y precisión de conceptos, hasta en materias patológicas, se mostraba el Padre Germán capacitado para entender en las

cosas sorprendentes de Gema y para desvanecer los recelos del confesor.

A pesar de estas cartas prosiguió el ilustre prelado, como se dice en la *Biografía*, "en la prudente cautela que le obligaba a ser reservado, casi a mostrarse incrédulo, y hasta estoy por decir despreciativo"; pero el mismo Padre Germán reconoce que esta actitud le venía impuesta a monseñor Volpi por el alto cargo de Obispo Auxiliar y Vicario General de la diócesis.

En esto se echa de ver un nuevo rasgo de la divina Providencia en favor de Gema. Necesitando el confesor eludir toda responsabilidad, puede arrojarla tranquilamente sobre el director, que no sólo la aceptará con entero conocimiento de causa, sino que después de la muerte de su santa dirigida desafiará a la ciencia incrédula para que demuestre la naturalidad de los hechos por él y otras muchas personas presenciados.

El mundo católico acató prudentemente el juicio del Padre Germán, y el mundo incrédulo hubo de enmudecer ante las sapientísimas disertaciones con que acompañó la narración de los hechos.

CAPITULO XIII

Dirección sapientísima.

(1901 - 1903)

Después de haber referido el llamamiento celestial del Padre Germán para dirigir el alma de Gema, y la trayectoria que siguió el espíritu del buen Padre desde la desconfianza hasta la defensa entusiasta, vamos a reseñar en este capítulo el método y norma de dirección a que se atuvo.

Se persuadió desde un principio de que la sierva de Dios era guiada por el Espíritu Santo y de que su misión se reducía a secundar la acción de ese divino Espíritu. "El verdadero director de Gema –dice– era el Espíritu Santo, que se complace en tomar inmediatamente la dirección de ciertas almas escogidas; era su divino Esposo Jesús, era la Madre celestial y el Angel de la Guarda".

Cuando un director espiritual llega a esta persuasión, al propio tiempo que bendice al Señor, cuida muy mucho de no proceder según los métodos sugeridos por la prudencia humana, bien convencido de que es más difícil saber secundar la acción del Espíritu Santo en las almas que dirigirlas según el propio criterio.

Cuida, ante todo, de conservar a su dirigida en profundísima humildad. Su máxima sobre este particular era: "Gema debe estar oculta a Gema". No hay carta donde no le recomiende en una u otra forma esta virtud y no cuide de ejercitarla en ella. "Sobre todo —le decía— humíllate cuanto pudieres, y no salgas fuera de tu propia nada. Cuando estemos aniquilados en ese abismo de nuestro propio conocimiento, quedaremos libres de cualquier engaño del enemigo". "Si no quieres ser engañada del demonio debes tenerte por el más sucio de los andrajos, digna sólo de ser pisoteada por los perros".

Después de asentar a Gema solidísimamente sobre la humildad, buscaba el esclarecido director desprenderla de todo. De las personas y cosas del mundo lo estaba cumplidamente; pero el buen Padre miraba mucho más adelante, tratando de desprenderla de toda afición, por muy santa que fuera, y hasta del gusto hacia las consolaciones celestiales. "Quiere Jesús —le decía que te desprendas de todo lo criado, aun de lo más inocente, puro y santo, y de las mismas consolaciones celestiales. A pesar de muchas gracias que sobre ti derrama la divina mi-

Padre Germán de San Estanislao, Pasionista,
Director espiritual de Santa Gema.

sericordia, no dejas todavía de ser una niña. Si te quitan el pecho te afliges al punto como los pequeñines, y te pones a lloriquear y a chillar; pero si Jesús te regala con alguna caricia, al punto te apasionas por ella, hasta el extremo que desearías nunca verte de él desamparada. Pero, niñita de Jesús . . . eso no anda bien".

¡Cuánto cuidado ponía también el sabio director para fortalecer el alma de la sierva de Dios, procurando no encontrase gusto sino en la desnuda y ensangrentada cruz del Salvador! "El punto más imponente sobre el que quiero insistir —le decía— es la *gula espiritual*. No has comprendido todavía que la razón por la cual el Señor te da a gustar algunas dulzuras es para disponerte a mayores trabajos del espíritu; pero tú no piensas en otra cosa que en saborear el caramelo, cual los pequeñines en el regazo materno. Por poco que se esconda Jesús y te retire sus dulzuras lloras y te desesperas, y en cuanto vuelve de nuevo a manifestársete, vuelves a embriagarte de gozo. Prepárate, que por ahora no es tiempo de volar al cielo a gozar con Jesús, ni de permanecer en sus brazos; no es tiempo de morir tísica ni de otra enfermedad, sino de glorificar al Señor con una vida sacrificada e inmolada, de gigante y no de niña. Por todo lo cual te aconsejo que hagas desde ahora a Jesús solemne renuncia de todas las consolaciones, alegrías, visiones, apariciones angélicas, etc., protestando que estás conforme con verte privada de todo eso para mayormente agradarle".

A veces pasaba el buen Padre más adelante, aconsejando a Gema suplicase al Señor le retirase todos los carismas celestiales para servirle en la más profunda humildad y total desprendimiento. "Pídele al Señor —le escribe— te quite de la cabeza tantas cosas extraordinarias, que por otra parte no se necesitan para agradar y servir a Dios. En la vía del

Señor sólo hay una cosa segura: padecer con valor y constancia, con despojo total de sí mismo y con profunda humildad de corazón. Todo lo demás es fuego de paja, que si no quema, tizna".

Este deseo del Padre Germán no le impedía reconocer la complacencia de Dios en llevar a su santa dirigida por caminos extraordinarios: la dirigía con seguridad por ellos, consolándola y alentándola frente a todos aquellos que juzgaban torcidamente en su vida y carismas.

Platicando la candorosa joven con una religiosa sobre las cosas raras que le sucedían, llegó a sostener la religiosa que todo aquello era ilusión, producida por el enemigo de la salvación para perderla. Fácil es imaginar el sobresalto de la pobre Gema. "Hay una religiosa —escribe sobresaltada al director— que me ha conocido. Usted no me ha conocido, y se ha engañado sobre mí: mis cosas no provienen de Dios, sino del demonio: pida, Padre mío, a Jesús luz, mucha luz; es todo falsa devoción e hipocresía. Me quite de este mundo y me oculte en un agujero donde nadie pueda verme".

A esta carta, escrita como se ve bajo la impresión de una fuerte tentación, contestaba el director: "Gema de Jesús; sí Gema de Jesús, y no de otro, mucho menos de aquel bribón del diablo; Gema de Jesús, siempre, y sólo y toda de Jesús. ¡Oh! ¿Cómo te dejas meter en la cabeza tales boberías, en vez de prestar oídos al que Dios te ha señalado por Padre, guía y maestro en el camino espiritual? (Monseñor Volpi). No, no es verdad que tu seas ilusa. Quien te lo hace creer es un engañador, enemigo de Jesús. No es verdad que tú hayas fingido vendiendo gato por liebre; no es verdad que tú hayas cometido los pecados que dices. Tus verdaderos pecados y defectos son aquellos que yo te he manifestado tantas veces. De esos, sí, procura corregirte; pero no pienses en los demás".

Como se esforzaba el Padre Germán por asegurar a Gema en el buen camino, así cuidaba también en alentarla y consolarla en sus arideces y desamparos. "Tu presente estado de aridez —le decía— es mucho mejor que el de antes, más acepto a Jesús y más provechoso para tu alma... Pobre Gema, no temas, que no está Jesús cansado de tí, ni te ha desamparado. ¡Si te quiere mucho más que antes!... Sólo que tú necesitas ahora esa purga".

Así es cómo el prudente director unas veces humilla a su dirigida, otras la corrige; cuándo la instruye y cuándo la alienta, ya le asegura va por el buen camino, ya la consuela en las arideces y desamparos.

Gema no sabía cómo bendecir al Señor por haberle concedido tan bondadoso Padre. Elevaba por él incesantes oraciones al cielo; se esforzaba por obedecerle con toda puntualidad; le amaba con entrañable afecto, y le aseguraba que cuando estuviese en el cielo lo llevaría a todo trance a su lado.

Al principio le escribía con respeto, casi con temor; pero muy pronto sucedió al temor la dulce confianza... Le daba el nombre de *Babbo,* con que los hijos llaman en Italia familiarmente a sus padres, se permitía con él las más ingenuas familiaridades, y si a veces no le concedía los permisos que le pedía le llamaba *mal Padre.*

En una ocasión le escribió: "¡Oh, qué Padre tan malo me ha dado Jesús!".

A monseñor Volpi, en cambio, siempre lo trató con profunda veneración y respeto, bien que con ingenua confianza al propio tiempo.

Terminemos este capítulo rindiendo tributo de gratitud y reconocimiento a los dos esclarecidos varones que supieron dirigir por las más encumbradas vías de la santidad el espíritu gigante de nuestra Gema.

SEGUNDA PARTE

VIRTUDES

CAPITULO I

Espíritu de santidad de Gema

Dejamos reseñada en el capítulo X de la primera parte la vida de Gema en casa de sus generosos bienhechores. Esto quiere decir que llegamos ya al final de su carrera. En esa casa ocultará al mundo los últimos años de su existencia, y desde ahí será llamada a recibir la corona de la gloria.

Al relato de la vida exterior de que hasta ahora nos hemos ocupado, es natural siga el relato de su vida interior. Nos proponemos estudiar en esta segunda parte la vida activa de las virtudes de Gema; en la tercera los instrumentos o ayudas de que se sirvió para llegar a las cimas de la santidad, y en la cuarta la vida pasiva de los dones y carismas con que el Señor la favoreció.

Pero antes de pasar adelante, plácenos adelantar en este capítulo algunas nociones y hechos generales acerca del espíritu de santidad de la sierva

de Dios, imprescindibles para la cabal inteligencia de cuanto habremos de decir más adelante.

Téngase ante todo presente aquel principio del Apóstol, de que Dios nos escogió a los cristianos desde antes de la creación del mundo para ser santos y sin mancilla (1). Quiere el Señor que todos seamos santos, y a todos nos coloca en el camino y nos concede gracias para conseguirlo.

De que todos seamos llamados a la santidad, claro está que no se sigue conceda Dios a todos iguales gracias. Así como en el firmamento hay estrellas de muy varia magnitud, así en el firmamento de la Iglesia unos santos reciben mayor copia de gracia que otros y unos a otros aventajan en santidad.

En la primera mirada que dirigimos a la vida de Santa Gema advertimos la traza de Dios en hacer de ella uno de los más estupendos prodigios de la gracia.

Escogida para tan altos destinos, correspondió a ellos desde la cuna, suspirando por llegar a la cumbre de la santidad.

—¿Por qué no hemos de ser santos? —fué una de sus frases en la niñez; y al tocarle en suerte, jugando a los palillos, ser santa, "sí —dijo con entereza y resolución varoniles—, seré santa".

Fascinada por el sublime ideal de la santidad, encaminó todos sus pasos, sin desviarse uno solo, a la consecución de ese ideal.

Gema, ante todo, no mancilló el candor de su inocencia con pecado alguno, ni mortal ni venial, plenamente deliberado.

Es verdad que ella se consideraba manchada con innumerables y gravísimos pecados; pero esto solamente demuestra que, contemplándose en el purísimo espejo de las divinas perfecciones, descubría

---

(1) Ephes, I, 4.

faltas que se ocultan a nuestros ojos enfermos, y que las más ligeras culpas se le mostraban a esa luz cual enormes delitos. "Por lo demás —añade el Padre Germán—, los que llamaba graves pecados no eran voluntarios, y antes hubiera pasado por el hierro y por el fuego que cometer el más ligero pecado venial . . . De suerte que, después de una experiencia de varios años, y de haber escuchado la confesión general de toda su vida, puedo dar fe de que pecados formales no cometió la santa doncella ni uno solo; y que habiendo vivido veinticinco años en un mundo corrompido y corruptor, subió al cielo llevando intacta la blanca estola de la inocencia bautismal".

Al cuidado por conservar la inocencia sin mancilla se juntó en Gema el titánico esfuerzo por escalar las más encumbradas cimas de la santidad.

Empezó por renunciar generosamente a cuanto podía servirle de obstáculo. El mundo fué para ella como si no fuese. No se enteró de sus afanes, ni le interesaron sus luchas, ni gozó de sus placeres, ni pudo experimentar sus desengaños.

Jesús lo era todo para ella, y sólo para Jesús eran sus pensamientos y afectos, los suspiros de su alma y los latidos de su corazón, los afanes de su vida y todas sus aspiraciones. ¿A qué sacrificio no estaría pronta esta bendita criatura por agradar a Jesús? No fueron pocos ni ligeros los que le exigió el celestial Esposo de su alma; pero la generosidad de su voluntad sobrepasó siempre a las exigencias de lo alto. Cada sentido de su cuerpo y cada potencia de su alma fué como un altar donde en todo momento se ofrecían al cielo víctimas escogidas.

El Señor, que para tan altas cosas la había criado, vino en su ayuda, visitándola con tan pesadas cruces cuales sólo un alma del temple de nuestra Santa podría soportarlas.

Poco a poco se ve privada de todo; del cariño de

su santa madre; de la compañía de su idolatrado hermano Ginés; de la sombra tutelar de su padre; de los bienes de fortuna en que se había mecido su cuna; hasta del amor de sus hermanos y de la confianza en su confesor.

Cual si tantas privaciones y reveses no bastaran para purificar su alma, el Señor la prueba con terribles enfermedades, alguna de las cuales la tuvo por espacio de más de un año entre la vida y la muerte.

Favorecida desde entonces con señaladas mercedes del cielo, se ve por ellas expuesta al ludibrio de las gentes y de sus propios hermanos.

Incapaz el mundo de apreciar las virtudes de nuestra Gema, la escarnece, ridiculiza, imposibilita hasta de salir a la calle, y la convierte en blanco de sus envenenadas flechas.

Hay momentos y situaciones en la vida de Gema en los que no cabe detenerse sin sentir que el llanto fluye a los ojos.

Las más terribles pruebas de los santos, sin embargo, no provienen de las criaturas, sino del Criador, que por esos medios forja y pule toda virtud.

Puesto el Señor a torturar a esta pobre huérfana, desechada y vejada del mundo, la entrega al poder de Satanás para que la zarandee y triture. Terroríficas visiones la conturban, acometénla feísimas tentaciones, golpes brutales la hieren, y sobresaltos angustiosos ahuyentan su sosiego.

A todo esto, el Señor le oculta su rostro; déjale fluctuar en penosas incertidumbres, hácele gustar los desamparos del Gólgota, concédele favores que la llenan de angustia y convierte su vida en prolongado martirio.

Colocada Gema en el crisol de semejantes dolores, revela su temple de santa. Despreciada, herida, abandonada, triturada por Dios y por los hombres,

sus labios no exhalan una queja, su espíritu no se conturba, su voluntad adora la mano que la atormenta, su corazón se consagra con mayor ardimiento al divino servicio.

Almas así son las que busca el Señor para depositar los tesoros de su munificencia.

Los depositó copiosísimos en nuestra Gema, concediéndole desde muy temprano el don de la contemplación. Débese tener esto muy presente al tratar de las virtudes de la sierva de Dios. Permítasenos afirmar que una es la manera de practicar las virtudes de las almas que andan por las vías de la ascética y otra muy superior la de aquellas que caminan por las vías místicas.

Habremos de ver a Gema descollando en todas las virtudes y ejercitándose en ellas con prontitud, alegría y en grado heroico. Todo ello será consecuencia del plano en que se desenvuelve su vida.

En las alturas de la contemplación la veremos pasar por todas las Moradas teresianas hasta llegar al *matrimonio espiritual*, viéndose también muy favorecida de gracias místicas en los tres órdenes: corpóreo, cognoscitivo y afectivo.

Con esto dejamos suficientemente indicado que si en el orden de las virtudes apareció Gema cual astro de primera magnitud, en el de los carismas tal vez aparece el caso más extraordinario de estos últimos tiempos.

Terminemos este boceto de la santidad de Gema indicando que Dios la escogió para una elevada a la vez que penosísima misión; para ser víctima que, en unión con la augusta del Calvario, se ofreciese a la divina Justicia por los delitos del mundo.

Quien no tenga presente que Gema es un alma víctima no sabrá apreciar debidamente la mayoría de los hechos de su vida, ni la conducta que con ella sigue la divina Providencia.

Para completar este capítulo, plácenos señalar la nota característica de la santidad de Gema. Según el Padre Germán es la sencillez.

Jesucristo nos exige a todos nos hagamos semejantes a los niños. Inocencia y sencillez, ojos limpios y corazones trasparentes es lo que busca el Señor para derramar los tesoros de sus gracias.

La sencillez de Gema es tan relevante y maravillosa, que constituye una prueba evidentísima de su santidad. Muchos de los que oían hablar de las cosas extraordinarias de la sierva de Dios sentíanse prevenidos contra ella, por el mero hecho de ser esos fenómenos tan extraños y sorprendentes; pero tan pronto como leían con detención su vida y sus cartas, se convencían plenamente de que no cabía ficción ni engaño en alma tan diáfana y candorosa.

"El sí y el no del evangelio —dice su director— eran para ella como el fiel de la balanza que la mantenía en perfecto equilibrio". Parecía no caber en su mente pensamiento de vanagloria; su corazón era incapaz de guardar resentimiento; sus palabras eran el reflejo de toda su alma; las cosas extraordinarias que por ella pasaban, o las creía comunes en las almas virtuosas, o le servían para humillarse.

Todo en ella respiraba candor: su vestido y conversaciones, sus miradas y modales, su andar y proceder, revelaban tanto como a un alma abrasada en el amor divino a una joven que jamás conoció el dolo ni el disimulo.

Y la sencillez que resplandecía en sus relaciones con las criaturas, resplandecía tal vez en más alto grado en sus relaciones con el Señor. El Dios de inmensa majestad era para esta bendita niña padre tiernísimo, esposo amable, amigo cariñoso. No le asustaba su presencia, su vista la embelesaba, su conversación la atraía con irresistibles encantos. Ante Jesús se humillaba en sus defectos, manifes-

taba sus temores, lloraba en sus aflicciones; pero nunca temblaba.

Nada tan tierno y encantador como sus conversaciones con el cielo. No habla con tanta familiaridad un hijo con su padre, como Gema hablaba con Dios:

Los más admirables fenómenos de la vida mística, los recibía sin sobresalto y como si nada de extraño hubiese en ellos.

Cuando recibió el favor de las llagas, pensaba que tal favor lo dispensaba Jesús a todas las almas que le estaban consagradas por el voto de virginidad, por lo que se puso a preguntar a algunas íntimas amigas, que sabía eran muy piadosas, si ellas las tenían.

Creía sinceramente que Jesucristo, la Santísima Virgen y los santos se comunicaban como con ella, con todas las almas espirituales.

Mucho tendríamos que decir de su familiaridad con el Angel de la Guarda, pero lo dejamos para el capítulo donde nos ocupemos de sus comunicaciones con este celestial espíritu.

Esta infantil sencillez de Gema presta maravillosos encantos a su santidad. Todos nos sentimos como por instinto atraídos hacia los niños, y Gema, con todos sus carismas celestiales, no deja de ser una niña, prodigio de ingenuidad y candor.

Dios se deja ver, oír y palpar en la vida de nuestra Santa; pero se le escucha con placer, se le ve sin espanto, se le palpa con tierna veneración, se le siente en el arrobamiento que produce lo divino y experimentando que el llanto se desliza por los ojos. Al dejar este libro de las manos, fluye a los labios la exclamación de Jesucristo: "Confiésote, Padre, por que ocultaste todas estas maravillas a los sabios y soberbios del mundo para venir a revelarlas a los pequeñuelos" (1).

(1) Matth., XI, 25.

CAPITULO II

Su perfecto desprendimiento

El desprendimiento de todas las cosas terrenas y hasta de sí mismo es la primera y más necesaria condición para conseguir la perfección, según aquel precepto de Jesucristo: "Quien desee seguirme, niéguese a sí mismo" (1) .

La santidad de Gema se asienta sobre este perfecto desprendimiento.

No vivió para el mundo ni le interesaron las cosas de la tierra más que si estuviera muerta. Nacida en la abundancia y criada en el regalo, cuando de repente se vió en la miseria, no se turbó ni derramó una sola lágrima por ello, antes bendecía al Señor porque la colocaba en el camino de la humildad y el sufrimiento.

Desde muy joven deseó renunciar al mundo ingresando en una Orden Religiosa. Imposibilitada de llevar al cabo su firme propósito, se consagró a Dios en el mundo por los tres votos religiosos.

Nunca mostró afición a ese cúmulo de chucherías, como lazos, cuadros, dijes, cadenillas y semejantes bagatelas, a que tan aficionadas suelen mostrarse las jóvenes, aun aquellas que sientan plaza de espirituales.

Este desprendimiento la llevaba a no preocuparse mayormente de sus vestidos, ni examinar si estaban en conformidad con los cánones de la moda.

Le regaló en cierta ocasión su hermano una sombrilla de seda; no la quiso usar ni siquiera una vez, dando por razón que si la llevaba todo el mundo se fijaría en ella, lo que le repugnaba en extremo.

---

(1) Matth., XVI, 24.

Cuando, estando ya en casa de los señores Giannini, le enviaba su tía de Camaione algunas prendas de vestir nuevas, nunca pudieron conseguir que las usase.

En cierta ocasión le prometió don Mateo un buen traje como premio de unas lecciones de francés que estaba dando a Eufemia (Madre Gema).

—Haré cuanto pueda por que Eufemia salga bien en el examen —respondió al punto—, pero en cuanto al traje renuncio a él desde ahora.

También doña Cecilia quiso muchas veces hacerle un sombrero, en atención a que el que traía era de colegiala, ya muy pasado de moda y por demás descolorido. Nunca pudo vencer la resistencia de Gema.

El peinado estaba en relación con el vestido. Lo usaba modestamente recogido y formando con todo; una trenza que caía sobre la espalda. Le sugirieron con frecuencia otras formas de peinado, pero siempre fué en vano.

Superfluo parece decir que no llevaba pendientes, pulseras, anillos, cadenillas al cuello, imperdibles de lujo, ni otro objeto de vanidad o adorno.

Nunca tampoco la oyeron hablar de trajes, ni sufría oír tales conversaciones.

Muerta para todos cuantos objetos pueden ser ídolos o incentivos de vanidad, lo estaba por igual al dinero. Ni lo poseía, ni lo deseaba, y si alguna vez recibía alguna ligera cantidad inmediatamente se desprendía de ella.

El celestial Esposo cuidaba celosamente de que Gema viviese en este perfecto desprendimiento, y si alguna vez descubría alguna ligera imperfección, al punto se la corregía; bien que sólo dos veces hubo de reprenderla por semejante motivo.

La primera vez ya hemos dicho que fué cuando a la edad de dieciséis años usó un reloj de oro y se

puso al cuello una cadenilla de la que pendía un crucifijo, todo ello también de oro.

En otra ocasión le exigió Jesucristo se desprendiese de una preciosa reliquia de San Gabriel que le había regalado el Padre Germán. Fué el caso que al recomendarle el divino Salvador viviese desprendida de todo, le interrumpió la Santa con su acostumbrada ingenuidad:

—Esto de vivir desprendida lo entiendo poco, porque realmente nada tengo; así que no sé de qué voy a desprenderme.

—Dime, hija —le contestó Jesús—, y aquel diente, ¿no estás aficionada en demasía?

—Pero Jesús —replicó Gema—, eso es una reliquia preciosa.

—Hija —concluyó Jesús, poniéndose serio—, te lo dice Jesús y basta.

El desprendimiento de la sierva de Dios se extendía también a las personas.

Tenía un corazón sumamente tierno; amaba con intensidad, delicadeza y vehemencia; pero el amor de Gema a las personas era tan puro y estaba tan subordinado al amor divino, que, cuando el Señor le exigía el sacrificio de alguna de ellas, se lo ofrecía sin vacilar y con muy larga voluntad. Ya hemos visto cuan admirable fué su resignación en la pérdida de los seres más queridos.

Y si a tanto llegaba ese desprendimiento tratándose de sus propios padres y hermanos, se comprende fácilmente no lo habrá de mostrar menor tratándose de otras personas. Que así realmente fuese, lo asegura su propio director, reconociendo que siempre se mostró desprendida de él. Le amaba y veneraba como a Padre de su alma, pero sin mostrar jamás hacia él ese apego más o menos desordenado que aún las personas muy piadosas suelen mostrar a sus Padres espirituales.

Su amor a la familia Giannini veremos llega

hasta pedir y conseguir del Señor traspase a ella las enfermedades que les envía. Esto no obstante, aparecía completamente desprendida de ellos, y si en cualquier momento la hubieran despedido, ninguna tempestad se desencadenara en su espíritu.

A este propósito, y por lo que respecta a su persona, refiere doña Cecilia el siguiente caso: "Desprendida Gema de todo y de todos, los últimos días de su vida la veía también desprendida de mí, en tal forma que parece ya no encontraba gusto en que le hiciese compañía. Comencé un día a reñirla por tal motivo, diciéndole que era una ingrata y desagradecida, y que su conducta no podía estar inspirada por Jesús.

—Poca cosa es lo que llevo hecho por ti —le decía—; pero Dios premia un vaso de agua que se dé por su amor. Algunos sacrificios —añadía— me llevo impuestos por tu causa.

Permanecía ella en silencio escuchando mis reproches, hasta que al fin me replicó:

—¿Pero qué dice? Si ha existido persona en el mundo a quien haya amado de veras es a usted.

Al decir esto rompió en amargo llanto.

—Está bien —le dije entonces—; obra como te parezca, que no te volveré a molestar sobre esto.

—Ahora —continuó ella— no me resta sino prepararme para la muerte: ya tengo hecha la renuncia de todo y de todos.

—¿Hasta del Padre Germán? —le pregunté yo.

—Sí —respondió—; hasta de él.

Efectivamente, había pedido al Señor la privase de todo humano consuelo".

En la total renuncia de cuanto hay en el mundo y de sí mismo, que es el primer paso para comunicar Dios al alma los admirables favores que caracterizan la vida mística, aparece Gema, según acabamos de ver, aventajadísima. "Quiero —decía— ser toda de Jesús". "Ahora que poseo a Jesús —añadía—, ¿qué

puedo amar ya sobre la tierra? Mundo, criaturas todas, vosotras no sois ya para mí, ni yo para vosotras; así que ya no puedo ni quiero amaros".

Mucho podríamos decir del desprendimiento en que vivía la sierva de Dios de su propia vida. Habremos de verla en los excesos de su caridad ofreciéndola generosamente, cuando por una persona querida, cuando por un pecador obstinado. Ahora sólo diremos que era para ella la vida lo que para el Apóstol de las Gentes, una pesada cadena que la sujetaba al lugar de su destierro. "Vivo sobre la tierra —decía—, pero se me hace que soy en ella un alma errante, puesto que nunca aparto el pensamiento de mi Jesús".

Dando cuenta de su conciencia al director, le decía: "Ayer por la mañana, en una apretura amorosa que tuve con mi Jesús, le suplicaba me desprendiese dè todas las cosas, me librase de este cuerpo y me soltase de todo lazo para volar a El; a El sólo y para siempre. Jesús, bromeándose, me preguntaba:

—¿Adónde quieres volar?

—A Tí, mi amado y dulcísimo Señor — le respondí.

—Deja —me añadió Jesús— que yo venga todavía un poco a ti, y cuando te haya libertado, vendrás tu a Mí".

Por aquí se verá que la única felicidad en la tierra era para Gema contemplar los vislumbres de la eterna bienaventuranza con que el Señor tan pródiga y espléndidamente la regalaba.

¿Podría decirse siquiera que la sierva de Dios sentía afición a esas divinas consolaciones? En manera alguna; y aquí es donde llega al colmo el heroico desprendimiento de esta angelical criatura.

Colmada de los más señalados favores, enriquecida de los más preciosos dones que acostumbra conceder el Señor a sus siervos, ni los pidió, ni cifró

en ellos su gloria, ni mucho menos permitió a su corazón se aficionase a ellos. "Obre Jesús como guste —decía—; contento El, contentos todos. Además, ¿merezco yo, acaso, sus divinas consolaciones? Me basta con que pueda gozarlo en la otra vida: nada me importa padecer sobre la tierra".

Hasta aquí llegaba el desprendimiento de Gema, y no veo pueda extenderse a más, ni alcanzar mayor perfección. Cuando la criatura se desprende de todo por amor a Jesús, Jesús la reviste de su santidad y la inunda con sus gracias.

Al sentirnos atraídos por la alteza de las mercedes que el Señor concede a esta santa virgen, volvamos las miradas al total desapego que las precede y acompaña, recordando la promesa de Jesús de que los limpios de corazón lograrán ver a Dios (1).

CAPITULO III

Su mortificación.

Solía decir San Felipe Neri que no puede haber mucha santidad donde hay poca mortificación.

Santa Gema se nos muestra aventajadísima en santidad, porque desde su más tierna infancia hasta su muerte llevó siempre, conforme al consejo del Apóstol, crucificada la carne con todos sus vicios y concupiscencias (2).

"No os daré paz —decía a sus pasiones— hasta tanto que os vea muertas". Muertas aparecieron siempre a los ojos de cuantos con mayor atención la vigilaban. Tan mortificadas las tenía.

De su natural era Gema, como todos los miembros de la familia Galgani, sensibilísima; la sangre

(1) Matth., V, 8.
(2) Galat., V, 24.

le bullía en las venas, y su inclinación a la ira y a la independencia era muy marcada. Si, por consiguiente, aparecía al exterior grave y humilde, retirada y silenciosa, débese atribuír al señorío que había adquirido sobre sí misma y a que, como asegura su director, "trabajaba sin descanso, siendo su corazón como un altar donde desde la mañana hasta la noche se ofrecían víctimas de mortificación".

Ya desde niña, y mucho antes de que pudiera sentir la rebeldía de las pasiones, se había obligado con muy variados ejercicios de mortificación.

Las Hermanas del colegio recuerdan y atestiguan en los procesos las santas industrias que empleaba para irse a la mano en todo.

Su tía Elisa depone que leyendo en las veladas de invierno las vidas de los santos y las terribles penitencias que algunos de ellos practicaron, decía: "Es necesario que también nosotros les imitemos: lo que ellos hicieron también podemos hacerlo nosotros".

Cuando el Padre Germán se hizo cargo de su dirección le arrebató un coselete armado de sesenta púas de hierro bien afiladas, una disciplina igualmente de hierro con cinco azotes y una larga cuerda llena de nudos, en los que introducía puntas y clavos, atándosela fuertemente a la cintura. Sólo le permitió el buen Padre usar moderadamente el cilicio hasta el mediodía y alguna que otra disciplina.

Ya que no se le autorizaba para entregarse a ciertos rigores, por los que siempre suspiró, se aprovechaba de cuantas ocasiones de mortificación se le ofrecía.

En el verano rechazaba todo alivio y regalo, como el salir a veranear con la familia Giannini; en el invierno no se defendía del frío, y hasta para sufrirlo más intenso prescindía de las medias; en las enfermedades no buscaba alivio ni comodidades, y en la dolencia que la llevó al sepulcro, atormentada

por la calentura, no pidió en toda ella un vaso de agua.

En cada sentido de su cuerpo y facultad de su alma buscó materia para ofrecer sacrificios al Señor, encontrándola muy abundante y agradable a los divinos ojos.

La mortificación de sus ojos fué admirable. Los tenía siempre modestamente inclinados hacia el suelo; en las mismas conversaciones solamente los alzaba para elevarlos de cuando en cuando como extática hacia el cielo, y en 1900 llegó a tomar la firme resolución de no mirar el rostro de persona alguna.

Con esta severa disciplina sobre sus ojos ofrecía Gema al Señor un sacrificio perenne, multiplicando sus actos de virtud hasta lo infinito.

Tan mortificado como el sentido de la vista tenía el del gusto. Las profesoras del colegio aseguran que desde niña era muy parca en la mesa, que nunca buscaba los manjares que le agradaban y que fuera de la mesa jamás aceptaba caramelos, pastas y otras golosinas. Con respecto al hogar doméstico, declara su tía Elisa otro tanto, añadiendo que se imponía especiales vigilias, y que fuera de las comidas se abstenía hasta de beber agua.

Cuando la obsequiaban con golosinas, si buenamente podía las rehusaba, y cuando las aceptaba era para obsequiar ella a su vez a otros.

Donde mejor se pudo observar su mortificación en el comer fué en casa de los señores Giannini. Como tenía que comer a la mesa con toda la familia, todos pudieron observar que su parquedad en alimentarse era extremada, llegando a suponer, tal vez no sin fundamento, que vivía de milagro.

"Con la cantidad de alimento que tomaba —declara don Mateo— puede afirmarse que era imposible pudiese vivir y sustentarse, siendo así que por

otra parte se la veía lozana y aparentando perfecta salud".

A veces pasaba dos y tres días sin probar bocado ni experimentar desfallecimiento.

Pero donde sube de punto la admiración es ante el hecho de que en 1902 no recibió desde Pentecostés hasta fines de junio otro alimento que la sagrada comunión. Este hecho débese tener como milagroso, puesto que al fin de junio le dijo Jesús: "Piensa, hija mía, que de aquí en adelante no te sostendré en la misma forma".

No satisfecha la mortificación de Gema con cuanto llevamos dicho, deseó no encontrar gusto en los manjares que tomaba. "¿Viene Ud. —le escribe al director —en que le pida a Jesús la gracia de no experimentar gusto alguno en las comidas mientras viviere?".

—"Yo dice el Padre Germán—, por ver en qué terminaba tan extraña petición, accedí a ella. La sencilla y virtuosa joven corrió a decírselo a su Jesús, siendo inmediatamente escuchada: desde aquel día perdió completamente el sentido del gusto, y en el resto de su vida no volvió a percibir sabor alguno en la comida y bebida, ni más ni menos que si ingiriese paja o bebiese agua".

No era menor su empeño en mortificar el olfato, mostrándose enemiga de aspirar perfumes, emplear esencias olorosas o buscar cualquier regalo en esta parte, huyendo hasta de los que se tienen por más inocentes.

Dejando el tratar de la mortificación de su tacto para el capítulo donde hablemos de su pureza, diremos algo ahora de lo mortificada que tenía su lengua. Conocedora desde niña de lo difícil que es tenerla sujeta, procuró acogerse al seguro del silencio.

En el colegio tenían que invitarla las profesoras y alumnas a que hablara, y aun entonces parecía

no saber romper el silencio, preguntando con ingenuidad: "¿Qué quieren que hable?".

El temor de faltar en sus palabras la acompañó toda la vida, siendo en este particular muy escrupulosa. Una vez que aflojó un tanto tan severos propósitos pasó llorando lo restante del día. Es el caso que vinieron a casa unas muchachas amigas de una de sus hermanas. Teniendo que acompañarlas, se vino a hablar "de cosas —dice ella— no malas, pero sí mundanas". Más bien las llamaríamos nosotros indiferentes. Terminada la conversación, fué tal el dolor que experimentó, que no pudo contener las lágrimas en todo lo restante del día.

Esta es la única vez, a lo que se sabe, que hubo de reprenderse por faltas cometidas con la lengua.

Para evitar todo peligro y compromiso tenía el propósito de no intervenir en las conversaciones, contentándose con responder a las preguntas que se le hacían. Dado su carácter alegre y expansivo, bien se entiende el sacrificio que esto le costaría. A él aludía en una de sus cartas: "He reportado —dice— un hermoso sacrificio sobre mi lengua, pero tuve que sufrir no poco para reprimirme... Me sentí más fuertemente inspirada a formar el propósito de no hablar sino cuando fuere interrogada. Lo he guardado, es verdad, pero, ¡con cuánto trabajo!".

Para poder cumplir este propósito, ya hemos dicho que vivía alejada de lo que se llama trato social. De ordinario, no hacía ni recibía visitas; apenas tenía otras salidas que a la iglesia; nunca se entretenía en casa hablando por pasillos y habitaciones, y se retiraba de la mesa tan pronto como se terminaba la comida.

Así lograba a un tiempo mortificar su curiosidad y quedar libre para conversar con Jesús.

Y ya que hemos mentado su curiosidad, justo será consignemos lo reprimida que la tenía. Para ella el mundo carecía de encantos. Puede afirmarse

que pasó por su escenario fijos los ojos en el cielo, y sin volver una de sus miradas a la tierra.

Desde niña se había apoderado el Señor de todos sus pensamientos y afectos, por lo que ya desde entonces desdeñaba los juegos y entretenimientos infantiles. Jugaba y se divertía con sus hermanos en casa y con las niñas en el colegio, pero era simplemente por no llamar la atención o porque así se lo mandaban.

Salida del colegio, renunció para siempre a juegos y diversiones. En casa Giannini solían entregarse a inocentes juegos y diversiones los numerosos hijos de la familia, pero estaban tan ciertos de que a Gema no le atraían, que ni siquiera se molestaban en invitarla. Otras veces se ponían a tocar el piano y a cantar: por más que Gema también sabía música y tenía excelente voz, nunca se les asociaba.

De asistencia a espectáculos no hay que hablar. Los huía completamente y ni siquiera consentía se hablase de ellos en su presencia.

Una vez tuvo que asistir por obediencia a cierta diversión. Véase cómo escribe sobre ello a su director: "Padre: esta tarde, por obedecer a la tía y a la hermana, he tenido que acompañarlas a ciertas diversiones y juegos . . . No quiero asistir nunca más. Prefiero quedarme siempre con mi Jesús. Porque mire; no sólo estando allí, sino también ahora en mi retiro, me asaltan en tropel importunas imaginaciones. Mi Angel debe haberse disgustado, pues no lo veo. Yo no quiero asistir más a esos sitios".

Cuando salió de la compañía de sus tías y hermanos para vivir definitivamente en casa Giannini, no se sabe volviera a asistir a semejantes diversiones. "Una vez —declara la Madre Gema— la quisimos llevar a un teatrito de niñas; pero supo ingeniarse de tal manera, que al fin logró desentenderse de nuestra invitación y quedarse en casa".

A la verdad que teniendo tan dulces entretenimientos con Jesús, por necesidad había de parecerle insípido todo aquello en que los hombres suelen encontrar solaz y contento.

No se tome, por consiguiente, la conducta de Gema como revelación de una alma adusta, sombría o enemiga de la alegría del vivir. Su renuncia a todo cuanto halaga y contenta a los mundanos revela por el contrario que tenía sobrada alegría y contento en el fondo de su corazón para necesitar buscarlos en las cosas de la tierra.

CAPITULO IV

Su paciencia.

En el capítulo pasado nos hemos ocupado de la extraordinaria mortificación de Santa Gema, que la llevaba hasta negarse los gustos y satisfacciones más inocentes.

Cabe, sin embargo, en la mortificación algo de propia voluntad, por cuanto el cristiano se la impone a sí mismo y en la medida y forma que elige. Mayor abnegación y rendimiento encierra el sufrir, no ya las penas que nosotros escogemos, sino aquellas que sin consultar con nuestro albedrío nos envía el Señor. De aquí que la paciencia sea como el coronamiento de la mortificación.

Para todos ha sembrado Dios de cruces el camino de la vida, porque todos debemos semejarnos a Jesucristo, nuestro capitán y cabeza, pero ha sembrado singularmente el de los contemplativos y los santos, por cuanto siguen de más cerca al Redentor crucificado.

Débese tener esto muy presente en la lectura de las vidas de los santos. No parece sino que la

divina Providencia los toma como blanco de todas las pasiones de los hombres, y que se complace en sembrar de espinas todos sus caminos.

Así vemos que el dolor y el infortunio salieron al paso a nuestra Gema desde los primeros días de su infancia para no abandonarla en todo lo largo de su carrera por la vida. Pero si grandes fueron las pruebas a que Dios expuso su virtud, no fué menor su constancia en superarlas.

Cuando apenas tiene siete años, le arrebata la muerte a su madre, sin que se observe en ella ni el llanto irreflexivo de los niños, ni la falta de resignación de los imperfectos.

A la edad de catorce años, nuevamente tiende sus alas sobre el hogar el ángel de la muerte, arrebatándole a su carísimo hermano Ginés. Gema oculta a los ojos del mundo la desgarradura de su corazón, y adora reverente la mano que le priva del más querido de sus hermanos.

La perspectiva de la muerte de su padre era para ella el anuncio de ruina espantosa e inevitable; con todo, nadie la vió perder su habitual serenidad. La fatídica noticia de esa muerte, si bien le causó tan profunda herida que cayó desmayada, con todo, ni salió de sus labios una palabra de queja, ni perdió su habitual serenidad de espíritu.

En la espantosa tragedia que se siguió a esa muerte fué el ángel consolador del hogar. Tenía palabras de resignación para todos; afrontaba denodadamente las circunstancias; tomaba las providencias oportunas y exhortaba a todos a buscar en Dios el remedio de sus males.

Y ya que acabamos de referir la admirable resignación de la sierva de Dios en la muerte de sus padres y de su hermano Ginés, añadamos que fué parecida la que mostró en la muerte de su tía Elena y de sus hermanos Antonio y Julia. Al comunicar a su director las dos primeras de estas muertes, le

dice sencillamente: "Padre mío, la tía que usted conocía enfermó, y ha muerto. Sepa que era muy buena; pero la encomiende a Jesús, por si tuviere necesidad de sufragios. Ha muerto también Antoñito. ¡Pobre hermano! Ha sufrido mucho; dígale a Jesús que use con él de misericordia".

Muy intenso era el cariño que profesaba a su hermana Julia; pero llegado el momento de ofrecer al Señor el sacrificio de ella, se olvida de su propio dolor para ocuparse de adorar la cruz que el cielo le envía. "Padre —escribe al director—, Julia ha muerto. Ruegue muchísimo por ella. Jesús es fuerza y valor, y no ha dejado de comunicármelos. ¡Viva Jesús!".

A todas estas desgracias familiares hay que añadir las molestias que sufrió la Santa de parte de algunos de sus hermanos. Angelita, aquella hermana de la que hemos dicho que se burlaba de sus éxtasis y escarnecía su piedad, en alguna ocasión se permitió tirarle violentamente de los cabellos. Alguno de sus hermanos llegó también a golpearla brutalmente. En ninguno de los dos casos se descompuso, antes bien se persuadió que la trataban como merecía.

Al casarse su hermano Guido, ya farmacéutico de San Julián, se encontró en el compromiso de tener que asistir a la boda. Después de la ceremonia, ofendida su nueva hermana política de que hubiera acudido tan modestamente vestida, la desechó de casa con malos modales. Salió de ella persuadida de que la desechaban por su mal comportamiento.

Las enfermedades ofrecieron también a Gema ocasión muy propicia para revelar su invicta paciencia. En ellas nadie pudo entender lo que sufría, pues nunca lo manifestaba. La sujetaron a curas dolorosísimas, y sobre no admitir anestésicos para ofrecer al Señor aquellos dolores, no exhaló el más ligero suspiro. Los médicos no podían contener su sorpre-

sa, y manifestaban en público que se encontraban ante un caso totalmente nuevo.

En la enfermedad al pie, de que hemos hablado, sucedió cierto día en el colegio que vino a caerle un banco en el pie lesionado. No se inmutó ni dió muestra de dolor por ello, y cuando acudió la Hermana a preguntarle si se había lastimado, contestó con una ligera sonrisa.

La enfermedad de que curó milagrosamente en 1899 era como para probar la virtud de un santo. Permaneció por espacio de más de un año clavada en el lecho, sufriendo dolores espasmódicos y sin poder moverse. *Estoy crucificada,* decía cuando tenían que moverla; pero por lo demás "no solamente no dejó escapar un lamento —depone un testigo—, sino que todo el tiempo se la vió jovial, sonriente y tranquila".

Cuando en los últimos días se presentó una muy grave complicación al oído hubo que operarla con urgencia. Por habérsele formado pus en el interior de ese órgano, hubo que cortar y limpiar para poder proceder a la extracción. "La enferma —declara el doctor Tommasi que la operó— no habló una sola palabra. Podía mover la cabeza, pero no hizo el más ligero movimiento, ni siquiera de esos que son instintivos, para sustraerse a los instrumentos; tanto que me parecía estar operando sobre un cadáver".

Bien se deja entender que tan invicta paciencia se encuentra por encima de todas las fuerzas humanas.

La virtud de Gema resplandeció también con muy vivos esplendores en los desprecios y humillaciones que sufrió. Su modestia en el vestir, recogimiento en el andar y devoción en el templo eran una constante provocación a las muchachas vanidosas, chicuelos ineducados y jóvenes libertinos, que la tomaban con frecuencia por blanco de sus burlas y

sarcasmos. Unos la trataban de estúpida, otros de fanática y algunos se permitían tomarla por loca. Era justamente lo que ella buscaba, ser despreciada y ridiculizada del mundo.

Desde que salió del colegio acostumbraba llevar sobre el pecho un pequeño crucifijo. De ahí tomaban pie los muchachos del arroyo para las burlas más indecentes. Al verla pasar le soltaban mil groserías, y a veces la corrían por la calle, con la consiguiente vergüenza de la honestísima doncella. Ocasiones hubo en que tuvieron que salir a defenderla personas de bien, llevando la amabilidad hasta acompañarla a su domicilio.

Aun en el templo no era raro que los monaguillos la molestasen con sus desprecios. La trataban de histérica, a causa de los éxtasis que tenía después de la comunión; no querían atenderla en los favores que les pedía, como, por ejemplo, avisar a un sacerdote que le diera la comunión, la censuraban con acritud porque se detenía largo tiempo en el confesionario, y no perdían ocasión de mortificarla y ridiculizarla.

También apareció admirable la paciencia de Gema en las repulsas que recibió de los distintos conventos a cuyas puertas llamó pidiendo el hábito religioso.

Hemos dicho que desde muy temprana edad se manifestó en Gema decidida vocación al estado religioso. Privada de realizar sus deseos en las Salesas, solicitó ingresar en otras Ordenes Religiosas. Por unas u otras razones, en todas fué desechada.

Hubo singularmente una Congregación que tuvo para ella irresistibles atractivos y en la que Jesús y San Gabriel le dieron esperanza cierta de que sería admitida. Fué ésta la Congregación de las Pasionistas. Llamó una y otra vez a sus puertas; movió cuantos resortes humanos y divinos estuvieron a su alcance; lloró y suspiró, pero todo en vano. El claus-

tro por el que suspiraba no le había de abrir sus puertas, y el descanso que necesitaba no lo había de gozar en este mundo.

Herido su corazón con tan dura contrariedad, los años que le restaron de vida fueron años de tormento y desconsuelo; tanto que hasta, según parece, el ver frustrada esa única ilusión de su vida le arrebató 25 años de vida.

A pesar de todo, nunca exhaló una queja, ni contra las superioras, que amontonaban dificultades para no admitirla; ni contra los médicos, que, pudiendo, se negaban a certificar su buena salud; ni contra los prelados que, sin atender explicaciones, se cerraron en su negativa. Todo lo soportó con invencible paciencia, y en cada repulsa, como al aceptar definitivamente morir fuera del claustro, no salió de sus labios sino el *fiat* de la resignación y el abandono.

La paciencia de Gema fué superior a todas las penalidades que plugo al Señor enviarle, y habremos de verla suspirando y pidiendo ardorosamente al cielo nuevos dolores y mayores trabajos.

CAPITULO V

Su humildad.

Puede considerarse la humildad como el verdadero termómetro de toda santidad.

Cuando el Padre Germán y otros esclarecidos prelados fueron llamados a discernir el espíritu que movía a Santa Gema, trataron de cumplir su delicada misión, examinándola sobre la piedra de toque de la humildad. Reconocieron que el espíritu de que estaba animada y los fenómenos que en ella se obser-

vaban eran de Dios cuando comprobaron que era humildísima.

"Muchos —dice el Padre Germán—, e incluso su confesor ordinario, se mostraban vacilantes en presencia de cosas tan extraordinarias como observaban en una sencilla joven... y se preguntaban: *¿Será o no será de Dios un tal estado, del que apenas se encuentran ejemplos en los santos más eminentes que han florecido en la Iglesia?* Sin duda será de Dios —contesté yo— si en él se encuentra humildad. Me puse a examinar, y a las primeras indagaciones pude comprobar que desde hacía largo tiempo había comprendido la virtuosa joven cuán importante sea esta virtud, colocándola por encima de todas las demás y esforzándose por practicarla".

Intervinieron en el examen del espíritu de Gema tres prelados ilustres; el Padre Pedro Pablo Moreschini, entonces Provincial de los Pasionistas y más tarde arzobispo de Camerino; monseñor Volpi, a quien ya conocemos como confesor ordinario de Gema, y el Padre Tei, capuchino, en aquella ocasión predicador del Palacio Apostólico y después obispo de Pésaro.

Los tres pusieron todo su cuidado en comprobar si Gema era sinceramente humilde, y declaran como de común acuerdo que lo era en sumo grado.

Para ella fué la humildad el árbol precioso en cuyo cultivo puso todos sus afanes, y del que recogió durante toda su vida abundantes frutos de santidad.

Aborreció la soberbia mucho antes de conocerla. Ya hemos dicho que de niña tomaban algunas compañeras de colegio su gravedad y silencio por altanería y orgullo. Ni siquiera comprendía el significado de la palabra *orgullo*.

Durante toda su vida se le ofreció la soberbia como cosa imposible. "¿Cómo? —solía preguntar sorprendida—, ¿yo envanecerme? ¿Y podría haber

locura mayor que esa?" Y es que la humildad tomó asiento en su corazón desde los primeros días de su infancia, y con el andar de los años se fué desarrollando de modo prodigioso.

Durante los Ejercicios que hizo a la edad de trece años —anota en la Autobiografía— que el predicador repetía estas palabras: "Dios lo es todo; nosotros somos nada". Parece que el Señor le dió desde entonces altísimo conocimiento de ese todo y esa nada.

Siempre tuvo bajísimo concepto de sí misma, y todos los favores que recibía del cielo contribuían a humillarla.

Sus palabras, escritos y acciones revelan una humildad tan espontánea, profunda y candorosa que no parece sino que desde la infancia se hallaba confirmada en esa virtud. Después de haber conversado familiarmente con el cielo, pasaba con la mayor naturalidad a ocuparse en los más humildes quehaceres domésticos.

Todo cuanto digno de aplauso había en su persona, o no lo veía, o viéndolo en el todo de Dios le parecía nada.

Sobre atribuír a Dios todo cuanto era y obraba, nunca quedaba tan contenta como cuando nadie hacía caso de ella.

Ante los purísimos esplendores de la luz divina empezaba por verse manchada y cubierta de pecados. "¡Si viese qué fea es mi alma —escribe al director—. Jesús me la ha hecho ver, y me ha causado horror". Con este concepto de la fealdad de su alma, claro es que todos los pensamientos y afectos de Gema habrían de ser humildes; y lo eran en tanto grado, que aparecía como avergonzada ante aquellos que la rodeaban.

Como consecuencia de esta íntima persuasión, sufría indecible tormento ante cualquiera muestra de consideración que recibiera. En la familia Gian-

nini todos estaban aleccionados por el Padre Germán para que guardasen con ella el menor número posible de consideraciones. Todo cuanto fuera salirse de esa norma constituía para la sierva de Dios verdadero tormento. "Yo no quisiera —escribe al director— que se hiciera conmigo lo que se hace. ¡Si Ud. viera, Padre, hasta me calientan la cama con el braserito! ¿Son cosas éstas que deben hacerse conmigo, cuando sólo merezco que me traten como a las gallinas?... Desearía que me tuvieran por esclava hasta los últimos de casa".

Llevada la misma familia del tierno cariño que le profesaba, quiso tener su retrato en un cuadro al óleo. Según parece, el mismo Padre Germán hubo de intervenir en ello, buscando en Roma un pintor que lo ejecutase.

Calcúlese el sobresalto de Gema al enterarse del hecho y de que el retrato estaba ya en casa. De momento no le ocurrió cosa mejor que apoderarse de él y esconderlo para que nadie lo viera. Como es natural, la traza le salió mal, ya que no se iba a resignar la familia a no saber el paradero de un retrato encargado con tanto cariño y traído desde Roma. La sierva de Dios tuvo, por expreso mandato de su director, que revelar dónde se encontraba y entregarlo con la consiguiente vergüenza.

Fácil es ya imaginarlo lo mucho que molestaría a Gema hiciesen cuantos la rodeaban algún caudal de su virtud. No sufría sobre el particular ni que se encomendásen a sus oraciones. A una carta que doña Cecilia le escribió en tal sentido, contesta: "He quedado como aturdida, viendo que Ud. solicita mis oraciones. Si Ud. no me conociera tendría alguna excusa...Un alma llena de defectos, que poco o nada se cuida de amar a Jesús, ¿qué podrá obtener? Con todo, obedeceré".

Cuando de viva voz solicitaban la ayuda de sus

oraciones, se confundía y quedaba como avergonzada, contentándose con responder: "Ya lo haré". El sentimiento de su bajeza le llevaba a añadir: "Aunque indignamente", pero no se atrevía, dando por razón el que, a veces, puede encerrarse en esas palabras un sentimiento de soberbia.

Pero si la humildad de Gema sufría horriblemente cuando alguien se encomendaba a sus oraciones, en cambio estaba siempre pronta a solicitar las de todo el mundo. Con mucha frecuencia nos encontramos en sus cartas con expresiones como éstas: "Me encomiende a Jesús, y les diga también a los demás que lo hagan, pues harán una gran obra de caridad rogando por mí".

La terminación obligada de sus cartas era también un acto de humildad, puesto que siempre concluía suplicando a quien escribía rogase por ella, y firmándose "la pobre Gema". El Padre Germán deseó se firmase "la pobre Gema de Jesús". Así lo hizo algunas veces; pero pudo más en ella el profundo sentimiento de su bajeza, y al poco tiempo volvió a su anterior costumbre.

De aquí nacía también el que, cuando Dios la dejaba en aridez o desamparo, lo atribuyese exclusivamente a sus pecados. "Jesús —escribía— al fin se ha cansado de sufrirme, a causa de mi extrema frialdad. ¡Pobre Jesús, cuánta razón tiene!".

Otra vez se le mostró Jesús llorando. Al verlo le preguntó con la mayor ingenuidad por qué lloraba. Muy pronto le sugerió la humildad que sólo podía llorar por sus pecados. "Me reconozco culpable de mil iniquidades —exclama— y todavía tengo valor para decir, ¿qué tendría Jesús para llorar?".

Por más que Jesús la colmaba de caricias, nunca elevaba sus sentimientos de profunda humildad hacia El. "Todos saben —dice el Padre Germán— que las personas devotas, singularmente aquellas que se han consagrado al Señor con el voto de virginidad,

suelen llamar a Jesucristo su Esposo y a sí propias esposas de Jesús. En Gema no sucedió así. *Hija, sierva inútil, virgen necia, criatura miserable;* tales eran los títulos que se daba; pero nunca, al menos fuera de los éxtasis, el de esposa".

Si tales y tan humildes eran los sentimientos de Gema, bien se deja entender que ocultaría todo cuanto pudiera contribuír a su alabanza, y hasta buscaría ocasiones de ser despreciada. Así fué en efecto. De la ocultación de los dones sobrenaturales nos ocuparemos en el capítulo siguiente. Ocultaba también todas sus habilidades y apreciables dotes naturales.

De clara y penetrante inteligencia, que la colocaba en el colegio entre las más aventajadas alumnas, nunca alardeó de superioridad, y en innumerables ocasiones dejó que la tratasen de ignorante y estúpida. Poseyendo muy bien el francés, rehuía toda ocasión de manifestarlo. Sabiendo bordar primorosamente, se contentaba con hacer calceta.

Tenía hermosa voz, y en el colegio había aprendido música: siempre consideró como vanidad y acto de disipación el cantar, y ni aun estando sola daba desahogo a sus sentimientos con cánticos piadosos.

También sabía versificar, y aunque tenía facilidad e inspiración para ello, lo evitaba como exhibición mundana. Otro tanto debe decirse de la pintura.

Era tal el cuidado que ponía en ocultar sus habilidades que al cabo de cuatro años de tratarle la familia Giannini no llegó a conocer la mayoría de ellas.

Si tenía que revelar algún conocimiento lo hacía por pura necesidad y como avergonzada. Doña Cecilia solía servirse de ella para escribir su correspondencia. Prefería la Santa en su humildad escribir al dictado, y sufría gran disgusto cuando al presentar las cartas le decía sencillamente la buena señora que estaban bien escritas.

No satisfecha la virtud de Gema con ocultar cuantas prendas naturales pudieran enaltecerla, aprovechaba y buscaba cuantas ocasiones podía para humillarse. Los oficios más bajos de la casa eran para ella los preferidos. Por más que los señores Giannini ni la recibieron ni nunca la tuvieron como criada, barría la casa, fregaba los suelos, sacaba agua del pozo, ayudaba en la cocina y desempeñaba todos los demás oficios reservados a las sirvientes.

Ya hemos visto la satisfacción con que en el colegio y en el hogar cargaba sobre sí culpas ajenas. No pocas veces ocurría también que otras personas la cubrían de injurias: siempre la encontraron inconmovible. Cierta persona se puso una vez a insultarla. "Tisicona —le decía—, imbécil, ¿cuándo te morirás y dejarás de ensuciar esta casa?". Gema iba escuchando toda una letanía de improperios por ese estilo y como respuesta iba diciendo: "Tiene razón; dice bien".

Y es que realmente así deseaba ser de todos tratada. "Me debe considerar como nada —decía a doña Cecilia—; como si no existiese o fuese aquel estropajo. Me ha dicho el confesor que debo ser tratada como las gallinas, y que no merezco otra cosa".

Todos estos hechos y testimonios demuestran que la sierva de Dios, sobre los grados de humildad de sentir bajamente de sí misma y desear que otros igualmente lo sientan, alcanza aquel otro alto de buscar el ser despreciada. Si sobre todo esto llega a felicitarse en los desprecios, tendremos que su humildad alcanza el último grado de perfección. ¡Y vaya si alcanza!

Sirva de confirmación el hecho siguiente: En una ocasión solicitó visitarla cierto ilustre prelado, hasta el que había llegado la fama de sus virtudes. Esclava de la obediencia, no tuvo más remedio que presentarse; sólo que cuidó de hacerlo llevando en brazos y acariciando a un enorme gato. El prelado,

que ignoraba era aquella la primera vez que Gema tomaba en brazos semejante animal, cayó en el lazo. "Creía visitar a una santa —se hubo de decir— y me encuentro con una payasa". Le volvió la espalda y sólo tuvo para ella un gesto de desprecio. Eso era precisamente lo que buscaba la humildísima joven.

Alma que busca los desprecios con el mismo afán que el mundo pone en correr tras los honores y que en ellos coloca la felicidad, evidentemente se encuentra sobre la cumbre de la santidad. Puede Dios derramar sobre ella los torrentes de sus dones y celestiales favores, seguro de que no se habrá de alzar con ellos, sino que de ahí tomará pie para nuevas humillaciones.

Es lo que vamos a ver en el capítulo siguiente.

CAPITULO VI

Su humildad en las exaltaciones del cielo.

Comenzamos el capítulo pasado señalando a la humildad, como piedra de toque para distinguir la verdadera de la falsa piedra. Ahora debemos añadir que lo es también para distinguir los dones extraordinarios del cielo de los torpes remedos de tales dones, producidos por la fantasía o el demonio.

Así como la humildad abre la puerta de las comunicaciones celestiales, así esas comunicaciones celestiales acrecientan y hacen subir de punto la humildad en los siervos de Dios que las reciben.

Esto justamente aconteció con nuestra Santa. Los favores místicos con que el Señor la favoreció, y que para un alma imperfecta fueran una tentación y peligro de vanagloria, en ella sirvieron para descubrir nuevos tesoros de humildad.

Esos fenómenos extraordinarios, que casi puede

afirmarse llenan toda su vida, ni los deseó, ni se juzgó digna de ellos; y recibidos graciosamente de la mano del Señor, se humilló profundamente, tratando por todos los medios de ocultarlos a las miradas del mundo.

Hablando los doctores místicos de los llamados fenómenos de la contemplación distinta, sientan como principio general que es soberbia desearlos y juzgarse el alma digna de ellos.

Muy lejos estuvo Gema de semejante soberbia. Empezó mirándolos como enojosos, ya que la humildad le echaba constantemente en rostro su indignidad. "He pasado estos días —escribía al director— un poco alborotada. Me detenía a mirar a los de casa, por ejemplo, a Anita y a Eufemia, y pensaba: cuánto me complacería vivir como ellas sin cosas extraordinarias". En otra carta le decía: "Ya sabe Ud. que estas cosas (extraordinarias) yo no las quiero: me basta con saber que Jesús está contento de mí".

Persuadida en su humildad de que no correspondía debidamente a los favores del cielo, escribía en otra ocasión: "He dicho a Jesús que no me obligue a ejecutar cosas que no salen de mí, porque yo no valgo para nada; y después de haber recibido tantas gracias, hasta ignoro cómo deba corresponder a ellas". El maestro celestial, al propio tiempo que la humillaba, la alentaba. "Haz lo que puedas —le decía—; quiero servirme de ti precisamente porque eres la más pobre y pecadora de todas las criaturas".

Y no es que su humildad hiciese simplemente a Gema renunciar a todos los favores del cielo. Le infundía el temor de engañarse. Ese temor la acompaña toda su vida inspirándole páginas de una ingenuidad encantadora. Poco después de su milagrosa curación, escribía a Sor Julia, la antigua profesora en Santa Zita: "Paréceme escuchar una voz interior, diciéndome que me engaño; que la dicha que siento no proviene del Corazón de Jesús, porque (y esto

lo digo yo) verdad es que Jesús es el Dios de las misericordias y que perdona todos los pecados; pero, ¿es posible que me los perdone a mí que hace 19 años los estoy cometiendo siempre nuevos?... Sor Julia, ¿qué le parece a Ud.? ¿Entrará el demonio en estas cosas? ¿Y si, por añadidura, hubiese engañado a los demás? ¡Qué tormento!".

La sola palabra "engaño" le hacía temblar. "Tengo tanto miedo de mi alma —escribía al director—; tengo miedo de condenarme, porque oí contar a un sacerdote que vino a visitar a mamá el caso de una monja que presentaba señales en los pies, manos, cabeza y corazón; que tenía éxtasis, y que al fin todo resultó engaño. ¿También yo seré así? ¡Si fuese engaño iría al infierno! Desearía me explicase qué quiere decir "engaño", porque yo no quiero engañar a nadie".

Sería cosa de nunca acabar si quisiéramos aducir cuantos testimonios encontramos sobre esta materia.

La humildad de Gema no resplandece menos en el cuidado que ponía para ocultar los favores del cielo.

Pedía incesantemente al Señor que nadie los advirtiera, y frecuentemente se le oía decir en los éxtasis: "Haced, Jesús, lo que os plazca, pero que nadie lo advierta".

Viendo la soltura y minuciosidad con que la sierva de Dios explica las gracias y favores recibidos, cualquiera diría que expone con fruición esos prodigios de la bondad divina. "Todo lo contrario —dice el Padre Germán—; la humilde Gema sufría penas de muerte cuando tenía que declararse a sus directores, y hubiera preferido verse sepultada en el infierno antes que decir o escribir una palabra sobre los prodigios que en ella obraba el Señor". Dejemos que ella misma lo manifieste: "Hace ya largo tiempo que le vengo refiriendo ciertas cosas, por lo que de-

bería habérseme pasado la vergüenza que en ello siento; pero resulta que va en aumento cada vez que tengo que escribirle o confesarme. No es propiamente vergüenza, y no sé cómo expresarme, es casi miedo". En realidad eran las dos cosas; vergüenza porque no hubiera querido que criatura alguna supiese cosas que podían redundar en su alabanza, y miedo por el temor de no saberse expresar o inducir en error a alguno".

Era también su humildad quien empujaba a Gema para suplicar a su director y a doña Cecilia que no hablasen con nadie sobre sus cosas. "Le ruego —escribía al director— que nunca hable de mí con nadie, si no es para decir lo que realmente soy. Me humillaré, me arrepentiré, y Jesús me perdonará por su infinita misericordia".

El desear con tanto afán encerrarse en un convento era principalmente para ocultar a las miradas del mundo los favores que recibía del cielo. "Padre —decía y repetía en casi todas sus cartas al director—, no me deje en el mundo... tengo miedo... ¿Por qué me deja de esta suerte expuesta a las miradas de todos? ¿Qué sería de mí si se llegase a saber ciertas cosas?".

Añadamos también que los favores que Gema recibía del cielo, lejos de engreírla, más y más la humillaban. Se persuadía que tantas y tales misericordias del Señor exigían de ella correspondencia fidelísima, y al no descubrir en sí misma sino ingratitudes y pecados, se confundía y como anonadaba. "¡Cuánto no debo maravillarme —escribía al director, después de haber recibido una muy señalada merced— de la infinita misericordia de Dios! Sí, sí; mi Jesús es verdaderamente el Jesús de la bondad. De nuevo ha obrado el milagro de mi conversión, y por las luces que se ha dignado concederme he venido a adquirir el verdadero concepto de mi bajeza".

Para esto venían a servir todas las luces que Ge-

ma recibía del cielo; para más y mejor descubrirle su profunda miseria. Esta es una de las profundas diferencias que descubren los doctores místicos entre las visiones del cielo y las ilusiones de la fantasía o las visiones diabólicas. Las primeras hacen más humilde el alma favorecida, en tanto que las otras la desvanecen y hacen dura de juicio.

El Padre Germán, que nada tenía tan puesto en el corazón como conservar a la santa joven en profunda humildad, en lugar de manifestar sorpresa o admiración ante tales comunicaciones y favores del cielo, fingía indiferencia o desdén, tomando pie de ellas mismas para más y más humillarla: "Para mí —le dijo en cierta ocasión— es inexplicable cómo no tiene Jesús reparo en ensuciarse las manos con esta basura de Gema". Sonrió la angelical doncella al escuchar tales palabras, y llena de júbilo por parecerle haber encontrado el epíteto que desde hacía largo tiempo venía buscando, lo retuvo en la memoria, y ya hablase o escribiese, y aun cuando se hallaba arrebatada en éxtasis, se lo aplicaba con harta frecuencia. "Jesús, ¿cómo es que quieres ensuciarte las manos con esta basura de Gema?". Cuando se le aparecía el Angel Custodio, le decía también: "Te suplico no te ensucies las manos con esta basura de Gema".

Además de este epíteto tenía otro, sugerido sin duda por su profunda humildad. Se llamaba "ser envilecido", que en su apreciación equivalía a criatura abyecta, profanada, deshonrada y repugnante a los divinos ojos.

Este vivo concepto de su indignidad y miseria le hacía aparecer en público como avergonzada y confusa. Le parecía como si de todas partes se alzase una voz, reprochándole su tibieza en el divino servicio. Temía singularmente que se enterasen de los favores que el Señor le dispensaba, juzgando que cualquiera habría de escandalizarse de verla por una

parte tan mala y por otra tan colmada de dones celestiales. Como veía habitualmente a su lado al Angel de la Guarda, y sospechaba que también los demás lo veían, andaba como sonrojada, y se permitía escribir al director: "Se encargue de decirle que permanezca oculto".

Merced a estos cuidados de su humildad y al decidido empeño del Padre Germán, la sierva de Dios vivió enteramente oculta y desconocida para el mundo.

Esto constituye la prueba más esplendente en favor de lo sobrenatural de sus carismas. Los dones del cielo no se destruyen mutuamente, y a mayores gracias es natural que responda humildad más profunda.

De la misma suerte que la reina de la humildad, María Santísima, saludada por el Angel como Madre de Dios, se abate, proclamándose su esclava, así también esta humildísima hija de María, cuanto mayores son los carismas que recibe del cielo, más profundamente se humilla, devolviendo al Señor toda la gloria que le corresponde por los dones y carismas que derrama sobre sus criaturas.

CAPITULO VII

Su obediencia.

Al ocuparnos en el capítulo II de esta segunda parte del desprendimiento de Gema, dejamos expresamente para este lugar el tratar del desprendimiento en que vivía de su voluntad.

De ella puede afirmarse que no supo experimentalmente lo que es propia voluntad. Su obediencia fué admirable. En ella obedecía la voluntad y los

actos naturales no dependientes de la voluntad, las enfermedades y hasta los fenómenos sobrenaturales.

Según el unánime testimonio de cuantos la trataron en su primera infancia, careció de los caprichos, muy explicables hasta en niños virtuosos; nunca trató de hacer triunfar su voluntad en los juegos infantiles; condescendió en todo con la voluntad ajena, sacrificando a ella sus gustos y aficiones; fué consiguientemente por su docilidad por lo que se hizo amable y atrayente para cuantos la trataron.

Desde tan temprana edad parece le había mostrado el Señor los peligros que acompañan a la propia voluntad y las excelencias de la obediencia; así que, firmemente decidida a ser santa, se propuso serlo por el sacrificio de todos sus gustos e inclinaciones.

Cuando entró en casa de los señores Giannini, su obediencia era ya admirable y perfecta. Encargada de su cuidado, por expresa disposición de monseñor Volpi y el Padre Germán doña Cecilia, empezó por hacerle la siguiente advertencia: "Tenga la bondad de no preguntarme nunca si quiero esto o aquello. No me vuelva a decir, *le parece que salgamos, quiere que hagamos;* dígame simplemente: *Gema vamos, Gema haz esto, o aquello,* sin pedir mi parecer o consejo".

Más adelante habremos de ver hasta dónde llega la obediencia de la sierva de Dios a esta buena señora; por ahora diremos simplemente que sus relaciones con ella por espacio de cuatro años se encuentran como reflejadas en esa advertencia. Obedeció a doña Cecilia no raras veces a costa de gravísimos dolores, frecuentemente privándose de las dulces comunicaciones con el cielo, y a veces hasta con peligro de la vida.

Ni era solamente a doña Cecilia a quien obedecía; lo hacía por igual a todos los demás de la casa, no excluídos los criados.

Su obediencia era ingenua y sencilla hasta no

más. Ni indagaba razones, ni examinaba consecuencias, ni se paraba en dificultades, ni conocía dilaciones.

Y si obedecía con tanta puntualidad y gozo de espíritu a cuantos quisieran mandarle, bien se comprende que su obediencia a los directores de su conciencia habría de ser admirable. Lo fué en efecto, y a ella es debido el que no diera paso alguno fuera del camino por donde Dios la llamaba.

Monseñor Volpi y el Padre Germán descubrieron desde el primer momento en esta su dirigida vivísimo deseo de llegar a la más encumbrada perfección, y juntamente la decidida voluntad de que fueran ellos quienes le mostrasen el camino y la alentasen en la subida. Fundábase esta disposición de Gema en una formal promesa del cielo. "Me ha prometido Jesus —escribía al director— manifestar a Ud. su divina voluntad con respecto a mi persona, siempre que se lo pida con humildad. Así que permanezco tranquila, esperando se cumpla en mí la voluntad de Dios". Con esta divina promesa y dulce esperanza, nada tenía tan puesto en el corazón como el obedecer, así como nada temía tanto como apartarse del camino trazado por la obediencia. Para ella era más dulce obedecer por amor a Jesús, que recibir caricias de Jesús; y en más tenía el sufrir los mayores dolores por obediencia, que el recibir celestiales comunicaciones por propia voluntad. De aquí el que se le oyera exclamar en los éxtasis: "¡Oh, amada obediencia, que me privas de todas las dulzuras de mi amor!".

Tenía Gema por maestro de esta virtud al mismo divino Salvador, que se la recomendaba con frecuencia, ponderándole sus excelencias. "Obediencia, obediencia", le repetía en casi todas sus locuciones. "Hija –le decía también–, obediencia ciega, obediencia ciega, obediencia perfecta. He aquí lo que primeramente te encargo, que seas como un cadáver y ejecutes con prontitud cuanto te ordenan". "Recuer-

da —le decía también el Angel de la Guarda— que no hay camino más corto y seguro para llegar al cielo que el de la obediencia".

Bien instruída en estas verdades, nada quería hacer por propia voluntad, y casi todas sus cartas son para pedir consejo y orientación a sus directores. Frecuentemente desciende a nimiedades elocuentemente reveladoras, tanto como de su infantil ingenuidad, de la delicadeza de su conciencia. Véanse algunos ejemplos: "Si le parece que hago bien, desearía decir a Jesús me aliviase un poco el dolor de cabeza. ¿Debo decírselo?" "Ya que se encuentra aquí el Padre Provincial, ¿le parece bien haga con él la confesión general para ganar el jubileo?". "¿Está conforme con que suplique al Padre Germán me enseñe lo que hacen las monjas en el coro para luego hacerlo yo también?".

Obedeciendo Gema con tanta puntualidad, exactitud y heroísmo, llegó hasta no sentir la pesantez del yugo de la obediencia. "Ya con el continuo ejercicio de la obediencia —escribe al director—, he dejado de sentir en muchas cosas el peso de esta virtud. Es gracia que me concedió Jesús hace pocos días, y por la cual le quedaré eternamente agradecida".

Por lo que se ve, había superado la sierva de Dios cuantas dificultades oponen el amor propio y la carne rebelde al cumplimiento de la voluntad ajena, si es que no deba afirmarse más bien que esos elementos de pecado aparecían en ella como envueltos y consumidos en las purísimas llamas del amor divino.

De la soberana complacencia que el Señor encontraba en la obediencia de esta bendita criatura es buena prueba el hecho de que interviniese sobrenaturalmente para secundarla, haciendo que todo obedeciese en ella; el sueño como la calentura, la sed y las enfermedades, los éxtasis y las llagas. Y lo que hace subir de punto la maravilla es que para obtener

la obédiencia en todos esos hechos y fenómenos, no se requería mandato verbal o escrito: bastaba una orden mental.

"Cuando por la noche se acostaba —atestigua el Padre Germán—, aunque rodeada de varias personas que hablaban entre sí, con que doña Cecilia le dijese: *Gema, necesitas descansar, duérmete,* en el acto cerraba los ojos y dormía profundamente. Yo mismo quise una vez hacer la prueba, y encontrándome junto a su lecho a una con varios miembros de la familia, le dije: *Recibe mi bendición y duérmete, que nosotros nos retiramos.* No bien hube pronunciado tales palabras, cuando volviéndose al lado opuesto, se entregó a profundo sueño. Entonces me arrodillé, y levantando conmovido los ojos al cielo, le ordené mentalmente que despertase. ¡Cosa admirable! Cual si la hubiese llamado a grandes voces, se despertó con su acostumbrada sonrisa en los labios.

—¿Así es cómo se cumple la obediencia? —le dije en tono de reproche—. Te he dicho que duermas.

—No se moleste, Padre —me respondió humildemente—; he sentido que me golpeaban a la espalda y que una voz me ha dicho: *Levántate, que te llama el Padre.*

"Era el Angel de la Guarda que velaba a su lado".

Al igual que el sueño obedecían las enfermedades, curando muchas veces de repente al primer mandato que recibía en tal sentido.

Lo que con más frecuencia se observaba era la obediencia de los fenómenos sobrenaturales.

Temeroso monseñor Volpi de que las hemorragias de las llagas fuesen perjudiciales a la salud de Gema, se las llegó a prohibir. Al punto fué obedecido. Las llagas no volvieron a aparecer cada viernes al exterior, por más que sus efectos dolorosos continuaran idénticos. Otro tanto sucedió con los violen-

tos latidos del corazón, en los cuales llegaba con frecuencia a arrojar sangre por la boca.

Los frecuentes y casi continuados éxtasis de la Santa estaban supeditados por igual a las órdenes de los superiores.

Un año en que doña Cecilia tuvo que salir a veranear pensó dejarla en el convento de las Servitas. Al pedir permiso a monseñor Volpi para hacerlo, puso éste como condición que no le pasase cosa alguna extraordinaria durante el tiempo que permaneciese en la clausura.

La Superiora, que sabía todo lo referente a las llagas, éxtasis y demás fenómenos místicos, indicó a Gema trajera un par de guantes para ocultar las llagas a las religiosas. Gema respondió que no los necesitaba, por el precepto que traía del confesor. "Efectivamente —depone la Superiora—, durante todo el tiempo que permaneció en la clausura no se observó ninguno de tales fenómenos".

Durante los éxtasis Gema permanecía totalmente abstraída de los sentidos; pero bastaba se le diese un mandato cualquiera, aunque sólo fuese mental, para que al punto volviera en sí. A favor de esta obediencia se conseguía en cualquier momento ocultar tan misteriosos fenómenos. Son muy numerosos los testimonios de este hecho que encontramos en los Procesos, singularmente de doña Cecilia y de las religiosas Servitas.

Abrazada Gema con la obediencia, nada temía tanto como que le llegase a faltar esa guía y celestial apoyo. En toda su vida echamos de ver un extraordinario temor de ser engañada. Por otra parte, escuchaba que en casi todas sus conversaciones con el cielo se le recomendaba insistentemente la obediencia. Así que la miraba como a tabla de salvación y brújula de sus destinos. El apartarse de ella se le ofrecía, más bien que como una simple falta, como ruina irreparable.

Por obedecer a sus directores estaba dispuesta a luchar contra el mismo Jesucristo, cometiendo con él aparentes descortesías, bien que tales luchas y descortesías hacían sonreír al Divino Salvador.

Después que monseñor Volpi le había prohibido los fenómenos de las llagas, contemplaba a veces en los éxtasis a Jesús que se le acercaba, lo cual iba acompañado de la reproducción en su cuerpo de las llagas del Salvador. Presa del temor de desobedecer, le decía:

—Jesús, no te acerques, obligándome a faltar a la obediencia: me has enseñado que prefieres la obediencia a las víctimas; así que no me hagas quebrantarla.

Mucho debió de costar a Gema la obediencia, en cuyas aras sacrificó los dulces consuelos del cielo, las regaladas visiones de la divinidad y los ardientes deseos de su corazón; pero, ¡cuántos méritos hubo también de atesorar humillándose hasta reconocerse incapaz de dar un solo paso en el camino de la perfección fuera de los carriles de la obediencia, y siendo, según el consejo que le daba Jesús, como un cadáver en manos de sus directores! Cadáveres por este estilo son blanda cera en las manos de Dios.

La docilísima Gema nos muestra que sólo en la perfecta obediencia se encuentra el triunfo completo sobre sí mismo, y que sólo a ese precio franquea el Señor los tesoros de sus gracias y dones celestiales.

CAPITULO VIII

Su pureza virginal.

Para escribir debidamente el presente capítulo necesitaría que un ángel moviera mi pluma y un serafín inspirara mi mente. Sólo así me sería dado

hacer respirar a mis lectores la celestial fragancia de la pureza virginal de Santa Gema, una de las vírgenes más esclarecidas que han embalsamado los deliciosos vergeles de la Iglesia católica.

—Es por la excelsa perfección de tu virginidad —decía en cierta ocasión a Gema su Angel de la Guarda— por lo que te concede Jesús tantas gracias.

La bienaventuranza que Jesucristo promete a las almas puras es la de ver a Dios. Esta celestial virtud presta a las almas que la poseen vista de ángeles, dilata sus pupilas ante los esplendores de la divinidad, atrae hasta sus ojos torrentes de luz, dejándolas contemplar en este bajo suelo como un anticipo de la bienaventuranza que les espera.

Gema Galgani vió a Dios, y esto parece decir poco, pues la presencia de Dios fué para ella casi tan familiar como la de las personas con quienes convivía; escuchó a Dios, cual un amigo escucha a otro amigo; atrajo todas las complacencias de Dios, que se dignó por sí mismo instruírla y corregirla, consolarla y alentarla; mereció las caricias y regalos de Dios, que quiso tenerla por familiar en las alegrías del Tabor como en las agonías del Calvario, en las caricias del cenáculo como en las expansiones de Betania.

La vida de la virgen de Luca fué más del cielo que de la tierra, principalmente porque su pureza robó el corazón del celestial Esposo, de quien está escrito que se recrea y tiene sus complacencias entre las azucenas (1).

El amor que Gema profesó a la virtud angélica, la extrema diligencia con que la guardó, la generosidad con que la consagró al Señor, la valentía con que superó los fieros ataques del enemigo de las almas y los favores que por ella recibió del cielo.

---

(1) Cant., II, 6.

constituye uno de los más interesantes capítulos de su vida.

Amó Gema la pureza desde el primer alborear de su inteligencia, infundiéndole semejante amor aquella misma que le enseñó a suspirar por el cielo y a amar tiernamente a Jesús, su piadosísima madre.

Al encariñar Dª Aurelia a su hija con la virtud de los ángeles ofreció a su amor e imitación el ejemplo de la Reina de las vírgenes, María Santísima. Aspiró Gema a ser pura como María, y esperó confiadamente conseguirlo por la intercesión de esa Madre Inmaculada. "Mamá —suplicaba ante la imagen de María—, no permitas que pierda la santa pureza; me coloco bajo tu manto; guárdamela y seré más agradable a Jesús".

Entre las prácticas de piedad que D.ª Aurelia recomendó a su hijita para obtener la gracia de no mancillar la pureza, merece especial mención la de rezar todos los días tres *Avemarías* con las manos bajo las rodillas en honor de la Concepción Inmaculada de María. Adoptó desde pequeñita esta práctica y no la abandonó hasta su muerte.

Merced a estos cuidados y celestiales auxilios, no sólo no se observó en Gema palabra o movimiento contrario a las reglas de la más severa modestia, pero ni siquiera acarició en su corazón afecto alguno desordenado, ni empañó el cielo purísimo de su mente pensamiento liviano o menos casto. Fué ángel de pureza, y en su espíritu inundado en los esplendores de la divina claridad y abrasado en las llamas del amor divino, no parece haber influído la carne más que si careciera de cuerpo mortal.

Un poco extraño parece todo esto a primera vista; pero si se tiene en cuenta la perfecta consagración de Gema a la santidad desde su más tierna edad, y que cuando fué tiempo de que asomara en

ella la sensualidad andaba ya por unas vías en las que se encuentra enteramente dominada esa pasión, se entenderá sea todo esto no solamente posible sino también consecuente.

Enamorada Gema de la celestial virtud, suspiró siempre por consagrarla al Señor con voto; y fué para ella de indecible júbilo el día que se le autorizó para emitirlo.

Por más que en Gema apareciese como muerta la sensualidad, nada omitió para alejarse de todo aquello que aun remotamente pudiera mancillar su pureza.

Su modestia y recato fueron admirables. La hemos visto en su niñez rehusando toda caricia hasta de su propio padre. Desde aquella tierna edad se acostumbró a prescindir de toda ayuda en el vestirse y asearse; y cuando llegó a casa de los señores Giannini ni siquiera consentía que nadie la viera lavarse o asearse, y mucho menos vestirse.

En sus enfermedades le resultaba más penoso que la misma enfermedad al tenerse que poner en manos de médicos, y ya hemos visto cómo en alguna ocasión se agravó por no declararse a tiempo.

Frecuentemente después del sudor de sangre aparecía postradísima, viéndose su cuello teñido del misterioso sudor. "Algunas veces —declara Dª Cecilia— pretendí lavárselo, pero nunca me lo permitió; antes bien me dijo algunas veces con energía: "No me lo diga siquiera, porque si nunca me ha visto alterada, ahora me va a ver".

Tan singular recato le hacía preocuparse de su cuerpo hasta para después de muerta. Pocos días antes de morir, hizo la siguiente declaración: "No quiero que nadie me toque después de muerta: me amortajen las Hermanas que me han asistido y me coloquen en la caja José y Basilio". Era este José el hijo mayor de la familia Giannini, y Basilio el de-

pendiente encargado de la droguería, ambos muy piadosos y de irreprochables costumbres.

El recato que ponía en no dejarse ver ni tocar de otros, lo ponía también en no tocarse ni mirarse ella misma. "Pareciéndole —dice el Padre Germán— que las más inocentes libertades pudiesen mancillar tan bella flor, las aborreció sin distinción, no temiendo caer en verdaderas exageraciones por evitarlas.

No quería mirarse al espejo, sea para peinarse, para limpiarse la sangre que corría por su cabeza cercada de misteriosas espinas, o le brotaba por los ojos durante sus admirables contemplaciones.

Cuando en los ímpetus de su celestial amor se le dilató el corazón, abrasándole toda la parte exterior correspondiente y haciéndole padecer dolores inexplicables; cuando el mismo corazón con sus misteriosas y violentas palpitaciones llegó a encorvarle considerablemente tres costillas, ella, que ignoraba como el primero el significado de tan extraños fenómenos, no quiso en manera alguna mirarse ni tocarse, ni lo hizo al repetirse continuamente el prodigio".

Efecto de su angelical pudor era también la severa guarda de sus sentidos y estrechísima mortificación de que anteriormente nos hemos ocupado.

Siempre tuvo muy fija en el corazón la máxima celestial según la cual esta encantadora azucena sólo se conserva entre las espinas de la mortificación y la penitencia. Recato extremado, fuga de los peligros, custodia severísima de los sentidos, mortificación continua y despiadada, oración ininterrumpida, tierna devoción a la Virgen Inmaculada, tales fueron los medios de que echó mano esta bendita criatura para sujetar sus pasiones a la ley del espíritu, llegando a tenerlas tan sumisas que no sa-

bemos si llamarla, como a San Luis Gonzaga, ángel en carne humana o humana criatura sin carne.

Dios permitió al demonio probase por modo muy recio la pureza de esta heroína. Aparecíasele bajo distintas formas, ejecutaba en su presencia acciones nefandas, incitándola a que las imitase; ponía sobre ella las manos para despertar impuras sensaciones, y como nada conseguía con todo eso, la golpeaba brutalmente, a veces hasta dejarla sin sentido.

A veces eran tan vehementes estas acometidas, que la pobre Gema se veía como fuera de sí, y no sabiendo cómo ahuyentar al infernal enemigo, huía de una a otra parte despavorida, se azotaba horriblemente, se aplicaba cilicios sangrientos y practicaba otras semejantes austeridades.

"Ayer noche —escribe al confesor— me sentí violentamente oprimida de una tentación. Salí del aposento; anduve por donde nadie me viese ni sintiese; tomé la cuerda que todos los días traigo ceñida hasta el mediodía, y erizándola de clavos me la puse tan apretada, que algunos se me hincaron en la carne. No pudiendo resistir al vivísimo dolor di conmigo en el suelo, sin acordarme siquiera del sitio en que me hallaba".

El Padre Germán refiere a este mismo propósito el siguiente hecho, de que también nos habla la sierva de Dios en su Diario: "Un día —dice— al levantarse de la mesa se le presentó el demonio en la forma sucia y fea que tenía de costumbre, y lleno de cólera la amenazó, diciéndole que de todos modos la vencería. La púdica doncella palideció; alzó los ojos y las manos al cielo, y sin más reflexionar corrió desolada al jardín de la casa, en el que había un estanque bastante profundo de agua helada: hace la señal de la cruz y se arroja en él, quedando, como fácil es de suponer, aterida de frío. De seguro que se hubiera ahogado si una mano invisible no la hu-

biera ayudado, sacándola del agua y haciéndole reaccionar de baño tan peligroso. También por este lado emuló Gema el generoso ardimiento de los más famosos anacoretas de la hagiografía cristiana, conquistándose el glorioso título de heroína de penitencia".

Su resistencia a las acometidas del infernal enemigo fué siempre tan pronta y valerosa, que nunca le quedó temor o sospecha de haber consentido. "Me vino una violentísima tentación— dice en una de sus cartas—, pero luché de veras por espacio de casi una hora, y con la ayuda de Dios vencí". Así poco más o menos termina la narración de todos sus combates.

Triunfadora Gema de todos los asaltos del infierno, plugo al Señor mostrar por diversas señales lo mucho que se agradaba en su virginidad.

La principal fué que su cuerpo, como se lee también de San Pablo de la Cruz y de algunos otros santos nunca despidió mal olor. Sea que estuviese largo tiempo en una habitación con las ventanas cerradas, sea que se viera cubierta de llagas; bien permaneciese largos días en el lecho; bien, finalmente, dejase las ropas sucias, jamás se notó ni en su persona ni en sus objetos olor pestilente o desagradable. Esto lo notaron muchas personas y se verificaron numerosas observaciones para comprobarlo, así como por el contrario pudo también observarse que su cuerpo exhalaba fragancia suavísima, muy superior a las más finas y rebuscadas esencias.

Gema nunca usó aguas olorosas o pastas aromáticas, y sin embargo, su persona y todos cuantos objetos tocaba aparecían perfumados.

Quería, sin duda, mostrar el Señor con semejante prodigio lo soberanamente agradable que le era el cuerpo virginal de esta bendita criatura, que pasó por la tierra como pasan los ángeles que des-

cienden de lo alto a cumplir los ministerios que el Señor les confía.

Virgen esclarecida, su ejemplo es la severa condenación de la sensualidad de nuestro siglo y prueba de la eterna vitalidad de la Iglesia, cuyos vergeles embalsaman en todo tiempo lirios de pureza inmaculada.

CAPITULO IX

Sú caridad para con el prójimo.

Hay quien se imagina a las almas místicas enteramente absortas en la contemplación de las cosas celestiales y olvidadas por completo de las personas entre quienes viven, y que son sus hermanos. Ignoran seguramente los que así juzgan a los contemplativos aquello de San Juan, "que tenemos mandado por el Señor que quien ama a Dios ame también a su prójimo" (1). La Iglesia exige para elevar a sus hijos a los honores de los altares la heroicidad en el amor al prójimo al igual que en el amor de Dios.

El amor a sus semejantes del más esclarecido filántropo nunca podrá compararse con el del último santo; como que el uno es terreno y el otro celestial y divino.

Hemos visto en toda esta historia a Gema Galgani trasformada por el amor de Dios en un serafín; de donde es fácil colegir que también su caridad para con el prójimo habrá de ser admirable.

Lo fué, en efecto. En su inflamado corazón jamás anidaron el rencor ni el desprecio, la envidia ni el egoísmo, el resentimiento y la antipatía.

Por cuanto llevamos dicho se deja muy bien en-

---

(1) I Joan., IV, 21.

tender que el amor que alentó en el corazón de Gema hacia sus padres y hermanos sobrepuja a cuanto pueden inspirar la carne y la sangre.

El que profesó a la generosa familia que la adoptó por hija diremos sencillamente que no tuvo límites.

Claro está que su gratitud y amor no se revelaba en ese cúmulo de ceremonias y cumplidos que se estilan en el mundo; estaba más bien en lo hondo del corazón que a flor de los labios. "¡Dios mío! — exclamaba en uno de sus éxtasis—, ¿qué haré para corresponder a tantos favores como me hacen? Soy tan rústica e ignorante que ni siquiera sé dar las gracias. Hacedlo vos, Dios mío; haced que prosperen, pagadles con el ciento por uno todo cuanto por mí hacen. Si hubiese de sobrevenirles alguna desgracia, que venga sobre mí".

No contenta con rogar por ellos sobre la tierra, les prometía serles intercesora en el cielo. "Tengan un poco de paciencia conmigo —les decía—. Pensaré yo por ustedes con Jesús: cuando esté con Jesús, siempre rogaré por ustedes".

La familia Giannini se juzgaba feliz de gozar de la compañía de este ángel, y en vida y después de la muerte de la sierva de Dios reconoce haber recibido por su intercesión innumerables favores. Entre ellos merece singular mención el siguiente, en el que resplandece todo el heroísmo de la caridad de Gema.

En diciembre de 1900 enfermó gravemente Dª Justina, la señora de la casa. El doctor Nerici, especialista en enfermedades del estómago, diagnosticó se trataba de un cáncer al estómago y que de él moriría muy pronto la enferma, como años antes había muerto su padre.

Compréndese fácilmente la consternación de toda la familia ante tan lúgubres predicciones.

Cuando toda esperanza se creía desvanecida, sugirióle a Gema su caridad ofrecer al Señor el sacrificio de su vida o siquiera algunos años por la salud de la enferma.

Escribió en tal sentido al Padre Germán, quien le contestó: "No es necesario que tú ofrezcas la vida; Dios puede curar a la mamá sin ser necesario que tú mueras".

"La enferma —dice Dª Cecilia— estaba cada vez peor, y se temía la muerte de un día para otro". Providencialmente se reunieron por entonces en Luca monseñor Volpi, el Padre Pedro Pablo y el Padre Germán.

Trataron de la petición y ofrecimiento de Gema, y movidos, tal vez, a compasión por los doce hijos que dejaba doña Justina, vinieron en autorizar a la sierva de Dios para que tomase sobre sí la enfermedad.

A los pocos días escribía Gema a su director: "Jesús me ha concedido la gracia: mamá no morirá". Efectivamente, a los pocos días curó Dª Justina de repente, enfermando Gema de la misma dolencia, con idénticos síntomas e iguales dolores. Por espacio de cinco meses se encontró en trance de muerte y padeciendo un terrible martirio.

"En casa —termina Dª Cecilia— todos estamos persuadidos, empezando por Justina, de que su curación se debió a este ofrecimiento de Gema".

No es ésta la única vez que Gema pidió permiso para ofrecer su vida para librar a otras personas de la muerte. Lo hizo, cuando menos, otra vez por una amiga llamada Serafina.

Caritativa la sierva de Dios hasta el último sacrificio para con aquellos que le estaban unidos con los lazos de la sangre o especiales favores, se mostró por igual ejemplarísima en el amor a los pobres. Ya desde niña encontraba todas sus complacencias en

hacer limosnas. "Siempre que salía de casa —afirma en la Autobiografía— pedía dinero a papá, y si alguna vez me lo negaba, pedía permiso para coger harina, pan u otra cosa. Dios permitía que las tres o cuatro veces que salía de casa me encontrase con numerosos pobres. A los que llegaban a pedir a la puerta les daba ropa blanca, o cualquiera otra cosa que encontrase a mano. Esto me lo prohibió el confesor, y no lo volví a hacer".

Otros testigos afirman igualmente que daba sus vestidos a los pobres, alegando por razón que a ella le bastaba un traje. En cierta ocasión le compró su tía Elisa un abrigo: al poco tiempo se lo dió a un pobre, diciendo que le importaba poco andar sin abrigo.

Venida a menos la familia Galgani, parece se encontraba nuestra Gema más bien en situación de implorar limosna que de hacerla; con todo, aun entonces se recordaba de los pobres, procurando acudirlos con cuanto a mano encontraba. Viéndola a veces sus tías recoger lo que había sobrado de la comida para llevárselo a algún pobre, le decían:

—Pero, ¿qué estás haciendo, si nos hará falta para cenar esta misma noche?

—La Providencia nunca falta —respondía con calma.

Cuando no podía dar limosna a los pobres, se ofrecía para ayudarles y servirles, haciéndoles medias, remendándoles las ropas, trayéndoles agua y acudiéndoles en cuanto necesitasen.

En casa de los señores Giannini encontró ocasión propicia para ejercitar largamente su caridad en favor de los pobres. Cuidaba de recoger las sobras que hallaba en la cocina, comedor, ropería y demás dependencias para distribuírlas entre los necesitados. Las abundantes limosnas que hasta entonces se hacían quiso encargarse ella de repartir-

las. Si alguna vez se excedía y le venían a la mano Dª Justina o Dª Cecilia, les decía: "¿No soy yo también una pobrecita? Jesús me lo ha quitado todo, y sin embargo no sólo no me falta lo necesario, sino que me encuentro excesivamente bien tratada: ¿podré consentir que a los demás pobres les falte lo necesario?"

Mucho tendríamos que decir de su caridad para con los enfermos. Decía San Pablo de la Cruz que para cuidar a los enfermos se requiere el corazón de una madre o la caridad de un santo. Gema tenía corazón de madre porque tenía caridad de santa.

Hemos visto la tierna solicitud con que en el hogar paterno asistió a sus padres y hermanos, no perdonando desvelo ni sacrificio para atenderlos.

Desde sus más tiernos años se aficionó también a visitar los hospitales, ejerciendo en ellos el apostolado de que luego hablaremos.

En casa de los señores Giannini fué la enfermera universal desde que puso en ella sus plantas. Se prestaba con la mejor voluntad para asistir a todos cuantos enfermaban, y los enfermos experimentaban los mayores consuelos en ser de ella asistidos.

Cuando vino a vivir definitivamente en la casa sufría un ataque de parálisis el venerable sacerdote D. Lorenzo Agrimonti. Como los dolores y molestias eran grandes, no era raro, antes de la venida de Gema, oírle lamentarse. "Desde la venida de Gema— declara Dª Cecilia— ya no volvió a quejarse: sufríalo todo con resignación admirable, y solía decir: *Todo se lo debo a Gema. Sólo Dios sabe el inmenso bien que ha hecho a mi espíritu*".

También Dª Justina deseaba tenerla por enfermera, no dejándola salir de su cuarto, singularmen-

te durante la grave enfermedad de que nos hemos ocupado.

Al igual que por su muy querida madre adoptiva, se sacrificaba Gema por todos los de la familia y hasta por las muchachas de servicio.

Dos de éstas enfermaron por aquellos años, de larga y penosa enfermedad. Gema las colmó de los más solícitos cuidados, por más que algunas veces recibió por ellos desprecios e insultos.

La caridad de Gema nunca pudo ser vencida, no ya por la ingratitud, pero ni siquiera por el odio más encarnizado. El amor a los enemigos fué en ella admirable. "No consentía —depone la Madre Gema— que se hablase mal de ellos..... y rogaba incesantemente por quienes la humillaban y mortificaban". En uno de sus éxtasis se le oyó exclamar: "Jesús, te recomiendo mi mayor enemigo. Guíalo, acompáñalo, y si tu mano debe descargar sobre él, descárgala sobre mí..... Cólmalo de bienes; el doble de todo el mal que deseó hacerme".

Capítulo aparte merecería la caridad de Gema hacia las almas de sus prójimos. Llamada al apostolado, y al más alto apostolado, según veremos en otro lugar, en ese campo es donde se nos ofrecen ilimitados horizontes y perspectivas irisadas de divina claridad.

El celo por las almas sigue en Gema la misma trayectoria que su amor hacia Dios: empieza por mostrarse singular desde la infancia; crece extraordinariamente con el andar de los años, y aparece en los últimos abrasador, activísimo y heroico.

El primer teatro de apostolado fué para Gema el hogar doméstico. Se esforzaba por enseñar el catecismo a sus hermanos, cuidaba de que todos los días rezasen el santo rosario y practicasen otros piadosos ejercicios, les dirigía constantes exhortaciones para alentarles a la práctica de la virtud y

aspiraba a que la casa se convirtiese en un santuario.

Otro tanto hacía en el colegio, donde sus ejemplos y santas conversaciones resultaban constante y fecundo apostolado.

Donde más resplandeció, sin embargo, su celo, fué con los niños pobres y desamparados. Desde muy joven empezó a ejercer este apostolado con los niños de la barriada donde vivía, a los cuales enseñaba el catecismo, preparaba para recibir los sacramentos, dirigía instrucciones espirituales e iniciaba en el amor a Jesucristo y a la Santísima Virgen.

En esta práctica siguió hasta su muerte, lo mismo en Luca que en la aldea, en el hogar que en las catequesis parroquiales.

La limosna material que daba a los pobres siempre iba también acompañada de la limosna espiritual. En casa de los señores Giannini hacía pasar a todos los pobres al patio, se sentaba en medio de ellos y por espacio de media hora se entretenía en santas pláticas, esforzándose por llevar sus almas hacia Dios.

Esto mismo hacía con los enfermos en los hospitales, a quienes instruía en las verdades de la religión, exhortaba a llevar con paciencia sus dolores, mostraba los tesoros encerrados en el padecer y alentaba con la esperanza del cielo.

Aquí ponemos fin al presente capítulo, dejando para la cuarta parte el tratar de la misión especial en favor de las almas que encomendó el Señor a nuestra Santa y del sacrificio que hizo de sí misma en provecho de las almas.

La sierva de Dios aparece en la caridad para con el prójimo, al igual que en todas las virtudes, alma perfecta y acabadísimo dechado para cuantos por vocación o profesión venimos llamados a trabajar en favor de nuestros hermanos.

Piadosísima imagen de Ntra. Sra. de los Dolores, legada a Santa Gema por su virtuosa madre y que élla llevó consigo a casa de los Sres. Giannini, donde se conserva en la habitación que ocupó la Sierva de Dios por cerca de cuatro años. Está dentro de un fanal. Repetidas veces se transfiguró esta imagen delante de la Santa.

TERCERA PARTE

MEDIOS DE SANTIFICACION

CAPITULO I

La piedad de Gema

Muchísimo es lo que podríamos escribir con el epígrafe de *la piedad de Gema;* pero vamos a contentarnos con trazar algunos rasgos generales, dejando para otros capítulos cuanto nos sea posible.

La piedad viene a ser para San Agustín "el verdadero culto de Dios; pero que no puede practicarse sino es amando".

Del amor de Dios deben consiguientemente nacer todos los actos y ejercicios de piedad, debiéndose notar que cuantos extravíos es justo lamentar en nuestros días sobre el particular nacen de que se empieza sustituyendo al amor de Dios por la disciplina, la educación, la conveniencia, el buen tono o un vago sentimentalismo.

A nuestra Gema podemos presentar cual modelo de personas piadosas, porque el amor de Dios comienza convirtiendo su corazón en un volcán. De ese amor, como de la flor el aroma y del fuego el calor, nacía un conjunto maravilloso de santos ejer-

cicios, que, lejos de ahogar la devoción, la acrecentaban y alentaban.

El ejercicio fundamental de la piedad de Gema, queremos dejarlo bien consignado, era la oración mental, manifestándose su vida espiritual en el incesante trato con Dios y en el ejercicio de todas las virtudes.

Tenía sus devociones, como todos los santos, y no desdeñaba las oraciones vocales; pero esto ocupaba lugar secundario, no teniendo otra razón de ser sino elevar más y más su alma hacia la íntima unión con el soberano bien.

En las prácticas de piedad de la sierva de Dios cabe señalar tres períodos que marcan sus principales ascensiones en la vida mística. De niña son muy numerosos sus ejercicios de piedad y se muestra escrupulosa en cumplirlos con exactitud. Hacia los diecisiete años se van simplificando esos ejercicios, por no hallar sabor en ellos y sentirse más enfervorizada con la oración mental y contemplación. Hacia el fin de su vida puede afirmarse que no se sujeta a prácticas de devoción, por no necesitar de ellas para elevarse hacia Dios.

De niña acostumbraba prepararse para las fiestas de la Santísima Virgen y de algunos santos de su especial devoción con novenas. Durante ellas practica diversas mortificaciones, mostrándose también más recogida.

La práctica de rezar el santo rosario en común la tuvo desde la niñez hasta la muerte, por más que en sus últimos años era lo ordinario que no lo terminase, por quedar arrebatada en éxtasis.

Celebró siempre con singular fervor las fiestas de la Santísima Virgen, ingeniándose porque todos los de casa hicieran lo propio.

Al llegar a los diecisiete años no le llenaban las oraciones que encontraba en los libros, y empezó a

componerlas por sí misma, conforme a sus necesidades y a las luces extraordinarias que recibía del cielo.

Los libros espirituales, a que tan aficionada se mostró de niña, singularmente cuando trataban de la Pasión de Jesucristo y de las grandezas de María, cada vez la atraían menos, y se fué desprendiendo de ellos.

Hacia el fin de su vida apenas reza ni lee. Absorto su espíritu en las cosas celestiales, ni lo puede sujetar a oraciones y lecturas, ni experimentar necesidad de ellas para su trato con Dios. "No me aprovecha —confesaba ingenuamente— leer oraciones en los libros, ni rezar *padrenuestros* y *avemarías,* porque no encuentro pasto suficiente y me canso. Así que las compongo por mi cuenta lo mejor que puedo".

Fuera de estos ejercicios, ponía singular empeño en celebrar con fervor las festividades de la Iglesia, singularmente las de Navidad, Semana Santa, Pentecostés, Corpus y el Corazón de Jesús, que eran para ella días de especial recogimiento y ordinariamente también de singulares favores.

Los domingos los santifica cual debieran santificarlos todos los cristianos. Muy de mañana, al igual que los otros días de la semana, oía misa y recibía la sagrada comunión. Más tarde asistía a la misa parroquial, singularmente por el interés que tenía en escuchar la explicación del santo evangelio. Por la tarde acudía al catecismo de adultos, y al anochecer volvía al templo a recibir la bendición con el Santísimo. Así es cómo el día santo venía a ser para Gema día santificado.

Lo que siendo tan piadosa, y tal vez precisamente por serlo, aborrecía la sierva de Dios eran ciertas funciones religiosas aparatosas. Nunca se dejaba ver en ellas, bastando que se anunciasen en una iglesia para acudir a otra.

De lo que siempre se mostró afanosa fué de oír la palabra de Dios. Los atractivos de que carecían

para ella las más deslumbradoras funciones religiosas los tenía el más humilde sacerdote explicando el evangelio. No se crea, sin embargo, que este afán de Gema hiciera de ella una de tantas devotas andariegas que van de uno a otro templo en busca de nuevas impresiones; prefería en los predicadores la piedad a la ciencia y la unción a la elocuencia, siendo de su mayor agrado aquel que mejor mostraba sentir las cosas celestiales.

Mucho tendríamos que decir de la piedad y devoción con que la Sierva de Dios permanecía en el templo. Su porte le hacía parecer uno de los ángeles que rodean el trono de Dios en el cielo. "Nunca se movía —atestigua doña Cecilia—, permaneciendo como una estatua, con las miradas fijas en el tabernáculo, toda abstraída y sin advertir cosa de cuanto en su rededor acaecía".

Nacía este profundo recogimiento de la viva fe que la animaba. Más bien que creer en Dios, cabe decir en ella que lo veía. Contemplaba a Jesús en la Eucaristía como en su trono real, rodeado de legiones de ángeles, y de aquí la profunda veneración que le inspiraban nuestros templos y el que toda irreverencia en ellos le pareciese feísimo pecado.

Consecuencia de esta veneración era su empeño por que todo cuanto sirve para el culto estuviese limpio, y en hacer cuantos trabajillos podía para la iglesia.

Estos cuidados se remontan en Gema a los primeros años de su adolescencia. La vemos en el colegio encargándose voluntariamente del aseo y adorno de la capilla. Considerábase muy dichosa empleando gran parte de las recreaciones en tan santa obra. No contenta con cuidar de la capilla principal, atendía también al ornato de los altarcitos e imágenes de las clases, salones y pasillos.

Esta diligencia y afanes por el decoro de la casa de Dios no fué en Gema veleidad de niña, pues lo

conservó hasta su muerte. Tenemos el testimonio de las religiosas Servitas que recuerdan el esmero con que atendía al aseo de su iglesia.

También la familia Giannini hace notar en sus declaraciones estos piadosos afanes de nuestra Gema. "Teníamos— depone D. Mateo— una capilla en la aldea y otra en casa, encargándose Gema de tener los altares aseados. Así que, cuando estaba ella, se hacía notar su presencia por la mayor limpieza y adorno de la capilla".

También ejecutó diversas labores para la capilla particular de monseñor Volpi, la iglesia del Sufragio y algunos otros templos. "Me solía decir — atestigua D.ª Cecilia— que en su casa acostumbraba ejecutar labores para la iglesia . . . En nuestra casa no se podían hacer, por tener que atender a otras muchas ocupaciones, impuestas por las necesidades de la familia. En cambio, se alegraba mucho cuando yo daba algo para la iglesia, como limosnas, velas o cosas parecidas. Nada decía en tales casos, pero la expresión de su sonrisa revelaba muy a las claras su regocijo".

Para terminar este capítulo, no estará por demás hacer algunas breves indicaciones sobre las principales devociones de Gema a determinados misterios de nuestra fe y santos de la Iglesia.

Entre los misterios de Jesucristo la veremos especialmente devota de los dolorosos, de la Pasión y la Eucaristía.

Su devoción a la Santísima Virgen fué tan ardiente y filial como la de los más esclarecidos devotos de María de que nos habla la historia. El título bajo el cual veneraba singularmente a su celestial Mamá era el de Dolorosa.

Los santos de su particular devoción parece haber sido San José, a quien siempre se esforzó en honrar, por las especiales relaciones que tiene con Jesús y María; San Pablo de la Cruz, de quien se

llamaba "la última hija", y cuyo hábito deseó vestir con tan ardientes ansias; San Antonio de Padua, de quien decía que es "el amigo de Dios" y a cuyo valimento acudía con frecuencia; San Gabriel de la Dolorosa, entonces todavía Venerable, y de cuyas visitas y especiales favores están llenos los cuatro últimos años de su vida, y el Angel de su Guarda, a quien habitualmente contemplaba junto a sí, y cuya familiaridad habremos de ver que llega casi hasta lo inconcebible.

Gema no era de esas devotas que se desviven por buscar santos a quien encomendarse en sus necesidades. En este sentido casi puede afirmarse que no tenía sino a su Angel Custodio y a San Gabriel, y que con ellos se entendía y arreglaba para todo.

Terminemos diciendo que la piedad de Gema era aquella piedad ilustrada y fuerte, dulce y comedida, exigida por los maestros de la vida espiritual, y que naciendo de un ardiente amor para con Dios, no busca en los ejercicios de devoción complicaciones y embarazos, gustos y consolaciones sensibles, sino medios y modos de manifestar los sentimientos y atraerse nuevos favores celestiales.

Plegue al cielo que la piedad de Santa Gema sirva de modelo singularmente a las personas que, viviendo en el mundo como ella vivió, desean llevar una vida sinceramente cristiana y sólidamente piadosa.

CAPITULO II

Oración de Gema

Entre los medios que el Señor ha puesto a nuestra disposición para conseguir la perfección ocupa lugar de preferencia la santa oración.

Tiene tal importancia la oración en la vida cris-

tiana, que por ella llegan a juzgar los maestros de la vida espiritual el aprovechamiento y adelantos de cada alma. Una es la oración del principiante, otra la del aprovechado y otra muy distinta la del perfecto; y, principalmente, una es la del simple asceta y otra muy superior la del místico.

Suelen enumerar los teólogos cuatro grados distintos en estas ascensiones del alma a Dios. El primero, propio de principiantes, es la lección espiritual, en que también entra la oración vocal. A las oraciones vocales y lectura espiritual meditada sigue la mediación discursiva. Son muchas las almas que nunca pasan de este grado de oración. Lo ordinario suele ser, sin embargo, que, cuando un alma se ha ejercitado provechosamente en la meditación, la lleve el Señor a un grado superior llamado *oración afectiva, de simplicidad, afervorada* y hasta por algunos *contemplación adquirida.*

Sobre estas formas de oración hay una altísima comunicación de Dios con el alma llamada simplemente *contemplación.* En ella toma Dios al alma como por la mano para conducirla a lo más alto de sus comunicaciones y hasta la cima de la perfección.

Aplicando estas nociones generales a nuestra Gema, habremos de ver en su lugar correspondiente que no solamente fué alma contemplativa, sino que pasó por todos los grados de la contemplación, hasta llegar a la unión trasformante.

Ahora nos cumple tratar de la oración que con sus diligencias se procuró la Sierva de Dios.

Gema fué alma de oración; la oración constituyó la principal ocupación de su vida, su mayor consuelo, la fuente de todos los favores y regalos que recibió del cielo. Por un momento de oración hubiera renunciado a un mundo.

¿A quién no embelesa recibiendo las primeras lecciones sobre la materia en el regazo de su madre? ¿Cuánto no enternece verla a la edad de tres años

buscando la soledad para desahogar su corazón con Dios?

Desde tan temprana edad mostró ardientes deseos de aprender a meditar. A su piadosísima madre en casa y a las Hermanas en el colegio suplicaba con empeño le señalasen materia y le enseñasen la forma de desarrollar su meditación.

Como un gusto destruye a otro gusto contrario, y una afición viene a desterrar otra afición, al colocar Gema todo su gusto y afición en el trato con Dios, hízose indiferente a las cosas terrenas.

Puede afirmarse que su oración era de veinticuatro horas al día. Todos cuantos la conocieron en el hogar, en el colegio y en casa de los señores Giannini, lo que mayormente admiraron en ella fué su incesante trato con Dios. "Gema meditaba siempre —asegura una religiosa—. Era su vida una continua meditación".

Su tía Elisa declara lo siguiente: "No hacía otra cosa que orar y meditar, lo mismo en casa que en la iglesia, lo propio levantada que acostada". Es muy digna de notarse la declaración de que Gema proseguía en su oración hasta las breves horas que permanecía en el lecho. La verdad es que casi no puede decirse dejase de orar durante el sueño. "Como dormía muy poco —dice el Padre Germán— y en breves alternativas, apenas interrumpía su oración Al despertarse volvía a enhilar sus consideraciones, y así proseguía hasta la madrugada. Alzábase del lecho cual si toda la noche la hubiera pasado en la iglesia, y quien la observara al despertar la vería santiguarse devotamente con el crucifijo, que ni para dormir lo dejaba de las manos, besarlo y sonreír con gracia celestial. Aludiendo a estos coloquios nocturnos con el Señor, se le oyó decir en uno de sus éxtasis: "Mira, Jesús, también por la noche, aquellas horas, aquellas horas . . . Duermo, sí, pero el co-

razón no duerme, sino que vela a todas horas en tu compañía".

Muy pocas almas habrán cumplido con la exactitud de Gema el precepto de Jesús de orar continuamente, y muy pocas nos han dejado como ella poder contemplar sobre la tierra una vislumbre y anticipo de la gloria bienaventurada.

El orden que guardaba durante las horas especialmente consagradas a tan santo ejercicio, más bien que por su industria, era determinado por las mociones que recibía del Espíritu Santo. Cuidaba de preparar los puntos de la meditación, pero una vez entrada en materia, seguía dócilmente los impulsos de lo alto.

Tenía señalados de un día para otro los puntos, si es que no acostumbraba, como suelen hacerlo algunas personas piadosas, señalárselos desde el domingo para todos los días de la semana. "Hoy tendré la meditación —escribía al director— sobre el siguiente tema: *Jesús quiso perder la vida para que yo no me perdiera* . . . La materia de la meditación de mañana es la siguiente: Punto primero: *Con qué amor me sacó Jesús de mis miserias.* Punto segundo: *Con qué dolor me compró Jesús*". De los inflamados afectos que sacaba de sus meditaciones, es buena prueba lo restante de la carta que acabamos de citar: "¡Oh Padre —prosigue—, qué afectos tan santos y qué reflexiones tan hermosas se podrían hacer sobre estos puntos! ¡Qué amor tan grande me manifiesta Jesús sacándome de infinitas miserias! . . . Después lo otro . . . ¡Con cuánto amor me rescató! ¡Dios mío! ¡Para mí vuestras llagas! . . . ¡Son mías . . . ya no son vuestras, dádmelas! ¡Presto, Jesús, que si tardas me hallarás muerta!"

De lo dicho cabe ya deducir que el asunto preferible y casi exclusivo de las meditaciones de Gema era la Pasión de Jesucristo. De las llagas del Salvador sacaba esta seráfica virgen luz en sus dudas e

incertidumbres, consuelo en sus aflicciones, bálsamo para sus heridas, fortaleza en sus trabajos y celo de apóstol para ofrecer su vida por la salvación de las almas.

Engolfada en tales meditaciones, las horas le parecían instantes, según eran de regalados los favores que recibía; necesitándose que la obediencia viniera a sacarle de la abstracción en que permanecía.

De su facilidad para entrar en materia y desarrollar los puntos de la meditación es buena prueba el hecho de que no necesitaba ayudarse de libros. La vimos de niña abrasada en deseos de oír hablar y leer acerca de la Pasión del Redentor. Conforme fué creciendo, fué prescindiendo de esas ayudas hasta renunciar totalmente a ellas.

Bien se deja entender que el no necesitar de libros espirituales era efecto de las abundantes luces que recibía del cielo, y que suplían ventajosamente a cuanto los libros pudieran decirle.

Ilustrada en grado tan eminente, cuando su oración no llegaba a ser contemplación (cosa por otra parte muy ordinaria), se desarrollaba en plano superior al del común de las personas que tratan de oración.

Explicando al director lo que pasaba en su espíritu cuando se ponía en oración, le dice: "Al ponerme en oración veo a Jesús, no con los ojos del cuerpo, sino que le conozco con claridad, porque me hace caer en un suave deliquio en el que le conozco. Oigo su voz con tal fuerza que, como varias veces lo he dicho, me hiere más la voz de Jesús, según que es de penetrante hasta el alma, que una espada de dos filos. Cuando de esta suerte veo y escucho a Jesús, no me parece ver ni belleza, ni figura corporal, ni un sonido suave, o canto armonioso, sino que veo una luz infinita y un bien inmenso; no siendo sus palabras de voces articuladas, pero sí más fuertes y penetrantes que todas las palabras".

Como efecto y fruto de tales luces y comunicaciones celestiales, debe señalarse el que no experimentase distracciones en la oración, singular privilegio a muy pocas almas concedido. Y esto no era solamente en los tiempos consagrados a este santo ejercicio, sino que, según lo habremos de ver al tratar de su contemplación, sucedía lo propio en todos los momentos del día.

Las mismas arideces poca o ninguna parte tenían para impedirla pensar y ocuparse de Dios en todos los momentos del día. "He llegado a tal punto —escribe al Director—, que no sé cómo orar ni cómo expresarme... El tiempo que gasto en la meditación me parece pasarlo en el purgatorio; mas con todo eso la hago y estoy contenta, por ser esa la voluntad divina. Así que, no solamente digo las oraciones acostumbradas, sino que para vencerme las aumento".

Este es el proceder de los santos en las arideces. Se juzgan indignos de las divinas consolaciones; sobrellevan sin quejarse la privación de ellas; se alegran en el cumplimiento de la divina voluntad y lejos de omitir por ello la oración y demás ejercicios espirituales, los aumentan.

La conducta de Gema en las arideces y desamparos nos muestra claramente que por nada ni por nadie dejaba su vida de contínua oración. De ella sacaba luz y fuerza para llevar esa vida más del cielo que de la tierra, que venimos admirando.

Aquí ponemos fin al presente capítulo, dejando lo muchísimo que todavía nos resta por decir sobre esta materia para los capítulos que consagremos a las ascensiones de nuestra Santa por las vías de la mística.

CAPITULO III

Su devoción a la Pasión de Jesucristo

Vamos a ocuparnos de la devoción por excelencia de Santa Gema, de su devoción a la Pasión de Jesucristo.

Con este epígrafe podríamos escribir casi toda la vida de la sierva de Dios, puesto que toda ella gira alrededor de la cruz; más, como quiera que hemos separado las devociones de Gema de sus virtudes y carismas, podremos abreviar aquí bastante, en atención a lo mucho que llevamos dicho al ocuparnos de sus virtudes y a lo que habremos de decir sobre sus carismas.

Gema fué alma eminentemente pasionista. Su devoción a la Pasión del Redentor fué de las más admirables que registra la hagiografía eclesiástica.

Ya llevamos dicho que esta devoción se manifiesta en ella desde la cuna. Aquel dechado de madres cristianas que se llamó doña Aurelia Landi en ninguna cosa puso tanto empeño como en que su Gemita se enamorase de Jesús paciente.

De lo mucho que la sierva de Dios se aprovechó de las exhortaciones de su madre es prueba lo adelantada que se nos muestra a la edad de nueve años. Ella misma nos revela sin quererlo esos adelantos cuando escribe en la Autobiografía: "Cuando era pequeñita mi mamá me mostraba el crucifijo, diciéndome que Jesús había muerto en la cruz por los hombres. Más tarde oía repetir lo mismo a las maestras, pero nunca había entendido yo nada de tales explicaciones, y deseaba saber minuciosamente toda la vida de Jesús, singularmente su Pasión . . .

Manifesté este deseo a mi maestra y cada día, cuando las otras niñas se iban a acostar, me la iba

explicando por espacio de una hora. Una tarde me explicó la crucifixión, la coronación de espinas y los padecimientos de Jesús en general: lo hizo tan al vivo que, oprimida de dolor y compasión, me vi acometida de fiebre muy elevada, hasta el extremo de tener que permanecer en cama todo el día siguiente".

Si ya en tan tierna edad se nos muestra esta niña angelical ardientemente devota de la Pasión, fácil es imaginar que, andando el tiempo y creciendo como gigante en la virtud, esta devoción habría de convertir su corazón en un inmenso volcán.

Así fué, en efecto, como lo prueban las lágrimas y suspiros con que escuchaba en el colegio la hora de exposición de este misterio con que cada día premiaba la Hermana su aplicación y buen comportamiento.

No poco hubieron de contribuír al aumento de esos incendios las continuas meditaciones a que se entregaba. "Medito cada día —escribe al director— según la orden que tengo recibida, pero sin salirme nunca de la Pasión; porque entiendo que si lo hiciera de otro modo escucharía de labios de Jesús este reproche: *Mira, hija mía, cómo expiré en la cruz; considera mis penas como es razón . . . y niégame, si puedes, la compasiva ternura que merezco. ¿Podrás olvidarte de lo mucho que he padecido por ti y de lo mucho que me debes? No niegues a mi corazón este consuelo que de ti espera*".

Engolfada Gema en estas meditaciones, y llamada en ellas por lo general a participar de los tormentos de su amado Redentor crucificado, las horas le parecían instantes, necesitándose acudiera la obediencia para sacarla de la abstracción en que permanecía.

Llevamos consignado también que nuestra pasionaria tenía muy pocas devociones en el sentido que suele darse a esta palabra. Ahora añadiremos que las principales se ordenaban a honrar la Pasión

del Redentor y reproducir en sí misma los dolores del mártir del Gólgota.

Era muy devota del piadoso ejercicio del *Vía-crucis;* lo recorría casi todos los días en compañía de Dª Cecilia, haciéndolo con muy vivos sentimientos de compunción y ternura.

Desde que conoció a los Pasionistas y tuvo ocasión de tratarlos, se aficionó a la coronilla de las Cinco Llagas, propia de nuestra Congregación. La llevaba siempre consigo, la rezaba casi todos los días en familia, no siendo raro quedase en éxtasis antes de terminarla.

Las estampas que tenía en los libros y en la capilla procuraba representasen diversos pasos y símbolos de la Pasión, llegando a decir el Padre Germán, con frase no muy feliz, que poco caso hacía de las otras imágenes del Salvador.

Muy digna de especial mención es la devoción de Gema al ejercicio llamado de la *Hora Santa.* Los más extraordinarios favores que más adelante habremos de referir, dicen relación con la *Hora Santa.*

Aquí solamente referiremos el tiempo y forma en que empezó a practicarla. Se remonta a la primavera de 1899, y véase cómo lo refiere el Padre Germán: "Mientras estaba enferma en el lecho solía venir a visitarla su antigua maestra, sor Julia Sestini, quien, para animarla a sobrellevar los dolores de la enfermedad, le habló del mencionado ejercicio. Gema se encariñó con esta devoción desde el punto en que la conoció, y, a pesar de la debilidad que le obligaba a guardar cama, quiso desde entonces empezar a practicarla. Pidió con instancias el Manual de ese piadoso ejercicio, que se encargó la buena maestra de proporcionárselo. Dicho Manual está compuesto por la santa Madre fundadora del Instituto de Santa Zita, y se titula: *Una hora de oración con Jesús agonizante en Getsemaní,* y contiene cuatro piadosísimas

meditaciones sobre este misterio, seguidas de oraciones y ofrecimientos.

Recibido que hubo Gema este Manual, creyó haber entrado en posesión de un tesoro, prometiendo desde aquel día al Sagrado Corazón de Jesús que si sanaba de su mortal dolencia, practicaría todos los jueves dicha *Hora Santa*.

Con el permiso del confesor, comenzó este piadoso ejercicio el Jueves Santo de aquel mismo año, deseando hacer confesión general para mejor prepararse a practicarlo. Tan elevado era el concepto que de él había formado, aun ignorando el fin al que el Señor lo ordenaba".

En esta primera *Hora Santa* refiere Gema que tuvo la visión de Jesús crucificado, y añade: "Quedaron tan grabadas en mi mente las llagas de Jesús que jamás han vuelto a borrarse".

La promesa que hizo al Sagrado Corazón de practicar todos los jueves la *Hora Santa* la cumplió fidelísimamente hasta su muerte. Durante la semana tenía colocados todos sus pensamientos en ese que llamaba "gran día festivo". En sus cartas y en los éxtasis son muy numerosas las referencias que a él haze.

Recordaremos también aquí cómo a los dos meses de empezar a practicarla, recibió en dicho día la impresión de las llagas, misterioso fenómeno que se vino repitiendo todos los jueves, hasta que vino a ponerle fin un mandato terminante de monseñor Volpi.

Comenzaba para Gema el martirio de las llagas con el ejercicio de la *Hora Santa* del jueves y terminaba con el ejercicio de las *Tres Horas* de la agonía del viernes. Así como en el ejercicio de la *Hora Santa* acompañaba a Jesús en su agonía de Getsemaní, así en el de las *Tres Horas* de los viernes le acompañaba en su agonía del Calvario. "Cuando vino a nuestra casa —depone la Madre Gema— tenía ya la devoción de practicar la *Hora Santa* los jueves y las *Tres Ho-*

ras de agonía los viernes". En uno de sus éxtasis se le oyó decir al Salvador: "Sí, ¡oh Jesús!, gustosísima te acompaño en las tres horas de agonía".

También inspiraba tierna devoción a nuestra heroína la santa Cuaresma, tiempo especialmente consagrado por la Iglesia al recuerdo y veneración de los misterios de la Pasión. En una carta a su director leemos lo siguiente: "En este tiempo más que en ningún otro me cubren de confusión mis pecados, al propio tiempo que me llenan de dulce confianza los méritos infinitos de mi Jesús, de quien espero perdón. ¿No es verdad, Padre? ¿Qué cosa hay más dulce para nosotros que vivir como empapados de Jesús y estar delante de aquella víctima de amor y de dolor que se ofrece por mis pecados, por mi salvación, por la salud eterna de tantas almas? Padre, ya hemos entrado en el mes de marzo. ¡Ah... ya me imagino las cosas que me dirá Jesús!... ¡Bella es, Padre mío, la Cuaresma de Jesús! ¡Es que entonces se ruega a su lado! ¡Es que entonces se sufre juntamente con él!"

Orar, sufrir y amar con Jesús era como la médula de la devoción de nuestra Santa a la Pasión de Jesucristo y el fruto que sacaba de sus continuas meditaciones al pie del crucifijo.

Como la habremos de ver convertida por esos anhelos y aspiraciones en viva imagen del Redentor paciente, remitimos al lector al capítulo VII de la cuarta parte y cerramos éste dejando consignado una vez más que Santa Gema fué alma eminentemente pasionista y una de las más finas amantes del divino crucificado en estos últimos tiempos.

CAPITULO IV

Su tierna devoción al Sagrado Corazón de Jesús

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, a una con la devoción a la Sagrada Eucaristía, débese considerar como el complemento necesario de la devoción a la Pasión de Jesucristo.

Las almas santas nunca se han satisfecho con venerar los tormentos que por nosotros padeció el Salvador; se han elevado en todo tiempo por la abertura de su costado hasta el volcán de amor que le empujó a abrazarse con ellos para redimir al mundo.

Alma tan seráfica y pasionista como Santa Gema por necesidad había de profesar muy tierna devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús. La profesó, en efecto, colocando en ese divino Corazón todos sus pensamientos y afectos, honrándolo por cuantos medios estaban a su alcance, trabajando porque el mundo participase de los infinitos tesoros de gracia en él encerrados, y sumergiéndose de continuo en sus divinas llamas, para no tener otros latidos, otros amores y otra vida que los latidos, los amores y la vida del Sacratísimo Corazón de Jesús.

A la fiesta del Sagrado Corazón la llamaba siempre "mi fiesta" porque le recordaba el día felicísimo de su primera comunión.

La divina Providencia, que ordenó los acontecimientos en orden a que Gema recibiera su primera comunión en 1887, el día de la fiesta del Sagrado Corazón, quiso recibiera de ese mismo Corazón deífico dos insignes favores en 1899, el segundo de ellos coincidiendo con la misma fiesta.

Fué el primero la salud repentina en la gravísima enfermedad que la tuvo por espacio de año y medio entre la vida y la muerte. Recordará el lec-

tor que cuando fracasaron todos los medios humanos para obtener su curación, las almas buenas que la visitaban y su propio confesor le sugirieron la idea de hacer una novena al Sagrado Corazón de Jesús y a Santa Margarita de Alacoque.

Avínose a ello la sierva de Dios, mereciendo acudiese a su cabecera los nueve días San Gabriel de la Dolorosa para acompañarla en el rezo de las oraciones. Al terminar la novena se encontró repentinamente curada, reconociéndose deudora de tan señalado favor al Sagrado Corazón de Jesús.

El otro insigne favor que Gema recibió en 1899 del Sagrado Corazón de Jesús fué la impresión en su cuerpo de las llagas de la Pasión. Como nos habremos de ocupar en otro lugar de tan misterioso fenómeno, sólo diremos aquí que el primer jueves que lo recibió fué el de la vigilia del Sagrado Corazón de dicho año, viéndose marcada con tan misteriosas llagas hasta las tres de la tarde del día de la fiesta.

Estos y otros señaladísimos favores que Gema recibía del Sacratísimo Corazón de Jesús venían a ser como un galardón a la tierna devoción que le profesaba.

Como pruebas de esta devoción encuentro, ante todo, que desde el día de su primera comunión hasta su muerte practicó la devoción de *los primeros viernes*. Aunque el fervor de todas sus comuniones más que de criatura terrena parecía de serafín, el de los primeros viernes subía, si cabe, de quilates, siendo también muy mayores los favores que en tales días recibía del cielo.

También ponía todo su empeño en celebrar el mes de junio. No lo omitió año alguno desde los albores de su infancia hasta la muerte.

No se vaya, sin embargo, a medir la devoción de Gema al Sagrado Corazón por el número y puntualidad de las prácticas piadosas encaminadas a

honrarle y venerarle. Su devoción era la que correspondía a un alma mística, y por consiguiente, deben buscarse sus manifestaciones más bien que en semejantes prácticas en el seráfico ardor con que amaba al divino Corazón, en el sumo temor que tenía de disgustarle, en la ardiente aspiración a la vida de unión con El y en el celo por traer a sus abrazos, si posible fuera, a todo el universo.

No acertaba a comprender existieran almas insensibles a los encantos de ese Corazón Sagrado. En una carta a su director exclama toda fuera de sí: "A la verdad que me parece increíble haya en el mundo almas insensibles a las ardientes y misteriosas efusiones del Corazón de Jesús. ¡Oh, Jesús! ¿Cómo no consagraros los latidos todos de mi corazón, toda la sangre de mis venas? ¡Corazón de Jesús. Corazón de amor!"

Más bien que un precepto le parecía necesidad irresistible amar a ese divino Corazón, que tan tiernamente le abría la puerta de su herida, singularmente en la sagrada comunión. "Padre, Padre — escribía a su director—, ¡no puedo ya resistir! No... después de la comunión no puedo resistir, sobre todo considerando que se entrega y se comunica Jesús a la última de las criaturas, a la que descubre todos los esplendores de su Corazón en la maravillosa expansión de su amor de Padre".

Suspirando por consumirse en las llamas que abrasan al Corazón de Jesús, exclama en uno de sus éxtasis: "¡Oh, Jesús, deja que mi corazón, por extremo helado, se pueda arrimar al tuyo que abrasa!"

El horror que nuestra Santa profesaba a las más ligeras faltas nacía de que las miraba como ofensas al Corazón de Jesús. Escribióle en cierta ocasión el Padre Germán que estuviera alerta contra el orgullo, fingiendo para humillarla haber descubierto en ella ciertos indicios de ese vicio. Des-

pués de la primera alarma de la sierva de Dios y de humillarse profundamente prosigue: "¿Será justo que siga atormentando a Jesús con nuevos pecados? ¡Ah, no; de ninguna manera! ¡Oh, cómo habré apenado a Jesús con mis pensamientos soberbios! ¡Cómo habré martirizado el Corazón de mi Jesús!... Mas yo espero que Jesús, al descubrirme con su gracia la fealdad de este vicio, me dará virtud para corregirlo".

Aquí se ve cómo al propio tiempo que la fealdad de la culpa, descubría nuestra Gema en el Corazón de Jesús ternura y compasión sin límites.

Esto sucedía a nuestra Santa singularmente en las penosas ansiedades de la noche del espíritu. Atollada en abismos de desconsuelo, las bondades del Corazón de Jesús eran el rayo de esperanza que la sostenía. "¡Oh —exclamaba—, si al cabo de mis muchos pecados no reconociera la bondad más que paternal del Corazón de Jesús!... ¿Dónde estaría mi razón, y qué corazón sería el mío?... En el Huerto de los Olivos vió Jesús todos mis pecados, todos mis defectos y juntamente el lugar que yo habría ocupado en el infierno... a no ser por su Corazón que me perdonaba".

Con estas purificaciones y angustias prepara Dios a las almas para los grados supremos de la vida mística. La unión de Gema con el Verbo encarnado debía tener un carácter eminentemente corazonista. Suspirando en éxtasis por dicha unión, exclama: "¡Oh, Jesús! Tú sólo puedes hacerme dichosa juntándome a tu Corazón. ¡Oh, qué alegre estaré, Jesús, cuando ya no sea mía, sino tuya!... ¡Oh, Corazón de mi Jesús, Corazón en extremo dulce! Si quieres hacerme entrar en participación de tus dolores, como a San Lorenzo, no hay dificultad por mi parte; más, si quieres, por el contrario, que disfrute todavía mayores delicias, en tus manos estoy... a mí me basta llegarme hasta Ti temerosa de ofenderte".

De semejantes suspiros y ardorosas ansias están llenos los éxtasis y hasta las cartas de nuestra Santa.

Cuando ya se acercaba a la unión trasformante, volviéndose al Corazón de Jesús, le decía: "¡Oh, Jesús! ¿Te parece que mi corazón es lugar decente para Ti?... ¡Oh, Jesús! ¿Qué son estas fuertes ataduras que tan poderosamente me ligan a Ti? ¿Es tu Corazón que palpita al contacto del mío? ¿Quién hubiera dicho que unido a mi corazón había de latir el tuyo? Sí, Jesús; soy feliz, porque siento palpitar con el tuyo mi corazón; soy feliz, porque te poseo".

Al suspirar Gema por tan inefable unión con el Sacratísimo Corazón de Jesús no podía olvidarse de su celestial Mamá. "Mamá —le suplica—, junta mi corazón con el de Jesús".

Elevada Gema a la unión trasformante, celebra regocijada las inefables comunicaciones del Corazón de Jesús con su alma. "Tú eras, Jesús mío — le dice—, un tesoro para mí desconocido; más ya voy comprendiendo que todo lo tuyo me pertenece, mayormente tu Corazón. Sí; tu Corazón es mío, porque entero me lo diste mil veces. ¿Quién hubiera dicho jamás que tu Corazón y el mío habrían de estar unidos para siempre?"

Esta devoción de Gema al Sagrado Corazón debía reflejarse también en su apostolado. Aspira a que todos los pecadores se conviertan, y para allanarles el camino les muestra las inefables bondades de este Corazón amantísimo. En uno de sus éxtasis, según que estaba abogando por los pecadores ante el trono de Jesús, el divino Salvador le muestra su Corazón. "¡Oh, Jesús! —exclama al punto—, ¿qué haces? Después de lo mucho que por mí llevas hecho, ¿vienes a descubrirme tu Corazón? ¡Oh, si todos los pecadores llegasen a tu Corazón! Venid, pecadores; no temáis, que la espada de la divina justicia no llega acá adentro. ¡Oh, Jesús! Yo querría

que mi voz llegase a todos los confines del globo, para llamar a todos los pecadores y decirles que se metan en tu Corazón".

Sigue Gema intercediendo por los pecadores, y se ofrece al amante Corazón de Jesucristo como víctima por todos ellos.

Veremos en el lugar correspondiente a esta fina amante del Sagrado Corazón asociarse a todas las amarguras del Salvador, participar de todos los tormentos de su Pasión y unir el generoso sacrificio de sí misma con el sangriento del Calvario.

La divina Providencia, que tantas y tan importantes lecciones ofrece al mundo en la vida de nuestra angelical Santa ofrece una de las más interesantes en la admirable unión de su devoción a la Pasión de Jesucristo y al Sagrado Corazón del Salvador.

"Para gozar con Cristo en la gloria —dice el Apóstol— necesítase previamente padecer con Jesucristo" (1), y toda devoción a la Pasión que no tenga por mira asociarse por la compasión y la mortificación a los tormentos de Jesucristo será vana y engañosa. "El amor de Cristo nos constriñe a que nosotros también le amemos" (2) —dice el mismo Apóstol—, y por consiguiente si con la devoción y participación de los dolores de Cristo no va unido el amor, que es tanto como decir la devoción a su Corazón, la misma devoción a la Pasión quedará como truncada y deficiente.

"No separe el hombre lo que Dios ha unido" (3), repetiremos a este propósito con nuestro Señor Jesucristo; y puesto que la fuerza de todo su amor al Padre y al género humano empujaba al divino Salvador a los tormentos y a la muerte de cruz, no separe nuestra frivolidad e ignorancia devociones

---

(1) Rom., VIII, 17.
(2) Cor., V, 14.
(3) Matth., XIX, 6.

que tan admirablemente aparecen compenetradas en la teología, en la liturgia y en las vidas de los santos. Profesemos, conservemos y hasta, si se hace preciso, defendamos esa estrecha unión, imprescindible de todo punto para que tan santas devociones produzcan todos los frutos de santidad que produjeron en Santa Gema Galgani.

CAPITULO V

Alma eucarística.

Es la sagrada Eucaristía el perenne memorial de la Pasión de Jesucristo. En vano sería consiguientemente buscar un santo en quien no se hallen estas dos devociones paralelas.

Paralelas y como fundidas aparecieron en Santa Gema de la cuna al sepulcro.

Dice el Padre Germán que "el Señor suscitó con especial providencia a esta su sierva en tiempos de tanta frialdad en la piedad para servir de estímulo y ejemplo a los cristianos en la veneración y amor al Santísimo Sacramento".

La Eucaristía era su cielo en el suelo, sin el cual la vida le hubiera resultado imposible.

Privada de todos los bienes de la tierra, cifraba toda su riqueza en Jesús Sacramentado. "Entiendo — decía al Señor— que no me has dado riquezas terrenales y perecederas, pero me has dado la verdadera riqueza, que es el pan eucarístico . . . Para obligarme a merecer el cielo me lo das ya por adelantado en la tierra".

Llamaba a la Sagrada Eucaristía "el paraíso de Jesús", y en los éxtasis se le oyó calificarla de "academia del paraíso donde se aprende a amar".

Sus pensamientos y afectos volaban incesantemente hacia el sagrario. "¡Oh, qué felicidad y dicha —exclamaba— experimenta mi corazón en presencia de Jesús Sacramentado! Si Jesús me permitiese entrar en el sagrado tabernáculo donde mora, ¿no estaría yo en el paraíso? ¿Qué me faltaría? Absolutamente nada".

El sagrario era para ella imán irresistible. "En su deseo de visitar al Santísimo Sacramento —atestigua D.ª Cecilia—, hubiera permanecido ante él todas las horas del día". Cuando salía de casa para ir a la iglesia decía: "Voy a Jesús".

Llegada al templo, sentíase fuertemente atraída por el sagrario, cayendo ante él de rodillas en actitud de profunda adoración. En aquel mismo instante desaparecía el mundo para ella, no echando de ver si se encontraba en pobre o suntuoso templo, sola o acompañada, a la clara luz del día o a la tenue y mortecina de una lámpara. Inmóvil y con los ojos fijos en el sagrario, perdía la noción del tiempo, y de no avisarla cuándo lo era de salir, hubiera dejado trascurrir horas y horas sin manifestar extrañeza o cansancio.

Y si tal era lo exterior de este serafín ante el sagrario, ¿cómo describir los afectos y sentimientos de su alma? Díganoslo ella misma escribiendo a su director: "¡Ah! Padre. Jesús es dulzura infinita, que se difunde toda en el Santísimo Sacramento . . : Al acercarme ayer a Jesús, expuesto en el Sacramento, me sentí abrasar con tan intenso fuego, que tuve necesidad de alejarme: de tal manera me abrasaba por todas partes, que hasta visiblemente me salía el incendio . . . Yo siento que me reduciré a pavesas. Jesús es un amante tan querido como irresistible".

Para evitar las demasías de estos ímpetus amorosos y no morir abrasada en incendios de amor, a veces no hallaba otra solución que salir a toda prisa del templo. "Ayer al acercarme a Jesús expuesto en

el Santísimo Sacramento — escribía — me sentí abrasada con tal vehemencia, que al punto hube de alejarme".

Alejada corporalmente de Jesús Sacramentado, su espíritu volaba en todo momento hacia el sagrario, pudiéndose decir que en él estaba encerrado. En los éxtasis eran muy frecuentes las alusiones a la Eucaristía. "Sacramento Santo —exclamaba en uno—, recógeme, recíbeme . . . cédeme una partecita de tu sagrario para mi quietud y descanso. Abreme, Jesús, la puerta de tu corazón. Franquéame la entrada de tu pecho sacramentado. Yo te abro el mío de par en par: introdúcete en él ¡oh divino fuego! . . . abrásame, consúmeme".

Estos desahogos del corazón enamorado de Gema dicen mucho más de su amor y devoción a la sagrada Eucaristía de cuanto pudieran decir nuestros pobres conceptos.

Aquí añadiremos que los ardores de su corazón llegaban a revelar a esta seráfica virgen el lugar donde se encerraba el Santísimo Sacramento. "Me siento especialmente atraída— manifestaba candorosamente a D.ª Cecilia— por el lugar donde se encuentra Jesús Sacramentado". Quería dar a entender con tales palabras que Jesús le hacía sentir el lugar del templo donde se encerraba.

También sucedía, según veremos en su lugar correspondiente, que Jesús descorría ante ella los velos que le ocultan en el adorable Sacramento. Estas frecuentes visiones venían a ser como otros tantos carbones que arrojaba Jesús en el corazón de su fiel sierva, para más y más inflamarlo.

Pero donde el corazón de Gema llegaba a derretirse, y donde su alma se sentía inundada de gozo celestial, no era precisamente en la contemplación y adoración de Jesús Sacramentado, era en la comunión por la que lo recibía en su pecho.

La hemos visto a la edad de siete y ocho años

gimiendo y llorando ante su padre, sus maestras y su confesor, repitiendo sin cesar: "Dadme a Jesús, y veréis cómo soy buena; dádmelo, que desfallezco y no puedo resistir por más tiempo".

Desde la edad de nueve años en que hizo su primera comunión, fué para ella el sagrario la escuela del amor, el centro de su corazón, el lugar de todas sus delicias, y en los trances soberanamente dolorosos por que pasó, su escudo y fortaleza.

Sus ansias por la comunión fueron creciendo de día en día hasta convertirse los últimos años en irresistibles. Véase cómo las expresa en una carta, escrita parte de ella en éxtasis: "Padre, es de noche; la mañana se acerca, yo poseeré a Jesús y Jesús me poseerá. ¡Oh, mi buen Jesús, verdadero Dios, único objeto de mis amores! ¡Oh, qué felicidad . . . morirme después de recibiros! ¡Oh, sí . . . morirme en el éxtasis de la sagrada comunión! ¡Jesús, único amor mío, ven pronto que te estoy aguardando! . . . ¡Jesús mío... mañana . . . mañana te recibiré amorosamente! ¡Dios mío, os adoro . . . vuestro amor me está dando la muerte . . . vuestro nombre soberanamente dulce lo tendré en la mente, en mi corazón y sobre mis labios . . . ahora y siempre!"

Abrasada Gema de amor hacia Jesús Sacramentado, la mitad del día lo empleaba en acción de gracias por la comunión recibida, y la otra mitad en prepararse para la del día siguiente. Esta preparación comenzaba ya por la noche a ser próxima. Sus pensamientos, palabras y afectos ya no tenían otro objeto que a Jesús, no siendo raro que sus ansias por la comunión llegasen a sacarla de los sentidos.

Las breves horas dedicadas al descanso eran interrumpidas con frecuencia para desahogar su alma con Jesús Sacramentado, si no es que más bien deba decirse que su corazón permanecía desvelado toda la noche.

Este desvelo provenía del temor que le inspiraba

su humildad de no prepararse convenientemente para tan solemne acto. "Estaría tranquila —escribe al director—, pero la comunión me mete un poco de miedo. Temo hacerla mal por falta de preparación, a pesar de que empleo en prepararme la mayor parte de la noche". ¡Qué confusión para tantos cristianos que se llegan al banquete eucarístico sin ninguna o casi ninguna preparación!

Suspirando con tales ansias por Jesús,, nada tiene de extraño que al primer despuntar de la aurora abandonase el lecho, y a los pocos minutos estuviese lista para ir a la iglesia. "Parecía —dice D.ª Cecilia— que cada mañana se disponía para acudir a la boda". Es que se preparaba, según su frase, "para ir a la fiesta del amor de Jesús".

Tan esmerada preparación provenía sin duda del altísimo concepto que tenía formado de la sagrada comunión. "Se trata —decía— de juntar dos extremos; Dios que lo es todo, y la criatura que es nada, Dios que es luz, y la criatura que es tinieblas; Dios que es la santidad, y la criatura que es el pecado. Trátase de sentarse a la mesa del Señor, ¿cabe para ello preparación suficiente?" Jesucristo, a su vez, le exigía en esto, como en todo, la última perfección. "Hija mía —le decía—, procura no dejar ningún día de venir a mí; mas procura tener el corazón purificado y adornado con la mayor diligencia posible; destierra de él todo amor propio y todo cuanto no sea enteramente mío; y cuando así te hayas preparado, acércate sin temor".

Si tan diligente y fervorosa era la preparación de Gema, puédese juzgar lo que sería su comunión. Colocada en algún lugar retirado del templo, por temor a los éxtasis, todavía se preparaba en él por espacio de buena media hora para tan solemne acto. Durante ese tiempo, no era lo corriente le sucediese cosa extraordinaria. Llegado el momento de comulgar, acercábase con angelical modestia a la sagrada

mesa, procurando por todos los modos no llamar la atención. En el momento mismo de comulgar, Jesús le hacía sentir por modo soberano su real presencia. "Apenas recibida la sagrada comunión —declara D.ª Cecilia—, quedaba sin sentido, y se hacía necesario retirarla del comulgatorio para que no llamara la atención".

Pero si el éxtasis se interrumpía los breves momentos necesarios para regresar a su puesto, proseguía durante todo el tiempo de la acción de gracias, para cesar de nuevo en el momento preciso en que D.ª Cecilia le indicaba ser hora de retirarse.

Mucho tendríamos que decir sobre los particulares favores que Jesús concedía a su sierva en la sagrada comunión. En gracia de la brevedad indicaremos solamente que varias veces, en que no pudo acudir al templo para recibirla, se la trajo milagrosamente su Angel de la Guarda, no siendo raro tampoco el que, al deglutir la sagrada forma, experimentase un gusto celestial que llegaba hasta comunicarse a sus sentidos.

Teniendo nuestra Gema en la sagrada comunión su paraíso en la tierra, bien se deja entender que su mayor tormento habría de consistir en verse privada de ella.

Cuando sus enfermedades la imponían tan grave tormento, suplicaba a Jesús derramase a manos llenas dolores "antes —decía— que privarme del pan de vida", y añadía: "A un amante tan apasionado como tú, Señor, no deben ser necesarias tantas súplicas, sino que atiende a la primera: dí que sí, para que me vaya".

Llevada de tales anhelos por comulgar, no era raro abandonase el lecho con cuarenta grados de fiebre. El Señor venía en ayuda de sus ansias, no permitiendo le sucediese por tal motivo contratiempo alguno.

Una vez, sin duda por probar su virtud, monse-

ñor Volpi le negó la comunión. ¡Terrible prueba! "Padre —escribía al director—, hoy a las cinco fuí a confesarme, y el confesor me prohibió que comulgase. Padre mío, la pluma no quiere escribir, la mano me tiembla, no puedo menos de llorar".

La veremos también en su última enfermedad arrastrándose materialmente para llegar al templo a comulgar, y no dejando tan santa práctica sino pocos días antes de su muerte.

Bendita alma para quien ningún atractivo tenía el mundo con todos sus encantos y placeres; pero que en cambio no podía vivir sin recibir todos los días a Jesús. "Mejor es ¡oh, Jesús! —repetía en los éxtasis—, recibirte que contemplarte". Todos los favores que Gema recibía del cielo valían menos en su apreciación que una sola comunión.

Busquemos como ella a Jesús en la Eucaristía, bien persuadidos de que éste es el mejor medio para encontrarle un día en la gloria.

CAPITULO VI

Vida mariana

La Santísima Virgen ha sido en todo tiempo el más dulce embeleso de los santos.

En cuanto a Santa Gema, entiendo que su devoción a la Reina del cielo y Madre de los Huérfanos posee la clave para explicar cuanto esta vida tiene de encantadora y prodigiosa.

Esta tierna devoción empieza teniendo estrechas relaciones con su orfandad. Hemos visto a la sierva de Dios quedar huérfana de madre a la edad de siete años, viniendo también a perder a su padre cuando contaba dieciséis. La desgarradura que estas privaciones produjeron en su corazón jamás llegó a cica-

trizarse. "Soy huérfana —decía al Señor en un éxtasis—, no tengo padre y carezco de madre . . . compadécete de los huérfanos; ten misericordia de mí . . ."

Este amargo sentimiento de su orfandad empujó poderosamente a Gema hacia María, asegurándole su piedad que en élla encontraría una madre.

Ya hemos visto cómo al recibir la noticia de la muerte de su madre se postró ante la imagen de María, exclamando: "Ya no tengo madre en la tierra, sé tú mi madre desde el cielo". Los títulos con que desde entonces empezó a señalar a la Reina del cielo fueron los de "mi querida Mamá", "la Mamá del cielo" y principalmente el de "la Madre de los huérfanos".

Que la piadosa madre acogiese bajo el manto de singular protección a esta huerfanita, lo reconocerá más adelante ella misma cuando diga: "Yo pienso—escribe al director—, pienso a todas horas en los grandes beneficios recibidos de mi Mamá desde mis primeros años . . . Cuántas veces, depositando ante la imagen de María las penosas ansias de mi corazón agitado, ella me consolaba. ¿Por qué no decirlo? Yo recuerdo que hallándome en las mayores angustias, huérfana de madre en la tierra, me tendió cariñosamente los brazos la Madre del cielo".

Gema encontró desde su más tierna infancia en María una madre solícita y cariñosa, confiando que con su ayuda conseguiría el sublime ideal de santidad que desde entonces perseguía. Su tía Elisa declara que su plegaria favorita era la siguiente: "Virgen Santísima, hacedme santa".

Intimamente persuadida de que sólo siendo muy devota de María llegaría a ser santa, cabe decir que comenzó desde la cuna por distinguirse en tan santa devoción. ¿No nos ha embelesado a la edad de cuatro años retirada en una habitación para desahogar su corazón con la Reina del cielo? ¿No la hemos visto en vida de su piadosísima madre rezando todos los

días tres *Avemarías*, con las manos bajo las rodillas, para conservar, con la protección de María, la pureza?

En el colegio la encontramos ardiente devota de María: cuidando de multiplicar en su honor los obsequios, de instruírse acerca de sus grandezas y privilegios, de celebrar con todo esplendor sus festividades y hasta de inflamar con sus palabras a las demás colegialas en la devoción que abrasaba su pecho.

Con el adelantar en los años y en la virtud fué creciendo en Gema la devoción a la Santísima Virgen. Su vida mística de los últimos años es eminentemente mariana. Las terribles noches del sentido y del espíritu eran para ella noches de luna, iluminadas con la suave claridad de la Reina del cielo. Al sentirse cubierta de pecados, furiosamente combatida por el demonio y hasta desechada, golpeada y desamparada del mismo Dios, vuélvese llena de dulce confianza a María, encontrando en ella alivio a sus indecibles penas. "¡Oh, Mamá mía —le dice—, sin vos tengo miedo de buscar a Jesús! Yo bien sé que es misericordioso, pero sé también que son muchos los pecados que he cometido, y, además, que Jesús es justiciero en el castigar. Es cosa grande la que pido, ¿verdad, Mamá? Pero, ¿qué voy a hacer? ¿Puedo recuperar de otro modo que por vuestro medio lo que por mis pecados he perdido? Y luego no pido gran cosa, si se compara con lo que vos podéis concederme... Madre de misericordia, concédeme toda la que tienes, y llévame a Jesús".

Viéndose en otra ocasión privada de la compañía de Jesús pregunta al director: "Dígame ¿cómo lo haré para vivir separada de Jesús?" Y ella misma se da la respuesta. "Si se va Jesús —dice—, quiero tener cuando menos a mi Mamá; quiero que cuando menos me escuche ella. Si es que Jesús no me quiere ya, si a la postre he de vivir sin Jesús... pero en nuestra alguna sin mi Mamá".

¡Dichosa alma, para quien siendo María luz, consuelo, amparo y protección en las espantosas pruebas de la vida mística, mereció cosechar en esa vida copiosísimos laureles y salir enriquecida de inmensos merecimientos!

Al igual que en las desolaciones místicas, acudía la sierva de Dios al trono de María en todas sus demás necesidades y para obtener del Señor cuantos favores deseaba. Era muy frecuente oírle nombrar en los éxtasis a determinadas personas, suplicando gracias para ellas. "Cuida, Madre mía, de aquella señora, que tanto quieres". "Muchas son las personas que he de recomendarte. ¡Ojalá hiciera Jesús que todos me conocieran por la que soy, pues entonces ya nunca más me importunarían pidiéndome oraciones!... Te recomiendo un alma para ti muy querida".

Mucho tendríamos que decir de los ruegos de Gema a su Mamá celestial en favor de los pecadores. Queremos solamente hacer constar que el apostolado de Gema en favor de las almas es eminentemente mariano. En María cifraba toda su confianza para la conversión de los pecadores; a María acudía cuando, exigiendo la divina justicia el ejercicio de sus fueros, tenía que luchar a brazo partido con ella, y por María alcanzó numerosísimas y, no raras veces, portentosas conversiones.

Acogida Gema desde su más tierna edad bajo el manto de singularísima protección de María, y colmada por esta tierna Madre de singulares favores, correspondió a todas sus finezas amándola con ardores de serafín.

Todo contribuía para avivar en ella ese amor. Un día tuvo la dicha de que la acompañara María en la sagrada comunión. Refiriendo el hecho al director, le decía: "¡Qué bella es la comunión hecha con la Mamá del paraíso! Ayer, 8 de mayo, la hice. Padre. Nunca había comulgado con la Mamá, ¿y sabe cuáles eran los impulsos de mi corazón en aquellos

momentos? Estas solas palabras: ¡Mamá mía, mi Mamá... cuánto gozo en llamarte mi Mamá! Ya lo ves, mi corazón salta de alegría con tu recuerdo, lo mismo que con el recuerdo de mi Jesús.

Ella en cambio me respondía:

—Tú gozas en llamarme tu Mamá; pero yo, en cambio, salto de júbilo llamándote mi hija.

Tales expresiones me las repitió por tres veces durante el día. Aquellas palabras tan dulces eran para mí como ráfagas de gloria".

Las fiestas de María la inundaban en gozo celestial, constituyendo para ella nuevos avances en la devoción a la Reina del cielo. "Entre todos los días del año —escribe también al director—, ¿no le parece a usted el más hermoso el de la Mamá del cielo? En tal día, nadando el alma en el gozo de una paz serena, echa en olvido las borrascosas vicisitudes de este mundo; en tal día aun los malos se recuerdan de que en el cielo tienen una Mamá que se desvela por ellos, y de que ellos son hijos de esta tierna Mamá. Y los mismos que no la ven con los ojos corporales, si se hallan ante una sencilla imagen que la represente, ¿por ventura no sienten despertarse en su corazón sentimientos de amor, y una como necesidad de tributar a María los mayores obsequios? ¡Oh, sí; lo probé muchas veces, y la fiesta de mi Mamá fué siempre para mí un día de mayor paz, de amor más grande, de satisfacción general".

Entre las fiestas que mayormente inflamaban a Gema en el amor a su celestial Mamá, debe enumerarse el mes de las Flores. Lo celebró desde niña con singular devoción, y con el adelantar de los años fué creciendo su entusiasmo por el mes llamado por antonomasia de María. Hacia el fin de su vida, ya no podía pensar ni hablar de él sin que se la viera como transfigurada. "Ya estamos en el mes de mayo —escribe—. El mes de mayo es para mí el más lindo de

todos los meses que tiene el año, es para mí el mes de las gracias".

Ya veremos cómo se extasiaba Gema recordando que las finezas de su celestial Mamá habían llegado hasta arrebatarle el corazón para llevárselo al cielo.

Hablando de la devoción de Gema a la Reina del cielo, y habida en cuenta su devoción a la Pasión de Jesucristo, bien se deja entender que el misterio en el cual singularmente veneraba a María habría de ser el de sus Dolores.

Lo fué, en efecto. Atestigua D.ª Cecilia que la más espléndida manifestación del amor de la sierva de Dios a María era la veneración con que honraba los Dolores de la Reina de los Mártires. ¡Cuánto tendríamos que decir acerca de esta devoción! ¡No podía hablar, leer ni meditar sobre este asunto sin sentir como traspasado el corazón.

Si su vida fué una vida crucificada, lo fué siempre en compañía de la Madre Dolorosa. Con ella se compadeció de los dolores de Jesús, copiándolos cruentamente en su cuerpo; recogió la sangre que brota de las llagas de Jesús, aplicándolas por todas las necesidades del mundo; lloró el abandono en que los hombres dejan al Salvador; ofreció al mundo ejemplos de las más excelsas virtudes y enriqueció su alma de inmensos merecimientos.

La Virgen Dolorosa se dejaba contemplar frecuentemente de esta su finísima devota, y por regla general la favorecía todos los sábados con la visión de su martirio.

Terminaremos este capítulo diciendo que las últimas palabras brotadas de la pluma de Gema moribunda, los postreros latidos de su corazón enamorado, las supremas ansias de su alma al romper las ligaduras del cuerpo fueron para la tierna y dulce Mamá, a quien tanto había amado y de quien tan regalados favores recibiera.

Su última carta la escribió Gema delirando y

en los terribles desamparos del Gólgota. Parece trató de dirigirla al director; pero, dominando en su mente el pensamiento de María, a ella termina por dirigirla. "Mamá mía —le dice—; mi débil existencia prosigue aún batallando con la vida... pero estoy contenta en las manos de Dios... Querida Madre; me encuentro muy mala: tú lo sabes. Mi vida se va escurriendo, se va consumiendo cada día. ¿Y el espíritu? ¡Oh, Dios mío! Me siento en él atormentada. Pero Jesús me hace volver hacia su Madre para buscar consuelo.

—Hija mía —me dice—, encomiéndate a ella todos los días: la hice linda, graciosa, amable, dulce, para que así me atrajera las almas, ganándolas para la salud eterna. La hice benigna, mansa, pacífica, con el fin de que a todas las admita, sin abandonarme ninguna.

Madre, tengo muchas promesas que renovar a Jesús, pero Jesús está escondido... En mi postrer instante pronunciaré el *Nunc dimitis*... ¡Oh, mi Mamá! ¡Viva Jesús! ¡Viva María!"

Al leer estas palabras de Gema casi moribunda, siéntese que las lágrimas fluyen a los ojos. No podía terminar de otro modo una vida, que, cobijada desde sus primeros albores bajo el manto de María, llegó a ser, merced a los cuidados de esta Madre de los Huérfanos, uno de lós mayores prodigios de santidad en estos últimos siglos.

Imagen de Jesús Crucificado extraordinariamente venerada por Santa Gema en casa de los Sres. Giannini, imagen a la que se refiere el arrobamiento aludido en la pág. 205 de este libro y ante la cual arden dos lámparas día y noche

CUARTA PARTE

VIDA MÍSTICA

CAPITULO I

Purgatorio místico

Pasamos a reseñar la parte más interesante de la vida de nuestra Santa la consagrada a los favores y carismas místicos.

Si hasta ahora hemos historiado la vida de un alma santa, en esta parte vamos a historiar la vida de un serafín.

Cuidaremos de adelantar en cada capítulo las nociones más elementales sobre la materia que vamos a tratar para hacerla asequible aun a aquellos de nuestros lectores que no hayan saludado los estudios místicos.

Quien desee más extenso estudio, se lo brindaremos en la *Vida* que esperamos publicar cuando Gema sea elevada al honor de los altares.

Como quiera que la vida mística se funda en la contemplación, diremos ante todo que consiste és-

El Angel Guardïán de Santa Gema Galgani le presenta dos coronas, una de rosas y otra de espinas invitándola a elegir la que le agrade. Gema responde en seguida: "Dame la de Jesús" y se la coloca fuertemente en la cabeza.

ta en "el conocimiento intuitivo y amoroso de las cosas divinas, producido por Dios sobrenaturalmente en el alma". Según esto, lo que constituye la vida mística es el conocimiento experimental de las cosas divinas unido al amor de Dios, producidos ambos por la especial influencia de los dones del Espíritu Santo.

En unas almas aparece la contemplación cual corona de grandes merecimientos, y en otras cual medio poderosísimo para alcanzarlos, ya que como dice Santa Teresa, "estos dones los da Dios cuando quiere y como quiere, y ni va en el tiempo ni en los servicios" (1).

Convienen, sin embargo, los teólogos en que a los niños se les concede con mayor facilidad y sin pasar por tantos trabajos. "Como su alma lozana y tierna —dice el Padre Taille, S. I.— no ha contraído malos hábitos, que estorban el ejercicio de los dones y oscurecen la luz de la fe, necesitan menos desgarramientos, menos fibras vivientes que romper".

Nuestra Gema se preparó desde su más tierna infancia para recibir este don celestial de la contemplación, con su desasimiento de todo lo criado, pureza angelical, profunda humildad, tierna caridad y oración perseverante.

Pero si mucho madrugó para buscar esta divina sabiduría no menos parece haberse apresurado la divina sabiduría para salir a su encuentro. A los nueve años caminaba resueltamente por estas vías, según lo manifiesta su fiebre oyendo hablar de la Pasión de Jesucristo, su vivísimo sentimiento de la unión del alma que comulga con Jesucristo y los ardores que experimenta al recibir a Jesús en su alma.

Dos años antes había tenido comunicaciones con el cielo, y hasta cabe suponer que sus ansias de oración y recogimiento a los cuatro años se originaban

---

(1) **Moradas** *cuartas*, cap. I.

de que ya se comunicaba el Señor sobrenaturalmente a su alma.

El que algunas almas aparezcan colocadas desde la infancia en estados místicos no quiere decir hayan de verse libres de las terribles penalidades por la que Dios hace pasar a los contemplativos. Se invierte el orden, pero no se destruye. "Tengo para mí —dice Santa Teresa— que el Señor quiere dar muchas veces al principio y otras a la postre estos tormentos y otras muchas tentaciones" (1).

En Gema precedieron muchos y regaladísimos favores, pero las pruebas llegaron, siendo su magnitud y muchedumbre proporcionadas a la magnitud y muchedumbre de los favores.

Constituyen estas pruebas el llamado *purgatorio místico,* y nos ocupamos primeramente de ellas, porque lógicamente preceden a los favores.

El Señor previno a Gema sobre esas pruebas, manifestándole los desprecios y oposición de los hombres, fiera guerra de los demonios, desolaciones interiores, total falta de devoción, aparente desvío de Jesús y otros indecibles tormentos por que le haría pasar. "Te será enojosa la vida —terminaba el Señor —y pavorosa la muerte, faltándote en medio de tantas pruebas hasta el desahogo de poder llorar".

Todo este cúmulo de penalidades constituye lo que llaman los místicos *purificaciones pasivas o noches del sentido y del espíritu.*

Consiste la primera de estas noches en la privación de toda devoción sensible, a lo que se juntan horribles tentaciones del demonio, sañuda guerra de los hombres, quebrantos de fortuna y graves enfermedades.

Del cúmulo de arideces, enfermedades, gravísimas dolencias, pérdida de seres queridos, desvío del confesor, oposición y persecuciones de las criaturas

---

((1) Vida, cap. XI.

que hemos referido de nuestra Gema, y de la furibunda guerra del infierno y horribles tentaciones que habremos de referir, fácil es comprender, sin que necesitemos detenernos sobre todos estos puntos, que la sierva de Dios pasó por toda la angustiosa *noche del sentido.*

Enseña San Juan de la Cruz que para los grados inferiores de la contemplación basta por lo común la purificación de los sentidos; pero que para los grados supremos se requiere la otra más espantosa, llamada del espíritu.

Esta *noche del espíritu* es mucho más dolorosa que la *del sentido.* La purificación pasiva de los sentidos se ordena a sujetar el apetito sensitivo a la razón, en tanto que la del espíritu se ordena a sujetar la razón a Dios; y como quiera que la distancia entre la criatura y el Criador es incomparablemente mayor de la que existe entre la parte inferior y superior del alma, síguese también que el trabajo debe ser muy más recio y penoso.

Llamada nuestra Gema a los grados supremos de unión con Dios, natural era pasase por todas las desolaciones y angustiosos desamparos que constituyen la *noche del espíritu.*

Como queriéndola prevenir para ellos, díjole un día su celestial Esposo: "Ya habrá adivinado tu confesor mi deseo de hacerte pasar por todos los grados de la vida mística. La primera parte de tu vida ha trascurrido; al presente te hallas en el término del amor doloroso; sobrevendrá después el dolor doloroso, y al fin de todo noche oscurísima". Este dolor amoroso debe referirse a la época comprendida entre mediados de 1899 y mediados de 1901, en que Jesús hacía a su sierva participante de los dolores de su Pasión, pero mezclados con suavísimos consuelos de revelaciones, visiones, éxtasis, etc.

Bien entendía el Padre Germán que a todos esos consuelos y favores tenían que suceder las oscurida-

des y desolaciones, de aquí que le dijera con frecuencia: "No te aficiones a los dulces, porque pronto vendrá lo amargo, lo puro amargo, sin alivio de ninguna clase". ¡Vaya si vino! En 1901 empieza propiamente para Gema la época de los abandonos y desolaciones, siendo desde entonces su vida un puro padecer que habrá de terminar con la noche oscurísima de sus últimos días.

Los años trascurridos entre favores y regalos del cielo se le ofrecen como una larga pesadilla de la que apenas resta el vago recuerdo. "Mi alma —escribe al director— se encuentra en tales tinieblas que no la dejan distinguir cosa alguna. ¡Oh! ¿Qué ha sido de todo lo pasado, de aquella muchedumbre de cosas que yo veía, que yo sentía, de las que apenas me queda el recuerdo, como si todo hubiera sido un sueño larguísimo de dos años?"

Privada del dulce recuerdo de los favores recibidos, siente el vivo dolor de la ausencia de Jesús, junta con el lúgubre presentimiento de encontrarse de él desamparada "¿Adónde se ha ido Jesús? —pregunta al director—. ¿Por qué razón me ha dejado así? Me hallo sola y desamparada, Padre; tengo deseos de sufrir y nadie me puede consolar, porque Jesús no está. A lo menos, Padre, dígale que soy suya, que para siempre seré suya; que si él tiene ansias de huír de mí, las tengo yo mayores de correr tras él".

La oración y la comunión, que eran las delicias de Gema, en este tiempo poco o ningún consuelo le traían. "¿Lo creerá, Padre mío? —escribe al director—. Hasta de encontrarme en la iglesia siento fastidio. El tiempo que empleo en la meditación me parece pasarlo en el purgatorio". Y en otra parte: "Todas las mañanas recibo a Jesús, pero no lo siento".

Privada de los consuelos de Jesús, nada de la tierra ni del cielo podía consolarla. Si a veces se le mostraban la Santísima Virgen, el Angel de la Guar-

da, o San Gabriel, no sabía, como la Esposa de los Cantares, sino preguntarles por su Amado. "¿Dónde está Jesús?" —decía a su Angel de la Guarda; y a la Santísima Virgen: "Dime, Mamá, ¿adónde se ha ido Jesús?" También le escribía al Padre Germán: "¿Dónde está Jesús?"

La angustia que producían a Gema tales ausencias y abandonos se revelaba al exterior, puesto que se la veía triste, pálida, desganada hasta para hablar de Dios, con los ojos hechos fuentes de lágrimas y bañados en sudor. "¡Si viera lo triste que Gema está estos días! —escribía D.ª Cecilia al Padre Germán—. La escucho hablar en los éxtasis de tinieblas, de abandono y otras cosas parecidas. Veo que está continuamente llorando, y al preguntarle el motivo, responde que está contenta".

Lo que hace subir de punto la pena de estas almas es el amargo presentimiento de que Dios las ha abandonado por sus infidelidades y pecados. Así acontecía a la inocentísima Gema, a quien el recuerdo de ligerísimas faltas atormentaba y trituraba, persuadiéndose que por ellas la tenía el Señor desamparada. "Padre mío —escribía al director—; ¿está Jesús contento de mi alma? ¿Querrá creerme? Frecuentemente tiemblo y me pongo toda encendida al pensar que tan impura como me veo, me acerco a recibir a Jesús, que es la pureza por esencia". En otra carta le escribe: "Harto comprendo que los enojos que he dado a Jesús son toda la causa de habérseme él escabullido. ¿Qué es lo que he hecho? ¡Despedir a Jesús con mis pecados! ¿Y no me querrá ya? ¿No se compadecerá ya de mí? ¡Dios mío... misericordia!"

Este grito de misericordia era grito de triste náufrago, sorbido por las olas del desconsuelo, y para quien casi ha desaparecido toda esperanza de salvación. Envuelta en esas aguas, escribe nuestra Gema: "Padre, tiemblo y temo que Jesús me casti-

gue . . . ¿Y sabe cuál es el castigo que temo y merezco? Ser condenada a no amar eternamente a Jesús. No, no; escoja para mí Jesús otros castigos, pero que no me imponga éste".

Bien se ve que la pobre Gema se sentía como empujada hacia el abismo de la desesperación. El Padre Germán nos refiere el inmenso trabajo que le costaba llevar un poco de consuelo al turbado espíritu de su dirigida, y lo que hubo de luchar para que no cayera en un abatimiento rayano en la desesperación.

Gema buscaba también asirse a alguna tabla salvadora. En ocasiones era su tierna confianza en Jesucristo. "A veces me acomete tal desesperación —escribe al director—, que tengo como imposible esté Jesús dispuesto a perdonarme tantos pecados; aunque por otra parte también me parece increíble quiera Jesús perderme". Otras veces era su tierna devoción a María. ¿Cómo iba a desesperar, teniendo una Madre tan tierna y cariñosa? "No quiero desesperar —exclamaba— porque, si disgusto a Jesús, acudo a mi Mamá, y le ruego diga a Jesús que seré buena y no volveré a hacerle llorar".

Una cosa es muy de notar en estos amorosos a la par que justicieros desamparos del Señor, y es que, lejos de entibiarse el amor de los contemplativos, se enciende y purifica en proporciones inconmensurables.

Aunque Gema se sentía desdeñada, abandonada, herida y hasta reprobada de Jesús, lo amaba y ardía en ansias de verlo y poseerlo. "Ya que Jesús se ha ido —escribía al director— será preciso que vuelva; pues yo me siento a todas horas cautiva con nuevas cadenas. Todavía me abrasan aquellos mismos incendios . . . y Jesús no está . . ." Y en otra carta: "¿Pero me veré privada de Jesús, de aquel Jesús, que después que se me ha dado a gustar me ha dejado tan hambrienta de sí? ¡Oh, Jesús! ¿De veras

he perdido yo vuestra gracia? Pero yo, buena o mala, por encima de mi indignidad, te amo con verdadera pasión. Me moriré, sí, Jesús, me moriré . . . pero será de amor y de dolor por ti".

Este lenguaje sólo puede inventarlo y emplearlo el amor de un serafín.

Quien así sabe sufrir el martirio del purgatorio místico se halla en camino de escalar las más elevadas cumbres de la contemplación. Muy pronto vamos a ver sobre ellas a nuestra Santa.

CAPITULO II

Sobre las alas de la contemplación

"¡Oh, Jesús! ¿Quién me dará alas de águila? ¿Quién plumas de paloma para volar a ti? ¡Oh, Jesús! dame tú el vuelo de la contemplación". Así pedía Gema al Señor este don preciosísimo, que no han faltado autores para quienes es reprensible hasta el desearlo.

Hemos dicho que Santa Gema recibió desde niña las alas de la contemplación. Tomando con ellas raudo vuelo hacia Dios, llegó a la cumbre de la vida mística, a la unión trasformante con el sumo bien, llamada "matrimonio espiritual".

Dánse en la contemplación diversos grados, por los cuales va subiendo el alma, como por misteriosa escala, hasta alcanzar la unión transformante.

Debiendo seguir a Gema en esas misteriosas ascensiones, dejaremos en cuanto nos sea posible sea la misma Santa quien nos describa las misteriosas operaciones de la gracia en su alma.

Enuméranse comúnmente los siguientes grados de contemplación: *oración de recogimiento, oración*

de quietud, unión simple, unión extática y matrimonio espiritual.

En la *oración de recogimiento* se apodera Dios de las potencias del alma y sentidos exteriores, reconcentrándolos dulcemente en lo interior, al tiempo que ilustra la inteligencia con luz celestial y abrasa el corazón con divinos incendios.

Que Dios atrajera hacia sí todas las facultades del alma de Gema cuando se ponía a orar, y aun fuera de la oración, se colige claramente de cuanto llevamos dicho en la tercera parte. "Estaba siempre en oración —asegura doña Cecilia—, sin jamás distraerse. Trabajaba, es verdad, pero era permaneciendo fijamente reconcentrada en Dios". Lo mismo asegura el Padre Germán, aduciendo una experiencia bien contundente. Le mandó en cierta ocasión se distrajese y al punto apareció pálida, temblando de pies a cabeza y empapada en sudor. Le reiteró diversas veces el mismo mandato, y otras tantas se repitió el extraño fenómeno.

Enseñan los teólogos que esta reconcentración de las potencias en Dios produce a veces cierta suspensión de las mismas, llamada "silencio espiritual". Embelesada el alma por las dulzuras de Dios, queda como inmóvil, sobrecogida de admiración y abstraída del mundo exterior.

Semejante forma de recogimiento era muy frecuente en Gema. "He estado delante de Jesús —escribe al director—; nada le he dicho y nada tampoco me ha dicho; hemos permanecido los dos en silencio. Yo le miraba a él, y él a su vez me miraba. Pero, ¡si supiera, Padre mío, lo dulce que es permanecer a esta guisa con Jesús!"

De este grado de oración y amor divino sube el Señor al alma a otro más regalado, llamado *oración de quietud,* que consiste en un suave y regalado reposo, donde el alma percibe a Dios cabe sí, sintiéndose de él dulcemente cautivada, vivificada, fortale-

cida, movida y encendida. En el primer grado de quietud sólo la voluntad es atraída, en tanto que en el segundo son cautivadas también la memoria y el entendimiento a una con las potencias interiores sensitivas, encontrándose toda el alma sumergida en lo que llama Santa Teresa "gustos de Dios".

Nuestra Gema disfrutó largamente de este suave reposo y dichosa cautividad. "Me siento en la oración —escribe al director— atraída de una fuerza, pero que no es fuerza que molesta, sino una fuerza regalada. Cuando me hallo en la plenitud de las dulzuras que experimento al poseer a Jesús, olvídome de que estoy en este mundo; se siente satisfecho mi espíritu, no teniendo ya qué desear, y el corazón nada busca, porque posee un bien inmenso, bien infinito al que ningún otro puede compararse, bien sin medida ni defecto . . . No siempre, sin embargo, es amor y dulzura lo que siento; a veces experimento dolor de los pecados, pero tan vehementemente, que me parece voy a expirar".

A esta quietud y dulce reposo era muy frecuente se juntase en Gema el segundo grado de unión llamado *sueño del espíritu*. Cuando su contemplación no era tan subida que produjese el éxtasis, producía con frecuencia el *sueño del espíritu*. La seráfica virgen de Luca, que pasó por todos los grados de la vida mística, sin cuidarse de analizarlos ni estudiar su nomenclatura, llamaba, sin embargo, a esta forma de oración "sueño", por las marcadas analogías que encontraba entre él y el sueño corporal. "Figúrese una niña —escribía al Padre Germán— que se duerme en el regazo de su madre. Olvídase de todo y de sí misma, en nada piensa, sino que descansa y duerme sin saber el modo y la razón de su sueño. Así está mi alma durante este tiempo; pero, créame, Padre, es un sueño dulcísimo".

Muchos y muy saludables son los efectos que este sueño produce, entre los cuales apuntan señala-

damente los teólogos la *embriaguez espiritual* y la *llama de amor.*

Inundada el alma en los goces que a torrentes derrama Dios sobre ella, siéntese como rebosante y embriagada por ellos; deshácese en alabanzas al Señor, invita a todas las criaturas sensibles e insensibles a que le amen, quisiera anunciar las misericordias de Dios a todo el universo, siéntese capaz de todos los sacrificios, y no parece sino que el amor divino la ha enloquecido.

Para persuadirse de que esa embriaguez era frecuentísima en Gema, basta leer sus *Extasis,* donde revela los más santos y variados afectos y en forma tan exaltada que arroba y entusiasma.

Aun en sus cartas es fácil encontrar los sentimientos propios de la *embriaguez espiritual.* Véase un ejemplo:

"Me da la extraña manía —escribe al director— de emprender el vuelo hacia mi Dios. ¡Oh qué bien, Padre mío, si pasados algunos días le pudieran decir que Gema fué una víctima de amor, y que sólo el amor le quitó la vida! ¡Oh qué linda muerte! Me siento desasosegada mientras Jesús no me encienda un poco en su amor. Quisiera aniquilarme toda, y que mi corazón se convirtiera en ceniza, para que todo el mundo dijera que el corazón de Gema se había reducido a pavesas por Jesús".

¿Y qué decir de la *llama de amor,* que prendiendo en su corazón, se comunicaba a todo su sér abrasándolo y amenazando reducirlo materialmente a cenizas? Nos tenemos que concretar con reducir a una o dos páginas un asunto sobre el que podría escribirse un libro. "La serafina de Luca —escribe el Padre Germán— tuvo tan intensa esta llama, que de haber durado dos o tres meses más, se le hubiera encendido el corazón en el pecho. No formulo hipótesis, sino que refiero hechos bien constatados por la experiencia. Aquel corazón era un horno al que

no se podía acercar la mano, ni aun sobre los vestidos, sin sentirla quemada... Se pudo comprobar que la parte del pecho correspondiente al corazón se hallaba tostada, cual si debajo de ella hubieran colocado carbones encendidos".

Explicando la candorosa doncella este fenómeno, dice: "Desde hace unos ocho días siento en la parte del corazón un fuego misterioso que no sé cómo explicar. Los primeros días no hacía caso, porque poco o nada me molestaba; pero desde hace tres días ha crecido tanto este fuego, que ya no puedo soportarlo, y voy a necesitar hielo para apagarlo. Me ocasiona fuertes dolores, no dejándome dormir, comer, etcétera. Es un fuego misterioso que se comunica al exterior, que no me atormenta, pero me acaba y consume".

Era fácil observar que, en efecto, Gema se abrasaba. Su rostro, y particularmente sus ojos, las palpitaciones de su corazón y las expresiones que brotaban de sus labios, revelaban de modo inequívoco que en aquel corazón ardía un volcán.

A veces llegaba a persuadirse la seráfica virgen de que tales incendios acabarían por reducirla a pavesas. "Padre —escribe—, mi corazón es víctima de amor, y presto morirá de amor. Estas llamas amorosas consumen mi corazón y mi cuerpo, y pronto quedaré reducida a cenizas".

Que semejantes incendios no fueran mera aprensión de la Sierva de Dios, se comprobaba también con el termómetro. Apenas puesto en contacto con su carne, subía la columna hasta el extremo del tubo, ni más ni menos que si se colocase al fuego. Aun fuera de los éxtasis, y en situaciones aparentemente normales, no era raro marcase su temperatura cuarenta y más grados centígrados.

Al reseñar estas maravillas parece que ya no cabe pasar adelante. Enseñan, no embargante, los teólogos que todo cuanto llevamos referido pertene-

ce a los grados de contemplación llamados inferiores. ¡Y Gema subió hasta el supremo! Así que todavía nos falta por referir lo más interesante sobre esta materia.

Ayúdenos la misma seráfica virgen para seguir narrando sin ensombrecerlas ni empequeñecerlas, las maravillas que en ella obró el Todopoderoso.

CAPITULO III

Unión y desposorio

Sobre los actos de la contemplación, que dejamos enumerados, y en plano muy superior a todos ellos, se encuentra la llamada por los teólogos *oración de unión.* En ella se deja sentir el Señor íntimamente presente en el alma, no necesitando esta alma buscar a Dios, ni lanzarse hacia él con dolorosas ansias, por gozar ya de su presencia como un amigo con la presencia del amigo y la esposa de la compañía del esposo.

Esa nueva manera de la divina presencia en el alma contemplativa engendra en ella como una nueva vida. Ocúpase de ella Santa Teresa al hablar de la *Morada Quinta,* capítulo II, y la compara con la vida de la mariposa, en tanto que las precedentes son como la del gusano de seda, que sin gracia ni belleza vive encerrado y como muerto en su capullo.

Gema gozó con harta frecuencia de esta oración inefable e íntima unión con Dios, experimentando en sí misma todos los efectos de que allí nos habla Santa Teresa.

Sintiéndose dulcemente invitada por el Señor a tan alta unión, exclama en un éxtasis: "¿Qué me sucede? No sé lo que me pasa: siento que la tierra desaparece de mis ojos; siento que soy dichosa; sien-

to que de todo me olvido... y no puedo pensar en ninguna cosa criada... Pero unida ¿a quién? ¡A Jesús!... ¡Oh, unión! ¡Qué voz escucho tan penetrante!"

A esta invitación a la vida de unión parece lógico se siguiese la dulce realidad. ¡Y qué hermosa se ofrece esa realidad a nuestros ojos! "Se me figura —escríbe al confesor— que Jesús se invita él mismo a tomar descanso en mi corazón. Usted, ¿qué piensa de todo esto? A mí se me antoja imposible; no sé lo que a usted parecerá. Porque estas ansias de venir Jesús a mi corazón, donde usted sabe todo lo que hay, las miro como inconcebibles... pero me siento prender, sin estar en mi mano impedirlo".

Y si Jesús siente ansias por venir al corazón de Gema y Gema siente que no puede impedir esa venida, ¿quién duda sino que habrá de realizarse la unión a ella consiguiente?

Muy pronto la experimentó la Sierva de Dios realizada "¡Qué bien estoy! —escribía al director—, Jesús está siempre conmigo y yo me siento toda en él... Tengo a Jesús conmigo y es todo mío. Solito; solito está: yo también estoy sola para bendecirlo, sola para cortejarlo... Los dos quedamos solos, y mi pecho palpita continuamente al contacto del de Jesús... Dígame, Padre mío, si no es esto para estremecerse de consuelo".

La crisálida se ha convertido en mariposa. En tan inefable unión siéntese trasformada y reanimada por una vida celestial y divina. "Hoy me ha mostrado Jesús de nuevo —escribe— que continúa queriéndome mucho, *pero no a la manera de antes,* sino uniéndome a sí y recogiéndome *de distinta manera*".

¡Cuán bien concuerdan estas experiencias de Gema con las experiencias que Santa Teresa nos ha dejado consignadas en sus admirables escritos!

La vida de unión es vida nueva para el alma, como son nuevos los deseos que siente, las ansias

que la devoran, la oración que tiene y la presencia divina de que goza. Habiéndole nacido alas, vuela hacia Dios, y descansa regaladamente en su seno.

Esta gozosa unión de que venimos hablando adquiere a veces extraordinaria intensidad, llegando a enajenar los sentidos. Llámase entonces *unión extática*. Gema fué largamente favorecida con este grado de oración, y como veremos en su lugar correspondiente, los éxtasis eran en ella frecuentísimos, y en ciertos días y épocas casi continuos.

Ahora sólo diremos que, según los místicos, la unión extática produce en el alma sed abrasadora de Dios, profundo hastío hacia las cosas de la tierra, a una con ardentísimas ansias por las del cielo, raptos llamados *vuelos del espíritu*, heridas de amor y otros efectos parecidos. Ninguno de tales efectos se echó de menos en la virgen de Luca.

En cuanto a la *sed de Dios*, basta leer las *Cartas* y *Extasis* para comprobar era frecuente y por todo extremo abrasadora. "Ayer —escribe al director— sentí una sed ardorosa que me atormentó muchísimo. Otras veces he experimentado sed, pero abrasadora como la de anoche nunca. Y escuche de paso otra cosa más rara todavía: el agua debiera extinguirla, pero en mí producía efectos contrarios, causándome mayores ardores". En otra carta le conjura diciendo: "Si usted por esas alturas conociese algún alma tan herida de amor a Jesús . . . pregúntele qué remedio halla, cuando, enferma de amor, experimenta la amarga pena de aquel dolor que abrasa . . . y luego sépalo decirme".

A esta sed de Dios acompaña en las almas místicas hastío por las cosas de la tierra y vivísima aspiración por las del cielo.

Mucho podríamos decir sobre esta materia de nuestra Gema; pero nos habremos de contentar con dejarla hablar por breves momentos. "Me enfada — escribe a una amiga— vivir por más tiempo aquí aba-

jo: es tan amargo tormento para mí vivir apartada de mi Jesús, que ya casi no puedo resistirlo". En un éxtasis exclamaba: "¡Oh, Jesús, desátame de este cuerpo, rompe estas cadenas! No podrá sosegar mi alma mientras no la pongas en libertad, mientras no la dejes suelta para volar a ti. ¿Cuándo en tus brazos descansaré dichosa?"

Al ocuparnos de los éxtasis de Gema hablaremos de sus raptos y heridas de amor; ahora sólo diremos que con todos esos favores preparaba Jesús a su fiel sierva para el último escalón de la vida mística, la *unión trasformante* o *matrimonio espiritual*, a que muy pronto vamos a ver elevada a nuestra serafina.

Según los místicos, a este felicísimo estado precede el *desposorio espiritual*, o sea, la promesa hecha por Dios al alma de unirse a ella con unión tan regalada. "Son los desposorios —escribe el Padre Meinard, O. P.—, unos arrobamientos más sublimes y repetidos, que disponen muy eficazmente para la unión perfecta y consumada, o sea, el matrimonio espiritual. Estos arrobamientos van a veces acompañados de visiones intelectuales o imaginarias, y aun de signos simbólicos exteriores, como anillo en el dedo, etc." (1).

No faltaron tales arrobamientos precursores en nuestra Gema. En uno de ellos decía al Salvador: "¿Cuándo, Jesús mío, serás mi Esposo?" En otro exclamaba: "¡Dios mío!, si experimento tanto consuelo esta mañana llamándote Padre, ¿qué será cuando te pueda decir mi amado? Consuela, Jesús, a esta tu pobre hija y prometida esposa".

A esta promesa de matrimonio espiritual siguió finalmente la admirable realidad. El Padre Germán cree haberse verificado en el éxtasis donde Gema se expresaba en los siguientes términos: "¡Oh, Jesús! ¿Siempre he de ser tu hija? ¿Nada más que hija?

---

(1) **La vida espiritual**, vol. II, n. 253.

Yo quisiera, Jesús... Comprendo que sería demasiado para mí. ¿Te diré lo que deseo? Quisiera, Jesús... quisiera, Jesús, ser tu... esposa. Sí, Jesús, tu esposa". "Y diciendo esto —añade el director— cayó desmayada, permaneciendo en el suelo como muerta varias horas. Y ahora ¡oh, divino Esposo de las almas! acudid y decid que ya es hora; decid a esta inocente virgen: levántate y ven... Los deseos de esta alma santa quedaban satisfechos al unírsele el divino Verbo con indisoluble vínculo de amor. No faltaron en este místico desposorio las arras. Se le mostró Jesús como a Santa Catalina y a mi Padre San Pablo de la Cruz y a otros santos en forma de hermoso niño, llevado en brazos de su divina Madre, la cual quitando el anillo del dedo del niño se lo puso en el de su afortunada sierva".

Así llegó Gema al mejor y más alto grado de la vida mística, al que "poquísimas almas —al decir del Padre Arintero, O. P.—, aun de las más privilegiadas, suelen llegar en este mundo" (1).

Después de tan tierna unión pudo escribir la Sierva de Dios: "Ya no estoy en mí, estoy en mi Dios; yo toda en él, y él todo en mí y para mí".

Cómo explicar ahora los trasportes amorosos a que se entregaba aquel corazón inflamado? Ella misma no acierta a explicar tan inefables realidades. "¿Qué nuevo trabajo es éste —escribía al director— que me sucede desde hace tres o cuatro días? El corazón me palpita cada vez con mayor fuerza; tanto que ayer tarde... probé oprimirme el pecho; pues me latía el corazón con tanta vehemencia que las costillas perdieron su firmeza. Gracias que las siguientes palpitaciones no fueron tan fuertes, que de lo contrario..." "No creas, lector mío —añade el Padre Germán—, haya exageración en estas palabras, puesto que su veracidad pudo comprobarse en muchísimas

---

(1) **Evolución Mística**, part. II, cap. V. § III.

ocasiones. Aquel corazón enamorado latía con tanta fuerza, que intentando algunos resistirla con ambas manos las rechazaba con violencia.

Y tanto se dilató aquel corazón, que un día llegó a levantar tres costillas del lado correspondiente en la forma que se lee aconteció a San Felipe Neri y a mi Santo Padre San Pablo de la Cruz, en un arranque de amor divino. Las tres costillas estaban fuertemente encorvadas, formando un ángulo casi recto, dejando aparecer al exterior un voluminoso abultamiento, que interiormente dejaba suficiente espacio para que pudiese latir el corazón con mayor desahogo".

Elevadas las almas a estas supremas alturas del matrimonio espiritual, enseña Santa Teresa que cesan casi por completo los arrobamientos y vuelos del espíritu.

Como luego veremos, los éxtasis de Gema casi nunca estuvieron acompañados de trasportes violentos, así que no desaparecieron tan suaves deliquios; más bien aumentaron, viniendo a ser su vida como un éxtasis continuado.

La comunidad de bienes, establecida por el casamiento terreno, también se da en el matrimonio espiritual. El alma desposada con Jesús hace donación de todo cuanto es y cuanto tiene, y Jesús, a su vez, le franquea todos los tesoros de su corazón, las luces de su ciencia divina, los torrentes de sus gracias y hasta la inmensidad de sus dolores.

Nada de tales comunicaciones faltó a Gema. En cuanto a conocimientos sobrenaturales, poseyó, como veremos, ciencia infusa, el don de profecía, y muy especialmente el de penetrar los secretos de las conciencias.

También se felicitaba de que Jesús le hubiese franqueado todos sus tesoros, pues le había dado su corazón. "Jesús mío —le decía—, ya voy comprendiendo que todo lo tuyo me pertenece, mayormente tu

corazón. Sí, tu corazón es mío, porque todo entero me lo diste... Eres muy generoso, Jesús: sólo los ángeles son testigos de tu amoroso trato con mi alma".

Suele también comunicar Jesucristo a sus amadas esposas la inmensidad de sus dolores, que ellas saben preferir a todos los tesoros de la tierra.

Nada decimos aquí sobre esta comunidad de dolores entre Jesús y la virgen de Luca, porque tenemos consagrado todo un capítulo a tan importante materia.

Después de tales comunicaciones de Jesús con sus esposas, las ausencias y aparentes abandonos del cielo, tan penosos en los grados inferiores, ya no llegan a desasosegarlas, pues saben que Jesús las ama con infinita ternura. Así ocurría a Gema. "¡Qué paz —dice a Jesús—, qué quietud experimento aunque tú te escondas! Si quieres ir más lejos, llegaremos hasta la cima de los montes. Echemos, Jesús, a correr... En las mismas llamas me abraso yo; con las mismas cadenas me siento atada. Puedes enhorabuena alejarte, Jesús mío, me basta la certeza de que nunca me faltará tu amor... Aléjate cuanto quieras, que yo te seguiré a todas partes... Concédeme tu amor, y huye de mí cuanto quieras".

Las mismas acometidas diabólicas dejan de asustar a estas almas, seguras de que ninguna derrota les pueden ya ocasionar. "Crea, Padre —escribe Gema a su director—, que ya no tengo miedo al demonio. El golpea y más golpea, pero yo estoy cierta de que si Jesús le permite molestarme, no le ha de permitir hacerme daño".

Mucho habría que decir sobre los efectos de amor al prójimo que produce en las almas la unión trasformante. Si se tiene en cuenta que el amor al prójimo crece en las almas paralelamente con el amor de Dios se entenderá que nadie ama a sus semejantes como

estos serafines, y nadie como ellos se sacrifica por sus prójimos.

Veremos que el amor de Gema llega en este punto hasta ofrecerse como víctima y dar la vida por sus hermanos.

Bendigamos al Señor por las maravillas obradas en esta bendita criatura, y supliquémosle aumente sobre la tierra estos ángeles bienhechores, que la embalsaman con el buen olor de sus virtudes, contienen el brazo de la divina justicia y atraen raudales de bendiciones.

CAPITULO IV

Extasis.

Llevamos dicho que entre los grados de la contemplación figura la *unión extática*, y que nuestra Gema pasó por él como por todos los restantes.

El éxtasis —dice Santo Tomás— consiste en "la elevación del alma a lo sobrenatural por virtud divina y con enajenación de los sentidos" (1). Santa Teresa añade que "se enfrían las manos y el cuerpo, de manera que parece no tiene alma, ni se entiende algunas veces si echa el huelgo" (2).

Por más que el éxtasis sea propio del grado de contemplación llamado *unión extática*, como por otra parte pertenece a las gracias "gratis datas", puede ocurrir lo conceda el Señor antes de llegar a ese grado de unión; siendo el Padre Germán de parecer que así aconteció con nuestra Santa, por hacer ya algunos años cuando él se encargó de su dirección que era regalada con tales favores.

---

(1) **De Verit.** 2. XIII, art. II, ad. 9.
(2) **Moradas** sextas, cap. II.

Se esfuerzan desesperadamente en nuestros días los racionalistas por rebajar los éxtasis de las almas contemplativas a la categoría de meros fenómenos patológicos, alegando que también aparecen en los neuróticos y en no pocos fanáticos musulmanes. Si a las maravillas de Dios cabe señalar polo opuesto será siempre las enfermedades de la pobre naturaleza humana. Son tan distintos la causa, las notas características y los efectos de unos y otros éxtasis, que apenas tienen más punto de contacto que la enajenación de los sentidos común a todos ellos.

Aparecerá esto bien claro en la descripción de los frecuentísimos y casi continuos éxtasis de nuestra Santa.

Para proceder con el debido orden, los dividiremos con el Padre Germán en menores, mayores y extraordinarios.

Los primeros eran los más frecuentes, como que se repetían muchas veces al día. Cualquier pensamiento de cosas celestiales, la vista de una imagen devota, una conversación espiritual, la lectura de un punto sobre la Pasión, bastaba para elevarla a tan feliz estado.

La única señal reveladora del éxtasis eran sus ojos, que aparecían inmóviles y resplandecientes, ora fijos en la visión que la recreaba, ora dulcemente elevados al cielo.

En estos éxtasis no perdía el movimiento de sus miembros, ni totalmente el uso de los sentidos. Proseguía caminando, trabajando, escribiendo o recitando sus oraciones, como si nada le ocurriese.

Sobre tales éxtasis menores, colocamos los llamados por el Padre Germán mayores, en atención a que su duración era más larga, la pérdida de los sentidos total y persistente, las luces del cielo más abundantes y hasta las ocasiones más solemnes.

Solían acaecerle principalmente en la iglesia des-

pués de la comunión, y en la visita vespertina a Jesús Sacramentado.

No era lo ordinario que fuera de estas ocasiones se viera la sierva de Dios favorecida con éxtasis mayores; lo era, sin embargo, no raras veces, con ocasión de alguna solemnidad, de cualquier acontecimiento memorable o de alguna singular batalla con el infierno.

Sobre estos éxtasis mayores aparecen los extraordinarios, así clasificados, no porque en ellos fuera rara vez arrebatada, sino por la inmensidad de la luz celestial que la inundaba y por los extraordinarios favores que recibía.

Entre estos favores ocupa el primer lugar las llagas de la crucifixión del Salvador, que recibía del jueves al viernes de cada semana.

Por lo demás, estos éxtasis extraordinarios acontecían dos veces cada semana, o sea, los jueves al anochecer y los viernes, de las dos a las tres de la tarde.

Vengamos ahora a referir el modo de entrar, permanecer y salir Gema de sus éxtasis.

Al contrario de los éxtasis morbosos y de los fanáticos musulmanes, que son producidos por violentos esfuerzos, los de Gema eran independientes de su voluntad, y frecuentemente contrarios a ella. Sentíase invenciblemente atraída por Dios en cualquier ocupación y momento. De ordinario advertíalo con algunos segundos o minutos de antelación, y su preocupación en tales casos era sustraerse a todas las miradas. Cuando esto último le era imposible, hacía esfuerzos supremos para evitar el arrobamiento. Alguna vez se puso a subir y bajar escaleras a toda prisa.

Si el principio de los éxtasis morbosos es lastimero y hasta repulsivo, el de los de Gema era encantador y maravilloso. "Comenzaban —depone la Madre Gema— sin alteración alguna de su fisonomía. Per-

manecía en ellos tranquila, sin contorsiones de nervios, con los ojos de ordinario cerrados y las manos juntas, cual si estuviera entregada a dulce sueño. Su rostro, ordinariamente plácido y sereno, se animaba o coloreaba en relación con las impresiones que experimentaba; pero en todo caso parecía el de un ángel".

No estará por demás advertir que ni siquiera presentaban los éxtasis de Gema ciertas señales ordinarias en los éxtasis divinos y de las cuales han tomado pie los racionalistas para confundir los arrobamientos de los místicos católicos con los de ciertos enfermos neuróticos.

Hemos visto afirmar a Santa Teresa que durante los éxtasis queda la persona por ellos favorecida pálida, con rigidez cadavérica y sin respiración perceptible. Nada de eso acontecía con la virgen de Luca; antes al contrario, su rostro aparecía resplandeciente, sus miembros flexibles, la lengua desatada y todo su exterior como de persona rebosante de salud. Así lo atestiguan en los Procesos todos cuantos tuvieron la dicha de contemplarla.

Esto sea dicho de los éxtasis gozosos, en los cuales era favorecida con alguna visión placentera.

Fuera de éstos tenía otros, que muy bien podemos calificarlos de dolorosos, porque en ellos le era dado participar de los tormentos de la Pasión, del martirio de María, o bien lamentaba la ausencia de todo consuelo del cielo. En éstos, palidecía su rostro; cerrábanse sus ojos; tornábase anhelante la respiración; temblaba y se estremecía todo su cuerpo, caía pesadamente sobre el lecho o el respaldo del sofá, revelando en todo su exterior el interior martirio que padecía.

La majestad y compostura que guardaba, sin embargo, en tales éxtasis dolorosos eran señal manifiesta de su celestial origen.

La insensibilidad de Gema en los éxtasis era ab-

soluta: no oía ni veía cosa alguna, y golpeada, pinchada con alfileres hasta colocada su mano sobre el fuego, jamás dió indicio de sentirlo, y únicamente pasado el éxtasis manifestaba sentir dolores donde la habían pinchado o quemado, pero sin atinar con la causa de dónde proveían.

No nos detenemos sobre este punto, porque sabido es que también los éxtasis morbosos llevan consigo la anestesia.

Llama la atención en los éxtasis de Gema el que durante ellos conservaba expedita la lengua, manifestando inconscientemente los varios sentimientos que embargaban su alma.

Aquí es donde se abre un abismo entre sus éxtasis y los patológicos, que los hace totalmente inconfundibles. La inteligencia de nuestra Gema aparecía elevada a las excelsitudes de lo divino, en tanto que la de los neuróticos aparece rebajada hasta la idiotez y locura.

Tuvo el Padre Germán la felicísima ocurrencia de suplicar a la familia Giannini tomase taquigráficamente los coloquios que Gema profería en sus éxtasis. Se encargaron de esta labor D.ª Cecilia y la señorita Eufemia, hoy Madre Gema Magdalena. En el espacio de tres años llegaron a recoger 150 de tales coloquios. La elevación y precisión teológica que en ellos resplandece, a una con los nobilísimos sentimientos en que palpitan, hace que "La Civiltá Cattolica" los juzgue dignos de figurar al lado de los "Soliloquios" de San Agustín, de las "Meditaciones" de San Bernardo y de San Buenaventura, de los tratados místicos de San Juan de la Cruz y Santa Teresa y de los "Extasis" de Santa María Magdalena de Pazzis.

Leemos de muchos santos que durante los éxtasis se elevaban en el aire, permaneciendo así a veces por espacio de varias horas.

Los éxtasis de Gema, atendida la suavidad con

que entraba, permanecía y salía de ellos, no pueden calificarse, en general, de raptos o arrobamientos y por consiguiente no se daba en ellos la levitación a que nos referimos. Algunas veces, sin embargo, se dieron tales arrobamientos acompañados de elevación corporal. Cuando se encontraba sola ante un gran crucifijo pendiente en la pared del comedor, sucedía a veces —dice el Padre Germán— que "vencida del deseo de besar el costado de Jesús, y mientras discurría el modo de conseguirlo, le sobrevenía el rapto, elevándose del suelo para abrazarse con el Señor crucificado... En cierta ocasión, como sucedió con San Francisco de Asís y mi Santo Padre Pablo de la Cruz, se trasformó la imagen en la divina persona que representaba; desclavó el brazo derecho y con una tierna mirada invitó a su esposa a llegarse hasta él. Abalanzándose Gema lo consiguió. Jesús la abraza y le aplica la boca a la llaga de su costado: estrechando Gema a Jesús entre sus brazos, bebe y se sacia en aquella divina fuente, mientras permanece extendida y de pie, cual si descansara sobre peana de nubes".

Digamos ahora, para terminar este capítulo, algunas palabras sobre la manera de terminar los éxtasis de Gema.

Tan pronto como le retiraba el Señor la divina claridad o celestial visión que lo producía, o se lo ordenaba la obediencia, aquellos ojos que tal vez habían brillado como soles, perdían su celestial claridad; aquel rostro trasfigurado, recobraba su color habitual; aquellos sentidos enajenados volvían a su natural ejercicio; aquel corazón, cuyos latidos no habían podido contener manos robustas, funcionaba con perfecta regularidad; aquellas pulsaciones, que habían pasado de cien por minuto, se reducían a casi la mitad.

Científicamente, para volver a la normalidad desde un estado tan anormal como el de Gema, se necesitarían muchos minutos, o más bien algunas horas; ella, en cambio, pasaba en pocos segundos, hallándose pronta para continuar sus ocupaciones.

Cual sucedió a San Francisco de Asís y al Fundador de los Pasionistas San Pablo de la Cruz, Santa Gema, atraída por Jesús, aplica sus labios a la Llaga del Costado del Redentor y sacia en esa fuente de salud divina su ardentísima sed de amor.

Hemos indicado que la Sierva de Dios volvía en sí, o por sustracción de la luz divina o por mandato

de sus superiores. Esta es otra prueba muy convincente de que provenían de Dios.

Bastaba que monseñor Volpi, el Padre Germán o doña Cecilia le dieran orden de terminar el éxtasis, para que al punto obedeciera. No oía los ruidos más estentóreos, pero oía el mandato más imperceptible.

Y sube de punto la admiración cuando se recuerda que ni siquiera hacían falta mandatos verbales, bastaba que fuesen mentales. ¿Cuándo se ha visto algo semejante en los éxtasis clínicos?

Otra señal para discernir los éxtasis clínicos de los sobrenaturales es el recuerdo que conserva el extático de lo pensado o escuchado en ellos. Mientras en los clínicos no le queda al paciente recuerdo alguno, porque realmente nada ha discurrido ni escuchado a derechas, en los sobrenaturales perdura tan vivo el recuerdo, que no bastan los meses y los años para borrarlo.

De que Gema recordase con toda fidelidad las impresiones recibidas y palabras escuchadas es buena prueba la cuenta que de ellas daba a sus directores. "Recordaba perfectamente —declara la Madre Gema— cuanto había dicho y escuchado en los éxtasis, según lo comprobó muchas veces la tía (Cecilia) haciéndole muy varias preguntas, a las que respondía con las mismas palabras que nosotras habíamos recogido en los éxtasis".

Confróntense todas las circunstancias que concurren en los éxtasis de Gema con las que concurren en los del histerismo, y se comprenderá el inmenso caudal de ignorancia y mala fe que se requiere para reducirlos a la misma categoría.

Los prodigios de Dios llevan su sello infalsificable e inconfundible, y el hombre con toda su ciencia y su poder no ejecutará sino torpes remedos de esas maravillas.

CAPITULO V

Visiones.

A los éxtasis, de que acabamos de ocuparnos en el capítulo anterior, suelen acompañar los llamados *fenómenos de la contemplación distinta,* o sea, visiones, locuciones y revelaciones.

Se entiende por visión la representación sobrenatural de un objeto. Esta representación puede hacerse a los sentidos, a la imaginación o a la inteligencia. De aquí la división de las visiones en corporales, imaginarias e intelectuales.

Cuando a las representaciones celestiales no acompaña la inteligencia de la verdad o realidad representada reciben el nombre de "apariciones".

No ocultan los místicos los peligros que encierran las visiones, por prestarse a ilusiones de la fantasía o del demonio. Los mismos favorecidos con tales gracias desconfían prudentemente de ellas, prefiriendo a sus luces los consejos y normas de un prudente director.

Algunos teólogos han exagerado un tanto estos peligros, llegando a la conclusión general de que lo mejor es rechazarlas siempre.

Frente a esa doctrina tenemos el hecho de que apenas hay alma mística donde no abunden estas gracias, y la afirmación de Santa Teresa de que "deben ser grandísima ayuda para tener las virtudes en más subida perfección" (1).

La tarea del director en este punto será estudiar los efectos de las visiones; por ellos entenderá si proceden de Dios o de loca fantasía.

---

(1) **Moradas** sextas, cap. IX.

Viniendo al caso de Santa Gema, diremos que fué ampliamente regalada con visiones, locuciones y apariciones del cielo; fueron éstas de los tres órdenes registrados por los místicos; desconfió prudentemente de ellas; las desdeñó unas veces, en cuanto tenían de regalos, para mejor asemejarse a su divino Esposo, y otras las deseó con ardor, sabiendo por experiencia lo mucho que la ayudaban en la práctica de la virtud.

Los directores, a su vez, mostraron gran desconfianza, singularmente en las visiones, locuciones y apariciones sensibles; desearon ver a su santa dirigida privada de todas ellas, y cuando entendieron provenían de Dios y que Dios no se las quería retirar, procuraron ilustrarla sobre estos fenómenos, librándola de los peligros que los acompañan.

Hemos dicho que los favorecidos con estos dones extraordinarios desconfían prudentemente de ellos. Santa Teresa nos habla del "gran miedo que tenía de ser engañada".

Este "gran miedo" llena toda la vida mística de Gema, haciéndola muy reservada respecto a las visiones con que Dios la favorecía. Cuando da cuenta de ellas a sus directores, suele hacerlo con estas salvedades: "Me parece que vi a Jesús", "me pareció que me decía Jesús", "me pareció ver a una linda Señora", etc.

A veces va más adelante, y viendo que sus guías desconfían, se deja arrastrar de su desconfianza. Téngase presente que monseñor Volpi nunca llegó a dar importancia, al menos exteriormente, a las visiones, apariciones y locuciones de la Santa.

El Padre Germán, por su parte, multiplicaba las cautelas para que la inocente joven no fuese engañada del demonio. "Debes pedir a Jesús —llegaba a escribirle— que te quite todas esas cosas sensibles y desacostumbradas, y que no permita al maligno te engañe en modo alguno".

Con respecto a las visitas angélicas le dice: "Si a pesar de tus protestas la visión persiste, la invitarás, ante todo, a prosternarse ante la Divina Majestad con actos de adoración, de fe, de alabanza y de amor. *Te adoramos y bendecimos, etc.*, y con la excelente jaculatoria que siempre ha hecho temblar al infierno: *¡Viva Jesús!*"

Docilísima Gema a tales consejos, la vemos que, en efecto, unas veces desdeña las visiones y otras emplea las máximas precauciones. "Padre —escribe al director—, el consejo que me tiene dado de despreciarlo todo, con la ayuda de Dios, lo he cumplido. ¡Pobre Jesús! A veces le he hecho descortesías, y él continuaba tan bondadoso: me miraba, y se sonreía". En otra le dice: "Ha venido el Angel; yo no le he prestado acogida, y le he suplicado que se fuese".

La misma docilidad nuestra en tomar las precauciones ordenadas por sus directores. "Su invocación —escribe al Padre Germán— es el primer saludo que dirijo al Angel: al momento gritamos: *¡Alabada sea la majestad de Dios! ¡Viva Jesús!*" Este mismo saludo exige a San Gabriel, a la Santísima Virgen y al mismo Jesucristo. Por él, efectivamente, llegaba a discernir las apariciones celestiales de las diabólicas, puesto que las celestiales repetían el saludo, mientras que las diabólicas enmudecían, o a lo más respondían, *alabada; viva*, pero sin pronunciar el adorable nombre de Jesús.

Hemos dicho que Gema renunció a todas estas manifestaciones celestiales, en cuanto tienen de favores y regalos; pero que, en cambio, las deseó ardientemente en cuanto le servían para elevarse de lo sensible a lo espiritual, y mejor reproducir en sí misma la imagen ensangrentada de Jesucristo.

En una carta, donde refiere al director una aparición de la Santísima Virgen, añade: "Créame, Padre; ciertas cosas las detesto, no las quisiera; no qui-

siera las consolaciones de Jesús; de grado renuncio a todas ellas: Jesús ha sido el varón de dolores: yo quiero ser la hija del dolor".

Esta admirable renuncia no quitaba el que Gema buscase la presencia y conversaciones de Jesús cuando las juzgaba necesarias o provechosas para su alma. "Es verdad —escribe al director— que busco a Jesús, pero le busco para que me ayude en el cumplimiento de sus quereres". "Como Jesús esté conmigo, estoy dispuesta a todo".

Una cosa conviene notar aquí, y es el desprendimiento de Gema con respecto a estos favores celestiales: por encima de todos sus deseos o repugnancias estaba para ella la voluntad divina. "Príveme de todo Jesús, con tal que no me prive de su amor —escribía al director—. Como usted sabe, para mí es lo mismo que Jesús me agasaje, o me castigue: estoy indiferente; más aún, recibo mayor contento cuando me castiga, porque en realidad lo merezco".

Pero sea que Gema renunciase a todos los consuelos inherentes a sus visiones, locuciones y revelaciones, sea las desease como medios poderosos de santificación; bien se las prohibiesen sus directores, por la desconfianza que todas estas cosas inspiran, bien se las autorizasen, después de tomadas las máximas precauciones aconsejadas por la mística, como todas estas manifestaciones no tienen otra regla y razón de ser que la divina voluntad, ella era, al fin, quien prevalecía, por encima de la voluntad de Gema y de sus directores. "A veces —escribe al Padre Germán, después de las prohibiciones de que hemos hecho mención— cuando me pongo en oración, siento como si se me fuera la cabeza . . . He procurado con la distracción evitar el sueño (quiero decir el perder los sentidos en Jesús) . . . pero siento que no está en mi mano". En otra carta le dice: "¡Oh, qué lucha he sostenido con Jesús, Padre mío, para que me pusie-

ra otra vez en el camino trillado!... Pero si Jesús prefiere otra cosa, yo estoy contenta, fuere lo que fuere".

Eran, por consiguiente, todos estos fenómenos expresa voluntad de Dios, que por semejante medio quería dirigir, consolar, defender y asociar a los dolores de Jesucristo a nuestra Santa, para ofrecer al mundo un prodigio viviente de su sabiduría y bondad infinitas.

Descendiendo ahora a tratar en particular de las visiones y apariciones con que la Sierva de Dios fué favorecida, consignaremos que eran principalmente de Jesucristo, de la Santísima Virgen, del Angel de la Guarda, de San Gabriel de la Dolorosa, algunas veces de San Pablo de la Cruz, frecuentemente de las benditas ánimas del purgatorio; no raras veces de los pecadores, cuya conversión traía entre manos, y muy a menudo de los demonios, que por permisión divina acudían en mil formas a tentar su virtud.

Si hubiéramos de referir todas las visiones y apariciones que encontramos registradas en la *Biografía* del Padre Germán, en las *Cartas y Extasis* y en los Procesos necesitaríamos un grueso volumen.

Para abreviar en lo posible, vamos a sintetizar, refiriendo, más bien que casos particulares, hechos generales, reveladores de la íntima comunicación en que vivía nuestra Gema con el cielo.

En cuanto a las visiones y apariciones de Jesucristo, las más frecuentes parece haber sido la de Jesús paciente. No suspirando esta fervorosísima pasionista sino por amar a Jesucristo y padecer con Jesucristo, se dignaba el divino Salvador mostrársele en todos los pasos y dolores de su Pasión, invitándola a participar de ellos.

Fuera de las visiones de Jesús paciente, eran también muy frecuentes las de Jesús en la Eucaristía, si no es que deba decirse más bien eran diarias,

ya que sus éxtasis cotidianos al pie del sagrario y en la bendición vespertina con el Santísimo parece natural suponer fuesen acompañados de visiones.

También se complacía Jesús en aparecerse en forma de niño a esta inocentísima niña, toda abrasada en su divino amor.

Alguna vez se le mostró el Señor con tan resplandeciente claridad, que como se lee de San Francisco de Asís y algunos otros santos, no pudiendo soportarla sus débiles ojos, llegó a enfermar de ellos.

Las apariciones de la Santísima Virgen fueron también muy frecuentes.

Todos los sábados se dejaba ver como Dolorosa, asociándola a su indecible martirio.

Si como Dolorosa la asociaba a sus penas, como gloriosa la arrobaba con sus celestiales encantos, dándole a gustar como un anticipo de la bienaventuranza del cielo.

Leemos en las Vidas de algunos santos que Jesucristo y la Santísima Virgen les dispensaban las más tiernas caricias, llegando hasta abrazarlos, reclinarlos sobre su pecho y cubrirlos de besos. Todas estas muestras de cariño las hallamos muy repetidas en la vida de nuestra Gema.

También se lee de algunos otros santos que Jesucristo o la Santísima Virgen cambiaron con ellos, o les llevaron al cielo el corazón.

Al dilucidar los teólogos este hecho dicen que ese cambio o sustitución no es real, sino que la más elevada vida de amor que desde esa fecha empieza para ellos les da la sensación de que tienen un nuevo corazón, o de que éste les ha sido arrebatado.

Un tan señalado favor le fué concedido también a la virgen de Luca el día de la Asunción de 1900, en que la Santísima Virgen le aseguró se llevaba al cielo su corazón. "¿Te acuerdas —le decía en un éxtasis posterior— de aquel día en que te llevaste mi corazón

al cielo? Consérvalo siempre allá arriba, siempre al lado del tuyo: allí no experimenta necesidad alguna".

Mucho tendríamos que decir de las apariciones de San Gabriel de la Dolorosa. Desde que en la dolorosa enfermedad de 1898 a 1899 experimentó la eficacia del valimiento del santo joven Pasionista le profesó singularísima devoción, a la que correspondió San Gabriel alcanzándole numerosos favores, y siendo para ella como un segundo Angel de la Guarda.

En capítulos especiales nos ocuparemos de las apariciones y visiones que tuvo nuestra Gema de los ángeles y de los demonios, de los pecadores por quienes se ofrecía al Señor como víctima y de las almas del purgatorio que solicitaban sus oraciones.

Aquí ponemos fin a este capítulo haciendo notar que si bien las visiones referidas no nos dan la verdadera medida de la santidad de nuestra Santa nos muestran, sin embargo, la inclinación de Dios a conversar con sus criaturas, y las santas disposiciones con que la virgen de Luca entraba en familiar conversación con el cielo.

CAPITULO VI

Locuciones y revelaciones

Este capítulo es como continuación y complemento del anterior, por haber, como dice el Padre Vallgornera (1), señalada analogía entre visiones y locuciones, y recibir el alma comunicación de los misterios de Dios en ambos fenómenos místicos.

Son las locuciones ciertas hablas divinas con las cuales se comunica Dios al alma manifestándole alguna verdad. Lo propio que en las visiones, puédese Dios manifestar a los sentidos, a la imaginación o a

(1) **Mystic. Theol.**, 2 III, disp. V, a. 8.

la inteligencia; de aquí la división de las locuciones en auriculares, imaginarias e intelectuales.

Todo cuanto hemos dicho en el capítulo anterior referente a los peligros de ilusiones y engaños en las visiones tiene exacta aplicación a las locuciones, e indistintamente lo afirman de unas y otras los teólogos.

Las auriculares son muy expuestas a engaño: las imaginarias no carecen de serios peligros, y hasta en algunas intelectuales cabe el vender los propios pensamientos por locuciones celestiales.

Viniendo al caso de nuestra Santa diremos que recibió este favor de las locuciones desde su más tierna edad, y en todas las formas registradas por la teología mística.

La primera la encontramos a la edad de siete años, cuando, al acabar de recibir el sacramento de la confirmación, escuchó una voz celestial que le pedía el sacrificio de su madre. Dos años más tarde comprobamos que ya sus comunicaciones con el cielo son muy frecuentes. En adelante siguen la misma trayectoria que los éxtasis y las visiones, llenando, como quien dice, toda la vida de la angelical doncella.

Las medidas tomadas por monseñor Volpi y el Padre Germán para evitar todo engaño fueron las mismas de que dejamos hecha mención en el capítulo pasado; persuadiéndose al fin de que Dios quería hacer alarde de los tesoros de su poder y sabiduría, instruyendo, corrigiendo y consolando directamente a esta privilegiada criatura.

En la imposibilidad de reproducir las innumerables enseñanzas que Gema recibe del cielo, vamos a reproducir, por vía de ejemplo, una de las que recibe sobre la ciencia del padecer. "¿Sabes, hija mía, cómo me divierto repartiendo cruces a las almas que amo? Como deseo poseerlas por completo, las rodeo de cruces y las cerco de tribulaciones, para que no se me escapen de la mano; al mismo fin, cubro de espinas

todas sus cosas, para que a ninguna se aficionen, sino que cifren en mí todo su contento. Hija mía, si la cruz no se sintiese no merecería el nombre de cruz. Ten la seguridad de no perderte bajo la cruz. El demonio no tiene fuerza contra las almas que por mi amor gimen bajo la cruz. ¡Oh, hija mía, cuántos me hubieran abandonado si no los hubiera crucificado! La cruz es don preciosísimo, y en ella se aprenden todas las virtudes".

Una de las señales más inequívocas de la verdad de las locuciones es la elevación de la doctrina que encierran. Pondérese simplemente la alteza de estas lecciones sobre el padecer, y se entenderá que ni eran de la propia cosecha de una joven sin instrucción superior, ni podía inspirárselas el demonio.

Más frecuentes que las locuciones encaminadas a instruír a Gema, eran las dirigidas a tranquilizarla y consolarla. Sirva de prueba el siguiente ejemplo: "Aunque te parezca —le dice el Salvador— que la tierra desaparece bajo tus plantas y el cielo sobre tus ojos, no por ello debes flaquear en la fe, ni en el amor, ni en la esperanza. Atiende únicamente a ganar merecimientos con el ejercicio de la virtud; desprecia los dichos del mundo, y a despecho de tus enemigos, camina por el sendero del divino querer. Unete firmemente a Jesús; humíllate en su divina presencia; recurre en todos los instantes a su divina bondad, y sábete ayudar de los mismos lazos que el demonio tiende para tu ruina. Hija mía, si de verdad me amas, ámame en medio de las tinieblas.

El Señor se complace en jugar con las almas que le son más queridas; pero su juego es de amor: ya las consuela y las hace respetar de los hombres, ya las prueba convirtiéndolas en ludibrio del mundo; ora las hace robustas contra todo el infierno, ora permite que se apoquen por naderías".

También recibía Gema estas seguridades de par-

te de Jesús después de sus formidables combates con el infierno.

—¿Dónde has estado? —le pregunta al final de uno de ellos.

—A tu lado —le contesta Jesús.

—¡Oh, Jesús, debo estar llena de pecados, con lo mucho que te habré ofendido!

—Hija mía, en nada me has ofendido, porque no has consentido.

Aquí sería lugar de decir dos palabras sobre la llaneza infantil con que se desarrollan todas las conversaciones de Gema con el cielo; pero lo juzgamos superfluo, después de cuanto llevamos dicho al tratar de la nota característica de su santidad.

El Padre Germán juzgaba esa familiaridad de excesiva, pero al fin hubo de convencerse que Dios se complacía en ella.

A las locuciones de que nos hemos ocupado hasta ahora suelen juntarse muy frecuentemente otras, con las cuales revela Dios a sus siervos cosas o sucesos distantes, ocultos o futuros. En tales casos las locuciones reciben el nombre de revelaciones.

Estas revelaciones no las propone la Iglesia a la fe de sus hijos, como lo hace con las contenidas en la Sagrada Escritura y en la Tradición; por eso reciben, en contraposición a aquellas que se llaman *públicas*, el calificativo de *privadas*.

Pero si es verdad que la Iglesia no las propone a la fe de sus hijos, autoriza se publiquen, y consiente se admitan con las prudentes reservas.

Estas reservas se refieren a la persona que dice haberlas recibido y al contenido de las mismas.

Si por una parte la persona es bien equilibrada, humilde, obediente y de relevantes virtudes, y por otra parte se halla su contenido en conformidad con la doctrina católica y las prácticas de la piedad cris-

tiana, puédense aceptar prudentemente como verdaderas.

Por cuanto llevamos dicho en anteriores capítulos, bien se entenderá que nuestra Santa recibió numerosas revelaciones de cosas ocultas, distantes y futuras. Para no alargar excesivamente este capítulo referiremos solamente algunas de cada uno de estos órdenes.

En cuanto a conocer cosas ocultas, la Madre Josefa Armellini, Pasionista, depone en los Procesos el hecho siguiente: "Me había suplicado Gema que aplicase todos los viernes la comunión por ella, prometiéndome ella a su vez que la aplicaría por mí. Yo acepté el pacto. Sucedió algunas veces que necesitando yo gracias especiales, o hallándome en particular necesidad, fuera de los viernes, deseaba en mi corazón y hasta rogaba al Señor inspirase a Gema el aplicar la comunión por mí. Ella penetraba estos deseos y ruegos, según que después me lo escribía".

El Hermano Famián, también Pasionista, declara a su vez lo siguiente: "Me dijo en cierta ocasión que la Santísima Virgen le había encargado me avisase no me molestara repitiendo las palabras en las oraciones vocales. Es cierto que yo las repetía, (por escrúpulo) ; pero ella nunca me había oído rezar, ni podía naturalmente saberlo".

Con respecto a penetrar en los secretos de las conciencias, veremos más adelante que el Señor le revelaba las maldades de los pecadores por quienes quería se interesase, y hasta conocía si aquéllos que se le acercaban estaban en gracia de Dios o en pecado.

Aduzcamos algunos ejemplos como prueba de que también le revelaba el Señor las cosas distantes.

Al confesarse en cierta ocasión Dª Cecilia. habló con el confesor acerca de la sierva de Dios. Ni Gema la acompañó en aquella ocasión, ni Dª Cecilia hizo alusión alguna a la conferencia sostenida. ¡Cuál no

sería su sorpresa cuando al manifestar al cabo de ocho días que iba a confesarse, le hizo Gema esta sencilla advertencia:

—¡Vaya norabuena, pero cuide de no hablar de mí como en la confesión pasada, puesto que no es del agrado de Jesús!

Monseñor Tei, obispo de Pésaro, depone el hecho siguiente: "Cuando yo iba de Roma a Luca, sin avisar a la familia Giannini mi llegada, Gema les anunciaba el día y tren en que llegaría; tanto, que fiados en su palabra, salían a la estación a recibirme. Una de las veces sucedió que perdí el tren: Gema, que ya había anunciado el tren en que llegaría, se desdijo al poco rato, advirtiéndoles del percance que me había ocurrido".

Otro tanto sucedía cuando llegaba el Padre Germán.

Con las cartas de éste ocurría lo propio, hasta que dándole una buena filípica por tales manifestaciones, le prohibió en absoluto volviera a hacerlas.

La muerte de la Madre Teresa del Niño Jesús, Pasionista de Corneto, súpola también por revelación. "Cierto día —depone Dª Cecilia— me dijo:

—Ha muerto la Madre Teresa del Niño Jesús.

A los pocos días, efectivamente, recibimos la noticia de que había fallecido".

Para terminar este capítulo, referiremos algunas predicciones hechas por la sierva de Dios.

"Urgiéndome Gema —refiere a este propósito monseñor Volpi— para que terminase pronto el asunto de la fundación del monasterio de las religiosas Pasionistas, me dijo:

—Hágalo pronto, pues le resta poco tiempo.

Yo interpreté tales palabras como anuncio de mi próxima muerte. Apenas concluídos los trámites de la fundación, fuí nombrado obispo de Arezzo:

entonces comprendí el verdadero significado del vaticinio de Gema".

Con respecto a esta fundación de las Pasionistas de Luca, anunció con toda claridad la fecha, las dificultades con que chocaría, el número de novicias que habían de inaugurarlo y no pocas circunstancias a ella referentes.

Leemos de muchos santos que entre las diversas revelaciones que recibieron fué una la referente a su propia muerte.

También Gema la recibió, cuando nadie podía imaginarla cercana.

Pero si a muchos santos se les ha revelado el tiempo y hasta la fecha de su muerte, a muy pocos ha sido revelada su glorificación después de la muerte. Sabemos recibieron una tal revelación San Vicente Ferrer, Santa Margarita de Cortona, San Benito José Labre, la Beata María de las Cinco Llagas y algunos otros pocos.

Tan explícita o más que todos estos santos la recibió Santa Gema, a quien dijo solemnemente Jesucristo: "Llegarás a ser santa, obrarás milagros y serás elevada al honor de los altares".

Se discutió esta revelación por la Sagrada Congregación de Ritos al examinar los escritos de la Sierva de Dios, en todos los cuales nada se halló que fuera contrario a la fe y buenas costumbres.

Quiera el cielo tenga pronta realización la última parte de esta revelación a Gema, dándosenos venerar sobre los altares a la esclarecida virgen en quien plugo al Señor hacer ostentación de sus riquezas infinitas.

CAPITULO VII

Imagen acabada del Redentor.

Nos proponemos referir en este capítulo maravillas estupendas. Quiera el Señor podamos hacerlo sin empañarlas ni empequeñecerlas.

La gloria más pura de Santa Gema es el haber sido copia viviente y exacta de Jesucristo crucificado.

En ella aparecen como fundidas las ansias de santidad y las ansias de padecer. Sabía que no hay mejor prueba de amor que padecer y morir por el amado; por donde toda su vida fué una continua aspiración a sumergirse en el océano de los tormentos del Salvador, y expirar víctima de caridad por Jesucristo.

Las indecibles penalidades de que sembró el cielo su vida no llenaban los deseos de padecer en que se abrasaba; hasta que compadecido el Señor de su martirio le dió a gustar todo el cáliz de su Pasión, reproduciendo en ella sus sangrientas llagas.

El día 8 de junio de 1899 advirtió el divino Salvador a su sierva después de la sagrada comunión que aquel día quería concederle una señaladísima gracia. Apresuróse Gema a comunicárselo al confesor, a quien pidió, para mejor prepararse al favor celestial, la santa absolución.

Profundamente recogida, retiróse a casa para esperar en oración la visita del celestial Esposo. Elevemos también nosotros el espíritu al cielo, y escuchemos de labios de la propia Gema la relación del prodigio por el que Jesucristo reprodujo en ella las llagas de su crucifixión. "Era —dice— el anochecer del jueves, vigilia de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. De repente, antes de la hora de costumbre,

siento interior dolor de mis pecados, pero tan fuerte y jamás experimentado, que casi estoy por decir que me moría. Después de esto, me sentía profundamente recogida en todas las potencias de mi alma . . . De pronto siguió al recogimiento interior la pérdida de los sentidos, encontrándome en presencia de mi Mamá celestial, que tenía a su derecha al Angel de mi Guarda. Este me mandó rezar el acto de contrición, y terminado que lo hube, me dijo mi Mamá:

—Hija, en nombre de Jesús, te son perdonados todos tus pecados. Mi Hijo —añadió después— te ama mucho y quiere concederte una gracia; ¿sabrás hacerte digna de ella?

En mi miseria, no sabía qué responder. Ella añadió:

—Yo seré tu Madre; ¿te mostrarás tú verdadera hija?

Dicho esto, abrió su manto, y me cubrió con él. En aquel instante apareció Jesús, con sus llagas todas abiertas, y de las cuales, en lugar de sangre, brotaban llamas de fuego, que llegando hasta mis manos, pies y costado me causaron tan mortal angustia, que a no sostenerme mi Mamá, hubiera caído por tierra.

Permanecí en aquella actitud, cubierta con el manto de mi Mamá, por espacio de varias horas, hasta que besándome mi Mamá en la frente todo desapareció.

Al volver en mí, advertí que estaba arrodillada, sintiendo fuertes dolores en las manos, los pies y el corazón. Me levanté para acostarme, y advertí que de las partes doloridas brotaba sangre. Me cubrí lo mejor que pude aquellas partes, y con la ayuda de mi Angel, pude al fin colocarme en el lecho".

Al fin, Gema puede decir con el Apóstol: "Llevo en mi cuerpo las llagas de Jesucristo" (1).

---

(1) Galat., VI, 17.

"Desde esta fecha —dice el Padre Germán—continuó repitiéndose el misterioso fenómeno cada semana, comenzando a eso de las ocho de la tarde del jueves, para desaparecer a las tres de la tarde del viernes.

Cuando iba a empezar, aparecía de repente en el dorso y la palma de ambas manos una mancha rubicunda, y por debajo de la epidermis una rasgadura en la carne viva, oblonga en el dorso, e irregularmente redonda en la palma. Al rasgarse la epidermis, aparecían al desnudo las heridas, con todas las características de vivas llagas, de un centímetro de diámetro en la palma, y de veinte milímetros de largas por dos de anchas en el dorso.

En los pies, fuera de ser mayor la rasgadura y sus labios de color lívido, la diferencia de tamaño era en sentido inverso, o sea, que el mayor diámetro correspondía al dorso y el menor a la planta; con la particularidad de que la del dorso del pie izquierdo no era tan grande como la de la planta del pie derecho, como sin duda hubieron de ser las del Salvador, en la suposición de que con un solo clavo fuesen enclavados a la cruz sus dos pies, el derecho sobrepuesto al izquierdo.

En cuanto a la herida del costado fué examinada pocas veces y de pocas personas, pues parecía mal a los de casa acercarse demasiado al virginal cuerpo con el solo fin de satisfacer una curiosidad piadosa. A juzgar por el intenso dolor que Gema sentía y la abundancia de sangre que de ella brotaba, puédese colegir que llegaba hasta el corazón".

No menos maravillosa que la aparición de estas llagas era su desaparición. Terminado el éxtasis del viernes, cesaba definitivamente de correr la sangre; se secaba paulatinamente la carne viva, y el día siguiente, o a más tardar el domingo, no quedaba rastro de tales llagas.

Hasta que se lo prohibieron sus directores, el fenómeno de las llagas se repitió de manera constante todos los jueves y viernes, pero nunca fuera de tales días, excepción hecha del caso en favor del Padre Pedro Pablo, de que nos hemos ocupado en el capítulo XI de la primera parte.

No faltarán quienes desearían una comprobación científica de la verdad y naturaleza de las llagas de Gema. También la deseó monseñor Volpi; pero el Señor, que no obra estas maravillas para satisfacer las exigencias de una crítica pretenciosa, se la negó de modo terminante.

Determinó el confesor de Gema las examinase detenidamente un médico eminente. La Sierva de Dios conoció por luz sobrenatural esa determinación, y la misma mañana en que secretamente tenía determinado monseñor Volpi se verificase, recibió una carta de Gema donde le participaba que, si quería observar el fenómeno, fuese solo, pues si se empeñaba en ir con el médico, nada verían ninguno de los dos. El prelado persistió en su resolución, y por más que en el momento mismo de llegar aparecían las llagas sangrantes, desapareció hasta la señal de ellas en el instante mismo de comenzar la investigación acordada. "Saqué de todo esto —depone el ilustre prelado en los Procesos— la convicción de que no agradaban al Señor estas indagaciones humanas en orden a tales hechos sobrenaturales".

Por otra parte, bastaba tener ojos en la cara y un poco de sentido común para persuadirse que tales llagas, ni en la manera de presentarse, ni en sus notas características, ni en el modo de desaparecer, podían ser obra del histerismo.

Vengamos ahora a las llagas y heridas de la coronación de espinas y la flagelación con que Jesucristo completó la imagen de su Pasión en nuestra Gema.

El primer viernes de marzo de 1901 recibió por

primera vez las heridas de la flagelación. "El viernes —escribe al director—, hacia las dos de la tarde, me hizo Jesús sentir algunos golpecitos. Padre mío, tengo todo el cuerpo cubierto de llagas, que me hacen sufrir un poquito". Refiriéndose a esta carta D.ª Cecilia, escribe: "¡Vaya golpecitos, cuando todo el cuerpo lo tenía cubierto de sangre!"

"El primer viernes —escribe la misma respetable señora— aconteció como he dicho; en el segundo hubo rasgaduras en la carne; en el tercero fueron éstas mayores, hasta el punto de que casi se veían los huesos: lo del cuarto apenas puede declararse, pues era tal el estrago, que había llagas por todas partes, hasta de un centímetro de profundidad: esto no obstante, al cabo de dos o tres días todo había desaparecido".

No se sabe si este fenómeno se repitió con frecuencia fuera de los viernes del mes de marzo. Sólo consta de alguna otra vez, por haberse presentado con caracteres extraordinarios que lo revelaron.

Digamos ahora dos palabras de las heridas de la corona de espinas. También éstas las recibió algunas veces Gema con señales tan misteriosas como las anteriores.

"Esta tarde —escribe la misma sierva de Dios al Padre Germán, con fecha 9 de julio de 1900— sentí apoderarse de mí un vehemente deseo de padecer, por lo que pedí a Jesús esta gracia, siendo al punto atendida, puesto que Jesús se me acercó, quitó la corona de espinas de su cabeza, y la colocó con sus santísimas manos en la mía, oprimiéndola contra las sienes. Fueron momentos de dolor, pero momentos felices. Así estuve una hora padeciendo con Jesús".

No fué al parecer ésta la primera vez que Gema experimentó este tormento de la coronación de espinas, ya que el 17 de febrero del mismo año escribía al Padre Germán D.ª Cecilia: "Ayer propúsose Gema

hacer la meditación sobre la Pasión de dos a tres. Comenzamos a rezar en común el rosario de los dolores, cuando encontrándonos apenas en el primer dolor, en presencia de D. Lorenzo, de Justina y mía, quedó en éxtasis, comenzando a brotar sangre por su cabeza, la cual corría en regueros por la frente y la cara, llegando a empapar los vestidos. De las nueve de la noche a las doce, ha sucedido otro tanto, hallándose también Mateo presente".

Describiendo el Padre Germán estas heridas, dice que no sólo la circunferencia de la cabeza se veía cubierta de picaduras, sino toda ella por debajo del cabello. La misma Gema dice que "no era con entera propiedad corona, puesto que tenía forma de gorro", según que muchos contemplativos han afirmado era también la de Nuestro Señor Jesucristo.

D. Lorenzo Agrimonti afirma que este fenómeno aparecía regularmente del jueves al viernes de cada semana, aun después de haber desaparecido las llagas de las manos, pies y costado.

Además de todas las heridas mencionadas, tuvo Gema otra larga y profunda en el hombro izquierdo, correspondiente a la que algunos místicos con Santa Teresa contemplan en Jesucristo, producida por el madero de la cruz. El dolor que esta llaga le producía obligábala a caminar encorvada de aquel lado.

Se cerraba la tarde del viernes, o a más tardar la mañana del sábado; manaba sangre en abundancia y se diferenciaba de las otras en que perduraba el dolor aun después de desaparecida.

Persistieron estos fenómenos hasta la primavera de 1901 en que se los prohibieron sus directores; mas no por eso desapareció el dolor que le ocasionaban, puesto que la sangre derramada venía a ser como un lenitivo y desahogo del que desde entonces se vió privada. "Padezco fiebre —escribía al director— porque no puedo padecer".

Así es como Santa Gema, configurada perfectamente con Jesucristo, se ofrece a la admiración del mundo cual acabada imagen del Redentor paciente.

Plegue al Señor que tales prodigios de amor y de dolor, repetidos a través de la historia en varios centenares de estigmatizados, sirvan para inflamar a las almas cristianas en el amor e imitación de Jesucristo.

CAPITULO VIII

El Angel de la Guarda

Sabemos por las enseñanzas de la Iglesia que cada cual tenemos un ángel encargado de nuestra custodia. La presencia de ese celestial espíritu siéntela cada cristiano según la viveza de su fe. Las almas de fe dormida ó muerta apenas se dan cuenta de tal compañía ni sienten su influencia; las almas, por el contrario, que viven con mucha intensidad la vida de la fe lo contemplan íntimamente presente, recibiendo en todo momento sus celestiales favores.

De todo cuanto hasta el presente llevamos dicho, bien claramente se deduce que el mundo de la fe era para Santa Gema más bien que un misterio, dulcísima experiencia.

Si a la viveza de la fe de Gema añadimos su inocencia sin mancha, su pureza angelical, lo infantil de su candor y su encendidísimo amor a Dios, encontraremos muy natural se recrease con ella como con una hermana el ángel encargado de su custodia.

La nota característica de las relaciones de Gema con su Angel Custodio es una familiaridad a la que no se ve límite. Y si evidentemente Dios se complace en ella, ¿quién será tan presuntuoso que se atreva a pedirle cuentas?

Principalmente se revela esa familiaridad en la presencia habitual del Angel, en el magisterio que desempeña con ella y en los servicios que le presta.

Gema veía habitualmente junto a sí al Angel de su Guarda, y de tal suerte se había acostumbrado a esa compañía que ya no acertaba a vivir sin ella. "Jesús —escribe al director— no me deja estar sola un instante, sino que hace esté siempre en mi compañía el Angel de mi Guarda".

A veces no era solamente su Angel Custodio al que contemplaba; eran dos, o más, los que venían a hacerle compañía.

Siempre que se lo permitían sus directores entretenerse con el Angel, platicaba con él como con un hermanito. Por de contado que todas las conversaciones eran de Dios: la oración, las comunicaciones con Jesús, la sagrada comunión, la dirección espiritual, la conversión de los pecadores y otros asuntos por el mismo estilo eran las materias de estos coloquios y conferencias.

La forma como se desarrollaban tales pláticas lleva también el sello del candor y la ingenuidad. "Dime, Angel mío, ¿por qué estaba tan serio el confesor esta mañana?" "¿Me contestará el Padre desde Roma a la carta que le escribí?" "Aquel pecador que traigo entre manos, ¿cuándo me lo convertirá Jesús?" "¿Qué debo contestar a aquella persona que me escribió pidiéndome consejo?"

Al tono confidencial de las preguntas correspondía el de las respuestas; sólo que, en cuanto al contenido, venían a demostrar los acontecimientos que efectivamente eran celestiales, ya que por ellas llegaba Gema a conocer las cosas futuras y distantes, las ocultas disposiciones de la Providencia y los misterios de las conciencias.

Contemplaba Gema a su lado al Angel de su Guarda, principalmente cuando se ponía en oración.

En tales circunstancias lo veía siempre con las manos juntas y en actitud de acompañarla en sus plegarias. Y bien puede afirmarse que la acompañaba, pues si eran oraciones vocales, tales como Padrenuestros o salmos, las recitaban alternando; si jaculatorias, las rezaban juntos, y si en lugar de oraciones vocales se entregaba a la meditación, el Angel le enseñaba los puntos y hasta le sugería los pensamientos.

Viviendo nuestra Gema en comunicación habitual con el Angel de la Guarda, recibía de continuo sus ilustraciones, enseñanzas, dirección y también, a veces, sus reprensiones y castigos.

Acabamos de ver cómo le sugería los puntos de la meditación. Si a veces no tomaba la materia que el Señor deseaba, acudía oportunamente el celestial espíritu a advertírselo. "¿Por qué disgustas a Jesús —le dijo una vez—, dejando de meditar todos los días sobre su Pasión?"

A veces hasta le hacía poner por escrito las enseñanzas y mandatos que le daba, mereciendo citarse el hecho de que en cierta ocasión le ordenó tomar papel y pluma, le hizo sentar en el escritorio, y colocado de pie junto a ella, le dictó varias máximas de altísima perfección.

Hasta le dictaba en ciertas ocasiones las cartas que se proponía escribir. He aquí la naturalidad con que a ello hace referencia en una carta al director: "Muy pronto escribiré a la Madre Josefa; pero necesito esperar a que venga el Angel de la Guarda y me dicte, porque no sé qué decirle".

Las ligeras negligencias de Gema en el divino servicio siempre encontraron un censor inflexible en el celestial espíritu.

En tales casos se ausentaba más de lo ordinario, mostrábale ceño severo, le negaba la palabra o le dirigía severos reproches, llegando algunas veces hasta imponerle diversos castigos.

No se vaya, sin embargo, a creer que todas las correcciones del Angel fueran rigurosas. Lo ordinario era que, aun cuando tenía que amonestarle o reprocharle alguna leve negligencia, lo hiciera con palabras dulces y amorosas.

Pero sea que el Angel mostrase severidad, sea que hiciese resplandecer la ternura, el amor y reconocimiento de Gema eran siempre los mismos.

"—Angel mío —le decía en cierta ocasión desahogándose con él—, ¡cuánto te amo!

—¿Y por qué me amas tanto? —le preguntaba el Angel.

—Porque me enseñas la humildad —respondía Gema—, y porque conservas la paz interior en mi corazón". Esta paz interior era simplemente uno de los innumerables favores que Gema recibía de su Angel Custodio. Hallando en ella el bienaventurado espíritu un alma más celestial que terrena, se complacía en servirla, no ya simplemente en las cosas concernientes a su alma, sino también en toda suerte de menesteres.

¿Quién no ha leído en las vidas de los santos episodios curiosísimos acerca de los servicios que les prestaba el Angel de la Guarda? A San Raimundo de Peñafort le despertaba para la oración; a la Beata Francisca de las Cinco Llagas, en ocasión de tener una mano enferma, le partía el pan en la mesa; a Santa Rosa de Lima le servía de demandadero, y encontrándose enferma le preparó en cierta ocasión una taza de chocolate; a la Beata Crescencia de Hoss le encendía el fuego y cuidaba de las ollas, para que pudiera permanecer más tiempo en adoración ante el Santísimo, y a la misma Beata, en ocasión de encontrarse enferma sin poder moverse en el lecho, la volvía a una y otra parte, comprobando todos los presentes que lo verificaban manos invisibles.

Hechos semejantes a éstos los hallamos numero-

sísimos en la vida de nuestra Santa. Vamos a referirlos con toda sencillez, bien persuadidos de que, si provocan las necias carcajadas de los impíos, estimularán a las almas buenas a bendecir al Señor y a la devoción de su Angel Custodio.

El celestial espíritu acudía por las mañanas a despertar a Gema y por las noches, al acostarse, le daba la bendición.

Era frecuente el que la colmase de las más tiernas caricias.

En las enfermedades acudía a la cabecera del lecho para entretenerla con sus santas exhortaciones, consolarla en sus pesares y defenderla contra las asechanzas del demonio.

En cuanto a los servicios que el Angel le prestaba, los encontramos de todo género. "El lunes por la noche —escribe al director— vino el Angel a desnudarme, porque yo no podía hacerlo de mal que me encontraba". "Como me sentía tan mala —escribe otra vez— que no podía moverme, el pobrecito me volvía, cuándo a una, cuándo a otra parte". En otra carta refiere: "Después de comer me sentí mal; entonces el Angel me trajo una taza de café al que echó ciertas gotas de un líquido blanco. Estaba tan rico, que inmediatamente me sentí curada".

Varias otras veces hallamos que vino el Angel a curar a Gema. No las reseñamos en gracia de la brevedad.

Pasemos ahora al punto más interesante, o sea a los servicios que el Angel de la Guarda presta a Gema llevando y trayendo su correspondencia. Procuraremos tratar esta materia con toda precisión.

Advertiremos, ante todo, que ni el Angel de la Guarda llevaba y traía todas las cartas de Gema, ni lo hacía siempre en la misma forma.

Podemos clasificar la correspondencia de Gema de la siguiente manera: expedida y recibida del mo-

do corriente; trasmitida por ministerio angélico y recibida por correo; trasmitida y recibida por el Angel de la Guarda.

La sierva de Dios consigna en la mayoría de sus cartas la forma en que las remite. Muchas, consigna expresamente, que entrega a distintas personas para que las lleven al correo.

Hay otras en que consigna se las entrega al Angel de la Guarda del Padre Germán para que se las lleve, pero no se las lleva. "Su Angel —le escribe— no quiere recoger las cartas; tengo preparadas dos, pero las deja donde las coloco; ¿es que usted no quiere recibirlas?"

Digamos ahora de las cartas recogidas y llevadas por el Angel, pero que llegan por correo a su destino. Son éstas muchísimas. "La presente —escribe al director— se la entrego a su Angel Custodio, que me ha prometido llevársela; haga usted otro tanto, y se ahorra unos céntimos".

Algunas de estas cartas, que Gema decía las enviaba por el Angel, las recogió inmediatamente D.ª Cecilia, cuidando de colocarlas secretamente bajo llave. Las cartas desaparecían por modo misterioso, a veces indicando Gema a la buena señora el momento preciso en que el Angel se las llevaba.

Visto que, efectivamente, el Angel de la Guarda recogía todas estas cartas, ocurre preguntar: ¿en qué forma las recibía el Padre Germán? Todas éstas de que hasta ahora nos hemos ocupado las recibía por el correo. La regla dada sobre el particular a D.ª Cecilia era la siguiente: "Con respecto a las cartas del Angel, que Gema se las entregue a usted cerradas y franqueadas; colóquelas en lugar apartado, y el Angel verá si Jesús le ordena tomarlas".

Las tomaba efectivamente el celestial espíritu cuando Jesús se lo ordenaba, pero era lo ordinario que el director las recibiese por correo. Así que era

un favor extraordinario y milagroso, ordenado a demostrar lo agradable que era al Señor la virtud de su sierva.

Y digo era lo ordinario, porque también nos encontramos con algunas recibidas directamente por ministerio angélico.

El buen Padre se contenta con decir a este propósito: "Le daba encargos para el Señor, la Santísima Virgen y sus Santos protectores, entregándole cartas cerradas y selladas para ellos, con el encargo de traerle la contestación, que efectivamente llegaba. ¡Qué de pruebas no hice para persuadirme de si hecho tan insólito se verificaba por virtud sobrenatural! Ni una sola me falló".

El director de Gema oculta aquí que él también recibió cartas por semejante conducto, pero debía recibirlas, cuando escribiendo a la Madre Josefa, Pasionista, le dice: "Las dos cartas, la suya y la mía, me las ha traído el Angel de la Guarda". Es la única vez que hallamos consignado por el Padre Germán que recibió cartas por el Angel de la Guarda, sin que podamos afirmar las veces que ocurrió semejante hecho.

Terminemos este capítulo bendiciendo al Señor, sobre toda ponderación admirable en sus santos. "No nos extrañemos, dice San Bernardo, de que se haga visible, quien invisiblemente siempre nos guarda". Persuadámonos más bien de que si nuestra vida fuera tan inocente y pura como la de Gema y nuestros deseos de perfección tan encendidos como los suyos, también nuestro Angel nos colmaría de favores y caricias.

CAPITULO IX

Guerra del infierno

En estos menguados tiempos en que tan suelto anda el demonio por el mundo y tan patente se deja sentir su acción en muchos de sus míseros esclavos, abundan los ingenuos que se maravillan y escandalizan de que ese espíritu de perdición intervenga en las vidas de los santos, siquiera sea para perfeccionarlas y embellecerlas.

Como quiera que el Señor no subordina sus disposiciones a los gustos de los tiempos y a las necias exigencias de sus enemigos, permite en nuestros días, como en todos los tiempos, al demonio tentar nuestra virtud, y se sirve de ese enemigo del género humano para probar a los hombres como el oro en el crisol, y hacer la selección entre réprobos y escogidos.

La Divina Providencia no permite, sin embargo, seamos tentados sobre nuestras fuerzas, disponiendo sapientísimamente que los niños en la virtud sean tentados como niños y los gigantes como gigantes.

Gigante en la virtud era sin duda Santa Gema; natural es que sus combates con el infierno fueran formidables.

Previniéndola para ellos el celestial Esposo, le dijo en cierta ocasión: "Haré que seas pisoteada por los demonios. Así que, hija mía, prepárate; el demonio será quien dé la última mano a la obra que en ti deseo ejecutar".

Se preparó la Sierva de Dios, si es que ya no estaba bien preparada: la guerra no tardó en llegar; pero tan brutal y despiadada que nos hace estremecer.

En pocas vidas de santos encontramos que el Señor concediese al demonio la libertad para engañar y atormentar que descubrimos en la de nuestra Gema. No hay para qué decir que el maligno espíritu se aprovechó largamente de ella.

Trató primeramente de engañarla, incitándola ora a la presunción, ora a la desconfianza y desesperación.

Para lo primero poníale ante los ojos que el confesor y el director guardaban cuidadosamente sus cartas para publicarlas un día en alabanza suya. No dejaba de ser peligrosa esta tentación, ya que sabía Gema que el uno y el otro conservaban aquellos documentos donde tantos favores del cielo refería.

Más molestas que estas tentaciones eran aquellas otras en que, aprovechándose el enemigo de las desolaciones y temores de Gema, la empujaba hacia el abismo de la desesperación. Clamaba la pobre joven por Jesús; lo buscaba con febril afán, y al no acudir el Divino Salvador a sus clamores, se presentaba en su lugar el demonio, diciéndole: "¿No ves que ese Jesús no te escucha ni se cuida de ti? ¿Por qué te cansas corriendo tras él? Abandónalo ya, resignándote a tu triste suerte".

A veces pasaba el tentador más adelante, recordándole apariencias de pecados y tratando de persuadirle que por ellos estaba ya sentenciada al infierno. "Para ti ya no hay esperanza —le decía—; te llevaré al infierno, porque efectivamente me perteneces; puedes vivir bien persuadida de que Dios te ha abandonado". Esta tentación ha causado en todo tiempo indecibles angustias a los santos. Superfluo es añadir que también constituyó para Gema horrible martirio.

Una de las cosas que más desesperaba al demonio era la docilidad de Gema en dejarse gobernar por sus directores. ¿Qué no podría prometerse el astuto

de joven tan simple y candorosa, abandonada a su propio juicio? Así que dirigió todos sus tiros contra ese baluarte.

Pintaba al Padre Germán como a iluso, charlatán, ignorante, fanático y olvidadizo.

Como nada lograba con semejantes insinuaciones, acudía a la violencia, siendo muy frecuente el que cuando Gema se ponía a escribirle le arrancase la pluma de la mano, le hiciese trizas el papel, la arrojase del escritorio y hasta la agarrase de los cabellos, arrastrándola por el suelo. Al desaparecer, después de ejecutadas tales violencias, gritaba desesperado:

—¡Guerra, guerra a tu Padre y a vuestras almas!

Toda la rabia del infierno vino a estrellarse en la inflexible constancia de estas dos almas esclarecidas.

También la obra de monseñor Volpi desconcertaba al infierno, llegando el demonio en su ciego empeño por neutralizarla y contrarrestarla hasta tomar la figura del Prelado.

Varias veces sucedió que al llegarse la candorosa joven al confesonario, se encontró con que bajo las apariencias del confesor se sentaba en él el demonio. "Una vez —dice el Padre Germán— logró representar su papel con tanta propiedad que, permitiéndolo Dios, logró persuadir a la pobrecita era su propio confesor en persona. Por fortuna me ocurrió a mí por aquellos días tener que pasar por Luca y, enterado del caso, conseguí, no sin gran trabajo y en virtud de santa obediencia, recobrase la paz perdida y la confianza en aquel santo sacerdote".

Llevando más adelante el demonio sus malignas artes, trató de meter cizaña entre el confesor, el director y el Padre Pedro Pablo. El empeño parece difícil, tratándose de personas tan ilustradas, y que

con tanta pureza de intención buscaban la santificación de Gema; pero también el ardid fué de los mejor tramados, costando no poco trabajo el descubrirlo.

Urdió el tentador una serie de cartas como del Padre Germán a monseñor Volpi y al Padre Pedro Pablo, y de monseñor Volpi al Padre Pedro Pablo. El fin de ellas era desorientar y enemistar a los directores de Gema, presentar a ésta como embaucadora e ilusa y privarla de la sagrada comunión. Ocasionó la infernal maniobra algunos disgustos y costó no pequeño trabajo deshacerla; pero al fin se logró poner en claro que todas aquellas cartas eran de procedencia infernal.

Enterada la sierva de Dios de todas estas diabólicas maniobras, escribía al director: "Sí; sí; el monstruo redobla sus esfuerzos para privarme de la ayuda de mi Padre y del Padre Provincial, porque ve serme de gran provecho. Pero, si esto llegase a suceder, no faltaría Jesús en mi corazón". Con este sublime acto de resignación respondía Gema a los ardides y fieras maquinaciones del infierno para privarle de dirección.

Si a tales extremos llegaba el demonio para perder a Gema, ni que decir tiene que no repararía en tomar toda clase de formas y figuras para mejor conseguir sus diabólicos intentos.

Así fué. Le hemos visto tomar la figura del confesor. Pasando más adelante, tomaba frecuentemente la figura del Angel de la Guarda, y no pocas veces la del mismo Jesucristo.

Lo más ordinario, sin embargo, era se le apareciese en forma de negro gigantesco, de repugnante y asqueroso enano, de perro rabioso, de dragón con dilatadas fauces y afilados dientes, de gato negro descomunal y de otras distintas fieras salvajes.

Los últimos años eran frecuentísimas todas estas

apariciones, hasta el extremo de que la Sierva de Dios llegó a perder el espanto que en su principio le ocasionaban.

Persuadido el demonio de que nada conseguía con todos sus engaños, maltrataba a la pobre doncella de mil maneras a cual más brutales.

Unas veces la golpeaba con fiereza, otras la arrastraba por el suelo, cuándo la tiraba de los cabellos hasta arrancárselos, ya se arrojaba sobre su espalda arañándola, ya, finalmente, la sacaba del lecho, dejándola en el suelo sin sentido.

Excusado es decir lo que sufría la inocente virgen bajo los despiadados golpes del infernal enemigo. Frecuentemente aparecía todo su cuerpo amoratado; otras veces sentía como descoyuntados todos sus huesos; ocasiones había en que tenía que guardar cama a consecuencia de los malos tratos recibidos, y hasta en algún caso llegó a persuadirse de que realmente la mataba.

Mucho más que los atentados contra la vida temía la pudibunda doncella los dirigidos contra la pureza. Ofrecía el inmundo espíritu a sus ojos desnudeces vergonzosas, la incitaba a cometer deshonestidades, ponía sobre ella sus manos para excitar torpes complacencias y cometía mil otras diabluras que la pluma se resiste a trascribir.

No siempre eran de este género las violencias del demonio contra Gema. Frecuentemente se manifestaban en lo que llaman los místicos *obsesión* y hasta *posesión diabólica*.

Bajo la acción del espíritu infernal se sentía la Sierva de Dios como encadenada en sus miembros, en sus facultades y hasta en su lengua; o bien constreñida a ejecutar movimientos y acciones que repugnaban a su voluntad. "Ayer —escribe al director — tenía la imagen de Jesús en la mente, pero no podía pronunciar su nombre con los labios".

Al verse en tales aprietos, sobre acudir con toda diligencia al cielo, pidiendo fortaleza y protección, acudía también despavorida al confesor, solicitando su auxilio. "Monseñor —le escribía—, venga inmediatamente: el demonio me las hace de todas las especies... Ayúdeme a salvar mi alma, pues tengo miedo de encontrarme en manos del demonio". "¡Dios mío —escribía también al director—, he estado en el infierno, sin Jesús, sin la Mamá, sin el Angel! Si he logrado salir sin pecado sólo a Jesús se lo debo".

Dice el sagrado evangelio que después de triunfar Jesucristo de las tentaciones del demonio en el desierto se le acercaban los ángeles para servirle.

También nuestra Gema, después de triunfar de los formidables asaltos infernales, recibía tiernas visitas de Jesús, de María y de sus santos protectores. El Divino Salvador la felicitaba por sus victorias, la aseguraba que en nada le había ofendido durante la tentación y le prometía su asistencia para futuros combates.

Ya hemos visto cómo también la augusta debeladora del poder infernal acudía presurosa, trayéndole la palma de la victoria.

San Gabriel de la Dolorosa, por su parte, le decía: "Cuando la tentación ponga tu corazón en sobresalto y tu alma en trance de ceder al enemigo, recurre a mi protección, bien segura de no caer".

Su amado Padre San Pablo de la Cruz acudía también presuroso tan pronto como lo invocaba. "El miércoles por la tarde —escribe— me sobrevino una gran tristeza, por la cual conocí que el malvado se acercaba... mas, al fin, con agua bendita y más aun invocando a San Pablo de la Cruz, pude verme libre".

Como escudo de defensa contra los tiros de Satanás tenía también escapularios, medallas, y en los

últimos años una reliquia de la Santa Cruz, que para dicho objeto le había entregado el Padre Pedro Pablo.

Ayudada de la divina gracia nuestra Gema pudo contar el número de sus victorias por el de sus combates, y llegada a las supremas alturas de la unión trasformante, la hemos visto en la dulce seguridad de no ser derribada por todo el poder del infierno desencadenado.

Colocadas las almas vulgares en el crisol de la tentación, sucumben sin gloria y sin honor; en tanto que las almas esforzadas, como nuestra Santa, salen purificadas, iluminadas, enriquecidas y dignas de ser coronadas en la patria bienaventurada.

La Providencia divina, que ha dispuesto sea tentada nuestra virtud, queda en todo caso justificada.

CAPITULO X

Apostolado en favor de las almas

Es muy ordinario en las almas que caminan por los grados supremos de la vida mística les encomiende el Señor alguna especial misión en favor de toda la Iglesia, de alguna nación, diócesis, Orden Religiosa o determinada clase de personas.

También Santa Gema tuvo su misión especial, que no fué otra sino entender en la conversión de los pecadores y ser víctima de propiciación por ellos.

El apostolado de Gema no fué propiamente el apostolado de la palabra, fué apostolado de ardientes deseos, continuas oraciones y heroicos sacrificios.

¿Qué no hubiera hecho esta bendita criatura para evitar que los pecadores torturasen al amante Corazón de Jesucristo? "Tratándose de Jesús —escribe en una de sus cartas—, ¿qué cosa habrá imposible?

Por tenerle contento me siento capaz de todos los imposibles: sobrellevaría por él los mayores tormentos: todas las gotas de mi sangre las derramaría gustosa, sólo por darle placer y estorbar las ofensas que le infieren tantos infelices pecadores. ¡Dios mío! ¿Qué es lo que digo? ¡Oh! Desearía en este momento llegase mi débil voz a los más apartados confines de la tierra. Desearía que todos los pecadores me escuchasen. Quisiera decirles a gritos: ¡Malvados! ¿Osáis maltratar a Jesucristo, por no veros vosotros maltratados y despreciados?"

A los ardientes anhelos de la Sierva de Dios por alcanzar de la divina clemencia la conversión de los pecadores respondía el Señor con sus tiernas confidencias y divinas revelaciones. Le manifestaba la muchedumbre y gravedad de las injurias que recibía; lo ingrato que se mostraban los hombres para con su amor infinito; lo afligido que se hallaba su corazón, y hasta los terribles castigos que se preparaba a enviar sobre todo el mundo.

También el Angel de la Guarda manifestaba con frecuencia a Gema lo disgustado y afligido que estaba Jesús por causa de los pecados del mundo. "¡Si vieras —le decía— cuánto sufre Jesús... si lo vieras!"

Con estas luces y celestiales confidencias no es para dicho el afán que ponía en rogar por los pecadores y lo que por ellos se desvelaba. "No sabía hablar de otra cosa —depone D.ª Cecilia— que de la conversión de los pecadores. Suplicaba al Señor descargase sobre ella todos los castigos, pero que salvase a los pecadores".

Sobre no ocuparse habitualmente de otro asunto, aun en los éxtasis era frecuentísimo el tratar con Jesús, María y otros celestiales personajes de sus amados pecadores. "Jesús —se le oía exclamar—, no desampares a los pecadores; piensa en los pecadores; quiero que todos se salven".

Cuando las personas de la familia, el confesor o

el mismo Jesucristo le encomendaban algún pecador en particular, se le veía desvivirse hasta conseguir su conversión. "Jesús —decía—, acuérdate de aquél, quiero que se salve juntamente conmigo".

Si a veces no encontraba al Señor todo lo propicio que deseaba para la misericordia, invocaba como eficacísimo recurso la intercesión de María. Sus reiteradas y fervientes plegarias ante el trono de María conseguían al fin la gracia suspirada.

Entre los pecadores por quienes con especial fervor oraba, nuestra Gema encontró en los Procesos una clase de personas, la más obligada a ser santa e irreprensible: eran los sacerdotes.

Mostrábale el Señor lo extremadamente dolorosas que le eran las ofensas de sus ministros, y le recomendaba orase y se sacrificase singularmente por ellos. Escribiendo a una religiosa, le dice: "Cada vez que Jesús recibe alguna ofensa de los sacerdotes me lo viene a decir llorando. Ruegue mucho por ellos, pues hay algunos que no son según los deseos de Jesús".

Estas amorosas revelaciones contribuían a que redoblase sus plegarias y aumentase sus sacrificios. "Rogaba por los pecadores —dice doña Cecilia— y de modo muy especial por los sacerdotes, repitiendo: "Sálvalos a todos". Una vez, en el mes de agosto, llegó hasta sudar sangre".

Después de referir Santa Teresa en el capítulo XXXIII de su Vida una visión donde le mostró el Señor el mal estado de un sacerdote, añade: "Harto provecho me hizo, y harto conocimiento me puso de lo que debía a Dios". Muy distinto es el proceder de los libertinos ante casos semejantes. Hacen de particular universal; toman pie de ahí para envolverlos a todos en el mismo descrédito, y hasta tratan de justificar con tales desarreglos su propio libertinaje y total alejamiento de las prácticas religiosas.

Santa Gema nada perdía con todas las visiones

referidas del aprecio y veneración en que tenía a los sacerdotes, y con todas sus luces y altísimos dones sobrenaturales estaba dispuesta a dejarse adoctrinar y dirigir por el último de ellos.

De lo hasta aquí expuesto fácil es entender confió el Señor a nuestra Gema la misión especial de rogar por los pecadores, y que para mejor cumplirla ilustró su inteligencia con luz celestial, revelándole el estado de las almas.

Favorecida con el don de penetrar los secretos de las conciencias, se aprovechaba maravillosamente de él para el ejercicio de su apostolado. Hablaba como de la cosa más natural, y siempre con pasmoso acierto, de las más ocultas intenciones de las personas, del verdadero estado de las almas, de pecados callados en el confesonario y de otros parecidos secretos. Hasta conocía habitualmente, por cierto misterioso impulso al corazón, si aquellos que se la acercaban se hallaban en pecado o en estado de gracia.

Cuando sentía la impresión de que un alma estaba en pecado "veíase aun al exterior —atestigua el Padre Germán— el tormento que experimentaba en encontrarse delante de ella. Con todo, si se le ofrecía ocasión no tenía dificultad en amonestarla para que se corrigiera, procurando aprovecharse de las luces que Dios le comunicaba para provecho de los necesitados".

Cuando no se le ofrecía ocasión de hablar, acudía a la pluma, no teniendo reparo en escribir numerosas cartas para ablandar el corazón de algunos pecadores. "Sostenía también correspondencia —dice el Padre Germán— con personas a quienes nunca había visto, revelando, no obstante, conocerlas tan a fondo, que era la admiración de los confesores que las dirigían".

Ni eran solamente los pecadores endurecidos quienes excitaban su celo; eran con harta frecuencia almas que sentaban plaza de piadosas, que pro-

fesaban estado de perfección y hasta Prelados de la Iglesia.

Les amonestaba cariñosamente, les corregía de defectos que sólo por revelación podía conocer, y hasta si llegaba la ocasión les amenazaba con terribles castigos.

No conocía para ello respetos humanos, diciendo las cosas tal como las sentía, con modestia y humildad, es cierto, pero también sin reticencias ni reparos.

A los directores de almas con quienes tenía trato y a su propio confesor escribía cartas urgentes para avisarles corrigiesen a determinados penitentes. "Dígale a fulano que así no va bien". "Aquella alma se tiene en más estima que a Jesucristo, corríjala".

A veces le confiaba el Señor importantes embajadas para determinadas personas o comunidades religiosas. En tales casos, no fiándose de sus propias luces, acudía al confesor o al director pidiendo su aprobación; obtenida la cual, ponía con resolución manos a la obra.

Cítase a este propósito el caso de una Comunidad de religiosas, sobre cuya reprensible conducta recibió importantes revelaciones, y que, merced a su celo, volvió al primitivo fervor. "¡Ay de ellas y de quien las inspira —le había dicho el Señor— si rehusan hacer lo que Jesús desea! Si se niegan a escuchar su voz no tardarán en arrepentirse, pero será ya tarde, pues nunca permitirá Jesús que reine entre ellas la paz, que tan largo tiempo había reinado; aumentará de día en día la discordia, y presto se verán obligadas a separarse".

Afortunadamente la Comunidad escuchó los avisos y amenazas del cielo; cumplió fielmente lo que Dios reclamaba de ella, y volvió a reinar la paz y observancia religiosa, por las oraciones y sacrificios de la que sólo quería llamarse "la pobre Gema".

Mucho tendríamos que decir sobre los frutos de salvación obtenidos por el apostolado de oraciones y sacrificios de la Sierva de Dios. En gracia de la brevedad sólo referiremos algunos casos, reveladores por igual de su celo y de la soberana eficacia de sus oraciones.

Dejemos referir el primero a su profesora del colegio, sor Julia Sestini. "Recuerdo —dice— que durante el Carnaval, mientras estábamos ensayando una representación teatral, entró en la sala la Madre Superiora para indicarnos rogáramos por un desgraciado, que colocado en trance de agonía, rechazaba obstinadamente los santos sacramentos. Suspendimos el ensayo y nos pusimos en oración. Al terminar, se me acercó Gema y me dijo al oído:

—Ya está concedida la gracia.

Aquella misma tarde supe la sincera conversión del pecador de referencia".

Este hecho parece demostrar que desde niña recibió la sierva de Dios el don de penetrar los secretos de las conciencias, y también que desde entonces era su oración eficacísima para alcanzar la conversión de los pecadores obstinados.

Durante la gravísima enfermedad que por espacio de un año la tuvo entre la vida y la muerte, sus oraciones por los pecadores eran fervorosísimas y coronadas con admirables conversiones.

Con anterioridad a dicha enfermedad había trabajado lo indecible para atraer al buen camino a una joven un tanto depravada.

Cuando cayó enferma venía esta joven a visitarla. La Sierva de Dios volvía incesantemente a la carga, y con los ojos arrasados en lágrimas le decía:

—Hazme este favor, vete a confesarte, y verás qué alegría experimentas con ello.

Estas incesantes súplicas obtuvieron al fin el efecto apetecido, volviendo aquella joven al buen camino, en el que perseveró hasta su muerte.

Más notable fué la siguiente conversión obtenida durante la misma enfermedad. Hacía tiempo que servía como aguadora a la familia de la Sierva de Dios una mujer, de la que al cabo vino a saberse que vivía malamente con un hombre. Las tías y hermanos de Gema quisieron prescindir inmediatamente de sus servicios, pero ésta se opuso a ello, diciendo:

—Dejad que primero hable yo con ella.

Al día siguiente hizo que la aguadora entrase en su cuarto: le manifestó cuanto sabía de su mala vida, tratando por todos los medios de apartarla de ella.

No sin grandes trabajos consiguió al fin que fuera a confesarse y cambiara de vida. La pobre mujer no sabía cómo agradecer a Gema el inmenso bien que había procurado a su alma. "Es una santa —decía—. Parecíame imposible salir del abismo en que me encontraba".

Casos mucho más admirables habremos de referir en el capítulo siguiente, cuando hablemos del sacrificio de Gema por las almas. Ahora sólo queremos repetir las palabras del Padre Germán: "No sabremos hasta el día del juicio las almas que esta humilde virgencita arrancó de los brazos del demonio".

Que fueran muchísimas se deduce bien claramente de las "Cartas y Extasis", así como de todos los testimonios de los Procesos. En uno de los éxtasis se le oyó exclamar: "¡Si me dieras uno cada día, figúrate, Señor, qué gozo el mío!"

Lo más admirable, sin embargo, del apostolado de Gema entiendo yo que es el no haber terminado con su muerte. Si del Cid pudo afirmarse que después de muerto ganaba batallas, de Gema puede afirmarse con mayor verdad que desde el cielo prosigue convirtiendo pecadores a centenares.

La lectura de la *Biografía* escrita por el Padre Germán ha producido, por la misericordia de Dios, mucho mayor número de conversiones que páginas tiene. Por medio de ella ha venido Gema ejerciendo

un fecundísimo apostolado, que plegue al Señor lo ejerza también por esta humilde Vida, y se continúe por largos años y siglos.

CAPITULO XI

Víctima propiciatoria por los pecadores.

El presente capítulo es complemento necesario del anterior.

Para estudiar en toda su amplitud la misión de Gema en favor de las almas, es de todo punto necesario considerar a la sierva de Dios como víctima perennemente inmolada para aplacar a la Divina Justicia y atraer misericordia sobre los pecadores.

"La misión principal, aunque oculta, de las víctimas es —dice el Padre Arintero, O. P.— continuar la obra propiciatoria, expiatoria y reparatriz del Calvario; aplacar la ira de Dios y merecer perdones y gracias; hacer lo que María al pie de la cruz: cooperar a la obra de nuestra redención, regeneración, vivificación y santificación. Pues consuelan y alivian místicamente a Jesús, asociándose a sus penas; reparan los agravios, desdenes y blasfemias de los mundanos; impiden los castigos y los truecan en bendiciones; alcanzan perdón para los pecadores, constancia para los justos, salud para los enfermos, consuelo para los afligidos y el oportuno remedio para todas las necesidades" (1).

Débese aquí advertir que un alma puede llegar a esta vida de víctima, bien por generoso ofrecimiento de sí misma, bien por elección especial de Dios.

Viniendo al caso de Santa Gema, empecemos consignando que se ofreció reiteradamente al Señor

(1) **Evolución místico**, part. II, cap. V.

como víctima por los pecadores, y que, sobre aceptar el Señor su generoso ofrecimiento, la escogió con reiterados llamamientos para tan alto ministerio.

La Sierva de Dios reunía todas las partes necesarias para la vida de víctima: inocencia sin mancha, ardiente amor de Dios, ansias de padecer, anhelo por la conversión de los pecadores.

Sus ofrecimientos en este sentido son admirables. Desde niña se unía a su intensísimo dolor por los pecados del mundo su ofrecimiento victimal para repararlos. Ya en su vida de colegiala, asegura sor Julia Sestini, preguntaba a sus profesoras si podía ofrecer al Señor su vida para la conversión de los pecadores.

Escribiendo más adelante sobre este punto al confesor le dice: "Ya le dije la otra tarde que yo era la víctima y Jesús sería el sacrificador... Si de veras desea Jesús que le sacrifique mi vida... tómela, suya es... Una sola cosa me basta: ser pronto su víctima, para descontar mis innumerables pecados, y, si estuviera en mi mano, los de todo el mundo".

A estos generosos ofrecimientos de Gema se unían las tiernas invitaciones de Jesús. "Hija mía — le decía—, tengo necesidad de víctimas, y víctimas esforzadas. Para calmar la justa ira de mi Padre Celestial, necesito almas que con sus padecimientos, tribulaciones y amarguras suplan a los pecadores y desagradecidos".

Con semejantes invitaciones, crecían las ansias de sacrificio en nuestra Gema. "Yo soy la víctima — exclama— y Jesús debe ser el sacrificador. Date prisa, Jesús; lo que tú quieres, yo lo deseo, y todo cuanto de ti reciba será para mí regalo". En uno de sus éxtasis se le oyó exclamar: "Deseo ser víctima por todos los pecadores. Acepto, Señor, toda suerte de padecimientos que tú me envíes... ¿Es verdad, Jesús mío, que ya no puedes más? Desfógate, pues, con-

migo; yo quiero ser toda víctima por los pecadores; quiero vivir víctima; quiero morir víctima".

El Señor aceptaba complacido los heroicos ofrecimientos de Gema, y sobre la invitación de que hablábamos hace un momento quiso llamarla expresamente a la vida victimal. "Quiero que seas —le decía en cierta solemne ocasión —un holocausto, y que sufras incesantemente, para de este modo aplacar la indignación de mi Eterno Padre contra los pecadores, ofreciéndote a él como víctima expiatoria por todos ellos".

A esta divina elección, Gema se contentó con responder: "Haz, Jesús, lo que te plazca . . . que yo quedaré contenta".

Dejamos referidas las penalidades sin cuento de que sembró la Divina Providencia los caminos de Gema, y también nos hemos ocupado de sus ardientes ansias por padecer. Entiéndase ya desde ahora que ese cúmulo de dolores se convierte en expiación por los pecados del mundo. Si Gema es víctima, tales penalidades le son debidas; bajo sus golpes habrá de sucumbir, y por ellas realizará la augusta misión a que los ordenan los designios de lo alto.

¿Qué no haría esta víctima por evitar un solo pecado? ¿A qué sacrificios no estaría dispuesta por salvar una sola alma?

Los que calumnian a los santos suponiéndoles indiferentes a los humanos infortunios, sería bueno fijaran sus miradas en esta heroína de caridad, que en presencia de la mayor de las desventuras, cual es el pecado, ofrece su sangre y su vida por remediarla.

En todos los momentos la encontramos pronta y decidida a sacrificarse por las almas. Bastaba con que el Señor le revelase el triste estado de algún pecador para que al instante exclamase: "Hazme sufrir; envíame dolores, pero salva esa alma".

A veces, cuando veía que otras personas sufrían distintas penalidades, pedía permiso al confesor para

sufrirlas en su lugar, a fin de ofrecerlas por los pecadores.

Pero la generosidad de esta víctima no se satisface con el cúmulo de dolores que Dios le envía y ella misma se procura. Necesita algo más: necesita que el sacrificio de su vida, tantas veces hecho en el fondo de su corazón, sea uña realidad. Además, ¿no es lo más natural en una víctima que termine su sacrificio, como la augusta del Calvario, muriendo por aquellos por quienes se ofrece?

Hemos visto a Gema ofreciendo años de vida por la salud de su madre adoptiva y por una amiga llamada Valentina. Si esto hacía tratándose de necesidades corporales, ¿cuánto más no hará por la eterna salvación de las almas?

Con relativa frecuencia acudía al director pidiendo permiso para ofrecer algunos años de vida por determinados pecadores cuya fealdad contemplaba en sus éxtasis. "¿Me autoriza —le escribía en una ocasión— para que diga a Jesús divida por la mitad? Todavía me quedan a mí casi siete años de vida: tres los ofrecería por N. N. y yo me quedaría con los restantes".

No mostró su conformidad el buen Padre en este caso ni por esta necesidad.

Mas he aquí que al poco tiempo vuelve a formular idéntica petición, para obtener la conversión de un insigne pecador. Como en este caso también el director estaba muy empeñado en que aquel desgraciado volviera al buen camino, acabó finalmente por rendirse. "Al fin —confiesa— me dejé arrastrar por aquella amable y persuasiva elocuencia; concedí el permiso; Dios aceptó el cambio, y Gema murió justamente al expirar el plazo prefijado, en la flor de la juventud y contra toda humana conjetura".

El pecador a quien aquí se alude era un desgraciado sacerdote apóstata, que hacía doce años llevaba una vida escandalosa. Su conversión parecía huma-

namente imposible, pero al fin triunfó la gracia por las reiteradas oraciones y heroico sacrificio de esta víctima preciosa.

El afán de Gema en sacrificarse por los pecadores no la abandona ni en la hora de su muerte. "¡Son tantas las víctimas que se necesitan!" —exclama en los delirios de su última enfermedad.

¿Cómo referir ahora los frutos de gracia y salvación obtenidos por el generoso sacrificio de Gema? Solamente el día del juicio los conoceremos. Los mismos que se salvan por el sacrificio de estas almas no sabrán sino en el cielo a quién debieron la gracia de la conversión.

Aduzcamos aquí dos ejemplos como prueba de esta última observación. Dos pecadores que se salvan por el oculto y para ellos desconocido sacrificio de Gema.

Era el primero un hombre de muy mala vida y que vivía alejado de toda práctica religiosa. Personas interesadas por su conversión vinieron a suplicar a Gema interpusiera sus valiosas oraciones. Tomó Gema tan a pecho el negocio, que se propuso no cejar hasta conseguir la conversión suspirada. Durante siete meses se sacrificó por él, se interesaba con el Señor y su Angel Custodio en los éxtasis, pidió y obtuvo del confesor se reprodujeran las llagas de la crucifixión en su cuerpo para ofrecerlas al cielo.

Al cabo de los siete meses, aquel hombre cae gravemente enfermo, pero se obstina en rechazar los santos sacramentos y en no abandonar su mala vida.

Entra ya en agonía, y es entonces cuando empieza a implorar la misericordia del Señor, invoca a la Santísima Virgen y, llegado oportunamente un sacerdote, recibe los auxilios de la religión, muriendo santamente.

En aquel instante Gema se encaminaba con doña Cecilia a la iglesia.

La luz divina iluminó su mente sobre el fin de

aquella vida y, volviéndose a D.ª Cecilia, exclamó: "¡Se ha salvado! ¡Se ha salvado!"

Comprobado el momento de la muerte se halló haber sido el de las exclamaciones de Gema.

Muy parecida a esta conversión es la de otro gran pecador, obtenida por Gema dos días antes de su muerte. Era éste un señor de Luca, famoso por sus desórdenes y refractario a toda enmienda de vida. Ni él conocía a Gema, ni Gema le conocía a él, fuera de las referencias que le había hecho un sacerdote.

Con este simple conocimiento púsose a rogar al Señor, ofreciéndose como víctima. Como tardaba en obtener la suspirada conversión y entendía que su vida tocaba ya al fin, dijo al empezar la cuaresma de 1903: "Me lo traeré sobre las espaldas (sacrificándome por él) durante toda la cuaresma, y después lo dejaré". El tiempo fijado para esa inmolación fué suficiente para obtener del Señor la conversión suspirada. "El día de Jueves Santo" —escribe el Padre Germán— el piadoso sacerdote que había encomendado aquel pecador a Gema vino lleno de júbilo a referirme que el pecador se había convertido, confesándose con él. Dos días más tarde, aliviada la santa joven de aquel peso y con esta nueva palma en la mano, tomaba su vuelo hacia la mansión de los bienaventurados".

La inmolación de Gema traspasaba los umbrales de la muerte y se extendía a las benditas ánimas del purgatorio. Era muy ordinario en ella ofrecerse al Señor como víctima para aliviar los tormentos de aquellas benditas prisioneras. Tampoco era raro acudiera el Señor a ella, reclamando sacrificios por los difuntos. "Me ha dicho el Angel de la Guarda —escribe en el Diario— que esta tarde quiere Jesús hacerme sufrir algo más, empezando a las nueve, y esto por un alma del purgatorio".

Subía de punto la generosidad de Gema cuando

el Señor le revelaba los tormentos de alguna alma a quien había profesado especial afecto. Prueba de ello tenemos en su generoso ofrecimiento y sacrificios por el alma de la Madre Teresa del Niño Jesús, religiosa Pasionista del monasterio de Corneto. Desde el punto en que le reveló el Señor se hallaba dicha religiosa en el purgatorio, puso en juego oraciones, generosos ofrecimientos, lágrimas, penitencias y singularmente sacrificios para librarla de aquel lugar de tormento. "Jesús —se le oía exclamar en los éxtasis—, lleva pronto al cielo a la Madre Teresa. Ya que tanto la amas, hazme sufrir cuanto te plazca, pero ponla en salvo".

Al cabo de dieciséis días de dolorosísima inmolación le mostró el Señor a dicha religiosa que, radiante de gloria, volaba al eterno descanso.

Después de cuanto llevamos referido, no cabe ya dudar que Gema Galgani fué realmente un alma víctima, al estilo de Santa Catalina de Sena, Santa Luduina, Santa Rosa de Lima, Santa Margarita de Alacoque, Santa Teresita del Niño Jesús y tantas otras almas esclarecidas que, tiernamente abrazadas a la augusta víctima del Calvario, fueron con ella "iris de paz que se puso entre las iras del cielo y los pecados del mundo".

"Se necesitan muchas víctimas", exclamaba Gema en los delirios de su última enfermedad.

En la economía de la redención son necesarias víctimas; bendigamos al Señor que las suscita en su Iglesia, y mirémoslas como el más rico presente que el cielo hace a la tierra.

CAPITULO XII

Escritora mística.

Largo tiempo he vacilado antes de decidirme a escribir este capítulo. Algunos de mis lectores calificarán de petulancia el mero hecho de que intente presentar a Gema como escritora mística, siendo así que jamás borrajeó una cuartilla para el público ni trató de exponer un solo concepto místico.

Para otros, en cambio, después de cuanto llevamos consignado en esta cuarta parte resultará casi superfluo el presente capítulo.

Colocándome en un punto equidistante de esos dos extremos, haré ver el legítimo título con que Gema debe figurar entre los escritores místicos, y recogeré algunos cabos referentes a esta materia que todavía quedan sueltos.

Es verdad que nuestra santa joven jamás se propuso escribir de mística; pero al escribir las misteriosas operaciones de la gracia en su alma y los sentimientos más profundos de su corazón por necesidad hubo de ser escritora mística.

Nada digamos de los casos, por otra parte muy frecuentes, en que escribía al dictado de su Angel de la Guarda, o en que arrebatada en éxtasis con la pluma entre los dedos proseguía escribiendo lo que en tan felices momentos le hacía gustar el Señor.

Si a esto se añade que entre los escritos de Gema figuran los coloquios pronunciados durante los éxtasis, en gran parte recogidos taquigráficamente por D.ª Cecilia y la señorita Eufemia, aparecerá bien claro poseemos como escritos de Gema un tesoro místico de valor incalculable.

La serie de escritos coleccionados hasta el presente es la siguiente:

La *Autobiografía* o *Libro de los pecados,* como lo tituló la sierva de Dios, escrito por orden del Padre Germán, y que consta de unas 100 páginas.

El *Diario,* o sea la descripción de toda su vida espiritual, desde el 19 de julio hasta el 3 de septiembre, compuesto por mandato del mismo Padre Germán. Consta de 119 páginas.

85 *cartas* de conciencia al confesor ordinario, monseñor Volpi.

156 *cartas* al director extraordinario, Padre Germán de San Estanislao, Pasionista.

10 *cartas* a la Madre Josefa, religiosa Pasionista del monasterio de Corneto.

26 *cartas* a diversas personas.

Escritos diversos, abarcando unas 85 páginas.

El número de éxtasis recogidos es de unos ciento cincuenta (1).

En cuanto al móvil de los escritos de Gema dejamos ya apuntado que fué la obediencia debida a sus directores o a las órdenes expresas del cielo.

El asunto de los mismos es todo cuanto dice relación con la dirección espiritual; y como nuestra santa joven no quería moverse sino a impulsos de la obediencia, viene a serlo toda su vida.

Quien desee conocer a fondo la celestial hermosura del alma de Gema debe acudir como a primera fuente a sus escritos. En ellos verá cual en espejo tersísimo toda la ingenuidad y delicadeza de su espíritu, el afán que ponía por mortificarse, la humildad con que se acusa de involuntarios defectos presentándolos como pecados gravísimos, su extremado empeño por no salirse fuera del sendero trazado por

---

(1) Todos estos escritos, exceptuadas 24 cartas al Padre Germán y 18 a monseñor Volpi, estrictamente de conciencia, las ha publicado nuestra Postulación en dos elegantes volúmenes, que, traducidos por el Padre Bernardo de María Virgen, los ha editado en castellano Editorial Litúrgica Española, de Barcelona.

la obediencia, el fervor de su oración y comuniones, los sentimientos de gratitud hacia cuantas personas en algo la favorecían, el ardiente amor a Jesucristo en que se abrasaba, las ansias de padecer que la consumían, el hastío que le producía la tierra y las ansias con que suspiraba por el cielo.

También se refleja en semejantes escritos cuanto de grandioso e inefable entraña la vida mística. Con la sencillez característica de lo sublime, escribe esta niña de conversaciones con el cielo y sentimientos ultraterrenos, torturas de mil muertes y deliquios inefables, embriagueces divinas e incendios de caridad, tiernas caricias de ángeles y brutales torturas de demonios, apariciones celestiales y revelaciones de las conciencias, sacrificios heroicos y vocación al apostolado de la sangre. Lo sobrenatural aparece en la pluma de Gema lo más natural del mundo y lo ordinario cede habitualmente su puesto a lo extraordinario.

Después de cuanto llevamos dicho sobre estas materias parece superfluo detenernos aquí a declarar la exactitud y precisión con que se explica nuestra santa joven, y sólo nos permitimos preguntar: ¿Es posible que una joven, sin más cultura que la elemental, describa todos los grados de la unión del alma con Dios y muestre en sí todos los variadísimos sentimientos y fenómenos preternaturales que los acompañan, sin haberlos experimentado? Evidentemente que no.

Concibo yo como más hacedero el fingimiento con éxito de arrobamientos, apariciones celestiales, revelaciones, estigmas y vejaciones diabólicas que componer escritos como los de Gema Galgani. Mientras perduren estos preciosos documentos tendremos a mano una prueba fehaciente de que nuestra Santa joven vivió en tierna y casi habitual comunicación con el cielo.

Las condiciones intelectuales de Gema imprimen

a sus escritos un sello de verdad y novedad inconfundible. *La Civiltá Cattolica* los ha comparado con los *Soliloquios* de San Agustín, las *Meditaciones* de San Bernardo y San Buenaventura, los encendidos deliquios de Santa Catalina de Sena y Santa Magdalena de Pazzis y las obras místicas de San Juan de la Cruz y Santa Teresa.

Nótese, sin embargo, la señaladísima diferencia de que esos Santos fueron Doctores esclarecidos y esas Santas vivieron en un ambiente de cultura mística que les permitió contrastar las operaciones de la gracia en sus almas y clasificar los celestiales carismas con que se veían favorecidas, en tanto que nuestra Gema ignoró los primeros rudimentos de la mística especulativa, y nunca quisieron ilustrarla sus directores sobre la naturaleza de los carismas con que el cielo la favorecía. A estas circunstancias se debe el que sus escritos tengan un aroma de ingenuidad y candor que les presta nuevos encantos.

En su vocabulario no caben los términos *carisma, éxtasis, arrobamiento, revelación, estigmas, apariciones, cerco diabólico* ni, en general, el léxico empleado, entre otros, por Santa Teresa.

Sólo una o dos veces, y eso en el éxtasis, aparece la palabra *contemplación.*

Lo que puedan perder los escritos de Gema por la imprecisión de su terminología lo ganan ventajosamente por el fondo de su contenido. Ya sabemos que sus verdaderos maestros, por confesión del Padre Germán, eran el Angel de la Guarda, San Gabriel de la Dolorosa, la Santísima Virgen y el mismo Jesucristo. Nada tiene de extraño la naturalidad con que se adentra en las profundidades de la dogmática y las excelsitudes de la mística. Allí donde los teólogos más esclarecidos necesitan aguzar los filos de su ingenio, y donde muchos de ellos han experimentado la flaqueza de la razón, se desenvuelve esta joven con soltura y acierto sorprendentes.

Si la elevación de conceptos nos cautiva en estos escritos, los inflamados latidos que en ellos palpitan nos extasían. La teología encerrada en estas páginas no es la fría y árida de la escuela, sino la sabrosa y encendida del tabernáculo y el Calvario. Penetró Gema en el secreto de los misterios de Dios porque amó a Dios con los ardores de un serafín.

Las alas del amor aventajan a las del genio, y quien como Gema ha visto descorrerse ante su espíritu los velos que ocultan a los mortales los misterios del cielo, al propio tiempo que habla de ellos con justeza y exactitud sorprendentes, lo hará también con unción y fuego todavía más sorprendentes.

Hasta tal punto hablan los escritos de Gema de su encumbrada santidad y tiernas comunicaciones con el cielo, que muchos a quienes no había persuadido de estas verdades la lectura de la *Biografía*, depusieron toda duda a la simple lectura de los escritos. Y es que en tales escritos resplandece con claridad meridiana todo el candor, abnegación, delicadeza, elevación y ardores de su espíritu. Quien escribe de los misterios de la gracia y comunicaciones con Dios en la forma que lo hace nuestra santa joven evidentemente ha visto, escuchado y palpado cuanto refiere.

Para apreciar debidamente estos escritos téngase también en cuenta las condiciones y forma de redactarlos. "Para Gema —dice el Padre Germán— no había tiempo ni lugar señalado. Por no verse obligada a retirarse en el escritorio cada vez que necesitaba escribir, llevaba consigo una pequeña pluma tintero de viaje, y tomando la primera hoja que le venía a mano, en la cocina, en el patio, en el cuarto de labor, sentada o de pie, trasladaba sobre el papel lo que el corazón le sugería, corriéndole la pluma en la mano con rapidez tan característica, que en menos de un cuarto de hora llenaba tres o cuatro cuartillas de excelente caligrafía y buena forma. Sólo con el director de su alma usó Gema de mayor confianza, pues le en-

viaba, frecuentemente trazadas sobre irregulares fragmentos de papel, las sublimes cosas que le comunicaba; por manera que al juntarlos era tarea más que difícil a cualquier extraño colegir o descifrar su verdadero sentido".

A la rapidez con que Gema redactaba sus cartas debe añadirse el que una vez terminadas jamás las repasaba, por la invencible repugnancia que le producía el ocuparse de sus cosas.

Diremos para terminar este capítulo que el estilo de Gema —aparte cierto gracioso desaliño, consecuencia necesaria de las condiciones en que escribía— es un estilo limpio, terso y trasparente, cual corresponde a una joven de agudo ingenio que ha vivido intensamente lo que describe. Se ha dicho que nunca tendrá mal estilo quien posea una inteligencia clara y robusta y escriba profundamente impresionado. Por ser esto verdad, el estilo de Gema fluye cual surtidor de cristalinas aguas, formando apacibles remansos, bulliciosas cascadas y lluvias de perlas.

Los que miran a la santidad como anestesia del sentimiento hojeen por breves momentos las *Cartas, Extasis* y demás escritos de la Sierva de Dios y comprobarán es la pluma en sus manos una lira que llora y canta, ríe y suspira, gime y languidece, truena y fulgura, inflama y extasía, recorriendo en sus sones toda la gama de los sentimientos del corazón.

Nada tiene de extraño el que semejantes escritos produzcan admirables efectos de santificación en las almas. Se dan cita en ellos por tan maravillosa manera la naturaleza y la gracia, el candor del niño con los ardores del serafín, el ascetismo y el misticismo, la voz de la criatura con los acentos de Dios, el temor filial del santo con el celo inflamado del apóstol, que se necesita dar muerte a todas las emociones del espíritu y luchar a brazo partido con la gracia para no sentirse dulcemente cautivado.

La prueba de ser así la tenemos bien a mano en

las admirables conversiones producidas por tales escritos y en los elogios que de ellos ha publicado la prensa de todo el mundo.

Con entera propiedad, consiguientemente, hemos dado a Gema el título de escritora mística. Se sintió elevada hasta el último grado de la vida espiritual, describió con admirable claridad la acción de la divina gracia sobre su alma, y sus escritos aportan nueva luz al esclarecimiento de los problemas místicos.

Hermoso y artístico relicario de plata dorada ofrecido por la Postulación de Padres Pasionistas al Papa Pío XII, con ocasión de la Canonización de Santa Gema Galgani.

QUINTA PARTE

SUPREMOS ANHELOS, CONSUMACIÓN Y GLORIFICACIÓN

CAPITULO I

Ansias de Gema por vestir el hábito pasionista.

Al comentar este capítulo, consagrado a las ansias de Santa Gema por vestir el hábito pasionista, se apodera de mi ánimo un extraño sentimiento de conmiseración.

Sintió esta angelical criatura que Dios la llamaba a la vida religiosa cuando apenas contaba quince o dieciséis años. Desde entonces hubiera deseado dar un eterno adiós al mundo para ocultarse a sus miradas tras los muros de un claustro.

Tan pronto como conoció a los Pasionistas y entendió que Dios le mostraba en esa Congregación su paraíso de delicias, empezó a suspirar por vestir el hábito de San Pablo de la Cruz.

Los últimos años de su vida lo fueron de ansiedad y martirio; siempre anhelando por traspasar los umbrales del claustro y siempre viendo alejarse el suspirado día.

Al fin hubo de contemplar desvanecida su única ilusión en la tierra, aceptando morir en el mundo.

Nos hemos ocupado de la breve estancia de la sierva de Dios en las Salesas de Luca. Bien que salió de dicho monasterio con el corazón traspasado, el Señor le dejaba entender vagamente no ser allí adonde le tenía destinada. "Debo manifestar— escribe en la Autobiografía— que no sentía el corazón plenamente satisfecho . . . y de cuando en cuando me repetía Jesús al corazón: Hija mía, para ti es menester una regla más austera".

Poco después de salir de dicho monasterio conoció a los Pasionistas, dándole el cielo a entender con toda claridad debía alistarse entre las Hijas de San Pablo de la Cruz. Así se lo manifiesta ella misma al Padre Germán en una de sus primeras cartas. "Desde que el Padre con quien me confesé en la misión me dijo: *hay también Pasionistas* de tal modo se aferró mi entendimiento a las palabras aquellas, que toda mi voluntad es de hacerme Pasionista".

Este propósito y ardiente deseo de Gema ofrecía para su realización no ligeras dificultades. Ante todo, chocaba con la falta de dote en que se encontraba. No había por entonces en Italia otro monasterio de Pasionistas que el de Corneto. Ese monasterio, si bien famoso por su regularidad y santa vida, era juntamente demasiado pobre para poder admitir religiosas sin dote.

No se le ocultaba a Gema esta dificultad; así que en la citada carta al director le decía: "Al día siguiente realmente perdí toda esperanza de ser Pasionista, y se me ofreció al parecer como imposible . . . y es que no tengo nada, absolutamente nada; soy pobre: sólo tengo de ello un gran deseo".

A esta primera dificultad se juntaban otras dos. La apariencia de poca salud, por la que no consintió el arzobispo fuera admitida entre las Salesas, y los fenómenos místicos que se manifestaban en ella.

"¿Sabe usted —escribía al Padre Pedro Pablo— cuál es la principal razón que me cierra la suspirada puerta? En primer lugar han dado en decir que soy enfermiza; pero ignoran la palabra que Jesús me tiene empeñada de que curaré luego que ponga los pies en la Religión, y que él mismo suspenderá todo esto extraordinario que en mí se nota hasta después de la profesión".

Esto de las cosas extraordinarias era, según parece, lo que principalmente retraía de admitirla a las Pasionistas.

Habían oído hablar confusa y contradictoriamente de los éxtasis, visiones, llagas y demás fenómenos místicos, y temiendo que no fueran celestiales y que por ellos se llegase a turbar la regularidad de la observancia, juzgaron no convenía semejante joven en el monasterio.

No todas las religiosas eran, sin embargo, del mismo parecer, teniendo Gema entre ellas muy buenas amigas y abogadas. Estas fueron quienes conservaron encendida en el pecho de la sierva de Dios la lámpara de la esperanza por espacio de tres años.

Durante algún tiempo dió por segura su admisión, llegando a preparar el equipo correspondiente y a componer una letrilla donde cantaba su dicha en vestir el hábito y hacer vida pasionista.

Para vencer las dificultades que se oponían a su admisión contaba con los buenos oficios de monseñor Volpi, el Padre Germán y el Padre Pedro Pablo. En sus cartas les conjura sin cesar a que pongan todo su empeño e influencia para sacarla del mundo. "Yo así no puedo vivir por más tiempo —dice a cada uno—. Métame en cualquier lugar: lavaré, serviré de esclava a las monjas, pero sáqueme; no encuentro paz mientras no me meta en un claustro... ¡Oh, si me hiciera la caridad de sacarme!"

¿Qué hacían tan respetables varones ante las insistentes y fervorosas súplicas de Gema? Hacían sen-

cillamente lo que estaba a su alcance. El Padre Germán se esforzaba por vencer las dificultades que oponían las religiosas de Corneto, teniendo que lamentar el encontrarlas irreductibles. Monseñor Volpi buscaba el modo de que la admitieran en alguna de las comunidades de Luca o las cercanías, con las cuales tenía trato. Habló en tal sentido con las religiosas de Santa Zita, con las Capuchinas, con las Carmelitas de Monzano y con las Servitas. Gema estaba a lo que dispusiera su confesor, pero no dejaba de indicarle que la voluntad de Dios era que ingresara entre las Pasionistas. "Monseñor —le escribía—; tan pronto como me pongo a orar, me recomienda Jesús le diga a usted que me meta en un convento.

—¿Pero dónde? —pregunto a Jesús.

—En las Pasionistas de Corneto —me responde Jesús.

He manifestado a Jesús que eso es muy difícil, y Jesús, por el contrario, me ha dicho que es fácil".

San Gabriel de la Dolorosa le decía a su vez: "No hagas caso a quienes traten de hacerte abandonar la idea de ser Pasionista. Es más fácil que caiga el cielo sobre la tierra que dejar de cumplirse las palabras que te digo: *Está segura que serás Pasionista*".

La misma seguridad le daban en todas sus locuciones Jesucristo, la Santísima Virgen y el Angel de su Guarda.

Con tales promesas celestiales y tan ardientes ansias no es para expresado el martirio de la pobre Gema al ver pasar los días y los meses sin hallar solución, antes al contrario, viendo que se le cerraban las puertas de todos los conventos. Multiplicaba sus oraciones y sacrificios, ponía por intercesores a los ángeles y santos, y reiteraba sus humildes peticiones a sus directores y a las religiosas de Corneto. "Madre —escribía a una de esas religiosas que le inspiraba mayor confianza—, sé que el Padre está en Corneto, y que él mismo en persona le entregará la

presente. Dígale muchas cosas de mí. Pídale que me coloque en el convento con usted: seré siempre buena; la obedeceré en todo; no moveré pie ni mano por mi capricho; lo comunicaré todo con usted, y me atendré a lo que sea su voluntad. Diga a mi Padre que me dé gusto en eso. En ningún punto del mundo me hallo bien, Madre mía. Por más que mi buena mamá ande solícita para hacerme olvidar mi soledad en el mundo, a la verdad me encuentro muy mal en él".

Cuando hubo comprobado que todas sus ardientes súplicas y generosos ofrecimientos no bastaban para hacer cambiar de resolución a las religiosas de Corneto, concibió la arriesgada idea de presentarse personalmente a las puertas del monasterio, confiando en que lo elocuencia de sus lágrimas y la oportuna intervención del Padre Germán quebrantarían la resistencia de la superiora. "Me voy allá arriba —escribe al confesor— y suplico que me reciban en el oficio de esclava, que es mi propio lugar. ¿Verdad que me concede este permiso? ¿Cree que no me recibirán? Una vez allá, voy en busca del Padre, y con una palabra suya, ya no me fuerzan a volver... No se preocupe, lo sé hacer todo. ¿Me da permiso para escribir al punto?"

Fija en su mente la idea de irse aun sin estar admitida, decidió, con la aprobación de monseñor Volpi, aprovecharse de la favorable coyuntura de ir a dicho monasterio D.ª Cecilia con sus dos sobrinas Anita y Eufemia para practicar los Santos Ejercicios. "Probemos fortuna —escribe al Padre Germán—; déjeme ir con la tía al retiro de los Santos Ejercicios en el monasterio de Corneto, y una vez allí, suplique usted a Jesús que no me fuercen a volverme".

Cuando se acercaba la fecha de emprender el viaje, escribió D.ª Cecilia: "Iremos a practicar los Ejercicios Anita, Eufemia y yo. También irá en nuestra compañía una jovencita, huérfana de padre

y madre, llamada Gema Galgani". Tan prevenida debía estar la superiora contra Gema, que inmediatamente contestó podían ir cuando gustasen tía y sobrinas, pero que no llevasen consigo a Gema "porque las monjas —añadía— no quieren recibirla, a causa de ciertas habladurías propaladas por diversas personas".

Dado por supuesto el rudo golpe que iba a ser para Gema semejante respuesta, la buena señora no se la comunicó, y volvió a insistir cerca de la superiora para que le autorizara el llevarla. Fué inútil. "Vuelvo a escribirle —le contestó— suplicándole encarecidamente no venga Gema con ustedes, por los motivos indicados en mi anterior, y que me impiden autorizarla entrar en la clausura".

Imagínese el lector el desencanto de la pobre joven al recibir la noticia de tan extraña resolución. A pesar de ello, no permitió a sus labios una queja, ni a su mente una silenciosa protesta. "Al escuchar la carta —escribe D.ª Cecilia al Padre Germán— dijo estas precisas palabras: *"Me es igual"*.

Así es cómo los santos sacan partido de todo para adelantar en virtud, bendiciendo al Señor en las prosperidades y resignándose totalmente a sus disposiciones en las adversidades.

CAPITULO II

El monasterio de Luca y el supremo sacrificio de las ansias de Gema por ser Pasionista.

Cuando las esperanzas de ser admitida entre las Pasionistas de Corneto se iban desvaneciendo en nuestra Santa vino a reavivarlas y prolongarlas por algún tiempo el proyecto de fundación de un nuevo monasterio de dichas religiosas en la ciudad de Luca.

Como la historia de esa fundación se halla íntimamente relacionada con las ardientes ansias por ser Pasionista de la virgen de Luca, debemos de ocuparnos de ella en este lugar.

Desde que supo Gema existía el proyecto de ese monasterio, suplicó insistentemente al Señor se llevase al cabo su fundación; bien que sin pensar ni desear ingresar en él, por no parecerle suficientemente alejado de cuantos la conocían y trataban.

El Señor, por su parte, le mostraba la importante misión que estaba reservada a este monasterio, las personas que habían de intervenir en su fundación, la guerra que contra él movería el infierno, la fecha en que se erigiría y hasta las religiosas que vendrían a inaugurarlo.

La misión que debían realizar las religiosas de este monasterio no era otra que la de servir de víctimas para contener sobre el mundo los rayos de la divina justicia. Así se lo daba claramente a entender Jesucristo a nuestra Gema. Después de mostrarle el cuadro de los crímenes del mundo, y lo irritado que por ellos estaba el Eterno Padre, añadía: "Hija mía, tengo sed de almas que ofrezcan a mi corazón un consuelo proporcionado al dolor que le causan tantísimas criaturas. Tengo necesidad de víctimas, pero víctimas fuertes... En otros tiempos entretenía a mi Padre presentándole un grupo de almas queridas, verdaderas víctimas esforzadas. Sus penitencias, incomodidades y actos heroicos eran suficientes para aplacarlo; mas ahora, al mostrarle de nuevo las tales almas, me responde: *¡No puedo, no puedo más!* Entonces —añade Gema—, habiendo mostrado deseo de conocer qué almas fuesen aquellas, me respondió Jesús: *Las hijas de mi Pasión.* Escribe, hija mía—proseguía Jesús—, escribe inmediatamente a tu Padre y dile que vaya a Roma para hablar de este mi deseo con el Padre Santo, y avísale que me faltan víctimas para estorbar el gran castigo que amenaza.

Mi Padre celestial está sobremanera indignado; pero yo te aseguro que si en Luca se levanta la nueva fundación de religiosas Pasionistas, se dará por satisfecho mi corazón, y creciendo el número de estas víctimas, podré presentárselo a mi Padre, que sin duda se aplacará. Dile que estas son mis palabras y el último aviso que doy a todos".

Con tales revelaciones y recomendaciones no cesaba Gema de importunar a sus directores y a cuantos juzgaba podían hacer algo en este sentido. Hay que reconocer que, si bien todos miraban la nueva fundación con buenos ojos, nadie ponía todo su esfuerzo y entusiasmo para llevarla al cabo. "Los que miraban la cosa —confiesa el Padre Germán— con prudencia tal vez demasiado humana, en cuyo número reconozco deberme incluír a mí mismo, no se doblegaban a las razones y súplicas de Gema, dando largas al asunto. Y bien —se decían—, ¿cómo fundar un monasterio de estricta clausura sin dinero? Necesítase comprar casa, adaptarla y amueblarla. ¿Y en qué forma se asegura la subsistencia de las religiosas?

Al cabo de dos años de pesquisas, apenas se habían podido reunir unas dos mil liras, y la curia arzobispal de Luca exigía un crecido depósito para cada una de las religiosas, y la superiora de Corneto tenía resuelto no dejar salir a ninguna religiosa para ir a fundar a otra parte si previamente no se aseguraba su subsistencia".

Todas estas dificultades eran muy verdaderas; el mal estaba en que nadie se lanzaba con decisión a superarlas. La pobre Gema contemplaba llena de dolor esa timidez, indecisión y falta de confianza en Dios. Escribía a todos y en todos los tonos; confería sobre el particular durante los éxtasis con Jesucristo. María Santísima, San Gabriel y el Angel de la Guarda; recorría en compañía de D.ª Cecilia la ciudad en todas las direcciones buscando lugar oportuno; mendigaba limosnas para los gastos de la fun-

dación, pero todo en vano, porque nadie se dejaba abrasar por su fuego, ni tomaba el asunto con el interés y ciega confianza en Dios con que ella lo tomaba.

La timidez del Padre Germán, que le retraía de hablar con el Padre Santo, y que ni siquiera le consentía defender con resolución tan santa causa ante la Curia General de la Congregación, contrariaba profundamente a Gema, no siendo tampoco, según parece, del agrado del cielo. "Jesús —le escribe la Sierva de Dios— está muy descontento de su desconfianza, cual si él no pudiera proveer a todo. Comiencen, y verán lo que Jesús sabe hacer". Escribiendo a otra persona le dice: "Si nuestro buen Padre se decidiese a hacer lo que Jesús quiere (y que él bien lo sabe) todo quedaría concluído. Roguemos a fin de que Jesús le conceda la gracia de vencer su timidez".

"Al escuchar tales cosas —escribe el buen Padre— yo me revolvía entre espinas, suplicando encarecidamente a su Divina Majestad me abriese camino; pero pasaban los días y los meses, y no se me abría ninguno".

En la imposibilidad de llevar el asunto adelante, exigía a su santa dirigida completa indiferencia y total sumisión a los designios del cielo, "no queriendo ni pidiendo sino lo que Dios quiera y ordene".

Muy necesaria le era a Gema esta sublime resignación, porque al fin estaba en los decretos de Dios que había de salir de este mundo sin ver satisfechos sus dos vehementes anhelos: el de contemplar erigido el monasterio de Luca y el de vestir el hábito de religiosa Pasionista.

El Señor le mostraba fácil y hacedera la fundación que todos veían punto menos que imposible, y después de su muerte vinieron los hechos a demostrar que los temores y vacilaciones de los demás carecían de fundamento, mientras ella estaba en lo

cierto al afirmar que una entrevista del Padre Germán con el Papa allanaría todas las dificultades. "Muerta Gema —escribe—, muy pronto vinieron los remordimientos, y a la verdad que había motivos para ello. A los remordimientos siguióse el despertar, y sin más dilación se puso manos a la obra. Yo me recordé del encargo que un año antes me había dado la sierva de Dios, diciéndome: *Vaya a Roma, y hable con el Papa.* Así lo hice: hablé con Pío X, recientemente elevado al sumo pontificado. Me escuchó con cariño; le agradó el diseño de la obra, y tomando la pluma redactó de su propio puño la aprobación.

Gema había acertado. Jesús habló al corazón de su Vicario, y en conformidad con lo que en la visión se le había mostrado, quiso que éste declarase solemnemente que las Pasionistas del nuevo monasterio deberían ofrecerse como víctimas de propiciación para provecho de la Iglesia".

Es muy de notar que el Papa quiso nombrar la superiora del nuevo monasterio, recayendo la elección en aquella misma religiosa a quien Gema escribía: "Jesús le dará el consuelo de ver el nuevo monasterio".

El defecto que se cometió con respecto a la fundación de este monasterio fué no haberla emprendido con la presteza que Dios y Gema deseaban.

Al cerrársele a la vocación de la sierva de Dios esta segunda puerta, que por espacio de varios años contempló abierta, fuéle preparando el Señor para que se contentase con participar en el cielo de la gloria de las religiosas Pasionistas, aun sin haber tenido la dicha de vestir su hábito sobre la tierra.

Hacia el mes de mayo de 1902 enfermó de algún cuidado. Durante esa enfermedad le dijo cierto día la Santísima Virgen: "Dile a tu Padre que, si no piensa en ti inmediatamente, muy pronto te llevaré conmigo al cielo".

El Padre Germán le mandó por contestación que rogase a la Reina del cielo le concediese un poco de salud. Hízolo así la sierva de Dios, mereciendo recobrarla y juntamente escuchar de labios de María estas palabras: "Dile a tu Padre que te concedo la salud, pero que si no piensa en ti, te la quitaré de nuevo, llevándote muy pronto conmigo". Después de tales revelaciones, muy bien pudo escribir al director: "Decídase, porque dentro de poco será ya tarde. Jesús ya no da largas, y me ha dicho que, si al cabo de seis meses no dan principio a la obra, me llevará consigo. La Mamá me ha curado de aquella grave enfermedad a condición de que se haga el convento: si no pone inmediatamente manos a la obra, me hará recaer y me llevará al cielo".

Jesucristo, al propio tiempo que le mostraba restarle poco tiempo de vida, le iba mostrando otra mansión mejor que el convento, por el que con tantas ansias venía suspirando. "Jesús para consolarme —escribe al director—, me da a entender con frecuencia que existe otra vida mejor y más feliz que la del convento. Mejor estaría sin duda para amar y padecer en el claustro... mas, ¿qué tiene que ver eso con la dulzura del paraíso?"

Al fin, desvanecida toda esperanza de vestir el hábito de Pasionista, le pidió claramente Jesucristo el sacrificio de sus ardientes ansias y dorados ensueños. Le fué preciso renunciar a su paraíso en la tierra, dando un adiós para siempre a aquel claustro en el que había colocado los más tiernos afectos de su alma.

Dejemos que ella misma nos explique la admirable renuncia. "No sabré explicar —escribe al director— lo que esta mañana he experimentado, y sólo le diré que he sentido grandes ganas de llorar. Me retiré a mi cuarto para gozar de más libertad, y allí he llorado mucho... Finalmente he exclamado:

Fiat voluntas tua. Aquellas lágrimas ya no eran lágrimas de pena, lo eran de pura resignación".

Este penoso sacrificio lo hizo Gema uniéndolo con el de Jesucristo. "Padre —escribe al director el día de Navidad—; todo está acabado. Ayer en la misa de media noche mientras el sacerdote ofrecía la hostia, ví a Jesús ofreciendo mi persona al Eterno Padre, como víctima suya. ¡Qué contento se mostraba, Padre mío!... ¡Le supliqué aceptase benignamente la inmolación de mi deseo, y lo uniese al sacrificio de su admirable Pasión!... ¡Ardo, Jesús, en deseo de verme allí... (en el convento), pero me resigno a vuestro querer!"

Mas, ¿hasta dónde se extiende esta suprema resignación de Gema? ¿Abarca simplemente a vestir el hábito de Pasionista, o envuelve también el contarse en el cielo entre las Hijas de San Pablo de la Cruz? Evidentemente sólo se refiere a la primera parte.

El Señor prometió en innumerables ocasiones a Gema que sería Pasionista. Tomadas estas palabras a la letra, no se realizaron, y si Gema las entendió así se engañó. Mas (y aparte de que Gema siempre entendió estas revelaciones en el sentido de subordinadas a la acción de sus directores y voluntad de las religiosas) si se tiene en cuenta lo que dice San Juan de la Cruz, que estas locuciones, profecías y revelaciones "no siempre acaecen como ellas suenan a nuestra manera de entender, porque Dios siempre atiende al sentido más principal y provechoso, por más que el hombre pueda atender a su modo y a su propósito menos principal, y así quedar engañado" (1); evidentemente se cumplieron, porque Gema alcanzó "lo más principal y provechoso" de la vida pasionista. No traspasó los umbrales del claustro, pero fué, como de ella dice el ilustre Padre Arinte-

(1) Subida al Monte Carmelo, lib. II, cap. XVII.

ro, "dos veces Pasionista", por su vida crucificada y por sus ansias vehementes de vestir el hábito Pasionista (1).

Añadamos que cinco meses antes de su muerte emitió los votos de Pasionista en manos del Padre Germán, y veremos que al morir colocaron sobre su pecho la insignia de los Pasionistas con que fué sepultada.

Muy bien ha podido, por tanto, declarar la Sagrada Congregación de Ritos que Gema, "si no por el hábito y la profesión (canónica), por el deseo y el afecto, merece colocarse entre las religiosas Hijas de San Pablo de la Cruz".

Estos deseos y ansias de la sierva de Dios motivaron la recomendación que Jesucristo hacía a su Santísima Madre cuando le decía: "Debes mirar a esta hija como a fruto escogido de mi Pasión".

Y si como a tal la miró la Reina del cielo y la ha considerado la Iglesia, muy justo es que también la miren todos sus devotos, permitiéndonos a los Pasionistas incluyamos entre nuestras Hermanas a tan fina amante de Jesucristo y de nuestra amada Congregación.

CAPITULO III

Sobre el ara del sacrificio.

En los dos capítulos anteriores hemos visto las ansias de Santa Gema por consagrarse a Dios en el estado religioso y el heroico sacrificio que hubo de hacer al cerrársele las puertas de todos los conventos. La Sierva de Dios califica a esto de "el mayor sacrificio de su vida".

Ahora va a pedir el Señor a su Sierva el sacri-

(1) La vida sobrenatural, núm. 95.

ficio que ella misma tantas veces le había ofrecido, y que es coronamiento natural de toda existencia victimal: el sacrificio de la propia vida.

Propónele si está dispuesta a expiar con sus dolores por los pecados del mundo, y sin vacilar un instante exclama: "¿Me preguntas, Señor, si acepto? Ahora mismo: descarga sobre mí los golpes de tu justicia, para que te glorifique esta miserable criatura".

Muchos y muy fuertes golpes descargó el Señor sobre Gema, y muy mucho quedó también glorificado con las expiaciones de esta alma generosa.

Llegada la hora de la postrera inmolación, vamos a ver a nuestra víctima sobre el ara de su sacrificio y padeciendo cruelísimos dolores corporales, espantosas desolaciones de espíritu y furibundas acometidas del infierno.

"Aunque Gema —escribe el Padre Germán— había padecido mucho con los trabajos interiores de espíritu, las frecuentes efusiones de sangre, la falta de alimento necesario y las horribles y continuas vejaciones diabólicas, no por eso se la veía desmejorada, antes bien, aparecía bastante gruesa, de muy buen color y robusta de fuerzas. A excepción de alguna ligera fiebre, producida más bien por el ardor de sus amorosas llamas que por enfermedad corporal, ninguna otra enfermedad la molestó desde su prodigiosa curación de espinitis".

Así prosiguió hasta el mes de junio de 1902, en que, ofreciéndose al cielo una vez más como víctima, aceptó el Señor su generoso ofrecimiento.

Por este tiempo comenzó su estómago a resistirse a todo alimento, produciéndole bascas y arcadas dolorosísimas cuanto ingería. Durante varios meses no tomó sino unos sorbos de vino, dando la impresión de que vivía de milagro.

No queriendo el Padre Germán que su santa dirigida muriese tan pronto, le escribió: "Respecto

a ponerte buena, te ordeno en nombre de Jesús que apenas terminado el mes de junio te vuelvas a poner como estabas antes, en buen estado de salud y de carnes. Dile a Jesús que te haga cumplir la santa obediencia".

Oró Gema en el sentido indicado por su director, mereciendo le respondiera Jesús que la curaría, bien que para poco tiempo. Sanó efectivamente de repente; volvió a tomar toda clase de alimentos, y a los ocho días se vió que había recobrado las fuerzas, las carnes y hasta el color primitivo.

Pero los designios de Dios tenían que cumplirse. El 9 de septiembre recayó en el mismo mal, y el 21 de dicho mes reapareció la fiebre, acompañada de vómitos de sangre.

Tenemos ya a Gema atacada de la enfermedad que la arrastrará al sepulcro, sigámosla en su dolorosa inmolación. Colocada sobre esa piedra de toque, nos revelará una vez más el riquísimo caudal de virtudes que atesora.

Los dolores de la enfermedad fueron terribles y espantosos, pero su paciencia fué en todo punto superior a ellos. Consumida lentamente por la fiebre y debilitada por los vómitos, la muerte parecía inminente. Escribiendo D.ª Cecilia al Padre Germán, le dice: "Gema está muy mala y ha quedado reducida a los huesos: sufre dolores acerbísimos y penas interiores que estremecen: no puede más, y temo se nos muera de un momento a otro . . . Gema clama por usted: venga pronto para indicarnos lo que debemos hacer".

El Padre Germán, a quien hemos visto tomar tan a pecho la dirección de Gema, no podía abandonarla en tan angustiosos momentos. Se puso en camino en el mes de octubre, llenando de consuelo a la Sierva de Dios con su llegada.

Muy pronto pudo persuadirse de que aquella vez iba de veras, y de que el Señor se la llevaba al cielo.

Permitió a Gema hacer confesión general, quiso que al día siguiente recibiese el santo viático, y cuando se disponía para regresar a Roma, le dijo:

—Gema, ¿para cuánto tiempo te tendremos? Yo quisiera marcharme.

—Puede irse, si gusta — le contestó la Sierva de Dios—; por ahora no moriré. De este mal acabaré, pero no por ahora. Al menos así me lo ha dicho Jesús. "Bendije por última vez a aquel ángel, y me retiré".

Gema tenía el presentimiento de que no moriría por entonces. Efectivamente, se repuso algún tanto, pudiéndose levantar algunos ratos. Excusado parece decir que tan pronto como abandonó el lecho, volvió a reanudar la piadosa práctica de la comunión diaria. Ya veremos cómo no la dejó hasta quince días antes de su muerte, cuando le fué de todo punto imposible llegarse hasta la balaustrada del comulgatorio.

La última enfermedad de Gema sirvió una vez más para demostrar el tierno cariño que le profesaba la familia Giannini.

El Padre Germán en el mes de octubre, y más adelante los médicos, juzgaron de todo punto necesario que la enferma saliera de aquella casa. La razón principal era el carácter de dicha enfermedad. Es verdad que algunos médicos declararon que no era tuberculosis, y colocados los esputos al microscopio no aparecieron los bacilos característicos de esa enfermedad; pero todas las apariencias decían lo contrario.

Si siempre es peligrosa esa enfermedad para niños y jóvenes, lo era singularmente en aquella casa, donde sus doce hijos encontraban todas sus complacencias en acompañar a Gema.

En vista del peligro se tomaron las oportunas precauciones, singularmente para que no se acercasen los niños al lecho de la enferma; pero tales pre-

cauciones resultaban inútiles, pues que, burlando éstos toda vigilancia, se deslizaban hasta la habitación.

Al proponer el Padre Germán a la familia saliera Gema de su casa, todos se opusieron, aceptando resueltamente cuantos riesgos pudieran sobrevenirles de continuar viviendo en ella. *¿Cómo* —decían grandes y pequeños— *privarnos de nuestra Gema? Dios la ha traído a nuestra casa, ¿y la vamos a dejar salir? Eso jamás. Si ha de morir, queremos ser nosotros quienes la asistan hasta la muerte.*

Esta resistencia de toda la familia fué causa de que al cabo de tres meses de haber salido el Padre Germán todavía no se hubiera resuelto nada. Las razones de los médicos y del director de Gema, sin embargo, eran muy atendibles y como decía éste "no conviene tentar a Dios".

Decidida al fin la familia Giannini a dejarla salir, cuidó de que se alejara de su casa lo menos posible. La tía de Gema alquiló un pisito de una casa inmediata, a la que se podía pasar desde la casa Giannini por una puerta interior.

Se trasladó Gema a dicho piso el 24 de enero de 1903, continuando en su asistencia la familia Giannini, y corriendo también a su cuenta todos los gastos.

Por la mañana acudía doña Cecilia o la señorita Eufemia a buscarla para salir, a comulgar, y durante todo el día permanecían a su cabecera una o varias personas de la familia. Aunque se ponía especial vigilancia para que no pasasen los niños, resultaba por lo general inútil, pues sabían darse tal maña para aprovechar cualquier descuido, que continuamente se les veía junto al lecho de la enferma.

Gema veía con la serenidad del justo que se acercaba su hora postrera. Todo parecía anunciarlo. Los dolores y molestias iban continuamente en aumento; sus carnes se consumían lentamente; las fuerzas

decaían de día en día; la respiración era cada vez más fatigosa, y en todo su cuerpo no parecía haber partecita exenta de tormento. "¡Pobre mártir! — escribía D.ª Cecilia al Padre Germán—; ¡pobre víctima de Jesús!; padece continuamente. Siente como que le trituran los huesos; se la ve sufrir en toda su persona; se consume, y ya no puede más. Hace unos veinte días ha perdido la vista, y la voz se le ha ido apagando hasta el punto de que casi no puede articular palabra. Parece un esqueleto que se aniquila por momentos, y da pena y compasión el mirarla".

En medio de tales dolores corporales conservaba Gema paz y tranquilidad inalterables. Esta paz y sosiego son tanto más de admirar cuanto que sentía su espíritu atormentado con los espantosos abandonos del cielo y furibundas acometidas del infierno de que vamos a ocuparnos en el capítulo siguiente.

CAPITULO IV

Ultimas pruebas y espantoso martirio.

A lo largo de esta historia hemos visto que con mucha frecuencia renunció Santa Gema a todos los regalos y favores celestiales. "Jesús ha sido el varón de dolores —decía—; yo quiero ser hija del dolor".

En su vida alternaron penalidades y consuelos, siendo tan extraordinarias las primeras como los segundos.

Los últimos meses plugo al Señor aquilatar el valor del sacrificio de nuestra Santa dejándola en desolación más espantosa que mil muertes. Cesaron casi de repente todas las manifestaciones del cielo; los éxtasis se hicieron muy raros, siendo casi todos ellos dolorosos; los consuelos que experimentaba en la sagrada comunión se trocaron en tormento; ho-

rribles inquietudes y sobresaltos torturaban su conciencia, sin dejarle punto de reposo.

En tales desolaciones se volvía hacia Jesús y María con exclamaciones y súplicas que partían el corazón. "¡Oh, Jesús! —exclamaba—, ¿y cómo podremos continuar distanciados en esta forma? No deseo ni busco más que a ti, y a pesar de ello tú huyes de mí. Estoy dispuesta a todo sacrificio por tu amor, y como si esto no bastara, quieres huír de mí... A pesar de todo te amo". Después añadía: "Mas ya que huyes de mí, y no me es dado verte, quisiera hablarte para suplicarte me des fuerza para cumplir tu voluntad".

Como a tan vivas ansias y ardientes plegarias no respondía Jesús sino con un silencio de sepulcro, volviéndose a la Reina del cielo le decía: "¿Por qué no vienes, Mamá mía? ¿No te volveré a ver sobre la tierra? No puedo vivir sin ti, Mamá mía. ¿Acaso pueden vivir los hijos alejados de su madre?"

No se crea que estas arideces y desamparos fueron cosa de horas o días: se prolongaron con ligeros intervalos por todo el tiempo de la enfermedad.

A estos pavorosos desamparos del cielo se juntaron las furibundas embestidas del infierno. Hemos visto las terribles batallas que hubo de librar nuestra Gema con el espíritu maligno: esa guerra fué durante la última enfermedad singularmente encarnecida y prolongada. Dejemos nos la refiera el Padre Germán. "De otros santos se lee —dice— que al fin de su vida experimentaron asaltos más o menos terribles, pero fueron pasajeros. En Gema se dió un continuo asedio, apenas interrumpido por breves momentos de tregua. El hecho es espantoso, pero cierto; y cuantas personas la contemplaron durante los siete meses que duró la enfermedad están acordes en afirmarlo. Perturbaba el maligno espíritu su imaginación con toda clase de fantasmas propios para excitar en su espíritu ansiedad, tristeza y sobresal-

to, con el fin de inducirla a la desesperación. Le representaba con tétricos colores el cuadro angustioso de su vida, las desventuras de su casa, las privaciones de todo género, haciendo desfilar ante sus ojos los agentes de la fuerza pública que, al morir su padre, entraron en casa con los acreedores a embargarlo todo; terminando por sugerirle: "Ahí tienes lo que has conseguido con todos tus desvelos en el divino servicio".

Aprovechándose del estado de profunda aridez espiritual en que el Señor la dejaba para más y más purificarla se esforzaba por persuadirla de que Dios la tenía abandonada, y que seguramente se condenaría, por haber errado el camino. En las heroicas virtudes que había practicado y en los señaladísimos favores recibidos del cielo le hacía ver el astuto tentador que sólo había existido engaño e hipocresía.

Esta última tentación fué la más horrible y prolongada de todas. La pobre hija, viéndose tan apretada de ella, resolvió, para tranquilizar su conciencia, hacer confesión general.

Cogió la pluma, y presa de aquella agitación y confusión de ideas, escribió la historia de toda su vida... que mandó entregar a un sacerdote de santa vida, con el encargo de que viniera a darle la absolución. Vino el sacerdote, la confesó y tranquilizó, pero con todo eso no se dió por vencido el enemigo: antes bien, la incitaba a la cólera y la impaciencia, para que cuando menos perdiese el concepto de virtuosa y santa en que justamente era tenida.

El terminar de una batalla era principio de otra, sin darle lugar de descanso; por lo cual una de las personas que la asistían me escribía: "Esa bestia infernal acaba con nuestra Gema. Salgo de su lado llorando, porque el maligno espíritu la acaba, sin que podamos remediarlo. Golpes terribles, figuras espantosas de animales salvajes; de todo echa mano el bribón para acabarla.

No cesamos de rociar la habitación con agua bendita, pero aunque cesa el ruido de momento, es para reaparecer al instante con mayor violencia".

Y pasando del alma al cuerpo, ¿de qué artificios no se servía el maligno para atormentarla? Apenas se le presentaba cualquier manjar se lo hacía ver cubierto de asquerosos insectos y de cuanto más repugnante cabe imaginar, por lo cual se le revolvía a la pobrecita el estómago, siendo forzoso retirarle dichos manjares. Se le introducían también en la cama, sea en realidad, sea en imaginación, bajo la figura de sucias y repugnantes sabandijas, le rozaban las carnes y le molestaban de tan diversos modos que a la pobre hija le parecía no haber ya salvación para ella. Dijo también varias veces toda despavorida a la Hermana que la asistía que se sentía enroscada de los pies a la cabeza por una serpiente que forcejeaba por ahogarla.

De cuando en cuando es verdad que acudía el benignísimo Jesús a alentarla y tranquilizarla, y dejándose sentir de ella, le decía con clara locución: "¿Por qué, hija mía, en lugar de desalentarte no aumenta tu confianza? Humíllate bajo mi poderosa mano... no te fatiguen las tentaciones; por el contrario, resiste varonilmente y no temas: si la tentación persiste, persevera tú también en la resistencia, y la lucha se convertirá en victoria". Otras veces era el Angel de la Guarda quien acudía para alentarla, y, según ella misma escribía, sacaba de tales visitas grandes alientos; pero todo esto duraba poco: el espíritu volvía a sentirse envuelto en tinieblas y el tentador embestía con nueva furia.

Así pasaba la pobre hija los días, las semanas y los meses, dejándonos admirables ejemplos de paciencia y motivo de saludable temor sobre lo que nos pueda suceder en la hora de la muerte a quienes no atesoramos los merecimientos de Gema".

Los desamparos del cielo y las fieras acometi-

das del infierno en nada rebajaron el brillo de las virtudes de nuestra heroína. Durante los largos meses de su enfermedad fué el perfectísimo dechado de perfección que hemos venido contemplando a lo largo de esta historia. Nunca se le oyó palabra de queja en medio de sus indecibles dolores, ni pidió alivio de ningún género, ni mostró disgusto en el trato que recibía.

El tiempo que pasaba sola lo empleaba en hablar con Dios, así como el que pasaba acompañada lo ocupaba en hablar de Dios. Su oración era de ordinario en alta voz, dirigiendo fervientes súplicas a Jesús, a María Santísima, al Angel de la Guarda y a sus santos protectores, singularmente a San Pablo de la Cruz. Cuando no oraba en alta voz, era fácil conocer por la expresión de su rostro que tenía fijo el espíritu en las cosas celestiales.

También solía leer algunos ratos, usando como libro favorito la *Preparación para la muerte* de San Alfonso de Ligorio.

Las visitas que recibía en nada apartaban de Dios su pensamiento, puesto que hacia él encaminaba todas las conversaciones. Era sobremanera edificante —deponen unánimemente los testigos de los Procesos— visitar aquella habitación en la que se contemplaba todo el heroísmo del sufrimiento y se escuchaba el lenguaje del cielo.

En tales visitas sentía más la pena de aquellos que se compadecían de ella que sus propios dolores.

Hasta las horas de la noche que pasaba desvelada las consagraba a la oración y conversaciones espirituales. Suplicaba también a la Hermana que la asistía le rezase oraciones y sugiriese jaculatorias.

Fácil es imaginar lo edificadas que quedarían las buenas Hermanas ante los ejemplos de virtud y santas conversaciones de tan angelical criatura. Todas a porfía deseaban asistirla, proclamando a voces el gran provecho que sacaban de su santa compañía.

"La impresión que me produjo la joven —declara Sor Camila— fué la de un conjunto de todas las virtudes. Todo el tiempo que la asistí me edificó sobremanera. Advertí en ella profundo conocimiento de las cosas espirituales y de la vida mística. Discurriendo con ella (ya que no se hablaba de otra cosa que de asuntos espirituales) experimentaba mi alma celestiales consuelos, semejándome escuchar el lenguaje de los ángeles. Su modo de expresarse era siempre tan claro y preciso, que más no podría pedirse a un maestro de vida espiritual. Cuando para animarla al sufrimiento le ponía delante el ejemplo de Jesucristo, se le inflamaba el rostro y se dibujaba en su rostro una amable sonrisa, cual si ya nada padeciese. ¡Tan dulce era a su corazón el pensamiento de Jesucristo!"

Con tales virtudes y tan santos ejercicios se preparaba Gema para emprender su vuelo al eterno descanso. Una larga enfermedad sirve frecuentemente, bajo la acción poderosa de la gracia, para purificar y preparar a bien morir a grandes pecadores. A nuestra Gema sirvió su larga y penosísima dolencia para revelar una vez más la encantadora belleza de su alma, y para abrillantar la corona de gloria inmortal que muy pronto va a colocar el Señor sobre su frente.

CAPITULO V

El vuelo a la patria.

Dejamos en el capítulo pasado a nuestra víctima sobre el ara santa y pronta a consumar su sacrificio.

La hora suprema se precipita sobre Gema. Su organismo se rinde a los duros embates de la enfer-

medad: el espíritu bate sus alas pronto a emprender el vuelo hacia la Jerusalén celeste; la tierra es impotente para encadenarla por más tiempo; los ángeles se aprestan a recibirla por conciudadana; la augustísima Trinidad le brinda ya con la corona de la gloria.

No debe extrañarnos que el 12 de marzo de 1903, día en que la santa joven cumplía 25 años, se cerniese la muerte sobre su lecho: lo extraño es que haya llegado hasta esa edad sin haber sucumbido a los ardores de su amor y a sus vehementes ansias por el cielo.

Durante la enfermedad le consumía más que la calentura la sed de Dios y el anhelo por el cielo. "¡Morir! —escribía al director—, ¡oh, qué bien! ¡Irme con Jesús; estar segura de quererle siempre; segura de no perderle jamás! Si Jesús no me quitase la vida, nunca le podría ver. Harto sé que ni siquiera merezco acordarme del paraíso; pero el afecto que siempre me ha mostrado Jesús, y más que todo su infinita misericordia, me obligan a esperar que muy pronto me unirá a las almas todas que más le han amado y son ahora felices..."

La obedientísima Gema quiere ir al cielo con el mérito de la obediencia y con la bendición de su muy amado director: "Padre —le escribe lacónicamente pocos días antes de morir—; quiero ir al cielo. Envíeme usted allá. Jesús lo quiere". El director no pudo por menos de bendecirla, mereciendo que todavía le dirigiera la santa joven su último saludo. "Papá, yo parto... voy al paraíso. ¡Adiós!"

Los últimos días de Gema fueron los correspondientes a una víctima expiatoria. "Me ha dicho Jesús —afirmaba uno de sus últimos días— que sus hijos deben morir crucificados". Crucificada, efectivamente, vamos a verla expirar.

No pudiendo soportar su caduco organismo las molestias y dolores de los últimos días, sufría desma-

yos y frecuentes delirios. Llamó poderosamente la atención el hecho de que sólo deliraba cuando se trataba de cosas terrenas, bastando que le hablasen de cosas celestiales para verla reaccionar y seguir la conversación con cabal inteligencia.

A los dolores siempre crecientes de la enfermedad se juntó los últimos días otro indecible, la privación de la sagrada comunión. Desde el mes de noviembre había venido comulgando diariamente, bien que con indecible trabajo; pero ya el 24 de marzo llegó a tanto su postración y desfallecimiento que hubo de renunciar a salir de casa.

Juntóse a este dolor el de las furibundas acometidas diabólicas, que lejos de cesar arreciaban de día en día, y de los casi continuos desamparos celestiales.

He dicho casi continuos desamparos, porque de cuando en cuando derramaba el Señor sobre su espíritu rayos de divina claridad y muy dulces consuelos.

El miércoles santo tuvo un breve éxtasis, gozando en él de la divina visión de la gloria. Dejó tan inundada de gozo su alma, que volviéndose a la Hermana le dijo: "Hermana, si Jesús le dejara ver una pizca de lo que me ha dejado ver, ¡cuán grande sería su gozo!" Aquel mismo día recibió con extraordinaria devoción y lágrimas de consuelo el santo viático.

No satisfecha su hambre con recibir a Jesús ese día, quiso recibirlo también el siguiente, imponiéndose no ligero sacrificio para recibirlo en ayunas. Así fué cómo este ángel de la Eucaristía que tantos sacrificios se impuso para comulgar diariamente, la última comunión que recibió, el día memorable en que celebra la Iglesia la institución de tan augusto sacramento, fué también con un postrer sacrificio. Jésús hubo de darle al entrar por última vez en su pecho prendas ciertas de su cercana gloria, ya que pasó toda la mañana en profundo recogimiento, siendo después arrebatada en éxtasis. En dicho éxtasis le mos-

tró el Señor la corona de espinas de que había cercado su vida, y lo que todavía le restaba por sufrir para que dicha corona estuviera completa y se trocara en corona de gloria.

La mañana del Viernes Santo la pasó muy recogida, y por la tarde practicó el ejercicio de las *Tres Horas,* que la hemos visto practicar desde niña todos los viernes, uniendo sus dolores a los de Jesús agonizante, y ofreciéndose víctima con él por los pecados de todo el mundo.

Al anochecer de ese día sufrió una terrible acometida del demonio, que se prolongó durante toda la noche hasta la mañana del Sábado Santo. Esta memorable mañana recibió la extremaunción de manos del párroco de Santa María, don José Angeli, quien una vez terminadas las preces litúrgicas se retiró.

Esta falta de sacerdote que asistiese a Gema en sus últimos momentos, en que veía al demonio y era de él espantosamente atormentada, fué sin duda uno de los mayores dolores de la sierva de Dios, bien que contaba con él desde hacía largo tiempo, habiendo anunciado que moriría desamparada. "Hago el sacrificio de todo y de todos —había dicho durante la enfermedad—; me basta un sacerdote". En otra ocasión dijo: "A mí me basta el crucifijo y un sacerdote".

Se trató de poner un telegrama llamando al Padre Germán, pero se desistió cuando la oyeron decir: "Yo no pido nada, porque he ofrecido a Jesús el sacrificio de todos y de todo. Ahora me preparo para morir".

Consumado por semejante manera el sacrificio de nuestra víctima, y sintiendo hacia las nueve de la mañana que se acercaba su fin, tomó entre sus manos el santo crucifijo, y clavando en él una tierna mirada, dijo: "Mira, Jesús, ahora sí que ya no puedo más: en tus manos encomiendo mi pobre alma". Volviéndose a continuación hacia una imagen de

María, que pendía en la pared frente a su lecho, le dijo con grande afecto: "Mamá mía, recomienda a Jesús mi alma". Besó el crucifijo, lo estrechó contra su pecho y así permaneció en adoración hasta las doce.

A esa hora llegó monseñor Volpi; le preguntó si deseaba confesarse, y obtenida respuesta negativa la bendijo y se retiró, prometiéndole volver más adelante.

Tornó la enferma a la amorosa contemplación del crucifijo, hasta que a eso de la una y media dibujóse en sus labios una dulce sonrisa, fijó una postrera mirada en Jesús crucificado, inclinó la cabeza sobre el hombro de la piadosa señora que la sostenía sentada en el lecho, y sin ahogos, contorsiones ni muestra de dolor, expiró dulcemente, "en tanto que su hermosa alma —escribe el Padre Germán— recreada, según lo tengo por indiscutible, con la presencia de su amado Jesús, de su Madre celestial, del Angel de la Guarda, que tan familiar le fué durante la vida, de San Pablo de la Cruz, a quien tantas veces llamó durante aquellos últimos momentos, y de San Gabriel de la Dolorosa, del que siempre fué devotísima, cargada de palmas y coronas, volaba al seno de Dios".

Aconteció tan preciosa muerte el día de Sábado Santo, 11 de abril de 1903. Gema contaba 25 años y 30 días.

Ninguno de los presentes pudo darse cuenta de que realmente había expirado. ¡Tan dulce había sido su muerte! Fué al cabo de un largo rato cuando, advertidos de que no hacía movimiento alguno ni se notaba su penoso respirar, asomó a los labios de los más observadores la palabra *muerte*.

No es para dicho el dolor que en aquel instante se apoderó de todos los presentes. Sus tíos y hermanos rompieron a llorar con la pena correspondiente al amor que siempre la habían profesado: la fami-

Cuadro representando los últimos momentos de la vida de Santa Gema, acompañada de sus parientes y de la familia Giannini.

lia Giannini, así como la tuvo y trató como a hija, así también como a hija muy amada empezó a llorarla: los hijos más pequeños de esa familia, niños de seis, cinco y tres años, dieron tal vez la nota más conmovedora. Viendo que todos lloraban y que Gema yacía inmóvil sobre el lecho le cogían y besaban las manos, y esperando en su ingenua inocencia una respuesta, repetían una y muchas veces aquel nombre tan familiar y querido: "¡Gema! ¡Gema!"

Las religiosas de San Camilo que la habían asistido durante la enfermedad se encargaron de amortajar el cadáver. En atención a los ardientes deseos de la Sierva de Dios por ser Pasionista, la vistieron de negro, colocando sobre su pecho la insignia de la Congregación, una guirnalda de flores a la cabeza, el rosario al cuello y en las manos entrelazadas el santo crucifijo.

Conservó sobre el ataúd la dulce sonrisa que al morir se dibujó en sus labios, y recobró el rostro la belleza arrebatada por los estragos de la enfermedad, moviendo a devoción a cuantos la miraban.

Fué muy numeroso el concurso de gente que acudió a venerar aquellos sagrados despojos, procurando todos al salir llevarse flores de la corona, pedacitos del vestido o algunos cabellos para guardarlos como preciosa reliquia.

El cadáver fué colocado en elegante caja, poniéndose dentro de ella un tubo de cristal con un pergamino que contenía un resumen de la vida y virtudes de la sierva de Dios.

Fué sepultada en tumba privilegiada, costeada por la familia Giannini. El cariño que dicha familia profesaba a su hija adoptiva le llevó también a erigir el gracioso monumento de mármol y en cuya fachada aparece grabado, bajo el retrato de Gema, un hermoso epitafio latino, que traducido al castellano dice así: "Gema Galgani, de Luca, virgen inocentísima, la cual al cumplir los 25 años de edad, consu-

mida por las llamas del amor divino más que por la enfermedad, voló al cielo para reunirse a su celestial Esposo, el día 11 de abril de 1903. ¡Descansa en paz, alma encantadora, en compañía de los ángeles!"

Antes de la muerte de Gema habían acordado el Padre Germán y la familia Giannini hacer la autopsia sobre el cadáver de Gema, en la esperanza de descubrir en su corazón algún extraño fenómeno. Al sobrevenir esa muerte, parte por la desorientación del momento, parte también por las dificultades que se ofrecían, se desistió del intento.

El Padre Germán, sin embargo, se empeñó por que se llevase adelante el acuerdo. Púsose en camino para Luca, y obtenidas las oportunas autorizaciones civiles y eclesiásticas, se procedió a la exhumación del cadáver el día 24 de abril, duodécimo de la inhumanación de la Sierva de Dios.

Como fenómeno extraordinario puede aducirse el hecho de que el corazón apareció fresco, flexible, rubicundo y lleno de sangre, y la forma de esa víscera aplastada por las dos caras y muy dilatada por los lados.

El Padre Germán concedió gran importancia a estos hechos, calificándolos de sobrenaturales.

La exposición que de ellos hizo fué muy comentada e impugnada dentro y fuera de Luca; pero tales comentarios e impugnaciones, según es fácil colegir del conjunto de los testimonios procesales, ni han podido desmentir su veracidad, ni destruír el fundamento de la opinión que en ella se vierte.

CAPITULO VI

Fama y frutos de santidad.

El Señor que ha prometido ensalzar a los humildes y glorificar a quien le glorificare, aparece cumpliendo admirablemente esas sus promesas en la glorificación de Santa Gema. Muy pocos siervos de Dios habrán recibido del pueblo cristiano homenajes tan unánimes y clamorosos como la virgen de Luca.

Los que tuvieron la dicha de conocerla y tratarla en vida la recordaron siempre como a santa. "Me consta —depone uno de los testigos del Proceso— que desde el momento de su muerte las personas que la habían conocido afirmaban haber muerto una santa, y los mismos que no habían tenido la dicha de tratarla, deseaban se publicase su vida para que de todos fuera conocida".

El sepulcro donde descansaban sus preciosos despojos empezó desde el primer instante a ser visitado por numerosos admiradores de su santidad, que acudían a cubrirlo de flores y a implorar el valimiento de la nueva Sierva de Dios.

Al recuerdo de su santidad se juntaba su divulgación. Ya no existían los poderosos motivos que obligaron a ocultar sus excelsas virtudes y dones extraordinarios. Si durante la vida imponía la más elemental discreción ocultar esos carismas bajo el velo del silencio, después de su muerte aparecía edificante a la piedad y glorioso a la Iglesia en publicarlos.

La Divina Providencia que escogió en vida de Gema al Padre Germán para dirigirla, parece haberle escogido después de su muerte como instrumento para glorificarla. El buen Padre juzgó sería

muy del agrado de Dios hacer públicas las maravillas que sus ojos habían contemplado, y al cabo de solos cuatro años de la muerte de Gema lanzaba a la publicidad la *Biografía della serva di Dio Gemma Galgani vergine luchese.*

La impresión que esta *Biografía* produjo y el éxito que la acompañó exceden a toda ponderación. la edición quedó agotada en dos meses. Hízose inmediatamente otra, tres veces mayor, y a los tres meses corría la misma suerte. Lanzáronse atropelladamente a la publicidad las ediciones tercera, cuarta y quinta, y con cada una de ellas sólo podía servir el editor los pedidos de algunos meses. Entre agobios indecibles iba el Padre Germán corrigiendo y mejorando considerablemente su obra, hasta que dos años después de publicada la primera edición, y mientras preparaba la sexta, le llamó el Señor al eterno descanso.

En sólo dos años se habían agotado cinco ediciones italianas, con un total de 70.000 ejemplares.

La fama de santidad de Gema no quedó circunscripta a los confines de Italia; cundió con la rapidez del relámpago por todo el mundo. Sin acudir a ninguno de los resortes de propaganda empleados por el mercantilismo moderno, la *Biografía* de Gema se divulgó prodigiosamente, traducida en diversos idiomas.

Muy poco después de publicarla en italiano, aparecían ediciones en alemán, inglés, francés, español, holandés, polaco, portugués, irlandés, y hasta en chino y japonés.

Simultáneamente con la divulgación de la *Biografía,* llegaban por centenares al Padre Germán las cartas de felicitación por haber publicado tan precioso libro. Cada una de ellas era un homenaje a la santidad de la virgen de Luca y un himno caluroso a sus excelsas virtudes.

A la muerte del venerable Padre se encontraron

entre sus papeles 630 cartas, aparte las tarjetas y postales en número mucho más considerable. Eran del secretario de Estado de Su Santidad, en nombre del Papa, de cardenales, obispos, sacerdotes, religiosos y personas de toda clase y condición, y llegadas desde los puntos más remotos del globo. Lástima que la brevedad de estas páginas no nos permita ni siquiera hacer un extracto de las principales.

Desde el momento en que apareció la *Biografía* escrita por el Padre Germán, la ciudad de Luca, la casa de los señores Giannini y el sepulcro de Gema comenzaron a ser puntos de constantes y nutridas peregrinaciones, que no han cesado hasta nuestros días. "Al camposanto —depone don Mateo en los Procesos —acude una no interrumpida peregrinación para visitar el sepulcro de Gema: creo no pase día sin que haya alguna. También acuden muchos visitantes a mi casa, habiendo creído conveniente hacer registrar en un álbum los nombres de los visitantes... Al principio eran numerosísimos los que pedían objetos pertenecientes a Gema, hasta que el Padre Germán creyó prudente retirarlos todos".

Manifestación muy elocuente de la devoción del pueblo cristiano eran también las inscripciones con que aparecía cubierto el mármol del mausoleo, los años que precedieron a su solemne traslado a la capilla de las Pasionistas, en 5 de septiembre de 1923.

Cada una de ellas era un suspiro del alma y una ardiente plegaria a la esclarecida virgen de Luca.

Las personas que mayor trato habían tenido con la sierva de Dios empezaron desde aquella fecha a recibir numerosas visitas, solicitando noticias y reliquias de ella.

Nada digamos del Padre Germán, a quien la *Biografía* de Gema hizo más famoso que todas sus obras de arqueología, filosofía e historia. Desde aquella fecha le hubieron de señalar los superiores

dos secretarios para ayudarle exclusivamente a despachar la correspondencia referente a Gema.

Las visitas de ilustres personajes, singularmente de obispos y cardenales, que deseaban escuchar de sus labios episodios y escenas de la vida de Gema, eran también muy frecuentes. El mismo Romano Pontífice Pío X mostraba singular complacencia en entretenerle siempre que se presentaba ocasión para conversar sobre las virtudes, carismas y fama de santidad de la Sierva de Dios.

El hermano mayor de Gema hace constar en los Procesos ser muchas las personas que le escribían y acudían personalmente a él solicitando reliquias de su hermana, y suplicándole intercediera ante ella para obtener determinadas gracias.

Doña Cecilia declara a su vez: "Son muchísimos los que se llegan hasta mí, diciéndome invariablemente: *Me recomiende a Gema*".

A esta difusión de la Biografía de Gema y de la fama de su santidad correspondieron los inmensos bienes que empezó a producir en las almas. El admirable apostolado que la Sierva de Dios ejerció durante su vida lo prosigue ejerciendo desde el cielo.

Las cartas llegadas al Padre Germán a que antes nos hemos referido no son de pura admiración y entusiasmo, más o menos estériles. Sus autores hacen constar expresamente que la lectura de ese libro ha producido un bien inmenso a las almas. Muchos directores de conciencia e ilustres misioneros dieron a sus dirigidos este consejo: "Leed la vida de Gema Galgani, y sacaréis de ella más fruto que de un curso de ejercicios espirituales".

El Cardenal Gasquet, en el prólogo que escribió para la traducción inglesa de la *Biografía*, escribe lo siguiente: "En cuanto a mí personalmente, no conozco vida de santo alguno, de cualquiera época de la Iglesia, que haya reavivado en mi espíritu lo sobrenatural con la espontaneidad y plenitud que

la vida de Gema Galgani, escrita por el Padre Germán".

"La seráfica virgen de Luca —escribía el Padre Lord, S. J., desde el Canadá— está obrando maravillas en estos países. Todos cuantos acuden a ella quedan curados, aliviados y consolados. Todos cuantos leen su *Biografía* experimentan un dulce sentimiento de devoción y un poderoso empuje hacia las cosas del cielo. Los pecadores experimentan la necesidad de volverse a Dios, y las almas buenas encuentran en su lectura poderosos estímulos para vencerse a sí mismas y unirse a Jesucristo crucificado".

Con gran sentimiento suspendemos estas citas que nos llevarían muy lejos, siendo tantos y tan preciosos los testimonios que poseemos a este respecto que bastarían para llenar un grueso volumen.

¿Y qué diremos de las extraordinarias conversiones que se han seguido a la lectura de la *Biografía?* Podemos asegurar sin temor a ser desmentidos que cada página de este libro ha sido instrumento de conversión para muchas almas. A unos les atrae la inocencia inmaculada de Gema, a otros su asombrosa penitencia; quién se siente tocado de la gracia al considerar su cruenta participación en los dolores de la Pasión; quién al contemplar la viveza de su fe en los misterios de nuestra santa Religión; para unos es motivo poderosísimo su celo por la conversión de las almas, y para otros, no menos numerosos, su vida victimal, por la que se asocia tiernamente a Jesucristo para la salvación del mundo.

Terminemos este capítulo bendiciendo al Señor que de tal suerte quiere glorificar a sus santos y tales maravillas de gracia se complace en obrar por mediación de esta bendita criatura, cuya única aspiración sobre la tierra fué abrasarse en los incendios del amor a Jesucristo y sacrificarse porque todos le amasen.

Plegue al Señor que las páginas de esta *Vida*

sean, como lo han sido las de la *Biografía*, continuación del apostolado de Gema, inflamando en el amor divino los corazones de las almas tibias y atrayendo hacia Dios a las desgraciadas víctimas del error y del vicio.

CAPITULO VII

Glorificación de Gema.

La gloria prometida por Dios a sus siervos no es la efímera y engañosa de este mundo, ni siquiera la radiante que aun sobre la tierra recibe la santidad, sino aquella otra de la que dice el Apóstol San Pablo que "ni ojo vió, ni el oído escuchó, no puede caber en corazón del hombre".

Innumerables bienaventurados hay en el cielo que ninguna alabanza ni homenaje recibieron durante su paso por la vida mortal, ni nos son conocidos ahora su nombre y la gloria de que gozan, para poder celebrarlos.

Felices y dichosos ellos, por otra parte, en el cielo, ni lamentan la obscuridad en que vivieron ni apetecen los homenajes que la Iglesia tributa a muchos de sus compañeros de gloria.

El que unos santos sean particularmente glorificados en la tierra, mientras que otros innumerables no lo son, es uno de los tantos arcanos de la Divina Providencia, cuya razón sería reprensible curiosidad de nuestra parte quererla descubrir.

Santo y merecedor de profundo acatamiento es el designio de Dios en glorificar a unos santos sobre otros; lo cual no quita en manera alguna que nosotros debamos celebrar las maravillas del Señor en los santos de que tenemos conocimiento.

El Padre Germán puso el mayor empeño por

que Gema permaneciese oculta durante la vida a todas las miradas del mundo, muy persuadido que así secundaba mejor los designios de Dios sobre ella. Pero, una vez trasladada de este mundo a la patria bienaventurada, juzgó igualmente que debía revelar al mundo el inmenso cúmulo de maravillas presenciadas en ella.

Entre sus propósitos al publicar la *Biografía* de Gema descollaba, según que varias veces lo manifestó, el de preparar los caminos a la introducción de la causa de beatificación de su santa dirigida. De lo cumplidamente que consiguió su intento son buena prueba las voces clamorosas, procedentes de todos los puntos del globo, en las que se hacen fervientes votos por verla cuanto antes sobre los altares, y se solicita de la Santa Sede la inmediata introducción de esa causa.

Ni se crea que tales voces sean hijas de un entusiasmo más o menos irreflexivo, o proferidas por personas sin solvencia en tan graves asuntos.

Pase que no todas sean igualmente autorizadas; pero téngase juntamente en cuenta que entre ellas figuran 22 Eminentísimos Cardenales, 60 arzobispos, 142 obispos y 27 superiores generales de Ordenes Religiosas.

Cada uno de esos ilustres personajes considera como providencial la aparición de este nuevo sol en el firmamento de la Iglesia, manifiesta la profunda veneración que le merece y suplica al Padre Santo acceda a los votos del pueblo cristiano elevándola a los supremos honores de los altares.

Para no citar sino uno de semejantes testimonios, plácenos aducir el del por entonces arzobispo de Bolonia, Cardenal Della Chiesa, algunos años después Papa, con el nombre de Benedicto XV. "Entre estos elegidos del Señor —dice— debe incluírse la admirable joven Gema Galgani, virgen de Luca, cuya fama de santidad se ha propagado por todo el

universo, siendo su nombre protección y consuelo para el pueblo cristiano. Es tanta la veneración de los pueblos hacia esta Sierva de Dios, que por su intercesión llegan a obtener unos señalados prodigios, otros el ser atraídos al buen camino y no pocos el inflamarse en el fervor y la práctica de las virtudes cristianas. De aquí la creencia de que Dios ha suscitado en estos desgraciados tiempos a tan bienaventurada joven para ser salud no menos de los cuerpos que de las almas".

El Cardenal Della Chiesa, más tarde Benedicto XV, hace referencia en el párrafo trascrito a los milagros en todo el mundo obrados por intercesión de Gema.

Muy en su punto se halla esa referencia, ya que como la sombra al cuerpo han seguido a la devoción del pueblo cristiano a la virgen de Luca los milagros atribuídos a su intercesión.

Mucho tendríamos que hablar sobre esta materia, pues son innumerables los milagros atribuídos a nuestra Santa; siendo muy de notar que, lejos de disminuír con el alejamiento de las fechas de su muerte y canonización, van cada día en aumento.

Esta muchedumbre de favores celestiales atribuídos a Gema contribuyó poderosamente a acelerar el proceso de su beatificación. El mismo año en que aparecía la *Biografía* del Padre Germán, y merced a las activas gestiones del mismo director de Gema, se inició en la curia diocesana de Luca el proceso informativo sobre la fama de santidad, vida, virtudes y milagros de la Sierva de Dios. Se abrió dicho proceso informativo el 3 de octubre de 1907, cerrándose felizmente y remitiéndolo a la Santa Sede el 3 de diciembre de 1910.

El proceso apostólico ante la Sagrada Congregación de Ritos fué también rápido y venturoso. Las tres reuniones denominadas antepreparatoria, preparatoria y general, se celebraron los días 28 de ju-

nio de 1927, 24 de abril y 4 de diciembre de 1928. En esta última reunión de los eminentísimos Cardenales, celebrada en presencia del Papa Pío XI, se reservó Su Santidad el señalar la fecha de la publicación del decreto, difiriéndolo para dar lugar a nuevos estudios, hasta el 29 de noviembre de 1931.

Ya no faltaba para conceder a Gema los honores de los altares sino la aprobación de dos milagros entre los muchísimos que se le atribuían. Los trámites canónicos para dicha aprobación son tres congregaciones o reuniones favorables de los eminentísimos Cardenales de la Sagrada Congregación de Ritos. El resultado de las tres fué completamente favorable, por lo que el domingo siguiente a la última, o sea, el 5 de febrero de 1933, Su Santidad Pío XI promulgó el decreto de su aprobación.

Dichos milagros fueron la curación instantánea de una artrosinovitis traumática en la rodilla derecha en favor de María Menicucci y la curación también perfecta e instantánea de una úlcera varicosa en la pierna izquierda que padecía el sacerdote don Ulises Fabrici.

Aprobados estos dos milagros, se dignó señalar el Papa como fecha de la beatificación el 14 de mayo de aquel mismo año 1933.

Sabido es que las beatificaciones y canonizaciones de los siervos de Dios constituyen en Roma verdaderos acontecimientos. Numerosas circunstancias contribuyeron a hacer de la beatificación de Gema una de las más solemnes. La fama de que la virgen luquesa gozaba en todo el mundo, las numerosas peregrinaciones llegadas para ganar las indulgencias del Año Santo de la Redención, la presencia de la única hermana superviviente de Gema, de toda la familia Giannini y de otras muchas personas que habían conocido y tratado a la nueva Beata, todo contribuyó a realzar este hecho.

Baste decir que para el acto de la mañana se

agotaron todas las tarjetas de invitación, no siendo menor el concurso en el acto de la tarde, en que Su Santidad Pío XI bajó a la adoración de la reliquia de la nueva Beata.

Tan pronto como nuestra Beata fué elevada al honor de los altares cundió la fama de que Dios proseguía glorificándola con nuevos prodigios. Recogidos dos de ellos por el Postulador de la causa para solicitar su aprobación por la Sagrada Congregación de Ritos, dictaminaron médicos y consultores se trataba realmente de dos hechos prodigiosos.

El primero fué obrado en favor de Elisa Scarpelli, consistiendo en la curación instantánea de una edemitis ulcerosa en la cara. El segundo, en favor de Natal Scarpelli, que sanó repentinamente de una úlcera varicosa y pútrida en la pierna izquierda.

Presentaron los eminentísimos Cardenales su voto favorable a Su Santidad Pío XI, el 24 de enero de 1939, ordenando se publicase el oportuno decreto el 19 de febrero del mismo año.

Antes de esa fecha le llamaba el Señor al eterno descanso. Elegido para sucederle el actual Pontífice Pío XII, uno de los primeros actos de su glorioso pontificado fué aprobar todo lo anteriormente ejecutado, ordenando se publicase el decreto ya preparado por su antecesor, que lleva la fecha de 26 de marzo de 1939.

Una vez aprobados dichos milagros, se celebró la Congregación denominada del "Tuto", para tratar de si se podía proceder sin más a la canonización. El resultado fué plenamente favorable.

Los acontecimientos internacionales ocasionaron que dicha canonización no pudiera celebrarse hasta el año siguiente, señalando Su Santidad como fecha el día 2 de mayo, fiesta de la Ascensión del Señor.

La solemnidad que acompañó al magno acontecimiento y el fervor y entusiasmo mostrados por el público excedieron a toda ponderación. Débese notar

era la primera canonización que celebraba el actual Pontífice, que asistían casi todas las personas allegadas a la Santa y que Santa Gema era la primera Santa que daba a los altares el siglo XX.

Juntamente con Santa Gema fué canonizada ese día la esclarecida fundadora del Instituto del Buen Pastor, María Eufemia Pelletier.

Plegue al Señor que la canonización de la Virgen de Luca sirva para apresurar el triunfo de la Iglesia sobre sus enemigos, elevar a nuestro siglo sobre las groserías de la materia en que se degrada, alentarlo a la práctica de las virtudes cristianas e inflamarlo en aquel amor a Jesús crucificado que transfiguró toda la vida de Santa Gema Galgani.

ÍNDICE

		Págs
INTRODUCCION		3

PRIMERA PARTE

Historia

Cap.	I.—Nacimiento de Gema y primeros albores de santidad (1878-1885)	15
„	II.—Sin madre en la tierra y bajo el manto de la Madre del cielo (1885-1886)	22
„	III.—La primera comunión (1886)	26
„	IV.—La perfecta colegiala (1885-1894)	31
„	V.—Dolor, orfandad y miseria (1894-1897)	37
„	VI.—Generosas renuncias (1897)	42
„	VII.—Gravísima enfermedad y curación milagrosa (1897-1899)	47
„	VIII.—En los umbrales del claustro (1899)	54
„	IX.—Tempestades y puerto tranquilo (1899-1901)	59
„	X.—Actividad y contemplación (1901-1902)	65
„	XI.—Los Pasionistas (1899)	69
„	XII.—El director elegido de lo alto (1900)	74
„	XIII.—Dirección sapientísima (1901-1903)	81

SEGUNDA PARTE

Virtudes

Cap.	I.—Espíritu de santidad de Gema	87
„	II.—Su perfecto desprendimiento	94
„	III.—Su mortificación	99
„	IV.—Su paciencia	105
„	V.—Su humildad	110
„	VI.—Su humildad en las exaltaciones del cielo	117
„	VII.—Su obediencia	122
„	VIII.—Su pureza virginal	128
„	IX.—Su caridad para con el prójimo	135

TERCERA PARTE

Medios de santificación

Cap.	I.—La piedad de Gema	143
,,	II.—Oración de Gema	148
,,	III.—Su devoción a la Pasión de Jesucristo	154
,,	IV.—Su tierna devoción al Sagrado Corazón de Jesús	159
,,	V.—Alma eucarística	165
,,	VI.—Vida mariana	171

CUARTA PARTE

Vida mística

Cap.	I.—Purgatorio místico	179
,,	II.—Sobre las alas de la contemplación	187
,,	III.—Unión y desposorio	192
,,	IV.—Extasis	199
,,	V.—Visiones	207
,,	VI.—Locuciones y revelaciones	213
,,	VII.—Imagen acabada del Redentor	220
,,	VIII.—El Angel de la Guarda	226
,,	IX.—Guerra del infierno	233
,,	X.—Apostolado en favor de las almas	239
,,	XI.—Víctima propiciatoria por los pecadores	246
,,	XII.—Escritora mística	253

QUINTA PARTE

Supremos anhelos, consumación y glorificación

Cap.	I.—Ansias de Gema por vestir el hábito pasionista	261
,,	II.—El monasterio de Luca y el supremo sacrificio de las ansias de Gema por ser Pasionista	266
,,	III.—Sobre el ara del sacrificio	273
,,	IV.—Ultimas pruebas y espantoso martirio	278
,,	V.—El vuelo a la patria	283
,,	VI.—Fama y frutos de santidad	291
,,	VII.—Glorificación de Gema	296

VISITE

el Santuario en Chile de

SANTA GEMA GALGANI

Dirección: PADRES PASIONISTAS

Pedro Lucio Cuadra 609 - Ñuñoa (Santiago)

En ella hallará variedad de objetos religiosos, sobre todo. Propaganda de *SANTA GEMA*.

Imágenes, medallas, estampas. Vidas de la Santa, sus Cartas y Extasis, etc., etc.

Dirección Postal: PEDRO LUCIO CUADRA 609

SANTIAGO - FONO 42754 - Sector 123

SANTIAGO DE CHILE
Esc. Tip. "La Gratitud Nacional"
Av. B. O'Higgins 2303 - Casilla 16